Autor de bestsellers de *USA Today*

AMY SANDAS



Frío, cautivador y endiabladamente malvado, no se detiene ante nada para adueñarse de ella.

TIERNO BRIBÓN

PELIGRO Y PERSUASIÓN

Tierno Bribón

Amy Sandas

Contenido

Página del título
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Nueve
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Epílogo

Capítulo Uno

Londres, octubre de 1817

Queridísima L,

Perdóname. Seguramente no vas a entender lo que he de hacer, pero te ruego que lo aceptes. No intentes buscarme. Y por favor, te pido que no te acerques a Curzon Street.

Lo siento tanto. –H

Lark Evans leyó las palabras ya conocidas tres veces más antes de doblar cuidadosamente la nota gastada y guardársela en el guante. Los renglones ya no le hacían temblar de pena, tristeza o confusión. Después de casi un mes, esas emociones se habían transformado en un dolor a fuego lento que la impelía a actuar firmemente.

El carruaje de pago que había contratado para traerla a esta zona de lujo en Mayfair se alejó. Aunque sus botines ya estaban mojadas de los charcos en la acera, los dobladillos de sus faldas estaban empapados y pesaban, y el agua goteaba constantemente del borde de su bonete, no se acercó todavía a la puerta que se erguía ante ella. Echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que la llovizna le bañara el rostro mientras evaluaba la casa elegante propiedad del Marqués de Warfield.

La casa aristocrática estaba hecha de ladrillo rojo y tenía cuatro plantas adornadas con un borde blanco en las ventanas estilo paladino y con una gran entrada con forma de arco. Era un edificio imponente, dando a entender eficazmente la posición social elitista y riqueza de su habitante.

Lark respiró hondo por la nariz para calmar su corazón. Aunque su estómago se revolvía con la importancia de su tarea, no titubeó. Al cabo de un momento, se dio la vuelta y se fue hacia la parte trasera de la casa buscando la entrada de servicio. Dando un golpe con los nudillos en la puerta, enderezó la columna y esperó.

Unos pocos momentos más tarde la puerta se abrió revelando un lacayo de mediana edad. Su librea, bordeada en oro, era de un color azul tan oscuro que era casi negro. La mirada de su cara era impasible.

Lark le brindó una sonrisa breve y taciturna. “Hola. Soy la Sra. Evans. Tengo una cita para entrevistarme para el cargo de ama de llaves”.

El lacayo dio un paso a un lado con un breve gesto para que ella entrara. “Sígame, por favor.”

La precedió por un pasillo oscuro y estrecho que finalmente emergía detrás de una impresionante escalinata de caoba que daba a lo que parecía ser el vestíbulo principal de la casa. El lugar era cavernoso, con suelos de mármol, madera lustrosa y demasiadas filigranas. Un rápido vistazo hacia arriba le reveló que el techo estaba pintado como un cielo de verano enmarcado por una elaborada moldura.

Sin parar, el lacayo cruzó el suelo de mármol hasta llegar a una puerta pesada en un rincón en la parte trasera del vestíbulo.

Lark permaneció tras el criado cuando abrió la puerta y anunció con tono respetuoso, “ha llegado la Sra. Evans, milord”.

La voz de dentro era pesada y oscura. “Que pase”.

Lark sintió un escalofrío en la nuca que luego bajó hasta la parte baja de su columna. A pesar del peso de la aprehensión que le calaba hasta los huesos, cuando el lacayo dio un paso a un lado, ella entró con seguridad en el estudio de un caballero.

El instinto de una infancia vivida en peligro casi constante, le hizo evaluar su entorno durante un instante.

Directamente, delante de ella había un escritorio ancho y resplandeciente colocado ante una pared de ventanas, seguramente ventanas abatibles de gran tamaño, actualmente cubiertas por unos cortinones que bloqueaban cualquier pizca de luz que hubiera podido entrar en el día lluvioso. En el escritorio descansaba un tintero y una lámpara que iluminaba el lugar lo suficiente como para revelar que no había nadie sentado detrás del mueble imponente. A su izquierda había tres estantes de libros que habían acumulado una gran cantidad de polvo. Una chimenea de mármol muy decorada ocupaba la mayor parte de la pared a su derecha y ante la chimenea se habían dispuesto sofás y sillas de estilo barroco italiano. Aparte de la puerta por donde ella había entrado, había otra puerta apenas visible en las sombras entre dos de las bibliotecas.

La decoración de la habitación era casi estridente. Por lo que había visto en el vestíbulo, suponía que toda la casa se había decorado de manera demasiado ostentosa.

Opulento, y poco alegre.

Solo le llevó un momento para determinar que el hombre que había hablado estaba sentado en uno de los altos sillones orejeros volteado frente a la chimenea. El sillón que daba de espaldas a la puerta de manera que ella solo podía ver un par de botas negras firmemente plantadas en el suelo. Ella había supuesto que se reuniría con el administrador de la propiedad para esta entrevista, pero el lacayo se había dirigido al hombre como *milord*, lo cual quería decir que ella estaba a punto de conocer al señor de la casa en vez del administrador.

Después de escuchar la puerta cerrándose tras su paso, Lark sintió una breve incertidumbre, pero lo apartó de inmediato. Incluso la duda más mínima carecía de sentido. Ella estaba aquí por un motivo y eso no había cambiado. Deteniéndose en el centro de una amplia alfombra persa, no se volvió hacia el otro ocupante de la habitación, sino que permaneció de cara al escritorio que tenía delante. Como el marqués no se había puesto en pie cuando ella entró, ella eligió mantener la vista al frente, las manos ligeramente cerradas a su cintura.

Resistente. Paciente.

La habían entrenado con rigor a ser así. O por lo menos *aparentarlo*. Nadie tenía que conocer su verdadera naturaleza bajo la superficie calmada y serena. Menos todavía su potencial patrón sentado en silencio en alguna parte a su derecha.

“Tome asiento, Sra. Evans. Está empapando mi alfombra”.

Un extraño sentimiento helado le recorrió la piel ante el tono duro de su voz, un sonido como el del acero. Dándose la vuelta de manera obediente, Lark se acercó al sillón directamente delante del de él. Se guardó de decir que empapar el sillón tapizado en seda no sería mucho mejor.

Después de sentarse en el filo de la silla y descansado su bolso a sus pies, mantuvo su expresión neutral mientras prestaba atención al hombre que, *Dios mediante,* sería su nuevo jefe.

Oscuridad.

Era la única palabra que le vino a la mente con su primer vistazo del marqués.

Aunque las llamas del fuego cercano eran grandes e iluminaban, el hombre permanecía en las sombras oscuras. Tan así que parecía deliberado. Vestido completamente de negro, salvo un reluciente corbatín blanco, estaba sentado recto en el sillón. Sus pies con botas pisaban el suelo de manera plana, y sus manos sin guantes descansaban en sus muslos. El cabello negro

peinado hacia atrás dejando ver una frente cuadrada y un vello oscuro ensombrecía su mandíbula angulosa. Cejas espesas y rectas al principio oscurecían su mirada que la repasaba de manera muy similar a como hacía ella, aunque de manera mucho más pausada.

Empezando por sus pies empapados, evaluó sus botines gastados, su vestido de diario modesto de lana azul marino y la larga pelliza que llevaba por encima. La mirada de él se detuvo en los botones desparejos que abrochaban su prenda exterior y la tela más oscura en sus hombros, donde la lluvia le había calado hasta la piel. Su mirada se detuvo brevemente en su bonete gris antes de fijarse en su rostro finalmente.

Hielo.

Sus ojos. Un azul tan pálido y claro que a ella le recordaron el hielo. E igual de fríos.

Era un depredador. Un cazador. Todos los instintos de supervivencia que ella había perfeccionado a lo largo de los años, se pusieron en alerta de repente. Un agudo hormigueo de conciencia la atravesó, despertando cada nervio. Ella no era de la clase de gente que se dejaba llevar por imaginaciones fantásticas, pero algo en este hombre le hacía sentir como si estuviera haciendo equilibrios en el filo de la navaja, entre luchar y huir.

“Sra. Evans”. La nombró con lentitud y luego se paró, como si esperara la confirmación de ella.

Ella permaneció inmóvil y en silencio. Todo en su ser le instaba a proceder con cautela. Pero la cautela era un lujo del que ella carecía.

Hubo un sutil tensar y liberación de los músculos de su mandíbula, lo cual daba a entender que había apretado los dientes. “Es usted muy joven como para ser ama de llaves”. Su tono era una acusación.

“Soy más mayor de lo que da a entender mi aspecto, milord”. Era cierto. A menudo la gente la tomaban por mucho más joven que sus veintiocho años. Aun así, él no se equivocaba. No había muchas doncellas que lograban escalar al cargo de ama de llaves a su edad. Ella esperaba que él no insistiera en ese tema, pero estaba preparada para aportar pruebas de sus cualificaciones si hiciera falta.

Lark se había tomado muchas molestias en contactar con conocidos de años atrás, cobrándose favores de hacía mucho tiempo, haciendo promesas que no estaba segura de poder cumplir. Le había llevado semanas de determinación incesante conseguir esta entrevista. No iba a conseguir una oportunidad tan fortuita de nuevo y no podía permitir que se le escapara. No se sabía cuándo podría conseguir otra oportunidad como esta.

“¿Ha revisado mis referencias?”.

Otra pausa. “Indudablemente”.

“Entonces sabrá que soy más que capaz de gestionar un hogar de este tamaño, milord”.

Cerró los labios con firmeza para no decir más cosas en su desesperación por persuadirle. A veces cuanto menos se decía, más convincente resultaba ser. Ella no quería que él sospechara lo mucho que ella quería conseguir este cargo.

“Usted ha tenido empleo en una serie de hogares de nobles, algunos durante menos de un año por vez”. Su enfoque era ferozmente directo.

“Eso no es tan raro”, dijo ella con calma. “Puede haber una serie de razones por los cuales un empleado pueda buscar cambios ocasionales en su trabajo”.

“¿Cuáles eran sus razones?” Implacable.

Lark evadió la pregunta de él afirmando con firmeza, “todos mis anteriores jefes han aportado informes positivos acerca de mi tiempo con ellos”.

Él la miró fijamente, con calma sin parpadear. “Su cargo más reciente era el único como

ama de llaves. Un cargo que ocupó durante menos de dos meses".

"Nunca le dije que no fuese nueva en el cargo, milord, pero le aseguro que tengo cualificaciones".

Sus rasgos angulares se estrecharon con irritación. "¿Por qué he de contratar a una mujer joven con tan poca experiencia para ocupar uno de los papeles más importantes de mi casa?".

Su voz era impaciente. Despectivo.

Ella sintió un momento de pánico. Bajando la barbilla, miró los ojos fríos del hombre. "Lord Warfield, como recalcan mis referencias, tengo más de quince años de experiencia sirviendo una serie de familias aristocráticas. Soy muy capaz de llevar su casa con eficiencia correcta." Hizo una pausa, preparándose para el riesgo que estaba a punto de tomar. "Algo de lo que sé que usted necesita de manera algo desesperadamente. Como verá, yo también he sido diligente. Usted tiene pocos empleados cuando se trata de doncellas de piso superior e inferior y es así desde que volvió a abrir la casa. También sé que ha tenido pocos candidatos para los cargos vacíos, incluido el de ama de llaves. Si me contrata, puedo arreglar eso".

Lark le devolvió la mirada. Ignorando la manera en que su expresión intense le retorcía las entrañas en un tenso nudo de aprehensión, ella inclinó la cabeza. "Usted me necesita, Lord Warfield".

Hubo un silencio prolongado. Cada músculo de su cuerpo se tensó mientras esperaba a descubrir si su impertinencia descarada sería castigada con un despido en breve o si su candidez le serviría. Siendo recién llegado a Londres, el lord seguramente no tenía mucha idea, probablemente de por qué había tenido tantas dificultades en contratar empleadas, pero Lark sabía que el nombre de Warfield había estado en la lista negra durante muchos años. No había muchas mujeres dispuestas a asumir un puesto en una casa que había sido la fuente de tantos rumores aunque habían sido desde hace más de una década. Aunque la leyenda negra era todo acerca del anterior marqués, el padre fallecido del marqués actual, estas cosas tenían tendencia a permanecer en las mentes de chicas trabajadoras que deseaban evitar… situaciones peliagudas.

Finalmente, y lentamente, el marqués se relajó en su sillón por primera vez, levantando un pie para descansar el tobillo en la rodilla opuesta. Aunque permanecía en silencio, Lark sentía que algo distinto emanaba de él. Sus bordes parecían menos afilados. Su manera de ser menos adusta.

El depredador descansando.

"¿Cuándo puede incorporarse, Sra. Evans?"

Ella no se atrevió a mostrar su alivio tan grande. "De inmediato, milord".

"¿No tiene pertenencias personales que haya que buscar?"

Ella señaló con el mentón el bolso a sus pies. Le pareció detectar una mirada de sorpresa en sus ojos, pero pasó de manera tan veloz que ella no estaba segura.

"Recibirá cincuenta libras anuales, pagadas trimestralmente. Y se le permitirá unas cuantas horas de asueto personal los domingos".

Lark asintió. Era un salario generoso, pero ella no estaba aquí por los ingresos. Las horas de uso personal eran, sin embargo, de valor incalculable.

De manera imprevisible, se puso en pie en un movimiento fluido. Lark también se puso en pie y se dio cuenta de inmediato de la altura notable del hombre y su fuerza magra en comparación con la silueta más pequeña de ella. Siempre había odiado la manera en que su cuerpo pequeño parecía siempre incitar suposiciones de desvalimiento o fragilidad. Ella no era ninguna de las dos cosas. Pero en ese momento, parada delante de su nuevo jefe, sintió un destello de vulnerabilidad.

Echando la cabeza hacia atrás, hizo un esfuerzo consciente por devolverle la mirada de forma directa. Aunque era completamente capaz de mostrar una deferencia y respetos correctos, nunca había sido timorata ni iba a empezar a serlo con este lord. No importa cuán intensamente intimidante o apuesto que fuese el hombre.

¿Apuesto? No quería decir eso.

Warfield era intenso, oscuro, frío. Algunas personas podrían considerar que sus rasgos angulares y ojos cristalinos eran apuestos, una combinación potente. Pero no ella.

Él era un medio para un fin. Nada más.

"Haré que un lacayo le lleve a sus aposentos. Comenzará sus tareas a primera hora de la mañana".

"Prefiero empezar esta noche".

Los músculos de su mandíbula se tensaron y soltaron otra vez. "Si insiste. Las cuentas se guardan en las habitaciones del ama de llaves si desea empezar a familiarizarse con ellas. Gideon es mi mayordomo y puede ayudarla con cualquier otra cosa que necesite".

Lark asintió. "¿Y, a quién he de notificar las cosas?" ¿No hay señora de la casa?"

"No la hay".

"¿Un administrador, entonces?"

Él la miró desde arriba. "No tengo administrador. Tiene que hablar directamente conmigo".

Inusual para una casa de un noble con título. Pero no era algo completamente desconocido. De todas formas, la idea de tener que ver a este hombre cara a cara regularmente le hizo hacer una pausa. Durante un medio segundo, sintió incertidumbre.

Harriet.

Le miró decidida y asintió brevemente con la cabeza. "Como desee".

La mirada del lord se estrechó, brevemente apagando la luz en sus ojos pálidos. Luego hizo un ademán con la mano, indicándole a ella que le precediera al salir de la habitación.

Lark se inclinó para tomar su bolso. Al pasar por delante de su nuevo jefe, el olor a sándalo la envolvió durante un momento. Le sorprendió. No había esperado que un hombre con la manera fría de ser del marqués y su mirada fría irradiase semejante calor.

Al cruzar el estudio, dando pasos largos, sentía de manera muy clara la presencia del marqués detrás de ella. Cuando se detuvo ante la puerta cerrada del estudio, la mano grande de él avanzó por delante de ella para girar el pomo de la puerta. Una vez más, su olor la rodeó.

Ella sintió una pesadez en las profundidades de su cuerpo. Se obligó a ignorarla.

El lacayo que la había recibido estaba esperando en el pasillo.

"Harris, lleva a la Sra. Evans a las habitaciones del ama de llaves".

El criado bajó el mentón en reconocimiento antes de girarse para guiar a Lark de vuelta por el pasillo trasero. Ella sintió la tentación de mirar atrás al marqués, pero se reprimió. No necesitaba mirar atrás para saber que él la miraba. Podía sentir su mirada silenciosa.

Lord Warfield no era lo que ella se había esperado. Pero podía lidiar con él. No iba a permitir, desde luego, que la inquietante intensidad la desviara de su propósito.

Harris la llevó a una habitación resguardada en el pasillo trasero. El camino allí era sombrío y estrecho, pero una vez que pisó el espacio reservado donde ella iba a vivir y trabajar, logró respirar hondo y profundamente. La primera respiración que había tomado desde que entró en la mansión Warfield.

Aunque no había lámparas encendidas, las cortinas, que cubrían una ventana grande a ras del jardín, estaban abiertas, dejando a la habitación en una suave luz gris. La habitación tenía un

buen tamaño. Había una alcoba profunda a su izquierda separada del resto de la habitación por medio de un biombo plegable. Más allá del biombo había una cama estrecha, un lavabo y un armario. Ante la ventana, había un robusto escritorio. Había estantes en la pared a su lado, con los cuadernos de contabilidad de la casa que serían incumbencia de ella. Y, enfrente del escritorio había un par de sillones y una mesita de té, colocados ante una pequeña chimenea de ladrillo. Una alfombra de esparto trenzado cubría el suelo.

Volviéndose hacia el lacayo que había permanecido un paso afuera de la puerta, Lark le brindó una sonrisa tensa. “Gracias, Harris, ¿tengo entendido que el mayordomo se llama Gideon?”

“Sí, señora”.

“Me gustaría verle lo antes posible. ¿Sabes si se puede organizar eso?”

“Es probable que esté con la plata a estas horas. Puedo hacerle saber su petición”.

“Gracias”.

Con una inclinación de respeto con la cabeza, el lacayo se dio la vuelta y regresó por donde habían venido.

En cuanto se quedó sola, Lark soltó una respiración profunda. No era suficiente para calmar la tensión en su cuerpo, pero era un momento de alivio por lo menos.

Lo había logrado.

Cruzando hacia las ventanas, se trenzó los dedos mientras miraba el jardín modesto. Las flores estaban descuidadas y los arbustos necesitaban ser recortados, pero era bonito de todas formas. Más allá del jardín estaban los establos, y más allá más jardines rodeados por muros que podían divisarse detrás de una fila impresionante de viviendas aristocráticas.

Casas bordeando Curzon Street.

Capítulo Dos

Alastair Blackwell avanzó en silencio por el pasadizo estrecho. Se movía usando la memoria, ya que no tenía ninguna luz de guía. Ni siquiera una sola vela parpadeante. El suelo irregular de piedra ya le era conocido desde estos últimos meses pasados, y ya no tenía que usar la mano en la pared fría para buscar la puerta al final del pasillo.

Encontró el pestillo fácilmente y la puerta se abrió sin hacer ruido. Después de pasar, la cerró con firmeza y luego aseguró el cerrojo para impedir que nadie le siguiera.

No es que lo hiciera nadie nunca.

Alastair siempre tenía mucho cuidado de que sus aventuras a medianoche permanecieran ocultas.

Subió por una escalera de caracol igualmente oscura y luego bajó por otro pasadizo que apenas tenía la anchura de sus hombros. Sus pisadas eran silenciosas al pasar por un par de puertas pequeñas antes de llegar a la puerta que buscaba. Haciendo una pausa, escuchó para ver si había movimientos más adelante. Aunque estaba seguro de que los criados no estarían despiertos y en la zona a una hora tan tarde, tenía mucha precaución. Los pasadizos secretos que recorría con tanta regularidad tenían que seguir siendo exactamente eso.

Después de asegurarse de que no había nadie, presionó la palanca discreta que liberaba la puerta. Abriéndola, entró en la biblioteca a oscuras. El panel oculto se cerró en silencio tras su paso, de manera perfecta y sin detectar.

Alastair estaba a punto de cruzar la habitación cuando le sobrevino una sensación. Una certeza instantánea. Una verdad innegable.

No estaba solo.

No estaba seguro de por qué lo sabía. No hubo ningún sonido para alertarle. No podía ver a nadie desde donde estaba parado en el rincón oscuro, entre la gran chimenea y los estantes de libros. Permaneciendo en su sitio escondido parcialmente, miró por la habitación buscando algo inusual.

Las cortinas que tapaban el banco de la ventana con cojines se habían retirado unos pocos centímetros. Solo lo justo para que la luz pálida de la luna llena fulgurase en la habitación. Eso en sí mismo le hizo detenerse, ya que las cortinas estaban casi siempre cerradas por completo.

Pero había algo más. Una sensación. Una presencia en el espacio silencioso que no tenía que estar allí.

Se quedó esperando. Inmóvil.

Y luego… un suspiro. Apenas perceptible. Un momento más tarde, la cortina fue apartada del banco de la ventana y una silueta pequeña vestida con un vestido oscuro bajó los pies al suelo. Parada en silencio, el ama de llaves se guardó un papel doblado en el bolsillo de su falda y luego se dio la vuelta y cerró las cortinas delante de la ventana. Durante un instante, su pelo claro, que estaba recogido en un moño en la nuca, se iluminó con la luz de la luna y sus rasgos se veían claramente de perfil.

Entonces la habitación se quedó totalmente a oscuras.

En el cuerpo de él se tensaron todos los músculos mientras sentía el calor surcar su sangre.

Ella no tenía que estar aquí.

No por primera vez, se arrepentía por la locura momentánea que le hizo contratar a la

joven Sra. Evans. Aunque ella había estado en lo correcto afirmando una clara falta de postulantes para los puestos de trabajo entre sus empleadas, la insolencia de ella al sacar el tema tenía que haber sido razón suficiente como para mandarla de vuelta de donde había venido. Pero Alastair había hecho lo contrario. Por alguna razón, la severa afirmación de que él la necesitaba, le hizo sentir un destello de admiración por ella. Tenía que haberlo ignorado de la misma manera en que había pasado por alto la chispa rebelde en sus ojos oscuros o el ángulo serio de su mentón.

Pero una vez que había tomado la decisión de contratarla, no podía recular. En los cuatro días que habían pasado desde entonces, la Sra. Evans había estado muy ocupada. Todas las mañanas, cuando le traía su té, se quedaba en pie delante de él con una expresión estoica y postura inmóvil. De manera eficiente y con tono comedido, le informaba de sus progresos contratando nuevas doncellas, actualizando las cuentas de la casa, y realizando pedidos de los bienes que consideraba necesarios para la gestión correcta de su casa.

Él no dudaba de sus decisiones ni sugería nada con respecto a las decisiones de ella. A pesar de su juventud y relativa falta de experiencia, gestionar el hogar de un caballero era ciertamente algo más fortaleza de ella que de él. Y, él tenía otras preocupaciones en la mente.

Aparte de esas reuniones matutinas, él nunca la veía. Ella, por lo visto había perfeccionado la expectación de ser ni vista ni oída, aunque las pruebas de su quehacer eran innegables.

Y, sin embargo… aquí estaba.

No podía haber una razón por la cual la mujer estuviera en su biblioteca a estas horas. No había motivo por el cual se alejara de sus habitaciones personales a una hora tan tarde por la noche, a menos que fuese para cumplir con obligaciones de su puesto de trabajo. Que él supiera, leer correspondencia a la luz de la luna no iba incluido en las tareas necesarias de un ama de llaves. Y no tenía sentido. Esta mujer seguramente tenía una lámpara para leer en sus aposentos privados.

Todavía ocupado con su irritación causada por la presencia de la Sra. Evans, no se dio cuenta de que ella todavía no había salido de la habitación. De hecho, una vez que se habían estirado las cortinas y la habitación estaba totalmente a oscuras, ella no se había movido siquiera.

¿Qué estaba haciendo esta curiosa criatura?

Alastair permaneció quieto como una estatua mientras permitía que sus sentidos restantes se extendieran por la habitación a oscuras. Buscaba información. Una esencia de aliento moviéndose en el aire, un sutil desplazamiento de energía, un latido de corazón delatador. Incluso en la quietud reinante, era posible detectar algún tipo de sonido si se escuchaba con suficiente atención.

Él no escuchó nada.

Respirando lentamente por la nariz, tan lentamente que ni siquiera él era capaz de discernir el aire que entraba en sus pulmones, se dio cuenta de que el olor a ella todavía seguía en la habitación. El ligero perfume de flores primaverales mezclado con algo más consistente… oscuro. Ámbar, quizás.

“¿Quién va?”

Una delicada conmoción le recorrió el cuerpo. La voz de ella estaba más cerca de él de lo que debía. Clara y segura. ¿Cómo diablos había podido moverse sin hacer ruido? Sus faldas tenían que haber hecho un sonido; el suelo crujirse. ¿Y el sonido de las llaves que una ama de llaves tenía que llevar de un lado a otro? Tenía que haber algo que delatase los movimientos de ella.

El anterior marqués había realizado unas tareas ingentes para asegurar que los pasadizos ocultos en la casa fuesen desconocidos para nadie más. Incluso los criados, que típicamente sabían más cosas acerca de la casa donde trabajaban que sus amos. Alastair necesitaba que permanecieran siendo un secreto desconocido por todos excepto para él.

Con mucho cuidado, estiró una mano por detrás de su cuerpo para encontrar y activar el mecanismo oculto con el toque más ligero de las puntas de sus dedos. El panel se abrió en silencio y él dio un paso hacia atrás de inmediato en el pasillo oscuro. Un leve cambio de la corriente del aire era lo único que permaneció de él una vez que el panel encajó en su sitio de nuevo.

Podía haber seguido por el pasadizo hasta llegar a otra salida lejos del ama de llaves, pero permaneció allí. Esperando. Escuchando.

Al cabo de solo un momento, hubo otro suspiro casi indetectable. El hecho de escucharlo sugería que estaba a solas de nuevo. Si ella hubiera querido permanecer en silencio, él dudaba haber podido oír nada. Un momento más tarde, sus pisadas y el sonido de sus faldas barriendo el suelo retrocedieron por la habitación.

Solo entonces, Alastair siguió por el pasadizo estrecho, ascendiendo por otra escalera de caracol hasta sus apartamentos privados. El libro que había querido buscar en la biblioteca podía esperar a mañana.

Tendría que tener más cuidado en adelante.

En la soledad de su dormitorio, se quitó los guantes y abrigo y luego las botas, dejando cada cosa con cuidado.

La habitación se había enfriado en su ausencia, al igual que el baño que había pedido unas horas antes. De cuclillas ante los rescoldos que todavía brillaban en la chimenea, agregó leña y turba para alimentar las llamas, luego colocó el caldero pesado de agua fría por encima del fuego. Pasaría un rato hasta que estuviera lo suficientemente caliente como para caldear su baño, pero él era un hombre paciente.

Después de cruzar hacia la puerta oculta, activó el mecanismo para abrirla. En un rincón justo dentro del pasadizo había una pequeña caja de madera. Retirando la caja, se la llevó de vuelta al fuego y se sentó en un sillón tapizado con cuero que había sido colocado a un lado para dejar sitio para la bañera grande. Dejando la caja en el suelo a su lado, la abrió y sacó unas hojas de papel y un lápiz de grafito.

Deshizo el nudo de la cuerda que ataba las hojas y las repasó, yendo deprisa hasta el final de lo último que estaba escrito en ellas. Levantando un pie, cruzó las piernas, colocando las hojas en el muslo. Posicionando el lápiz en la hoja, de manera furiosa, pero meticulosa anotó todo lo que había presenciado en la excursión de esta noche. Cada detalle, pertinente o no, cada visión cada sonido, olor y textura. No dejó nada sin escribir por temor a que su memoria no lo retuviera con claridad si dejaba de registrar incluso una menudencia. Y no tenía ni idea de qué podía ser o no importante. La verdad es que temía que todo fuese importante.

Cuando terminó de purgar todo lo que había recogido, movió las hojas hasta el principio y leyó todo lo que había escrito en las últimas semanas. Aunque él había creado esas palabras y las releía cada noche, seguía buscando algún significado más profundo, alguna pista que podía haber pasado por alto, alguna conexión o dirección.

Desgraciadamente, el misterio que se había propuesto solucionar se había formado de una manera demasiado astuta y estaba demasiado protegida. Pero no podía dejarlo ir. Le impelía su existencia misma. Definía su ser. Nunca había esperado que su vida tomase un derrotero tan inesperado, pero estaba profundamente en ello y la única salida era atravesarlo.

Habiendo crecido en una vieja propiedad lejos de Londres, Alastair había visto al hombre que le había procreado tan solo una vez, cuando había sido muy joven. No recordaba mucho de aquella visita, aparte del hecho de que activaba uno de los peores dolores de su madre. Después de eso, no tuvo ningún deseo de conocer al hombre que había suscitado tanto dolor y angustia.

Eso fue hasta hace unos pocos meses, cuando Alastair se había visto obligado a enfrentarse a ese hombre sobre los hechos detallados en las cartas que su madre había escrito pero nunca enviado. Le hizo falta hacer algunas indagaciones para descubrir que después de que el marqués se había exiliado de Inglaterra durante más de una década antes, se había ido a vivir a Venecia.

Al ser confrontado con las acusaciones de Alastair, el réprobo no había negado nada. Había estado orgulloso de sus hazañas pasadas. Pero antes de que Alastair pudiera dar algunos pasos para asegurar que su padre se enfrentara a la justicia por sus crímenes, el viejo marqués había muerto de repente en la cama mancillada de su prostituta favorita.

Como único heredero, Alastair había heredado todo lo que el primer Marqués de Warfield había dejado atrás. Incluso el escabroso recuerdo de su vida como uno de los lores más degenerados y descaradamente licenciosos que hubiera habido en Londres.

Las escrituras detallaban los pasadizos secretos en la mansión Warfield y daban explicaciones explícitas sobre cómo acceder al túnel subterráneo que iba desde la casa al edificio de carruajes vacío en los establos más allá de los jardines bordeados con paredes de la propiedad Warfield. También describían de manera innecesariamente lasciva los detalles que él y un grupo selecto de nobles habían disfrutado durante décadas antes del escándalo que finalmente había obligado al marqués a irse de Inglaterra. Los actos malvados estaban detallados en términos claros y sin adulterar por un hombre que claramente no sentía ningún remordimiento por su maldad.

Para Alastair, eran las palabras de un monstruo que había arruinado la vida de su madre sin un momento de arrepentimiento, y, como afirmaba las memorias, las vidas de innumerables otras jóvenes inocentes.

Puede que su padre escapara de la justicia, pero había otros en su hermandad que no tendrían tanta suerte. Tenían la riqueza y la posición para protegerse de las autoridades, que tendrían muy pocos recursos contra hombres de posición tan elevada, pero Alastair no tenía esas limitaciones. Anhelando la venganza y la justicia, Alastair juró ver a todos los miembros de la malvada hermandad delatados como los villanos que eran verdaderamente.

A pesar de las descripciones cándidas de su progenitor, cuando se trataba de la depravación de sus réprobos camaradas, usando iniciales u otras descripciones vagas cuando detallaba sus muchos crímenes. Todo lo que había descubierto era que había una docena de hombres en total, todos de similar posición social y riqueza. Sobre la base de algunas de sus historias y el uso frecuente del túnel secreto, estaba claro que por lo menos unos cuantos de ellos tenían casas en Londres que estaban convenientemente cercas unas u otras y cerca de la casa Warfield.

En cuanto Alastair se había ido a vivir a la casa londinense de su progenitor, había hecho lo posible por conocer a sus vecinos más cercanos. Y después de meses de cuidadosa vigilancia y sondeos, había confirmado las identidades de seis de los hombres del grupo de su padre. Pero más importante, había dado con pistas que sugerían que los caballeros estaban involucrados en algo más siniestro de lo que había esperado. Las memorias del marqués eran poéticas sobre orgías y prácticas sádicas con víctimas que no querían participar y aunque los anteriores amigos de su padre todavía disfrutaban de sus placeres preferidos, Alastair había empezado a sospechar

de su participación en algo claramente más criminal e indudablemente más condenable.

Alastair había adquirido una serie de registros financieros y los había examinado buscando alguna mención de los lores en documentos públicos y algunos privados que databan décadas pasadas. En cientos de referencias y registros de propiedades aparentemente inconexas, se había fijado en algo que aparecía con una frecuencia sorprendente. Al principio lo había achacado a ocurrencias aleatorias o coincidencias extrañas.

Pero esa negación no duró mucho.

En los últimos cuatro años, siete doncellas habían desaparecido, y cada una de ellas había estado trabajando para uno de los socios conocidos del club lascivo de su padre, bien en una casa londinense o en una propiedad campestre. Y ninguna de las mujeres había sido encontrada. De hecho, no parecía haberse hecho ninguna investigación acerca de su desaparición repentina.

Alastair no tenía ninguna duda de que la hermandad tenía algo que ver con los paraderos de esas mujeres jóvenes, cuya cifra podría ser mucho más grande si los otros miembros, todavía sin identificar tenían algo que ver con informes similares.

Sentía frustración. Con un juramento murmurado que le quemaba la garganta, enrolló los papeles de nuevo para colocarlos de nuevo en la caja encima de la libreta que contenía los lascivos escritos de su padre.

Había descubierto los informes preocupantes hace semanas, pero todavía no tenía pruebas palpables que respaldaran sus sospechas, solo llamativas coincidencias y circunstancias sugerentes que no podía ignorar. Su juramento de vengar a su madre se había convertido en casi una obsesión de revelar a los nobles y acabar por fin con la maldad que prosperaba en el corazón de la barriada más elitista de Londres.

Hasta que les destruyera por completo, la hermandad seguiría cebándose en jóvenes mujeres vulnerables. Mujeres como su madre.

Los descubriría a todos. A cada hombre. Cada casa. Cada legado sórdido.

Capítulo Tres

“No me quedo. Esta casa no es natural. ¡No lo es!”

Lark se resistió a poner los ojos en blanco. “Por favor, Jane, cálmate.” Te aseguro que no hay nada de que temer”.

La criada casi histérica la ignoró mientras metía sus escasas pertenencias en un hatillo atándolo. Lark había venido en busca de la chica después de verse con las otras doncellas esa mañana para repasar sus tareas del día y se dio cuenta de que la recién llegada no estaba. Encontró a Jane preparándose para huir.

“Lo siento, Sra. Evans, de verdad, pero hay espíritus rondando por estos pasillos. Los sentí anoche. No me quedaré para convertirme en una de sus víctimas.”

Aunque no podía descartar por completo lo que la chica afirmaba, había cierta sensación de inquietud opresiva en la casa, no podía permitirse la pérdida de una criada que había contratado recientemente. Si los susurros sobre fantasmas y espíritus empezaban a pulular entre los criados, le costaría aún más trabajo conseguir los criados que necesitaba.

“Te aseguro que no hay espíritus en esta casa. Yo misma paseaba tarde por la noche y no me encontré con fantasmas. Sin duda fueron mis movimientos lo que escuchaste”.

La joven criada pasó por el lado de Lark con una barbilla desafiante y el temor todavía en sus ojos. “No voy a correr el riesgo de ello, señora”.

Lark suspiró mientras miraba como la única criada con experiencia que se había postulado para el trabajo la semana pasada, salir por la puerta.

Luego, con un sonido de resignación, se dio la media vuelta y se fue hacia el armario de la lencería. Tenía que reunir unas cuantas cosas antes de subir a las habitaciones privadas del lord. Solo había otras tres criadas en la planta superior, y todas habían recibido la tarea de fregar y ventilar los siete dormitorios restantes, algo que ella supuso que no se había hecho desde hacía más de una década. No tenía intención de interrumpirlas en una tarea tan ardua.

Menos mal que ya había terminado con sus otras tareas matutinas, ya que tendría que atender al lord ella misma. Después de pasar su infancia en uno de los arrabales más duros del East End, Lark estaba acostumbrada a conformarse con dormir muy poco. Y, aunque se había desvelado anoche, también había despertado mucho antes de que saliera el sol, y mucho antes de que nadie más en la casa se había movido. De todas formas, después de mirar su reloj, se dio cuenta de que solo había tiempo justo para despertar al marqués y regresar a la cocina para preparar su té mientras él se ocupaba de sus abluciones matutinas. Menos mal que él prefería tomar su té en su estudio mientras leía el periódico en lugar de tomarlo en su dormitorio a primera hora de la mañana.

Debido a que el marqués no se levantaba hasta bien avanzada la mañana y sin un ama de llaves para mantenerlas sujetas a un horario correcto, las pocas criadas de la casa se habían acostumbrado a acostarse más tarde también. Fue la primera cosa que ella había cambiado cuando llegó al trabajo. Y, aunque se habían quejado al principio, ya que querían conservar sus puestos de trabajo, las mujeres le habían obedecido en este nuevo horario.

Solo por estar aquí para un fin ulterior no significaba que tenía intención de escamotear sus obligaciones. Y, la verdad era que la casa entera llevaba mucho tiempo necesitando una buena limpieza a fondo.

Mientras investigaba a su patrón como preparación de su entrevista, se había enterado de

que antes de la llegada del actual Marqués de Warfield a Londres hacía tan solo unos pocos meses, la casa Warfield había estado deshabitada mientras el anterior marqués vivía en el Continente. Eso quería decir que todos los empleados actuales solo llevaban un puñado de meses en el cargo. Lo cual significaba que era poco probable que hubieran escuchado muchos rumores sobre los otros residentes en el vecindario. Una decepción, porque los criados eran los mejores agentes para conseguir información. Por suerte, había otras maneras de conseguir la información que ella buscaba.

Ante la puerta del dormitorio del lord, se detuvo y alzó el reloj que colgaba de una trabilla en su cintura en el lado opuesto a donde llevaba la argolla con llaves que denotaban su cargo. Había llegado unos minutos temprano. Dando un paso hacia atrás de la puerta, agarró las cosas que había traído en un cesto con más firmeza y se resignó a esperar hasta la hora señalada.

Ella podía escuchar los sonidos lejanos y amortiguados y los murmullos bajos de las criadas mientras fregaban los suelos de una habitación cercana. Los pasos de un lacayo se podían oír bajando las escaleras de servicio, seguramente caminando a realizar alguna tarea asignada por el mayordomo.

Aunque solo habían hablado muy brevemente en los pocos días que ella llevaba aquí, Remus Gideon había demostrado ser como tantos mayordomos británicos. Sombrío, imperioso, y muy posiblemente mayor que el tapiz medieval que colgaba en la biblioteca. Sospechaba que había una grieta en su manera de ser tan correcta, y, aunque ella no la había descubierto todavía, lo haría.

Mirando su reloj de nuevo, constató que le quedaban otros treinta segundos.

Prestando atención a la habitación que estaba tras la puerta, escuchó para saber si había movimientos que indicasen si el marqués ya se había levantado. Había pasado suficientes años como criada de planta para entender la importancia de estar lo más preparada posible para lo que te pudieras encontrar tras una puerta cerrada.

No escuchó nada.

En silencio y con eficiencia, abrió la puerta y entró. Después de cerrar la puerta a su paso, se detuvo para permitir que sus ojos se adaptasen a la habitación mucho más oscura. Viendo el leve fulgor de los tizones en la chimenea, descansó su cesto y se fue primero para añadir leña y avivar el fuego. Trabajando con eficacia en tareas que había hecho miles de veces en mañanas como esta, se aseguró de que el fuego hubiera sido atendido antes de desplazarse hacia las ventanas. Con movimientos veloces y decisivos, corrió las cortinas para permitir que la luz de otra mañana gris y nublada se difuminara por la habitación. A menudo, hacer eso era suficiente como para despertar a un ocupante.

Pero nadie se movió en la cama.

La cama en que ella había estado evitando mirar, a pesar del raro deseo de hacer exactamente eso desde el momento en que había entrado. No tenía precedentes. Ella no tenía que sentir curiosidad por ver cómo podía ser el aspecto del lord de la casa en la cama.

Después de recuperar su cesto, se fue hacia el puesto de limpieza para colocar todo lo que haría falta para el afeitado matutino del marqués. Luego cruzó hacia el fuego y se dedicó a recoger los artículos que se habían usado en su baño la noche anterior, la toalla que había sido doblada con cuidado y colocado por encima del borde de la bañera, el paño de limpieza, también doblado ordenadamente, la pequeña pastilla de jabón en su platillo de plata.

Cuando se giró para repasar la habitación con la mirada en busca de alguna otra cosa que pudiera necesitar su atención, ya no pudo evitar mirar la gran cama con dosel. Ni podía ignorar al hombre sentado en el borde del colchón.

Ella se tensó para la reacción inevitable. Un frío helado seguido por una oleada lenta de calor. No importaba cuanto intentaba bloquear su respuesta visceral ante el marqués, era algo que iba en contra de su voluntad. Siempre. Todo lo que podía hacer era mantenerse quieta y esperar a que la sensación se disipase.

Desgraciadamente, no se iba realmente. El ardor, al menos. Solo permanecía un hervor bajo la superficie de su piel hasta que podía salir de la presencia de él y distraerse con otra cosa.

Era frustrante. E inquietante.

Menos mal que él estaba mirando hacia las ventanas en lugar de en la dirección de ella. Sus pies desnudos estaban plantados en la alfombra mientras él estaba inclinado hacia delante, descansando los codos en las rodillas abiertas. Se dio cuenta con un sobresalto que, si no fuera por la sábana que se había estirado en el regazo, habría estado completamente desnudo ante ella.

Como criatura del arrabal, donde las prostitutas ejercían en callejones contra cualquier superficie cercana, y los niños se bañaban en agua de lluvia de los canalones en las alcantarillas, Lark había visto una buena cantidad de estados de desnudez. Y, como criada, había visto a numerosos en diversos estados de vestimenta y desnudez. La desnudez no era algo que la hiciera detenerse.

Pero estaba bastante segura de que nunca había visto un cuerpo como el de Warfield.

Con músculos magros y hombros anchos, incluso encorvado como estaba, emanaba una fuerza eficiente. Este no era el cuerpo de un aristócrata blando y consentido. De hecho, no parecía haber ni un gramo de blandura en el hombre. Y, cuando alzó una mano para frotarse el vello negro en la mandíbula, Lark se encontró fascinada por el movimiento de los músculos en sus brazos y los que subían por sus costillas.

“Maldita lluvia. Otra vez”.

El murmullo del lord logró sacudir a Lark de su momentáneo desliz de la corrección.

“¿Hay algo más que necesite, milord?”

Unos ojos azules fríos la miraron. Durante un segundo, pareció tensarse. Pero fue una cosa tan sutil que no estaba segura de si lo había imaginado. No se podía negar, sin embargo, la intensidad de su mirada desde el otro lado de la habitación.

“Sra. Evans”.

Su voz era callada. Todavía llena de sueño.

La nuca de ella se erizó.

“¿Dónde está la criada?”

“Jane, que había sido asignada para despertarle, se fue esta mañana. Mary, Bridget y Tess están ocupadas con otros menesteres, milord”. Hubo una pausa en la cual él no dijo nada. Solo se quedó mirándola fijamente con sus cejas negras arqueadas. “Ya he colocado sus objetos de afeitado. ¿No tiene ayudante de cámara?”

“No”.

“¿Busca contratar a uno?” No era realmente de su incumbencia porque la competencia de los criados varones era del mayordomo, y un ayudante de cámara de un caballero, sería algo que rebasara incluso la autoridad de Gideon. Por alguna razón, no podía dejar de imaginarse al marqués parado ante el espejo mientras se rasuraba la barba en su mandíbula angular, y ese pensamiento activó otra oleada de calor en su cuerpo.

Los ojos de él se estrecharon. “Me gusta demasiado mi intimidad para tener un criado personal, Sra. Evans”.

El mensaje en su afirmación era claro: actualmente, *ella* era quien invadía su intimidad.

“Por supuesto, milord. Su té le aguarda en el estudio”.

Algo destelló en sus ojos. “Tomaré mi té en la biblioteca esta mañana”.

El cambio era inesperado, pero no había momento para preguntarse acerca de ello. “Como guste. ¿Le gustaría que le trajeran el desayuno allí también?”

“No traiga desayuno, Sra. Evans”.

Lark hizo una nueva reverencia y se encaminó hacia la puerta. Era así cada mañana. Té, pero nada de desayuno. Algunas mañanas se iba de paseo a caballo, en esos casos, pedía un baño cuando regresara. Luego se cambiaba de ropas y almorzaba con rapidez antes de salir a hacer lo que fuese que hacían lores en la ciudad.

La cocinera, una mujer alta y formidable de casi cuarenta años con el pelo cobrizo y la piel con muchas pecas, se había quejado a Lark más de una vez de cómo sus habilidades como cocinera se desperdiciaban en una casa donde los desayunos y las cenas formales eran inexistentes y los almuerzos no eran apreciados.

Antes de poder salir de la habitación del lord, él la detuvo en el umbral de la puerta con una voz dura, “Sra. Evans”.

Ella se giró para ver que se había levantado de la cama y se había puesto un batín de terciopelo negro mientras ella le había dado la espalda.

“Espero que haya un contingente completo de criados a finales de esta semana. Aumente el sueldo si es preciso”. Hizo una pausa mirando hacia abajo mientras se terminaba de atar el cinto de su batín en torno a su cintura fina. “No vuelva a mi dormitorio, Sra. Evans.” Usted es ama de llaves, no una criada común. ¿Entiende?”

Él la miró a los ojos al decir la última palabra. Sus ojos eran fríos y duros.

Algo se tensó en ella, pero podía identificarlo. Devolviéndole la mirada con orgullo, ella le hizo otra rápida reverencia. “Entendido, milord”.

Luego se marchó, cerrando la puerta sin hacer ruido tras su paso.

Imbécil.

La palabra le vino a la mente antes de poder impedirlo, pero no se desdecía. No cuando era tan aplicable.

El té que era un lujo, especialmente cuando la mezcla que el marqués tomaba era tan fina, significaba que se guardaba en una caja con cerrojo y solo el ama de llaves tenía acceso a ella. De todas las responsabilidades que le habían sido asignadas al ama de llaves de una gran casa, la creación del té era la favorita de Lark. Había una especie de magia terrenal en la tarea ritual. El lento calentar del agua, el tamizado y aplastamiento de las hojas. La maceración precisa para sacar el equilibrio correcto de potencia y sabor. Y, finalmente, la presentación artística. Aunque su patrón actual no era de la clase de persona que apreciara detalles tan finos.

Como era de esperar, para cuando llevó la bandeja cargada a la biblioteca, el marqués ya estaba allí. Vestido enteramente de negro como gustaba incluso para ropas de diario, con su mandíbula fuerte recién afeitada, había tomado asiento en la silla delante de la chimenea. Sus codos estaban apoyados en los respaldos curvados, y un tobillo estaba cruzado encima de la rodilla contraria mientras repasaba el periódico matutino que había sido correctamente prensado por el mayordomo y dispuesto encima de la mesa a su lado.

Mientras avanzaba en la biblioteca sombría, Lark experimentó la misma reacción que siempre tenía en presencia de él, pero estaba acompañada por un recuerdo visceral de la noche anterior.

Había sido mucho más tarde de las dos de la madrugada cuando, sin poder dormir, ella había sentido la necesidad de escapar del silencio de su habitación. La biblioteca de Warfield le había llamado la atención desde el primer momento en que la vio. El panelado oscuro, colores

intensos y el olor a libros encuadernados en piel. Había avanzado en silencio en la casa quieta y oscura para ocultarse tras las cortinas que rodeaban el asiento de la ventana, donde había vuelto a leer la nota de Harriet a la luz de la luna. Podía escuchar la voz de su amiga, tan familiar para ella como la suya misma, como si hubiera leído la breve carta en voz alta. Podía escuchar el dolor, la pena y la determinación que Harriet debió sentir cuando había escrito aprisa esas palabras.

Como siempre, la nota reforzaba la determinación de Lark.

Ser contratada como ama de llaves de Warfield la había acercado a Curzon Street, pero seguía sin saber qué le había ocurrido a la dulce Harriet o dónde había ido. La verdad de eso es lo que la desvelaba por las noches y lo que le impelía a actuar durante los días. Pero necesitaba hacer algo más.

Anoche la pena y la frustración por su falta de progreso habían amenazado con consumirla.

Pero en cuanto se había levantado de su rinconcito seguro y se habían cerrado las cortinas detrás de ella, bloqueando la luz de la luna, una sensación muy diferente se había apoderado de ella.

Lark siempre había sentido una especie de comunión con la noche. Cuando había sido pequeña y abandonada correteando por las calles del East End, la oscuridad y las sombras muy a menudo contenían peligros ocultos. Para poder sobrevivir, ella se había obligado a apoderarse de ellos. En la oscuridad había aprendido a desaparecer. Había aprendido a escuchar y sentir.

De manera que había sabido sin duda alguna que no había estado sola en la biblioteca anoche. Había sentido otra presencia como un murmullo bajo en la noche. Había sentido… Warfield.

Y un momento más tarde, había sentido su ausencia.

Deteniéndose ahora, al lado del sillón del lord, ella alzó la mirada para ver el rincón más distante de la habitación donde un pequeño nicho en sombras se formaba entre la chimenea de piedra y los estantes de los libros. Era un hueco pequeño, quizás de unos cincuenta centímetros de ancho y poco menos de profundidad. Pero era lo suficientemente grande para albergar a un hombre.

“Sra. Evans”.

La voz del marqués le hizo sentir un escalofrío febril en el cuerpo, empezando por su coronilla y cayendo como un fuego danzante hasta las puntas de sus dedos. Haciendo todo lo posible por no mostrar su reacción, Lark desvió la atención hacia su patrón.

La expresión de él era pesada y censurante. Lo más oscuro que había visto ella en él. Y sus ojos, penetraban directamente a través de la fachada estoica de ella. La fuerza de su mirada parecía revolver en el centro de ella. Buscando. Alterando.

“¿Sí, milord?”

“¿Tiene intención de permanecer allí parada, mirando al rincón todo el día?”

Ocultando la irritación momentánea que le había inspirado el tono de voz de él, Lark dio un paso hacia el frente para descansar la bandeja en la mesa baja delante del sillón de él. “¿Le sirvo?”

Él hizo un breve gesto con la mano. Ya estaba pendiente del periódico que tenía en las manos.

Lark sirvió el té, fuerte y oscuro como prefería él, luego añadió una cantidad adecuada de miel. Nada de azúcar. Nada de crema. Con la columna recta, descansó la taza y el platillo en la mesa a su lado.

“Si no hay nada más…”

“Se puede ir”, la interrumpió él.

Aunque le ardía en el pecho su manera displicente, ella se dio la media vuelta alejándose. Había servido a personas mucho más maleducadas y desagradables de lo que podría ser el marqués. Nunca había dejado que eso la molestara. Tenía un trabajo que hacer y eso es lo que hacía.

El comportamiento frío del marqués y su tono abrupto eran tonterías que soportar si eso le ponía al alcance de las respuestas que buscaba.

De la biblioteca, se fue a las habitaciones superiores para ver cómo iba el trabajo de las criadas. Aunque las mujeres se habían acostumbrado a una manera de trabajar más descuidada, estaban aprendiendo rápido que Lark esperaba más de ellas. Pronto serían perfectas.

Desde allí, regresó a sus habitaciones, donde redactó otro anuncio para las páginas de los criados. La casa necesitaba por lo menos una criada más de piso superior y dos de piso inferior solo para hacer que la casa fuese correctamente funcional. Más, si el marqués decidía tomar esposa y empezar una familia aunque era difícil imaginarse esto.

¿El marqués seco y meditabundo como padre? Un pensamiento terrible.

Fuese como fuese, Lark no esperaba permanecer en este trabajo lo suficiente como para que pasara eso. En cuanto encontrara a Harriet, estaría recogiendo sus ahorros sacándolas a las dos de Londres.

Capítulo Cuatro

La mujer era una rareza. A pesar de toda su corrección y recato, además de su experiencia evidente en tareas domésticas, no era para nada lo que una ama de llaves se suponía que debía ser.

La Sra. Evans puede que haya podido convencer a sus patronos anteriores de que sus maneras eran comedidas y serviles, pero a Alastair no le engañaba. El primer día, cuando estuvo parada en su estudio, su vestido sombrío y abrigo de lana empapados de la lluvia, él había sabido, debido a la seguridad y aplomo en los ojos grises de invierno de la mujer, que era más de lo que aparentaba. Y, entonces, ella se lo había demostrado con su aseveración atrevida de que él la necesitaba.

No se había equivocado.

En la semana que había pasado desde que la contrató, su casa empezó a funcionar de manera más fluida. El polvo del pasado y los ecos del residente anterior de la casa estaban siendo removidos con los pasos veloces y la cháchara animada de las criadas mientras iban atareadas refrescando toda la casa bajo las instrucciones formidables de la Sra. Evans.

Si la juventud de ella había sido alguna vez motivo de preocupación, ya ni pensaba en ello. Su ama de llaves tenía más autoridad en su dedo meñique que muchas mujeres que le doblaban en la edad.

Eso no era el asunto.

El asunto era lo que él percibía en ella bajo su barniz de competencia y eficiencia. Había una fuerza impulsando a la joven Sra. Evans. Era evidente en esos momentos breves en los cuales no podía ocultar por completo su impaciencia o la leve distracción en su mirada, a menudo acompañados por una profunda arruga en su frente, sin arrugas en otros momentos.

Pero fuesen las que fuesen sus preocupaciones interiores, no eran para nada preocupación de él. Y, tampoco eran el tema.

Él le había pedido el té en la biblioteca esta mañana por una razón muy concreta: ver si el casi encuentro de ellos dos la víspera suscitase una respuesta en ella. La respuesta a esta incógnita era preocupante.

Su mirada se había ido directamente al pasadizo bien oculto. El enfoque y la certeza de su mirada sugerían que ella no era de la clase de persona que considerase la experiencia como una imaginación. Y, aunque él no podía imaginar qué le había atraído la atención a su persona anoche, demostraba que la preocupación de él de tener que ser aún más circunspecto en sus movimientos nocturnos de lo que ya estaba siendo.

Maldita sea. Quizás debería despedir a la mujer y buscar una sustituta. Una con una mirada más torpe y una manera de ser más deslucida.

Nada más pensarlo, rechazó ese pensamiento. Había pasado demasiados meses largos sin una sola candidata cualificada para el puesto. Sin duda tendría la misma cantidad de problemas, si no más, si decidiese rechazar a la única mujer que había dado el paso al frente en todo este tiempo. Y estaba muy seguro de saber exactamente por qué había tenido tan pocas candidatas.

Las memorias garabateadas de su padre no se habían limitado a descripciones acerca de los entretenimientos que había disfrutado con la hermandad. También detallaban sus inclinaciones hacia sus propias empleadas. El réprobo había sido desvergonzado y totalmente candoroso. Su naturaleza lasciva finalmente había dado lugar a un devaneo con una mujer de

mayor peso social que poseía una familia con poder y posición. Cuando ellos habían exigido una compensación por su comportamiento lascivo, su castigo había sido el exilio.

Teniendo en cuenta lo que Alastair sabía de las peripecias implacables de su padre, podía entender por qué las criadas podían sentirse reacias o temerosas de ocupar un puesto de trabajo en la casa del Marqués de Warfield. Incluso si le declarase al mundo que él no era para nada como su progenitor, ¿por qué le debía creer nadie cuando él mismo no se lo acababa de creer?

Dejando a un lado el periódico, Alastair se puso en pie. Con zancadas largas, cruzó la alfombra antigua para quedarse en pie delante de la chimenea. Mientras miraba fijamente las llamas danzantes con las manos a las espaldas, la voz de su madre resonó en su mente, como la de un espectro que no podía esquivar y del que nunca escaparía.

El mal te consumirá, Alastair. Lo veo en tus ojos, en los ojos de él. No puedo soportarlo.

Los hilos liados del odio, la culpa y la pena se retorcían y anudaban dentro de él. La furia, y el asco surgían en él. Era casi imposible lidiar con la presión.

A Alastair le había dicho toda su vida que el hombre que le había engendrado era igual que el diablo mismo. Cuando era pequeño, las aseveraciones preocupantes de su madre le habían aterrorizado. A medida que había crecido, había llegado a entender que la mente de ella había sido marcada de manera irreversible. Y lo único que él había sabido que la ayudaba era mantenerse lejos de su vista y esperar que ella encontrara un poco de paz al no tener delante un recuerdo constante de su tormento. No fue hasta su muerte que él había sabido finalmente la verdad completa de lo que ella había soportado a manos de su padre.

Unas respiraciones profundas eventualmente aliviaron el dolor en él, tensándose en una bola densa que él podía ocultar en los recovecos de su alma.

No iba a ser consumido por el mal en el que su padre se había regocijado.

#

Más tarde, esa noche, Alastair estaba tomando un vaso de whiskey en un rincón en sombras en su club, del cual Lord Lowndes también era miembro.

Lowndes tenía su casa no muy lejos de la de Warfield. Solo una calle más allá. Se habían conocido en una fiesta dada por Lord Marlowe, otro vecino más, y se habían vuelto a encontrar en la casa de Lord Hazelton y el Conde de Altham. Aunque Lowndes era más joven, con mucho que los otros miembros sospechosos de la hermandad, Alastair había tenido la impresión clara de que el lord era uno de ellos.

Hubo demasiados comentarios ocultos del hombre, demasiadas indirectas cuando había preguntado a Alastair acerca de sus preferencias en cuanto a diversiones de caballeros. Y demasiadas conversaciones susurradas con los miembros conocidos de la hermandad de las que había sido testigo en cenas y mesas de billar.

Alastair estaba esperando profundizar en su amistad esta noche.

Llevaba un par de horas en el club y todavía no había visto al hombre. Ya habiendo extendido sus experiencias sociales más allá de su nivel normal de comodidad en toda la cháchara y las presentaciones que se había visto obligado a soportar esta noche, Alastair estaba a punto de marcharse cuando Lowndes entró en el salón del club.

Por suerte, el otro hombre le vio casi de inmediato. Su sonrisa era casi taimada cuando cruzó la habitación llegando hasta la mesa privada de Alastair.

“Milord Warfield”, constató tranquilamente, “qué placer”.

Alastair se puso en pie. “Hola, Lowndes. No sabía que fuese miembro de este club”. Una mentira fácil.

Unas cejas negras se enarcaron por encima de ojos pequeños y oscuros mientras Lowndes

señalaba la silla vacía ante la mesa. “¿Le importaría que me una a usted?”

“Para nada”.

Cuando los caballeros tomaban asiento, un lacayo se acercó con una copa de coñac a la mesa para Lowndes. El lord no se molestó en murmurar las gracias mientras miraba a Alastair sentado al otro lado de la mesa.

“Sabe, me alegra bastante toparme con usted, Warfield”.

“¿Ah, sí?” Alastair miró con tranquilidad a su alrededor, como si estuviera levemente aburrido.

“Desde luego. Verá, tengo una manera de leer a la gente, y desde hace mucho, he sospechado algo en usted”.

La mirada en los ojos negros del hombre, pretenciosa y suficiente, casi hacía que Alastair cerrara los puños. Pero logró mirar al hombre con curiosidad sugerida. “¿Y qué es eso?”

Lowndes se inclinó hacia delante con un aire conspirador. “Reconozco la mirada en sus ojos. Está buscando algo. Algo más allá de las diversiones típicas con las que nos intentamos distraer. Y, no ha logrado encontrarla, ¿verdad?”

“Esa es una observación específica y bastante intrusiva”, replicó con frialdad, esperando forzar levemente la mano del otro.

Pero Lowndes sencillamente se arrellanó en su silla y giró su copa de coñac. Mientras miraba al líquido de color ámbar que giraba en la copa, su boca adoptó una sonrisa. “Sé que tengo razón porque una vez yo era igual que usted. En posesión de un título recién heredado y toda la riqueza con la que puede soñar un hombre. En necesidad desesperada de alguna distracción digna para equilibrar la tarea de la obligación y las responsabilidades. Algo que fuese más allá de los aburridos entretenimientos con los que se conforman tantos caballeros”.

Alastair sentía trepidación en la nuca. Pero enarcó una ceja desdeñosa. “Le aseguro que he explorado a fondo todos los entretenimientos que Londres puede ofrecer”.

“¿Sí? ¿De verdad? ¿Y si yo le dijera que puedo guiarle a placeres que ni siquiera se ha podido imaginar?”

Aunque era posible que Lowndes estuviera hablando de algo totalmente desvinculado a la hermandad, los instintos de Alastair le decían otra cosa. Un momento largo pasó mientras evaluaba claramente al hombre antes de dejar que una sonrisa lentamente apareciese en su boca. “Tendría que decirle que mi imaginación es bastante buena”.

“Quizás”, Lowndes concedió. La arrogancia del lord era tan densa como su pomada para el pelo. Pero entonces se inclinó hacia delante con un destello conspirador en la mirada. “¿Pero ha tenido alguna vez la oportunidad de explorar a *fondo* sus deseos más básicos?”

Alastair estrechó los ojos, pero no contestó.

Lowndes bajó la voz. “¿Se ha preguntado alguna vez cómo podría ser dar rienda suelta a sus deseos más primitivos y experimentar los placeres que nuestra sociedad civilizada ha considerado… inaceptables?”

Alastair enarcó una ceja y miró a los ojos oscuros del hombre. “No estoy seguro de saber a qué se refiere”.

Lowndes se echó atrás en su silla de nuevo, una mueca curvando su boca. “Ah, pero siente intriga. Sabía que lo sentiría. Voy a ser anfitrión de una fiesta privada la semana que viene. Solo un aperitivo de lo que estoy hablando. Creo que lo disfrutaría”.

Alastair bebió un trago largo de su bebida para ocultar su anticipación. Esto podría ser exactamente lo que había estado esperando. Luego sonrió. “Si eso es una invitación, acepto”.

Lowndes sonrió al levantar su copa. “Sería un tonto en no hacerlo”.

#

Alastair se despertó a la mañana siguiente cuando una de las criadas del piso superior abría las cortinas y removía los rescoldos en la chimenea. Ignoró la leve decepción al no ver la pequeña y oscura silueta de la Sra. Evans moviéndose por la habitación en silencio. La visión de su ama de llaves en la intimidad de su dormitorio la mañana anterior le había pillado desprevenido y sin estar preparado para contener completamente las respuestas físicas que ella despertaba en él sin darse cuenta.

Por lo menos la mujer hizo caso de sus instrucciones para asegurar que no hubiera una recurrencia de ello.

Esperó hasta que la criada terminara con sus tareas y saliese del dormitorio antes de levantarse. Un vistazo por la ventana sugería que sería una buena mañana para pasear a caballo. El aire fresco sería un cambio bienvenido de los pasadizos oscuros y los salones opresivos que había estado frecuentando últimamente.

Como era de esperar, el paseo le refrescó y le ayudó a fortalecer su ánimo de cara a la noche. Desgraciadamente, su claridad mental recién hallada también le hizo darse cuenta de que no había avisado a la Sra. Evans de que esperaba invitados para cenar.

Después de darse un baño para eliminar el olor a caballo y sudor de su cuerpo, bajó a su estudio donde pidió su té. La Sra. Evans llegó unos minutos más tarde. Su ama de llaves tendría ojos velando por su regreso para tener el té preparado tan pronto.

En lugar de sentarse en su sillón con el periódico de costumbre, Alastair estaba de pie delante de la chimenea.

El cambio en su rutina no pareció molestar a la mujer, sin embargo, mientras avanzaba, balanceando la bandeja cargada de manera experta en las manos. Mantuvo la vista al frente y levemente bajada mientras se acercaba para descansar la bandeja en la mesa del té que estaba entre ellos dos.

“¿Le sirvo?”, preguntó ella. Igual que hacía siempre.

“Por favor”.

Él nunca había sido testigo del pequeño ritual que ella realizaba, ya que siempre había hecho un esfuerzo por prestar atención al artículo que estaba leyendo en lugar de su ama de llaves. Pero la miró ahora, mientras se inclinaba hacia delante para colocar una taza y platillo y luego levantó la pequeña tetera de porcelana para servir una cantidad antes de añadir la cantidad perfecta de miel para endulzar el brebaje oscuro a la medida exacta de los gustos de él. Después de remover con una cucharilla de plata, tres círculos suaves, descansó la cucharilla a un lado y alzó la taza y el platillo en las manos.

La gracia comedida y precisa de sus movimientos parecían algo casi poético. Su mirada finalmente se elevó para cruzarse con la de él mientras le llevaba el té y los músculos de Alastair se tensaron con una sutil anticipación. Como sentía tantas veces, notó una chispa de desafío en la mirada de ella. Pero en cuanto se detectó la impertinencia desapareció. Sustituida por una deferencia correcta.

Transfirió la taza y el platillo con cuidado a las manos grandes de él, asegurándose de que la piel de ellos dos no entrase en contacto. Luego dio un paso atrás y se llevó los dedos a la cintura.

“¿Le gustaría que le trajeran el desayuno aquí?”

“No desayuno, Sra. Evans”.

Su respuesta, la misma de todos los días que le preguntaba ella acerca de una comida matutina, inspiró una reacción nueva en la mujer esta vez. No era gran cosa, solo una inhalación

decidida y un ladeamiento de su cabeza.

"¿Le puedo hacer una sugerencia, milord?"

Alastair alzó una ceja. Esto era algo nuevo. Pero se sentía magnánimo después de su paseo, de manera que hizo un gesto breve con la cabeza.

"Su cocinera, la Sra. Reynard, es altamente cualificada y ama grandemente y aprecia su trabajo. Realiza una magia particular con las mermeladas. Sus conservas de rosa son verdaderamente inspiradas." Se detuvo y esa sutil luz desafiante volvió a aparecer en su mirada. "Sería una pena si ella decidiese que sus talentos excepcionales encontrasen mejor uso en otro lugar".

Una sensación cercana a la diversión se difuminó en el pecho de Alastair. La ocultó cuidadosamente y frunció las cejas. "¿Está diciendo, Sra. Evans, que mi cocinera se está aburriendo?"

La mirada del ama de llaves ni siquiera parpadeó cuando contestó, "solo estoy diciendo que podría disfrutar probar más cosas de las que es capaz de producir en las cocinas".

El ama de llaves le estaba manipulando. Y no demasiado sutilmente. Sin embargo, no parecía tener el más mínimo remordimiento al hacerlo.

"Tendré en cuenta su sugerencia", constató él finalmente. Ella asintió con la cabeza como si su conformidad estuviera garantizada. Pero cuando ella se disponía a marcharse, él la detuvo. "Sra. Evans".

Ella se volvió para mirarle, y aunque sus movimientos eran obedientes, él percibió una leve tensión en la mujer.

Él arrugó la frente. "Voy a tener unos invitados esta noche. Por lo que dice, estoy seguro de que la Sra. Reynard no tendrá problema en ofrecernos una comida impresionante a pesar del poco aviso.

"No me cabe duda que estará encantada de hacerlo, milord".

"Excelente".

"¿Hay algo más, milord?"

Alastair hizo una pausa, como si pensara a fondo la pregunta. Incluso se llevó la taza a la boca para un sorbito, soplando el vapor antes de llevarse la porcelana a los labios. Miró a la cara al ama de llaves mientras el té oscuro y dulce le bañaba la lengua.

Ella le devolvió la mirada. Sostenida y en silencio. La personificación de una criada correcta esperando la voluntad de su amo. Pero durante un momento breve, vio la verdad en sus ojos. Más que impaciencia o impertinencia, era… conciencia. Una callada aceptación de algo que no estaba él demasiado seguro que había reconocido todavía.

Su sangre se calentó y surcó su cuerpo en un veloz despertar.

Maldición.

"Eso es todo", murmuró él secamente, necesitando que la mujer se fuese antes de que la reacción física de su cuerpo se hiciera notar.

Ella bajó la mirada e hizo una reverencia antes de salir rápidamente de la habitación. Pero incluso después de que se hubiera ido, Alastair seguía tenso y frustrado. Una atracción sexual por su ama de llaves era algo totalmente inaceptable.

Y, parecía ser, totalmente innegable.

Capítulo Cinco

Un repique escueto en la puerta de Lark le hizo dejar de mirar el libro de contabilidad que estaba actualizando. La interrupción era inesperada pero bienvenida. Llevar las cuentas de la casa era una tarea ingrata y desagradable. Cualquier cosa que le pudiera obligar a dejar de hacerlo, aunque solo fuese un momento, le parecía bien.

"Pase".

La puerta se abrió dejando ver la silueta alta y antigua del mayordomo.

"Perdone la intromisión, Sra. Evans". Sus palabras siempre eran lentas y deliberadas, al igual que sus movimientos. Como si todo lo que hacía se hubiese meditado hasta los detalles más nimios y ejecutado con cuidado preciso.

Lark se puso en pie y salió de detrás de su escritorio quedándose parada al lado. Con el tono igual de formal que el del criado, ella contestó en tono parecido. "Para nada, Sr. Gideon. Bienvenido". Cuando el criado mayor cruzó el umbral de la puerta, se aseguró de que la puerta permaneciera abierta. "¿Hay algo que pueda hacer por usted?"

"Entiendo que seguramente está ocupada", constató él con un vistazo hacia el libro de contabilidad abierto en el escritorio de ella, "pero si pudiera disponer de un momento de su tiempo".

"Por supuesto. Por favor, siéntese". Ella hizo un ademán hacia la pareja de sillones colocados ante la chimenea.

El mayordomo se acercó al sillón más cercano y esperó a que Lark se uniera a él y tomar su asiento antes de sentarse él. Cuando se sentó, fue con la espalda recta y la mandíbula encajada. Sus manos descansaban encima de sus rodillas y tenía la mirada levemente bajada.

La personificación del decoro y la corrección. Como correspondía a un mayordomo.

Pero Lark se fijó en un tic delator de curiosidad suprimida en la esquina de una de sus cejas y la manera en que su dedo meñique de la mano izquierda parecía estar desesperadamente deseando empezar a dar toquecitos.

No era tan comedido como parecía.

Ella sonrió. "¿A qué se debe el placer de esta visita, Sr. Gideon?"

Una mirada bajo cejas espesas de color gris se elevó para cruzarse con la de ella. Carraspeando, se tomó su tiempo para formar las palabras.

Lark esperó con paciencia.

"Sra. Evans, lleva más de una semana en nuestro hogar," afirmó él como si ese hecho fuese una novedad para ella. Cuando ella no respondió, él asintió con la cabeza y siguió hablando. "Por razones obvias, reconozco que tenía dudas acerca de usted al principio". Su mirada parpadeó por encima de su cara y persona mientras hablaba, dejando claras cuáles eran esas razones.

Lark se obligó a no poner los ojos en blanco. Los hombres mayores siempre considerarían que la juventud y la feminidad eran un detrimento en asuntos que requerían habilidad y aptitud. De nuevo, ella no dijo nada, permitiéndole al mayordomo a decir sus palabras a su propio ritmo.

Y, unos momentos más tarde, lo hizo.

"Pero he sido testigo de su dedicación a sus tareas y su manera eficiente de gestionar sus responsabilidades".

Cuando hizo una pausa esta vez, Lark ladeó la cabeza y sonrió brevemente. “Gracias, Sr. Gideon, aprecio ese reconocimiento”.

El hombre asintió con la cabeza a su vez. Luego su columna se ablandó y se movió, descansando sus codos en los reposabrazos. Mientras él repasaba la habitación con la mirada, ella se dio cuenta de que él no había llegado todavía a explicar su verdadera intención.

“Guarda una habitación preciosa, Sra. Evans”.

“Gracias”. La habitación estaba exactamente igual que el primer día en que ella entró. Sus únicas pertenencias estaban metidas en el viejo armario tras el biombo al lado de la cama.

Cuando la atención de él se desplazó hacia la mesa de té vacía de ella por tercera vez, ella se dio cuenta de las cosas.

“Sr. Gideon, ¿puedo ofrecerle un poco de refrigerio?”

Los ojos del hombre brillaron. “Oh, eso no será necesario. No deseo ser una molestia”.

Poniéndose en pie, ella pasó por alto su negativa renuente. “No es ninguna molestia. Y creo que tengo justo lo necesario para un día tan desapacible”.

Cruzando hacia el pequeño armario, al lado de su escritorio, sacó dos tazas y platillos, y luego se metió una botella pequeña, que guardaba para una ocasión como esta precisamente, y se la metió en el bolsillo de su falda. Regresó a su invitado y cuidadosamente colocó las tazas en la mesita entre los dos sillones.

“Me temo que no puedo ofrecerle té porque todavía no he tenido una ocasión para comprar un suministro personal”, explicó ella a modo de disculpa. “Sin embargo, tengo algo un poco mejor”.

Cuando sacó la botella de whiskey escocés del bolsillo y sirvió una cantidad generosa en las tazas, los labios del anciano se curvaron en una sonrisa lenta.

Sus ojos reumáticos se cruzaron con los de ella. “Sra. Evans, creo que nos vamos a llevar muy bien sinceramente”.

Las palabras inesperadamente efusivas le inspiraron una risa mientras le pasaba al hombre su taza antes de volver a sentarse. Parecía ser que había dado con la debilidad de este hombre.

Al cabo de un momento en silencio, mientras los dos disfrutaban de la bebida potente, el mayordomo se aclaró la garganta una vez más.

“Sra. Evans, perdóneme, pero he de abordar un tema algo sensible”. La renuencia en su tono estaba teñida con una especie de protección hacia ella que le suscitó curiosidad.

“Por favor, siga”.

Sus cejas espesas bajaron mientras se inclinaba hacia delante. “Estoy seguro de que sabe que este hogar una vez tuvo una marca oscura”.

Lark asintió. Había escuchado todos los rumores antes de solicitar el puesto de trabajo. Aunque los detalles eran antiguos y algo ocultos, era bien sabido que el anterior marqués había sido un libertino y malvado hedonista. El tipo de caballero que creía que sus criadas eran su propio harén. Se había ido de Inglaterra abruptamente hace unos años y falleció en alguna parte del Continente justo antes de que el marqués actual llegó a vivir aquí.

Aunque era ciertamente posible que el hijo fuese como su padre en semejantes tendencias, no llevaba suficiente tiempo en Londres para que se afianzaran rumores de ese estilo. Y Lark no había visto pruebas de semejante comportamiento.

El mayordomo bebió otro trago antes de curvar su columna larga para relajarse un poco en el sillón.

“Cuando acepté un puesto bajo nuestro lord actual hace unos meses, fue en modo de

tentativa". Sus ojos oscuros brillaron con un sorprendente vigor. "Nunca serviría en una casa de mala fama, pero estaba dispuesto a formarme una opinión acerca del heredero aparte de la de su padre".

Lark alzó una ceja. No había esperado un punto de vista tan abierto del criado formal.

"Es un caballero sombrío, la verdad", siguió diciendo, "pero solo le he visto comportarse con toda la propiedad del mundo".

"Es bueno saberlo", contestó Lark, aunque no estaba segura de si la palabra *sombrío* era la que ella usaría para describir el patrón de ellos dos. *Meditabundo* parecía ser una descripción mucho mejor. O *enigmático.* O *fascinante*.

No, eso no. Desde luego que no.

"¿Qué más sabe de él?"

El mayordomo suspiró pesadamente, y Lark se inclinó hacia delante para echarle un poco más a su taza. Él le brindó una sonrisa agradecida. "No mucho, me temo. Solo que heredó el título hace menos de seis meses. Según se dice, nadie sabía que el anterior marqués tenía un hijo siquiera. El lord actual apareció en Londres poco después de la muerte de su progenitor. Nadie sabe de donde vino o dónde había estado, pero ciertamente no había crecido en el seno del hogar paterno".

Por lo visto, el Sr. Gideon era un poco cotilla. Perfecto.

Lark agrandó los ojos para ocultar su sonrisa. "¿Hay dudas de su legitimidad?"

Él sacudió la cabeza. "Entiendo que todo se demostró correctamente. Algo acerca de una especie de matrimonio secreto". El mayordomo barrió el aire con la mano. "Todo eso se me escapa un poco".

Interesante.

Lark consideró lo que el criado había revelado. Dudó que hubiera alguna conexión entre el marqués y la desaparición de Harriet, ya que había llegado a la ciudad en fecha reciente, pero había un claro misterio rodeando al hombre, y era innegablemente intrigante.

"Lo que quiero recalcarle, Sra. Evans, es decirle que con usted aquí con mano eficaz en la gestión de las casas, creo que es un momento apropiado para ofrecerle unas pocas referencias".

Lark parpadeó. "¿Referencias?"

Una mirada tierna apareció en los rasgos rudos de su cara. "Tengo el honor de ser abuelo de tres chicas, todas bien preparadas y correctas, que están buscando puestos. Mi nieta mayor, Lizelle ha sido doncella de piso superior desde hace varios años. Su hermana menor, Philippa, también está aprendiendo bien. Y la prima de las dos, Sadie todavía es muy joven, pero ya tiene varios años como criada de cocina. Estoy seguro de que les buscará un puesto correcto en esta casa. Pueden aportar referencias completas, claro, pero más aún, yo las avalo personalmente.

Aunque las referencias de familiares no era una rareza, ella no se había esperado esto de este hombre estoico. Por lo visto, el whiskey aflojaba más cosas que la lengua del viejo.

"Me alegraría revisar las referencias de sus nietas, Sr. Gideon, pero no puedo prometerle nada".

"Por supuesto, Sra. Evans, entiendo completamente. El asunto está completamente en sus manos y nunca propasaría mi autoridad con usted en este asunto ni en ningún otro", afirmó él y ella le creyó. "Pero son chicas cualificadas, honestas y trabajadoras. Aun así, no se las habría recomendado a usted o a esta casa si no tuviera la seguridad en su gestión".

Y la seguridad de sus virtudes.

Esto último era una suposición no articulada, intuida por la retórica inicial del mayordomo.

Lark asintió con la cabeza y una sonrisa. “Tomaré sus recomendaciones en consideración”.

“Muchas gracias, Sra. Evans”, el mayordomo expresó con un trazo de emoción auténtica. Luego bajó la mirada a su taza, la porcelana delicada cuidadosamente sostenida en sus manos artríticas, con un suspiro de decepción. “Me temo que mi taza se ha quedado vacía. ¿No ofrecería un poquito más?”

La mirada esperanzadora en sus ojos era casi dulce. Y le bastó porque Lark se inclinó hacia delante con una sonrisa para verter un poco más de bebida en sus tazas.

“Sabe, encuentro que esta zona de Londres es fascinante”, dijo ella de manera despreocupada mientras se arrellanaba en su silla. “Y, encuentro prudente al entrar en una casa nueva, aprender todo lo que pueda del barrio”.

El mayordomo asintió con la cabeza sabiamente. “Una práctica sabia”.

“Entonces, dígame, Sr. Gideon, ¿ha sabido algo interesante acerca de los hogares colindantes a Warfield?”

Capítulo Seis

Alastair estaba delante de su espejo, ladeando la barbilla para pasar la navaja por la parte inferior de su mandíbula. Tenía su traje de noche más elegante encima de la cama. La cena no iba a ser un asunto realmente formal, pero cuando venía de visita la hija de un duque, no se escatimaban elementos de decoro.

Lady Katherine Blackwell, la prima de Alastair, venía acompañada esta noche por su guardaespaldas y marido en breve plazo, Mason Hale, un matón de la zona East End de habilidades sin derrotar. Alastair solo había visto a Lady Katherine y Hale dos veces antes y no en las mejores circunstancias.

Sin que fuera culpa de ellos, Lady Katherine y su hermano pequeño, el actual Duque de Northmoor, se habían visto involucrados en un plan perpetuado por Lord Shelbourne, un miembro confirmado de la hermandad. Después de enterarse del lío de sus primos con Lord Shelbourne poco antes de la muerte del anterior marqués, Alastair no había entendido la amenaza completa hacia los hermanos Blackwell hasta poco más tarde. Para cuando les había encontrado, ellos ya habían contratado al ex-púgil como guardaespaldas formidable.

Desgraciadamente, Shelbourne había estado obsesivamente pendiente de su infame plan para desarrollar una droga especial que podría colocar a una persona en un estado soñoliento mientras conservaba sus funcionalidades físicas intactas. El anterior Duque de Northmoor había sido famoso por sus amplios conocimientos de herboristería y química. Shelbourne había engañado y manipulado a Northmoor para que trabajara para él. Cuando el duque sospechó de las intenciones deleznables de Shelbourne, fue asesinado y su trabajo robado.

Pero Shelbourne no pudo hacer que funcionara la fórmula él solo, decidió obligar al joven heredero del duque a ayudarle. Este joven tenía una reputación de ser un genio aún más grande que su padre. Por suerte, Shelbourne había fracasado más de una vez en secuestrar al niño para sus intenciones.

Alastair ya estaba realizando sus propias investigaciones sobre las actividades de Shelbourne cuando el lord secuestró a Lady Katherine en un intento de forzarla a que su hermano colaborase con él. Alastair había podido por suerte ayudar a Hale en la recuperación de su prima y lidiar con las autoridades después de que Shelbourne se mató antes de confrontar las consecuencias de sus actos y arriesgar la exposición de sus camaradas.

Basándose en lo que Alastair había podido entender de los escritos de su padre sobre las estrictas reglas de guardar secreto, no pensó que las actividades de Lord Shelbourne o su involucración con los Blackwell había sido conocida por los otros miembros de su pequeña secta. Hale, sin embargo, no había aceptado fácilmente esa aseveración. Ese hombre era un poco bruto físicamente y de temperamento. Y se tomaba su responsabilidad por la seguridad de los Blackwell muy en serio.

Alastair no se lo podía echar en cara. De hecho, estaba agradecido por ello, ya que había sido su progenitor quien había liado a su padre con Shelbourne en primer lugar. Saber que sus primos estaban siendo bien protegidos por un adversario tan capaz era un alivio considerable para él.

Cuando recibió la nota de Lady Katherine hacía unos días amablemente sugiriendo que se vieran pronto, él sospechó que el tema de conversación viraría hacia sus enemigos compartidos. Después de que su prima fuese salvada de las garras de Shelbourne, Alastair había intentado

explicar solo lo necesario para que ellos entendiesen la amplitud del peligro que inherente en seguir más adelante con el tema.

La fuerza bruta, aunque impresionante, no sería eficaz contra hombres con la clase de poder y dominio que poseía la hermandad. Alastair había hecho todo lo posible por convencerles en dejarle lidiar con el asunto a su manera. A solas.

Sospechó que no había tenido el éxito que había esperado.

"Maldita sea", murmuró cuando la cuchilla le hizo un corte debido a su falta de atención. Con la atención puesta en otras cosas, se secó rápidamente la gotita de sangre con un pañuelo antes de doblar la tela y dejarla a un lado.

Hale seguramente le insistiría para conseguir información que Alastair no podía y no quería compartir. No podía permitirse que ninguna parte de su plan fuese alterada. Con respecto a los miembros restantes de la hermandad y el mundo de Londres en general, tenía que cumplir el papel que su padre le había puesto por delante cuando tomó a la pobre joven doncella en las profundidades de su morada y brutalmente violado.

Su madre nunca se había recuperado del dolor y la indignidad de aquella noche y luego, cuando la obligaron a casarse con su atacante y los meses siguientes, cuando ella se hinchó con un hijo que nunca quiso.

Después de dejar caer su navaja de afeitar en un cuenco con agua, Alastair tomó la toalla humeante y se la llevó a la cara. La mezcla de ira, desprecio y asco ya conocida se removió en él.

No había nada que pudiera hacer para ayudar a su madre, nunca la hubo, y ella eventualmente se había liberado del dolor y la furia que la consumieron. Y su malvado y desgraciado progenitor también había encontrado su fin, aunque no era lo que había elegido. La propensión del anterior marqués para las indiscreciones le alcanzó en Venecia, cuando su vida se hizo menos valiosa que su silencio.

No importaba.

Alastair haría lo que hiciera falta para asegurarse de que la justicia recayese en aquellos que se la merecían tan correctamente.

Perdido en los recovecos de sus pensamientos, le hizo falta un momento para darse cuenta de que alguien llamaba a su puerta. La naturaleza impaciente del sonido sugería que llevaba algún tiempo llamando.

Un vistazo al reloj le indicó que tenía apenas media hora antes de que llegaran sus invitados. No había tiempo para las interrupciones. Cruzando deprisa la habitación, se echó la toalla por encima del hombro y abrió la puerta.

La Sra. Evans. Seguramente era la única persona de la casa que se atrevería a interrumpirle mientras luchaba por controlar su genio. No es que ella o nadie más supiera su estado mental actual. Pero la mujer sí que tenía un don peculiar de estar presente en los momentos más inoportunos.

"¿De qué se trata?", preguntó él cuando ella no habló de inmediato.

Su mirada había estado intensamente puesta en la cara de él, pero ante sus palabras, parpadeó y su enfoque se desvió un instante hasta bajar por su mentón antes de volver a mirarle de frente.

"Me disculpo por la interrupción, milord, pero necesito confirmar si desea recibir a sus invitados en el saloncito pequeño o en el salón formal.

El tono de ella era firme como siempre, pero Alastair se percató de cierta inseguridad en la mujer.

Cuando la mirada fija de ella en la cara de él bajó brevemente hacia abajo otra vez, él se

dio cuenta con una ráfaga de calor que era su torso desnudo, lo que estaba causando el desconcierto poco común en ella. Ella estaba haciendo un gran esfuerzo por no repasarle con la mirada mientras él estaba parado allí delante de ella sin llevar más prendas que sus calzones.

En un giro de pensamiento totalmente inapropiado, él de repente se preguntó si el tratamiento de Sra. de ella era indicativo de un estado matrimonial verdadero o sencillamente una manera de dirigirse a ella con respeto debido a su cargo como ama de llaves. La idea de que ella pudiera tener un esposo en alguna parte, le hacía sentirse claramente incómodo. E irritado.

“El salón pequeño estará bien, Sra. Evans”.

“Me encargaré de que la habitación esté preparada”.

“Lo sé”.

Cuando ella no le hizo una reverencia inmediata y marcharse, él bajó el mentón. “¿Hay alguna cosa más?”

Ella volvió a parpadear. Luego, un leve rubor le tiñó las mejillas antes de hacer una breve reverencia. “Nada más. La cocinera lo tendrá todo preparado y espera que usted esté contento con sus esfuerzos”.

“No me cabe la menor duda de que lo estaré”.

Ella volvió a hacer una reverencia y se dio la media vuelta caminando deprisa por el pasillo.

Alastair permaneció en el umbral de la puerta, mirándola. Algo en la manera de inclinar su cabeza y la eficacia de sus movimientos, le llamó la atención, aunque no era capaz de precisar por qué exactamente. Antes de que ella doblara la esquina y fuera de su vista, miró por encima del hombro. Las miradas de los dos se encontraron durante un instante, pero en ese breve momento, era como que algo agudo y sin palabras pasó entre los dos.

Él no podía definir o discernir qué significaba, pero le hizo sentir una repentina tensión en el pecho y una ráfaga de calor en la ingle. Frunciendo las cejas, él retrocedió a su habitación y cerró la puerta.

Terminó de vestirse de manera deprisa y distraída, sin embargo, el espejo le devolvía la imagen de un hombre presentable con un corbatín anudado de manera ordenada cuando miró su reflejo al salir. Le quedaban apenas diez minutos hasta que llegaran sus invitados, y tenía la sensación de que Lady Katherine sería puntual. Aunque era joven, un poco excéntrica y poco sofisticada, su prima tenía una cierta autoridad innata que Alastair no podía evitar admirar.

El saloncito estaba ubicado en la parte delantera de la casa, dando a la calle y su decoración era de color azul oscuro y verde. Si no fuese por los muebles barrocos de estilo exagerado y un exceso de ornamentaciones que el anterior marqués había preferido, el ambiente de la habitación se podría considerar acogedor. El fuego ardía dando un calor confortable, y había decantadores de cristal tallado con una variedad de bebidas, como jerez o coñac o el mejor whiskey escocés, y estaban alineados de manera ordenada en una mesa lateral.

Poco después, él escuchó el sonido inconfundible de un carruaje deteniéndose delante de la casa. Se quedó tenso. Respiró hondo y profundo, logró lentamente calmar la creciente incomodidad que sentía.

No estaba acostumbrado a socializar. Su infancia no había incluido este tipo de actividad, y una vez que se había hecho adulto, había mantenido al mínimo este tipo de actividad. En sus muchos y variados viajes, solo había socializado cuando era necesario y rara vez en un lugar íntimo. Sencillamente, había demasiado pocas personas en el mundo en cuya compañía disfrutaba.

Acababa de cruzar la habitación para quedarse parado ante la chimenea cuando Gideon

apareció en el umbral de la puerta.

"Lady Blackwell y el Sr. Hale, milord".

El tono sombrío del mayordomo se difuminó cuando el corpachón de Hale cruzó el umbral. Alto, ancho de espaldas y muy musculoso, el hombre llevaba su cabello rubio, largo y recogido en una coleta que acentuaba sus rasgos nítidos y su mirada amenazadora. En contraste notable la silueta más pequeña, mucho más femenina de la prima de Alastair. Su mano fina descansaba cómodamente en el brazo fornido del ex púgil, aunque su peinado de pelo oscuro cobrizo apenas le llegaba al hombro de su acompañante. A pesar de su modesta estatura, había una fortaleza innegable en la joven. Su vida no había sido de mimos e indulgencias a pesar de haber sido la hija de un duque, y eso se notaba.

Alastair se inclinó con corrección. "Bienvenida, Lady Katherine".

"Gracias por la invitación, primo". Lady Katherine dio un paso al frente. Había un tono de sinceridad en su voz y una sonrisa pequeña pero auténtica en sus labios. "Es agradable volver a verte".

Alastair sonrió de manera algo tensa. "Siempre un placer, milady".

Los ojos oscuros de ella brillaban con calidez. "Katherine, por favor". Luego se giró y alzó la mirada a su acompañante. "Recuerdas al Sr. Hale, claro".

"Por supuesto. Bienvenido, Sr. Hale", dijo sencillamente con un gesto con la cabeza hacia el hombre bestia al lado de ella.

"Hm."

El breve gruñido fue todo lo que el hombre dijo como respuesta.

"Por favor, tomad asiento", dijo con rigidez, señalando los muebles dispuestos delante de la chimenea. "¿Os gustaría tomar una copa mientras esperamos a que nos llamen para cenar?"

"Un clarete sería estupendo", contestó su prima.

Alastair asintió y luego miró a Hale con una ceja levantada.

"Yo no quiero tomar nada".

El rechazo de Hale no le sorprendió. El hombre había evitado el alcohol la noche en que Alastair había asistido a la cena en casa de su prima, también.

Lady Katherine se sentó en uno de los divanes, y Hale se sentó a su lado. Sus pies estaban muy separados, y tenía las manos descansando en los muslos mientras miraba a Alastair con una mirada aguda.

Alastair se sentó en una de las sillas con la espalda dando a la chimenea y descansó su copa de coñac en la rodilla. Mirando a su prima, levantó una ceja. "¿Confío en que Su Excelencia está bien?"

Ella le sonrió. "Ciertamente. Frederick es excepcionalmente resiliente".

Alastair había supuesto que el joven Duque de Northmoor era mucho más que eso. Si el hecho de que Shelbourne había necesitado la colaboración del muchacho para terminar el trabajo científico que su padre se había negado a realizar no daba a entender la superioridad intelectual del muchacho, su encuentro con él después de la prueba que había sufrido Lady Katherine, le había demostrado que el duque era excepcionalmente inteligente y tenía un nivel de discernimiento y madurez mucho más grande que sus doce años de edad.

"Es bueno saber eso". Su mirada se fue hacia el rostro sombrío de Hale antes de volver a mirar a Lady Katherine. "Supongo que tú y tu hermano no habéis recibido más amenazas desde la muerte de Shelbourne, ¿es así?"

"No hemos recibido ninguna. Parece ser que estabas en lo correcto en pensar que sus acciones hacia mi familia no eran conocidas por otros". Ella miró con agradecimiento a Hale.

“Además, con los diarios científicos recuperados de mi padre y destruidos, ya no hay posibilidad de que nadie pueda llevar a cabo su trabajo”.

Alastair asintió, pero no dejó de recalcar, “de nuevo, espero que me hagas saber si cambia algo con respecto a estas cosas”.

“Por supuesto”, contestó ella deprisa antes de inclinarse hacia él. “Pero he de reconocer, que aunque mis preocupaciones acerca de la seguridad de mi hermano se han calmado en gran medida, ahora me encuentro preocupada por tu seguridad, primo”.

Alastair se puso rígido para resistir el deseo de moverse bajo la mirada fija y sincera de ella. Nunca había sido objeto de la preocupación de nadie. Había experimentado desconfianza, asco, miedo y otra serie de proyecciones de su madre. Y los pocos criados que habían podido permitirse ciertamente no habían tenido ninguna incentivación por preocuparse de un niño que era tan duramente considerado por su propia madre mientras era totalmente descuidado por su padre.

“Te aseguro que no corro ningún riesgo significativo, milady”, le aseguró él, pero podía darse cuenta por la mirada que ella compartió con el hombre a su lado, que ella no iba a aceptar esta negativa tan fácilmente.

Como si recibiera una advertencia en silencio de Lady Katherine, Hale movió su cuerpo muy musculoso para descansar los codos en sus rodillas.

“Escucha, Warfield, sabemos que vas detrás de los demás del pequeño club de Shelbourne, y sabemos que no va a ser una pelea sencilla. Nos estamos ofreciendo para ayudarte, colega”.

Alastair sacudió la cabeza. “Aprecio el ofrecimiento”, contestó él con rigidez, “pero no tengo ninguna intención de poner a mis primos en mayor peligro”.

“Ni yo tampoco”, replicó Hale con rudeza. “Pero no tengo esa preocupación por mi propia persona”.

La mirada del otro hombre era sombría y oscura. Alastair recordó lo atormentado que había estado Hale la noche en que Lord Shelbourne se había llevado a Lady Katherine a su propiedad secreta en las afueras de la ciudad. Había luchado como un hombre que hubiera perdido su corazón y alma.

Y estaba claro que no iba a dejar de pelear hasta que no quedara ni una amenaza.

“Por lo que nos has dicho, esto es demasiado grande para que un solo hombre bregue con ello, Warfield”, murmuró Hale con rudeza.

Ignorando a Hale para beber un poco de su coñac, Alastair miró hacia su prima.

Los ojos oscuros de Lady Katherine se encontraron con los de él con una inteligencia calmada y segura. Alastair tuvo la impresión de que ella entendía algo de él que todavía no había decidido compartir. Cuando ella habló, su voz era calmada pero firme. “No estás solo en esto, primo”.

Sí, sí que lo estaba.

Siempre había estado solo. Era todo lo que conocía.

“Conozco personas con habilidades que podrían ser muy valiosas en tus empeños”, agregó Hale de manera críptica.

Alastair solo se podía imaginar la clase de habilidades que podrían tener gentes conocidas por Hale. Estaba a punto de argumentar que la fuerza bruta solo sería un detrimento en sus propósitos cuando recordó cómo Hale había logrado conseguir los diarios del padre de Lady Katherine recuperándolos de casa de Sheldon esa misma noche en que fue secuestrada y rescatada.

Quizás el ofrecimiento de Hale tenía algún mérito.

Gideon pisó el umbral de la puerta en ese momento para anunciar la cena. Antes de ponerse en pie, Alastair volvió a mirar a Hale.

“Lo meditaré”.

El otro hombre soltó un gruñido bajo que Alastair no se molestó en interpretar.

Capítulo Siete

Al otro lado de la entrada de servidumbre al comedor, Lark dirigía a las criadas que subían con el primer plato desde las cocinas. Las bandejas eran transferidas a los lacayos, que llevaban la comida a la mesa donde estaban los invitados del marqués. Una vez que se sirvió todo lo necesario para empezar la comida y las criadas regresaron a la cocina para preparar el siguiente plato, Lark abrió la puerta un poco para evaluar la presentación de la comida.

Los lacayos estaban a un lado, en silencio, pendientes de vasos vacíos que necesitaban ser rellenados, tenedores que cayeran al suelo o cualquier otra cosa donde necesitaban intervenir.

El tono de la cena era callado. La conversación fluía en un murmullo bajo, pero había una tensión subyacente en la habitación. Si ella tuviera que adivinar, supondría que el marqués y sus invitados no se conocían muy bien.

Con curiosidad, Lark echó un vistazo a la dama sentada a la derecha de Warfield. Era joven, seguramente más joven que Lark, y era bonita en su vestido de color azul claro y su cabello de color caoba oscuro. Había una aristocracia natural en su porte y una inteligencia bondadosa en su mirada. De los tres, ella parecía la más relajada.

A un lado de ella estaba sentado un hombre grande, fornido, con el pelo claro atado en una coleta y una voz profunda y algo ronca. Algo en él le parecía conocido. Cuando él giró la cabeza para susurrarle algo a la dama que la hizo sonreír de manera secreta, Lark pudo ver su perfil muy bien y casi jadeó de conmoción en voz alta.

Ella le había visto una vez antes, solo una, pero la experiencia se había grabado de manera indeleble en su memoria. El invitado de hombros anchos no era otro más que Mason Hale, también conocido como El Imbatible. Un boxeador famoso que se batía con todos y cualquier hombre que le desafiara en el East End. Lark había sido testigo de su último combate antes de que se retirara hace unos años y ella recordaba cada momento de esa pelea.

¿Qué diablos había hecho que Mason Hale estuviera en el comedor del Marqués de Warfield?

“Una visión chocante, ¿verdad, Sra. Evans?”

Gideon habló desde detrás del hombro de ella. Era la prueba de la conmoción de ella que él lograse acercarse a ella por detrás sin que se diera cuenta.

“¿Cuál?”, murmuró ella, mirando al mayordomo.

Él señaló con la cabeza el comedor. “El Imbatible sentado no más de veinte metros de nosotros, cenando con el marqués”.

Lark escuchó la mezcla de censura y admiración en la voz de él. Ella sonrió levemente mientras decía con astucia, “¿Era un admirador usted?”

Gideon contestó con tono burlón. “¿No lo era todo el mundo? Es una bestia en el cuadrilátero. Yo tuve la suerte de ver casi todas sus peleas.

“Yo solo vi el último combate”.

“¿De verdad?” Las cejas del mayordomo se elevaron. “¿En el White Hare de Covent Garden?”

Lark sonrió y movió la cabeza mirando de nuevo el comedor. “¿Es un amigo del marqués?”

“Pronto será familia, por lo que tengo entendido”.

“Está bromeando”, dijo ella realmente sorprendida.

“Para nada”. Ella es Lady Katherine Blackwell, hermana del Duque de Northmoor y prima del marqués. Tengo entendido que Lady Katherine y el Sr. Hale están prometidos para casarse”.

Ella se quedó conmocionada. “Eso no puede ser posible. La hermana de un duque no puede casarse con un plebeyo, menos aún un matón del East End”.

El mayordomo carraspeó. “Me parece a mí que la hermana de un duque puede hacer lo que quiera”. Bajando la voz, agregó, “Y, no me gustaría ser el hombre que le diga al Imbatible que no puede casarse con quién quiera”.

Lark estudió a la pareja con más detenimiento. Ahora que sabía de su relación, era fácil ver que estaban enamorados el uno de la otra. Aunque los indicios eran mucho más sutiles en ella, el calor y la posesión en la mirada del ex púgil eran casi embarazosos de ver.

Miró al marqués, preguntándose qué pensaba él de la pareja de su prima.

Warfield estaba sentado recto y envarado en una punta de la mesa. Su mirada era fría como siempre, no sonreía. Cuando miraba al Sr. Hale, a ella le parecía ver algo parecido a la irritación en su mirada. Pero cuando desviaba la atención hacia Lady Katherine para contestar algo que ella hubiera dicho, Lark notó un afecto levemente más suave en la manera de ser del marqués.

Ella supuso que él sentía algo de afecto por ella. O, por lo menos, una consideración favorable.

Fascinante.

Más consideraciones sobre los invitados fueron demoradas, ya que las criadas de la cocina llegaron con el siguiente plato. Un revuelo de actividad siguió eso cuando los lacayos se llevaron los platos vacíos y los reemplazaban con el plato humeante siguiente. El resto de la comida fluyó de manera impecable con Lark desplazándose para supervisar el comedor y comprobando con la Sra. Reynard para asegurarse de que tenía todo lo que necesitaba. Unas horas más tarde, los últimos platos del postre se retiraron de la mesa, y el marqués y sus invitados regresaron al salón.

Todavía a falta de suficientes empleados, Lark ayudó a las criadas a recoger en el comedor. Mañana iba a ver a las nietas de Gideon y esperaba que estuvieran tan bien entrenadas y motivadas como había asegurado el mayordomo. Había empezado a recoger las servilletas y manteles cuando escuchó a los invitados en el vestíbulo, disponiéndose a partir.

Unos momentos después de que hubiera silencio en el vestíbulo de nuevo, Lark se percató de que alguien entraba en la habitación detrás de ella.

Dándose la vuelta, se puso rígida al ver la silueta oscura y apuesta de Warfield.

Su mirada era directa, haciendo que las entrañas de ella temblaran de manera involuntaria antes de que ella lograse calmar su inquietud. Le devolvió la mirada de manera calmada. “¿Milord?” ¿Hay algún problema?”

Un momento más tarde, él contestó. “No, Sra. Evans”. Dio unos pasos en la habitación. Llenando el espacio con su presencia, dijo: “De hecho, la cena estaba maravillosamente preparada y servida de manera experta”.

“Gracias, milord.” La cocinera estará encantada de oírlo”. Lark levantó el mentón. “¿Quizás quiera decírselo usted mismo?”

Era una sugerencia impertinente, pero la Sra. Reynard había trabajado de manera excepcionalmente dura para que la cena inesperada de esa noche causara una buena impresión, y la mujer se merecía un reconocimiento correcto.

Los ojos del lord brillaron y bajó las cejas, Lark se preparó para una regañina. Él asintió

levemente con la cabeza y murmuró, “Lo haré.” Gracias, Sra. Evans”.

Ella se permitió mostrar su sorpresa, pero el hombre se dio la media vuelta de manera abrupta y salió de la habitación dando zancadas largas, seguramente camino a las cocinas.

Lark contó hasta veinte antes de llevarse la lencería de la mesa al piso de abajo para la lavandería. No quería realmente volver a encontrarse con el marqués otra vez esa noche. La cena parecía haberle puesto más nervioso que de costumbre.

Aunque el papel de ama de llaves era de gestión y supervisión, toda ama de llaves buena sabía cómo terminar las tareas de sus subordinados. Y, cuando una casa tenía tan pocos empleados como esta, se necesitaba a todo el personal cuando las tareas se desbordaban. Para cuando se terminaron todas las tareas de esa noche, lavado todos los platos y secados y guardados y toda la comida sobrante guardada con cuidado, el comedor despejado y el salón ordenado, Lark estaba anticipando descansar unas horas antes de tener que levantarse una vez más.

Menos mal que el marqués prefería dormir tarde por las mañanas.

Después de echar un último vistazo al comedor para asegurarse de que todo estaba en su sitio otra vez, cruzó el vestíbulo camino al pasillo trasero y el confort de su cama. Pasando por delante del estudio del lord, hizo una pausa al ver que había una luz encendida dentro. Alguien se había dejado una lámpara encendida.

Suspirando, cambió de dirección y entró en el estudio silencioso. Cruzó la mitad de la habitación antes de darse cuenta demasiado tarde de que la habitación no estaba vacía.

El marqués estaba sentado en su sillón favorito delante de la chimenea. Pero en lugar de su postura normalmente recta, descansaba de manera casi descuidada. Arrellanado en un rincón del sillón, tenía las piernas estiradas por delante y cruzadas a la altura de los tobillos. Su chaqueta de cenar se había dejado a un lado y sus mangas habían sido arremangadas hasta los codos. Lark se fijó en la copa de coñac vacía en la palma de una de sus manos fuertes.

Ella tenía que haber retrocedido y salido de la habitación en cuanto le vio allí sentado, mirando fijamente al retrato encima de la repisa. Pero se detuvo y miró el cuadro. Era el retrato de un caballero elegante, parado al lado de un escritorio de color oscuro, con libros apilados encima, un candelabro, una balanza y otras cosas. El caballero tenía el pelo claro y una silueta atlética. Su expresión era solemne aunque había una desconcertante sonrisa divertida en su boca y su mirada pálida de ojos estrechados, estaba dirigida hacia fuera. Ella sabía por haber visto antes ese cuadro, que era el retrato del padre del marqués, el primer Marqués de Warfield, devolviéndole la mirada.

Por alguna razón, la imagen siempre lograba hacerle sentir un escalofrío por la columna.

“¿Le encuentra apuesto, Sra. Evans?”

Las palabras oscuras del marqués la sorprendieron. Ella no tenía ni idea de cómo sabía él que ella estaba allí.

Cuando ella no contestó, él siguió hablando, “mi madre le encontraba guapo, aunque ella también afirmaba haber sido hechizada por el diablo. Supongo que el mal tiene su propio encanto. La maldad, un cierto atractivo”.

Sus palabras solo eran levemente atropelladas, sugiriendo que aunque estaba afectado por el alcohol que había consumido, no estaba totalmente ebrio. El resultado era que su manera de ser y su tono de hablar eran mucho más relajados que de costumbre. Más íntimas. El cuerpo de ella respondió de manera inesperada ante la alteración de él.

Ablandándose. Derritiéndose.

Él emitió un sonido en la garganta que podría ser una carcajada brusca o simplemente se

estaba aclarando la garganta. “Aunque no puedo imaginar que *usted* fuese alguna vez víctima de una tentación tan típica”.

Sin darse cuenta siquiera, ella se había acercado, Lark se encontró de pie al lado de su sillón. Sin querer seguir mirando hacia arriba al retrato, miró al hombre de carne y hueso a su lado.

“He tenido un conocimiento demasiado cercano de las maldades que los hombres son capaces de hacer, milord, como para encontrar atractivo el mal, incluso bajo las circunstancias más engañosas”.

Warfield se giró para mirarla. Sus ojos brillaban con una extraña luz, y sus dientes estaban tan fuertemente apretados que ella podía ver el músculo tenso en su mandíbula. Si estaba sorprendido por la contestación cándida de ella, no dio ninguna muestra”.

“¿Ve el mal en mí, Sra. Evans?”

La voz de él era pesada y oscura, el tono íntimo, como un humo negro en la noche.

Ella no podía contestar.

Y, él no la obligó a hacerlo.

Al cabo de un momento, volvió a mirar el retrato. “Mi madre sí. No estoy seguro de que ella estaba equivocada”.

¿Su madre creía que él era malvado?

La pregunta la conmocionó y quedó en su mente cuando él respiró con profundidad. “¿Cree usted que estamos destinados a ser otra versión de nuestros padres?”

“No tengo ni idea. Nunca conocí a mis padres”.

Él la miró con las cejas levantadas. “¿Una huérfana?”

“Una niña expósita. Abandonada delante de una iglesia en sus primeros días de vida”.

Aunque la mirada de él se había vuelto algo intensa y penetrante, ella no dejó de mirarle de frente. No sentía vergüenza por su pasado. Ciertamente, no por las partes de las cuales no tenía control.

“Parece sorprendido, milord. No es una cosa muy poco común”.

“Sin embargo, tengo la impresión de que no hay nada común en usted, Sra. Evans”. Luego hizo otro sonido rudo señalando el sillón enfrente del suyo. “Siéntese y cuénteme su historia”.

La falta de corrección de su orden era innegable, aunque parecía ser que estaba lo suficientemente ebrio como para no darse cuenta. O no importarle. Una vez más, ella reconoció que debería irse. Y una vez más, no lo hizo.

Dando un paso hacia delante, tomó asiento mientras él la miraba con esos ojos celestes. Penetrándola con la mirada, viéndola.

“¿Tiene algún conocimiento de quiénes podían haber sido sus padres?”

“Ninguno,” contestó ella con sencillez.

“¿Le preocupa eso?”

“No particularmente”.

Él ladeó la cabeza. “¿Qué pasó con usted cuando la encontraron?”

Ella no estaba muy segura de por qué tenía tanta curiosidad, y aunque ella nunca habría revelado tanto a cualquier otro patrón, en ese momento, no se sentían como criada y patrón. Por alguna razón, él deseaba conversar un rato. Y, a ella le parecía natural concederle ese deseo.

“Viví en un orfanato durante un tiempo. Al cabo de unos años, me marché”.

Él enarcó una ceja. “¿Se fugó?”

“Yo era una niña testaruda, y el maestro era un hombre estricto y severo. La situación se

hizo… insoportable”.

Él frunció las cejas. “¿Cuántos años tenía?”

Levemente incomodada por la atención intensa de él, ella bajó la mirada alisando una arruga en su falda con el pulgar. “Bastante joven, diría yo. Recuerdo cumplir los siete años en el orfanato, pero no recuerdo más después”.

“¿Siete años y sola en la ciudad?” Había una clara incredulidad en su voz. “¿No pasó miedo?”

“No creo. Me sentía más bien… liberada. Eventualmente, me acogieron otros niños más mayores. Compartían su comida conmigo y me dieron un lugar donde quedarme”.

“¿Una pandilla de la calle?”

“Para mí, eran mi familia”.

“¿Cuánto tiempo estuvo con ellos?”

“Varios años. Hasta que llegó el momento de hacer otra cosa”. De manera intencionada, no reveló el hecho de que otra niña huérfana unos años más joven que ella fue la inspiración para ella para dejar la calle.

El marqués ladeó la cabeza mientras sus ojos se estrecharon. “¿Por qué tengo la impresión de que hay mucho más de su historia de lo que está contando?”

Lark se permitió sonreír un poco. “Porque lo hay”.

En un intento de cambiar de tema, ella señaló el retrato ofensivo con la cabeza. “¿Sabe que podría retirarlo de allí?”

Hubo un silencio largo mientras él volvía a mirar el cuadro. La tensión regresó, ensombreciendo sus rasgos. “Lo haré. Pero todavía no”.

Estaba claro que él odiaba al hombre que había sido su progenitor, pero mientras ella le miraba viendo la imagen del hombre, ella sospechó que su odio actuaba como un carburante en él. Hacía qué era algo que ella no podía imaginarse.

Mientras el silencio se prolongaba, Lark se puso en pie lentamente. El movimiento hizo que el lord volviera a mirarla. Mirándole a los ojos, ella vio algo en sus profundidades que le llegó al alma. Era doloroso, pesado y oscuro.

“Sra. Evans”.

Su voz la recorrió como un relámpago blanco en la noche.

“¿Sí, milord?”

“¿Es ese su verdadero nombre?”, preguntó él.

Ella le miró a la cara. “Es el nombre que elegí cuando me hizo falta tener uno”.

“¿Significa eso que no hay ningún Sr. Evans?”

De nuevo, algo que él no debería de estar preguntándole. Sin embargo, ella le contestó a pesar de todo. “No lo hay”.

Hubo un breve destello de reconocimiento en los ojos de él, seguido por una pausa larga mientras los dos se miraban fijamente. Luego las cejas de él se bajaron, ensombreciendo su mirada. “¿Y su nombre de pila?”

Ella titubeó solo un momento. “Lark”.

“¿Eligió ese nombre también?”

“No, me lo pusieron en el orfanato”.

Cuando él no dijo nada más, solo limitándose a mirarla de una manera inquietante, ella hizo una rápida reverencia y murmuró, “Le dejaré a que disfrute de su velada, milord”.

Mientras se alejaba, una pequeña parte de ella anticipaba la voz oscura del marqués, llamándola con voz baja para que regresara. Pero la habitación permaneció en silencio.

A la mañana siguiente, para sorpresa de Lark, el marqués pidió que le llevaran el té de la mañana al salón de desayunos. Para conmoción de todos, *excepto* Lark, también pidió un desayuno.

Capítulo Ocho

El reloj del vestíbulo marcó la medianoche mientras Lark avanzaba sin hacer ruido por el pasillo de los criados camino a la puerta del jardín. Se había puesto su vestido de lana más oscuro y llevaba una capa con capucha. Había dejado su delantal blanco y cofia de encaje en su habitación, y llevaba el cuchillo que conservaba desde su infancia casi… cuando había sido una niña distinta en otra vida.

Una vida anterior al día en que había llegado a las puertas pesadas del Asilo Yeardley para Niñas, con Harriet acobardada por detrás de ella. A partir de ese día, los callejones oscuros y húmedos llenos de hambre y desesperación se convirtieron en algo de un pasado diferente. Pero Lark nunca olvidó las lecciones que aprendió en sus primeros catorce años de vida. Estaban demasiado profundamente grabados. Demasiado ferozmente tejidas en ella, no importa cuanto el asilo trabajase en moldearla para convertirla en una mujer joven digna de servir a las clases altas de Londres.

Los sonidos de la noche en Mayfair eran muy distintos a lo que ella estaba acostumbrada, y siempre le hacía falta tomarse unos momentos para aclimatarse al silencio relativo que permeaba la oscuridad. Las barriadas por donde ella había ido de niña habrían estado llenas de una variedad de ruidos y actividades a esta hora de la noche. El silencio relativo que la rodeaba era un poco desconcertante, aunque le consolaba saber que escucharía a alguien aproximarse desde muy lejos.

La verja en la esquina trasera del jardín de Warfield se abrió y cerró sin ruidos, como ella había esperado porque se había asegurado de que las bisagras estuviesen engrasadas. Después de pisar la zona de los establos, se detuvo para escuchar mientras contemplaba qué dirección tomar.

Su puesto como ama de llaves de la casa de Warfield, la había mantenido bastante ocupada durante las últimas dos semanas, y no había podido escaparse tanto como hubiera querido. Pero debido a que la conservación de su empleo era vital para sus intenciones, no había podido hacer gran cosa. Hasta ahora, solo se había podido escapar de esta manera tan solo dos veces. Esas veces previas habían sido para orientarse, aprenderse las sombras más profundas mientras se familiarizaba con las veredas y los callejones locales, además de qué calles tenían más tráfico y que era preciso evitar.

Su charla con Gideon el otro día había sido productiva para descubrir quiénes ocupaban algunas de las casas del vecindario, particularmente, las casas que daban a la calle Curzon.

Ahora sabía que justo al otro lado del jardín había una gran mansión antigua propiedad del Conde de Altham. Su condesa, notablemente más joven y sus cinco hijos residían más a menudo en su casa solariega, mientras el conde permanecía en la ciudad porque él participaba de manera activa en la Cámara de los Lores. A un lado de la casa Altham estaba la casa del Sr. y Sra. Elton que eran ancianos y que llevaban viviendo en su casa desde hacía más de cuarenta años. Y, más allá de ellos estaba la casa de soltero de Lord Lowndes. Al otro lado de la casa de Altham estaba la casa muy prestigiosa de Lord y Lady Hazelton, otra pareja mayor renombrada por sus obras de caridad.

Más allá de las puertas de esas casas y en la acera de enfrente de la calle Curzon había otras cuatro casas principales perteneciendo al Vizconde Marlowe, un médico, el Dr. Kirby, Lord

y Lady Dryden con sus tres hijas, dos de las cuales ya habían sido presentadas en sociedad, y una tercera que pronto terminaría sus estudios, y una casa que antes había pertenecido a Lord Shelbourne que llevaba vacía desde la muerte inusitada del viejo caballero hacía unas semanas.

Harriet había estado trabajando como doncella para las tres chicas Dryden cuando envió su nota y posteriormente desapareció.

Desplazándose con velocidad y sin hacer ruido, Lark salió de las caballerizas hasta el sendero que la llevaría a la calle Curzon. Una vez libre de las sombras más oscuras, siguió a un paso más cauteloso. Aunque era tarde por la noche en una zona residencial de elite, había alguna posibilidad de toparse con personas regresando tarde a casa después de una fiesta tarde por la noche o una velada en un club de caballeros. Ella no tenía ningún deseo de ser vista y posiblemente interrogada acerca de sus razones por estar fuera y merodeando a semejantes horas.

Al doblar en la calle Curzon, sintió algo que le avivaba los sentidos. Le hormigueaba la nuca, las orejas y los nervios. Este agudo percibir de sus sentidos era algo que había experimentado a menudo como niña de la calle, siempre que se había acercado a algún desafío particularmente grande como ratera.

Aunque ella había empezado siendo una carterista, típico para los miembros más jóvenes de la pandilla, su don para evitar las distracciones y enfocarse en los detalles que pudieran servir como aviso de peligros inminentes, pronto lograron que fuese promocionada a ser miembro de uno de los equipos que revisaban casas vacías. Se adaptó rápido a las habilidades e instintos necesarios para robar en casas y se hizo un poco famosa por su éxito en conseguir los mejores botines.

La casa de la familia Dryden era una estructura de ladrillo con columnas blancas y persianas negras. A pesar de lo avanzada la noche, muchas de las ventanas del piso principal y primer piso estaban bien iluminadas, y había unos cuantos carruajes en fila delante de la casa. Parecía ser que alguien estaba dando una fiesta.

Ella había sido advertida de que la familia asistiría a la ópera esa noche, pero por lo visto sus planes habían cambiado o no habían incluido a todos los miembros de la casa.

Posicionándose bajo el manto pesado de las ramas de un sauce, miró hacia las ventanas pequeñas del piso más alto. Una de esas ventanas había sido de Harriet. A menudo le había escrito a Lark acerca de la hermosa vista de la calle que ella compartía con otras dos criadas. Lark sabía debido a unas indagaciones cuidadosas que el único cambio en el personal de la casa había sido la partida de Harriet. Alguien en esa casa tenía que saber qué le había sucedido a su amiga y a dónde se había ido.

Ella rezó porque esta noche conseguiría algunas respuestas.

Le había hecho falta mucha persuasión y correspondencia múltiple con una vieja amiga que tenía una amiga cuya prima era una de las criadas que trabajó con Harriet, pero finalmente había logrado organizar un breve encuentro con la criada que había compartido tareas con Harriet como asistente personal a las jóvenes de la casa. Con los Dryden fuera durante esa velada, era una oportunidad perfecta para entrevistar a la joven. Lark esperó que la fiesta que no había podido anticipar no impediría que la criada pudiera hablar con ella.

Con cuidado, se aproximó a la parte trasera de la casa. Aunque había farolas iluminando la calle, también había muchos caminos oscuros que bordeaban tapias de jardines y caballerizas. Por el camino, se fijó en esquinas oscuras o escondrijos que podría aprovechar si era necesario.

Los jardines de la casa Dryden eran meticulosamente cuidados con filas perfectas de flores y ubicación simétrica de árboles y arbustos bordeando los senderos. El olor que no era desagradable, de flores marchitas y verdor que precedía el invierno, llenaba el aire.

Agazapada en el rincón de un seto alto, Lark tiró más de su capucha para taparse la cara mientras estudiaba la parte trasera de la casa, fijándose en las dos entradas y las ventanas de la planta baja. Aunque la criada tenía que verla afuera, Lark no dejó de considerar la posibilidad de que algún día tendría alguna necesidad de entrar en la casa. Tenía que acercarse más para determinar el punto de entrada más accesible, pero por lo que podía ver, no parecía ser nada muy difícil.

Desgraciadamente, no pudo detectar la presencia de la criada todavía. Esperó que la chica pudiera escaparse un momento para verla.

Sonó un poco de jolgorio de la casa, y ella se acomodó más en las sombras de la parte trasera del jardín. Unos momentos más tarde, escuchó movimiento. Furtivo e inseguro. Luego vio una cara pequeña y pálida asomando por la esquina de la casa.

"¿Hola?"

La palabra baja y susurrada hizo que Lark saliese de su escondite. "Estoy aquí", contestó avanzando rápidamente por la tapia hacia la criada, que miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos mientras se retorcía los dedos en el delantal.

"¿Eres la persona que he de ver?"

Lark se preguntó quién más podía pensar la criada que ella pudiera ser, pero le contestó con suavidad, "gracias por hablar conmigo. Solo necesito unos momentos".

"Por aquí". La chica señaló, "no puedo correr el riesgo de que me vean".

Lark siguió a la chica a una portería con entrada que les permitía ocultarse de la vista desde las ventanas. La criada, que parecía tener una edad cercana a los veintitrés años de Harriet, miró a Lark con temor.

"¿Quieres saber acerca de Harriet, no?"

"Cualquier cosa que me puedas contar sería muy de agradecer".

La chica sacudió la cabeza de manera vigorosa. "No sé gran cosa". Miró a su alrededor antes de inclinarse hacia delante. "Pero me temo que haya pasado algo malo".

El pecho de Lark se tensó. "¿Por qué?"

"La última vez que la vi fue la noche de una fiesta especial".

"¿Como especial?"

"No sé exactamente, solo que en ciertas noches cuando Lady Dryden y las tres señoritas están ocupadas en otras cosas, el patrón a veces invita a un grupo pequeño de caballeros para una velada *especial*. Ya que Harriet y yo estamos asignadas a cuidar de las señoritas, no teníamos necesidad de asistir en esa velada." La voz de la doncella bajó. "Excepto… justo cuando nos estábamos preparando para ir a dormir, a Harriet la llamaron para que bajara al piso inferior. No regresó".

La tensión de miedo que había en la voz de la chica, recorrió las venas de Lark como agua helada.

"¿No regresó? ¿No volvió a su habitación esa noche?"

"Ni al día siguiente. Ni nunca".

"¿Y sus cosas? ¿Sus efectos personales?"

"Se las llevó la Sra. Greer, el ama de llaves, sin decir ni una palabra".

Lark hizo intentos por entender lo que la criada le decía.

"¿Hay algo más, cualquier cosa, que puedas recordar de esa noche o la mañana siguiente? ¿Tienes alguna idea de quiénes eran los caballeros que asistieron a la fiesta?"

"Lo siento, pero eso es todo lo que sé. Las fiestas especiales del lord siempre son muy secretas. En general, se nos manda no salir de nuestras habitaciones durante semejantes eventos".

Lark asintió y le sonrió con agradecimiento. “Gracias. Sé que has corrido un riesgo pero lo aprecio más de lo que puedas saber”.

Un suave golpe apenas perceptible sonó al otro lado de la puerta. La chica se tensó. “Tengo que volver a entrar, pero espero que… espero que esté bien”.

“Espera”. Cuando la chica se giró, Lark la paró con una mano en el hombro. “Quiero que sepas que si alguna vez necesitas otro trabajo, si te sientes insegura aquí, yo haré todo lo que pueda por ayudarte”.

“Estoy… yo…” hubo otro golpe. “Me tengo que ir”.

Mientras la criada entró por la puerta, Lark sintió un momento de temor aplastante. La información que había conseguido de la chica asustada era la peor que podía haber esperado.

Harriet había desaparecido de su puesto de trabajo durante una fiesta privada, dejando atrás todas sus cosas. Las circunstancias eran muy sospechosas y sugerían que algo trágico le había acaecido a su querida amiga. Y, sin embargo… de alguna manera, Harriet había logrado mandarle una nota a Lark pidiéndole que no la buscara y rogándole que la perdonase. Como si hubiera hecho alguna clase de elección en su desaparición. Por lo menos le permitía a Lark seguir creyendo que su amiga estaba viva a pesar del relato de la criada aterrorizada.

Pero suscitaba más preguntas de las que contestaba. ¿Qué había pasado esa noche? ¿A dónde había ido Harriet? ¿Se había visto obligada a huir por su vida o la habían obligado a irse a alguna parte de alguna manera?

Mientras se escuchaban más ruidos de fiesta en la noche, se fue rápidamente del jardín hasta la verja trasera, luego metiéndose en las caballerizas. Aunque sus pensamientos eran caóticos, conservó los sentidos afinados para detectar la posibilidad de que alguien más estuviera desplazándose en la noche cerca. Era una vieja costumbre que ella seguramente nunca dejaría de tener.

Y, menos mal que seguía teniendo esa habilidad cuando detectó el suave ruido de una bota en la piedra y el sonido lejano de unas telas rozándose, y se metió en la sombra más oscura que bordeaba el sendero estrecho. Buscando en la oscuridad, le llevó un momento discernir la silueta solitaria que también se mantenía en las sombras mientras cruzaba la calle no lejos de ella.

Había algo preocupantemente familiar en la manera en que se movía el hombre, en silencio, de manera deliberada. Como una pantera depredadora deslizándose por la jungla de noche en lugar de un caballero paseando por Mayfair.

Contuvo el aliento sintiendo en su sangre un hormigueo de aprehensión por la columna.

Warfield.

Ella sabía que el marqués había salido esa noche, pero no tenía ni idea de que hubiera seguido en el barrio. No le habría suscitado sospechas verle paseando tarde por la noche, si no fuera por el hecho de que parecía tan interesado en mantenerse oculto como lo estaba ella.

El instinto le instó a seguirle.

Manteniéndose lo suficientemente cerca para no perderle de vista mientras se aseguraba de que él no pudiera detectar su presencia, ella le siguió hasta el otro extremo de la calle Curzon hasta una casa, que, si la información de Gideon era correcta, había estado vacía desde el fallecimiento de su dueño.

Cuando el marqués entró en el jardín de la casa abandonada y siguió de manera atrevida hasta la entrada trasera de la casa, Lark se agazapó en las sombras y miró.

¿Qué asuntos podían traer al marqués a esta casa vacía de un lord? ¿En medio de una noche oscura sin luna?

El marqués avanzó en silencio por un sendero que llevaba a la casa. Deteniéndose en una puerta trasera que parecía ser de las cocinas, se detuvo mientras un poco de viento revolvía las hojas secas cercanas al lugar donde Lark estaba escondida. Poniéndose rígido, el marqués se giró para mirar por encima del hombro. La leve luz de las estrellas cayó en sus rasgos mientras su mirada pasaba por la posición donde estaba ella.

Lark cerró los puños y bajó la barbilla. No podía verla. Ella sabía que no podía. Sin embargo, durante un segundo, sintió con certeza que él sabía que ella estaba allí, cerró los puños y bajó la barbilla. No podía verla. Ella los sabía. Sin embargo, por un instante se sintió convencida de que él sabía que estaba allí.

Mirando hacia arriba desde el borde de su capucha, Lark observó al marqués en un momento de indecisión. Luego él se giró y al cabo de un momento, la puerta delante de él se abrió y él penetró dentro de la casa oscura.

Lark esperó durante largos minutos sin contar. Manteniendo su respiración lenta y calmada, su cuerpo inmóvil. Una vez que estaba segura de que Warfield no regresaba, ella se alejó en silencio lentamente en la dirección opuesta.

Ella no tenía ni la más remota idea de lo que podía estar haciendo el marqués metiéndose en una casa vacía que le había pertenecido a un caballero que había muerto unas semanas antes. No era asunto suyo. Ella nunca debió haberle seguido en primer lugar.

Se dijo a sí misma esas cosas, pero no podía dejar de pensar en el tema. No había realmente una buena razón por la cual su patrón entrase en la casa de un lord vecino. Era casi imposible imaginarse a Warfield como ladrón, pero a ella le costaba trabajo dar con otra explicación.

Desgraciadamente, la calle Curzon se estaba llenando de actividad rápidamente cuando los invitados empezaban a marcharse de la casa Dryden. Para seguir sin ser vista, Lark se vio obligada a dar un rodeo. Los pensamientos sobre Warfield se difuminaron mientras ella prestaba atención en llegar a casa sin ser detectada.

Por lo menos la mansión Warfield estaba tranquila y en silencio al pasar por la entrada de los criados y abrirse camino por los pasillos estrechos hasta llegar a su habitación. Después de encender una vela, ella se quitó la capa y el vestido oscuro y se puso un camisón de algodón y se deshizo el moño trenzando su cabello en una trenza que le bajaba por la espalda. Sus manos temblaban al realizar esa tarea mientras sopesaba lo que le había dicho la joven criada.

¿Qué diablos le había pasado a Harriet?

Degradación, acoso y asalto eran riesgos comunes que corrían las criadas en los hogares de caballeros de mala reputación. Después de ser acosada por el hijo de un lord en uno de sus primeros trabajos, Lark siempre tenía su cuchillo a mano.

¿Había sido desflorada Harriet en la fiesta de Lord Dryden?

Ese pensamiento enfureció a Lark. Harriet era y siempre había sido una chica muy optimista. A pesar de sus comienzos duros en los bajos fondos, siempre había logrado de alguna manera encontrar la alegría y la maravilla en todas las cosas que experimentaba. Aunque Lark había intentado prepararla para los males del mundo, Harriet creía firmemente en la bondad innata de la gente.

Lark cerró los ojos y tragó el nudo que sentía en la garganta.

Dios mío, por favor, que esté bien.

Un golpe en su puerta la sacó de sus pensamientos de repente. Sintió alarma mientras miró hacia el reloj.

Era ya más de las dos de la madrugada. Demasiado tarde para la visita de nadie.

¿La había visto alguien regresando a la casa? ¿La habían espiado y seguido desde el jardín de los Dryden? ¿La había visto el marqués después de todo?

No. Ella había tomado todas las precauciones.

Tomando un viejo chal del respaldo de su silla, se cubrió los hombros. Luego adoptó una mueca desagradable y abrió la puerta solo una rendija, haciendo todo lo posible por parecer recién despertada de un sueño profundo.

El marqués, vestido de noche y oliendo a noche otoñal, llenó el estrecho y oscuro pasillo con su presencia intensa mientras apoyaba un hombro de manera casi indolente contra el marco de la puerta de ella.

Después de un súbito sentimiento de pánico, ella se aseguró a sí misma de que no había ninguna manera en que él pudiera saber de sus actividades esa noche. Cambiando su mirada a una de preocupación cautelosa, le preguntó: "¿Milord?" ¿Necesita algo?"

Hubo una pausa larga y silenciosa mientras él evaluaba lentamente su aspecto. Desde su cabello trenzado hasta su chal y camisón, y los dedos desnudos de sus pies.

Unos ojos azules claro se avivaron mientras la miraba a los ojos de nuevo. "Me pareció ver una luz encendida en su habitación cuando regresé esta noche y se me ocurrió venir a comprobar que no había ningún tipo de problema".

"Ningún problema, milord".

"Are you usually up at such an hour?"

Lark pensó rápido. "No, en realidad, no estaba despierta". Ella miró hacia abajo como si estuviera avergonzada antes de seguir hablando. "La verdad es que siento un poco de miedo de la oscuridad. Algunas noches me siento más cómoda si dejo una vela encendida. No se preocupe, milord, compro las velas con mi sueldo".

El marqués miró más allá de ella por la habitación. Su mirada se fue rápidamente del bajo fulgor de las brasas que quedaban en la chimenea, a la vela encendida al lado de su cama. Algo en su mirada la hizo mirar hacia atrás por encima del hombro. Era imposible no ver cómo sus mantas estaban todas perfectamente lisas y sin arrugar, indicándole a cualquiera que mirase, que nadie había dormido en esa cama.

Buscando en su mente para poder darle una explicación posible, miró de nuevo al marqués para ver una mueca de dolor en sus rasgos apuestos. También se dio cuenta finalmente cómo él mantenía un brazo contra su vientre, la mano presionada a su costado bajo el borde de su abrigo. Ella sintió un estremecimiento. Algo no iba bien.

Mirándole la cara de nuevo, ella se fijó en la tensión que tenía en torno a la boca. "¿Milord?"

"Ya que está despierta, Sra. Evans, ¿puedo pedirle ayuda?"

"Está herido".

"Me temo que sí".

Aunque ella tenía muchas preguntas dando vueltas en su cabeza, las ignoró prestando atención en la preocupación más inmediata. "¿Muy herido?"

Una pausa mientras sus ojos pálidos se cruzaban con los de ella. "Bastante".

Capítulo Nueve

Lark dio un paso al lado para permitirle entrar. “Entonces, pase”.

Él se apartó del marco de la puerta y dio un paso casi tropezando en la habitación de ella.

“Siéntese”, insistió ella. *Antes de que te caigas.*

Mientras se dejaba caer pesadamente en uno de los sillones ante la chimenea de rescoldos de ella, Lark volvió a avivar las brasas para que ardieran antes de llenar la tetera de agua y ponerla en el fuego a calentar. No tenía ni idea de la herida de él, pero el agua caliente siempre era útil para diversas cosas.

Después de volver a encender unas cuantas velas, se trajo dos que colocó en la mesita entre los dos sillones.

El marqués había echado la cabeza hacia atrás y cerrado los ojos. Su mano había caído del lado de su costado y descansaba en su regazo. Sus dedos y la palma de su mano estaban cubiertas de sangre, y la tela oscura de su chaleco era más oscura todavía con más sangre. Debió perder mucha sangre para estar tan débil.

El temor y la preocupación le picaban en la nuca, pero ninguna de esas emociones sería muy útil para ayudar al marqués. Él necesitaba un enfoque firme y acción decisiva.

Ella dio una palmada fuerte con las manos. “Despierte, milord”. Es necesario que permanezca despierto para esto”.

Él abrió los ojos con una mueca de feroz desagrado. Los ojos azules cristalinos de él la miraban entre párpados estrechados. “No he perdido la conciencia todavía, Sra. Evans”.

Aunque la brusquedad de su tono le erizó a ella los vellos en la nuca, se negó a dejar que el tono gélido de él la hiciera desistir. "Entonces, ¿me podrá ayudar desvistiéndose? Voy a necesitar ver qué tiene”.

Dándose la vuelta, ella buscó otros artículos necesarios. Una palangana con un poco del agua caliente de la tetera, una tela limpia, y una aguja e hilo porque estaba bastante segura de que haría falta coger puntos. Podría necesitar buscar algo de la cocina para crear un emplasto, y necesitaría más lino para usar como vendajes. Pero primero, necesitaba detener el sangrado y limpiar la herida.

Volviendo al marqués, colocó un pequeño reposapiés a su lado, desde donde podría alcanzar los artículos encima de la mesa y usar la luz de las velas de mejor manera.

Él se había quitado sus prendas exteriores tal como ella le había indicado y se aflojó el corbatín. Su camisa blanca de vestir tenía un rasgón largo y estaba empapada con una mancha roja grande que destacaba a la luz parpadeante de las velas.

Tomando la tela, la mojó en la palangana de agua. “Quítese la camisa, milord”.

Se dio cuenta del titubeo de él por el rabillo del ojo, pero él le hizo caso. Lentamente y con cierto esfuerzo.

Después de escurrir el agua de la tela, ella se giró para verle desnudo de cintura para arriba y apoyado pesadamente en el codo, descansando en el reposabrazos. Su cabeza estaba echada hacia atrás, y tenía los ojos cerrados mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas e intencionadas. Los músculos definidos de su pecho y abdomen se expandían y contraían con cada inhalación y exhalación, y su torso magro, pero poderoso estaba manchado de sangre.

Ladeando la cabeza, ella puso su atención en la herida. Medía varios centímetros y estaba

situada justo debajo de su costilla inferior. Sangre roja oscura manaba lentamente del corte.

Tenía todo el aspecto de ser una cuchillada.

No parecía ser muy profunda, pero si su pulmón o cualquier otro órgano se hubiera dañado, era posible que ella no pudiera ofrecerle mucha ayuda.

Dejando de pensar en eso, presionó la tela limpia y mojada con firmeza encima de la herida. No parecía estar sangrando tanto como ella temía, lo cual era una buena señal. Manteniendo la presión en la herida, usó la otra mano para palpar con suavidad la zona para ver si había dolor en los órganos cercanos.

Mirando con atención la cara del marqués para ver alguna señal de dolor o incomodidad, se sintió preocupada por el hecho de que él no reaccionaba para nada, ni siquiera ante la presión que ella colocó en la herida. Tenía los ojos firmemente cerrados, pero su respiración era constante de entre labios levemente abiertos y el pulso visible en su cuello era fuerte y regular.

Ella estiró una mano para tocarle la frente por si tenía fiebre. Su piel era cálida pero no caliente. Cuando retiró la mano, él abrió los ojos para mirar de manera intensa los de ella. Desde una cercanía tan próxima, ella pudo ver pequeños destellos plateados distribuidos en el azul pálido de sus ojos. A pesar de su incomodidad obvia, su mirada era intensamente directa.

“Todavía, estoy aquí, Sra. Evans”.

Ella carraspeó y luego levantó el paño para observar la herida. El sangrado se había detenido, por lo menos de momento. “Voy a necesitar limpiar la zona e intentar evaluar la profundidad de la herida”.

Él miró hacia abajo, luego inspiró con rapidez entre dientes antes de echar la cabeza hacia atrás y dirigir la mirada al techo. “Haga lo que necesite”, murmuró, “pero sea rápida”.

“¿Le gustaría algo para amortiguar el dolor?”

“No. El dolor es tolerable y mi cabeza ya da vueltas”.

Ella frunció las cejas. No creía que él hubiera perdido tanta sangre como parecía al principio. Sin embargo, sus esfuerzos por seguir consciente parecían genuinos.

Primero, limpió la sangre seca de su piel para verificar si es que había otras heridas. Él permaneció inmóvil durante todo ese proceso, aunque la aplicación de la tela mojada le puso la piel de gallina. Cuando ella vio que no había más heridas, sondeó con los dedos un poco más, incluso usando presión cuidadosa en los bordes de la herida para determinar su profundidad. Ninguna de sus acciones parecía molestar al marqués para nada. Permaneció quieto y en silencio. Los ojos cerrados o su mirada desviada en toda la prueba.

Al concluir, ella estaba bastante segura de que la herida no era tan profunda como podría haber sido. Sospechó que el chaleco de tela gruesa podría haber logrado impedir el navajazo del atacante o era posible, sencillamente, que no se había acercado lo suficiente como para causar un daño significativo.

“Voy a tener que coser la herida”.

“Hágalo”.

“¿Está seguro de que no le gustaría tomar algo para amortiguar el dolor?”

La mirada dura de él se cruzó con la de ella. “El dolor es mínimo. Haga lo que tiene que hacer”.

Lark suspiró ante la respuesta seca, pero se puso a enhebrar la aguja antes de llevar una de sus velas más cerca para arrojar más luz.

“Manténgase quieto”, murmuró ella.

Él dio un suave gruñido de reconocimiento, pero ni siquiera se movió cuando la aguja de ella le penetró la piel. El marqués parecía tener una tolerancia bastante alta al dolor.

Después de terminar la tarea, y cortar el hilo, Lark se puso en pie. Cuando Warfield se movió como para levantarse también, ella colocó una mano en su hombro. Sus dedos se tensaron ante el tacto de su piel cálida y lisa bajo la palma de su mano. “No se mueva. Tengo que ir a buscar unas cosas para preparar un emplasto para luchar contra una infección. Luego le pondré una venda”.

Él levantó la vista para mirarla con una mueca feroz durante un momento, y ella se medio esperó que la mandaría al carajo. Pero entonces él se acomodó de nuevo en el sillón. “Si es preciso hacer eso”.

Ella se apartó de él y empezó a recoger sus prendas descartadas. “Será necesario poner esto en remojo. “Con suerte, la sangre saldrá”.

“Quémelas”.

Ella hizo una pausa con su camisa manchada de rojo en la mano. “¿Perdón?”

“Quítelos de mi vista”. Él miraba directamente a otro lado mientras barría con una mano el aire hacia la palangana de agua teñida de rojo y el trapo ensangrentado. “Todo”.

Había más tensión en su cuerpo ahora que antes, cuando ella le había limpiado, sondeado y cosido la herida. Se fijó en la manera en que respiraba hondo entre labios tensos y separados en lugar de por la nariz.

De repente, su manera de comportarse, que era contradictoria, tenía sentido. El hombre podría ser que tuviera una alta tolerancia al dolor, pero ella apostaría los ahorros de su vida, que su tolerancia hacia la sangre era inexistente.

“Por supuesto, milord”, contestó ella, resistiendo una sonrisa.

Capítulo Diez

Alastair intentó relajarse en el mullido sillón mientras hacía todo lo posible por no mirar la herida en su costado. Sabía que no era una herida muy grave. Había sostenido heridas peores. Pero de todas formas, hacía esfuerzos por impedir que el olor metálico a sangre en el aire le revolviera las entrañas.

Siempre había sido así. Desde cuando era un niño pequeño y accidentalmente se había rebanado el dedo con una piedra afilada. La visión, olor, sensación, *reconocimiento* de la sangre le daba mareos y sus entrañas se tensaban ante la sensación de náuseas. Odiaba esa debilidad suya, pero había aprendido a vivir con ella. De alguna manera.

Mayormente, intentaba evitar cualquier oportunidad de mancharse de sangre o de manchar a nadie cercano. No era una expectación razonable teniendo en cuenta sus actividades actuales, pero era algo que intentaba hacer lo mejor posible. No es que no estuviera dispuesto a enzarzarse en una pelea. Solo es que prefería los métodos que había aprendido en el extranjero, que se enfocaban en cosas como puntos de presión para incapacitar a un oponente en lugar de armas que tendían a rasgar la piel.

Sin embargo, esta noche había sido inevitable.

Se había ido a la propiedad del finado Lord Shelbourne, que había permanecido vacía y esencialmente abandonada desde que el hombre se había envenenado en lugar de enfrentarse a las consecuencias de su intento fallido en obligar a los Blackwell a hacer lo que él quería. Alastair se había ido a buscar en la mansión después de que él y Hale hubieran rescatado a Lady Katherine. Pero ya había alguien rebuscando en el lugar, de manera que se había retirado. Se dio cuenta más tarde de que había sido alguien enviado por Hale para recuperar los diarios robados al padre de Lady Katherine.

Desde entonces, Alastair había logrado explorar la propiedad abandonada de manera extensa. Era una vivienda semejante a su propia casa heredada. La mansión Shelbourne tenía unos cuantos pasadizos secretos. A diferencia de su casa, había una habitación firmemente cerrada a la que no había podido acceder todavía. A pesar de múltiples búsquedas en la casa, no había podido encontrar la llave para el complicado cerrojo de hierro.

Esta noche, había regresado para intentarlo otra vez. Desgraciadamente, no era la única persona merodeando en la mansión abandonada. Se había bajado al sótano, donde estaba la puerta cerrada, cuando tropezó con un hombre vestido con un traje de lana grueso y una gorra bajada que le tapaba las greñas de pelo.

Alastair ya había dado un paso atrás cuando el otro hombre estiró un brazo. Alastair había dado un salto a un lado, pero la hoja del cuchillo en la mano le había rasgado en el costado cuando movió el brazo en un arco ancho. Mientras Alastair cayó contra la pared, el intruso se alejó en la noche.

¿Un ladrón común, quizá? ¿O un lacayo?

Aunque la herida era seguramente solo un rasguño, en cuanto sintió la pegajosidad cálida y mojada empapándole las ropas, la cabeza de Alastair había empezado a dar vueltas de inmediato, y se había visto obligado a marcharse o arriesgar perder el conocimiento allí mismo en casa de Shelbourne. Para cuando llegó a casa, casi sucumbió al mareo más de una vez.

Y, entonces… la Sra. Evans.

No tenía que haber ido a sus aposentos. No tenía que haber permitido la intimidad de sus cuidados. Pero la falta de corrección de aceptar la ayuda de su ama de llaves parecía menos arriesgada que desmayarse en su propio pasillo. Nunca habría podido cuidar de la herida él mismo. Y no quería despertar a alguna de las otras criadas que parecían todas mirarle con temerosa suspicacia cuando pasaban por su lado en los pasillos al caer la noche.

Ahora que la evidencia más significativa del sangrado había sido eliminada y la amenaza de perder el conocimiento le hubiera abandonado, otra sensación había empezado a removerse en él. Era la clase de incomodidad que no iba a aliviarse de manera tan rápida.

La Sra. Evans podría tener una mano firme y enfoque refinado en momentos de crisis, además de una habilidad excepcional cosiendo puntos, pero él no podía creer que su aparición en medio de la noche, con una cuchillada, no suscitaría la curiosidad de esa mujer inteligente.

La puerta se abrió en silencio y el ama de llaves volvió a entrar. Llevaba una jarra de barro en una mano y un cesto pequeño de telas en la otra.

Él estaba demasiado distraído por su sangre derramada como para darse cuenta antes, pero cuando la mujer cruzó la habitación cómoda, en dirección a él ahora, era imposible evitar el hecho de que estaba medio desnudo en un sillón, mientras que su ama de llaves no vestía más que un voluminoso camisón. Mirando hacia abajo, él constató los dedos de sus pies desnudos asomando bajo el dobladillo. La mujer no se había molestado en ponerse una bata antes de contestar la puerta, y el chal echado a sus hombros no servía de mucho para guardar el recato.

Ella se detuvo y ladeó la cabeza. “¿Se siente mejor?”

¿Era una pizca de diversión en su tono?

Seguramente no. Pero él pensó que ella se tendría que haber dado cuenta de su aversión hacia la sangre.

Con una mueca, él miró hacia la jarra que tenía en las manos. “¿Supongo que insistirá en untarme con alguna mezcla maloliente?”

Ella enarcó una ceja fina. “A menos que prefiera sucumbir a una fiebre de lo que sea que la cuchilla de su atacante le haya podido meter en el cuerpo. Pero, quizás prefiera una

oportunidad de pasar unos días en la cama luchando contra una infección mortífera".

Él tendría que haberse sorprendido ante el sarcasmo insolente en su voz, pero sospechó que era más típico de su manera de ser que el tono plano que escuchaba normalmente de ella.

"A pesar de mi… presentación antes, no soy tan vulnerable como parece creer".

"Una infección puede derribar a cualquiera, milord." La tozudez no permite excepciones".

Se sentía muy tentado de seguir discutiendo con ella por la sencilla satisfacción de ello, pero se dio cuenta de que eso solo causaría una demora mayor. Cuanto menos tiempo pasara en sus aposentos privados, mejor. "Bien, entonces".

Apenas reconociendo su aceptación, ella se sentó en el taburete a su lado. Colocando el cesto en el regazo, levantó la tapa de la jarra y hundió los dedos en la mezcla. Aunque había un olor terroso del emplasto, no olía tan mal como él había temido. Ella parecía evitar intencionadamente mirarle a los ojos mientras se ocupaba de la herida y la zona circundante.

El primer tacto de los dedos de ella le hizo contener el aliento. Aunque el tacto de ella era suave, la mezcla estaba fría. Aun así, Alastair sospechaba que algo más que la temperatura era la causa de que se le pusiera la piel de gallina.

Una voz en su cabeza le decía que apartara la vista como había hecho cuando ella le lavó y le cosió la herida. Pero se negó a escuchar. En vez de eso, estudió la manera en que la luz de la chimenea le bruñía el cabello claro y dorado que estaba retirado hacia atrás desde una raya central hasta la larga trenza que caía por su hombro. La textura de la trenza era lisa y recta, como las hebras del maíz, y consideró si se deslizaría por su piel tan suavemente como las puntas de sus dedos.

Hasta ese momento, él no se había permitido pensar con intensidad en el hecho de que ella estaba tocando su piel desnuda. Pero en cuanto se dio cuenta, una ráfaga de sensaciones que no tenían nada que ver con su lesión, se difuminaron por su cuerpo. Calor hormigueante, una aceleración veloz de su pulso. Un profundo tirón dolorido en su núcleo. Todo su cuerpo se tensó, resistiendo mientras sus manos se aferraban a los reposabrazos y los músculos de su barriga se tensaron.

Ella se detuvo de inmediato en su tarea y alzó la cara para mirarle. Curiosidad y una sutil preocupación brillaron en sus ojos durante un instante antes de agrandarse de repente con alarma.

Pero ella no apartó la mirada y no hizo nada por poner distancia entre ellos dos.

El tiempo se ralentizó.

Alastair miró con fascinación inquieta mientras los ojos grises atormentados de ella se oscurecieron y sus labios se separaron. Su atención se fue hacia la boca de él en un destello rápido antes de bajar la mirada a donde tenía la mano encima del abdomen de él.

La habitación de repente era demasiado cálida, quieta y oscura, mientras el aire en torno a ellos se espesaba con anticipación.

Era todo lo que él había estado intentando evitar con todos sus esfuerzos desde que esta mujer entró por primera vez en su estudio y le miró con intensidad.

Obligándose a mantener un tono de voz ecuánime, él intentó anclar el momento en algo menos… peligroso.

"¿Cómo es que se hizo tan hábil como enfermera?"

Ella desvió la mirada, prestando atención a sus suministros. "Un buen ama de llaves posee una amplia variedad de habilidades, milord".

La respuesta de ella era vaga, sin revelar nada acerca de cómo es que había adquirido semejante talento. Pero había cierta pena en su tono que sugería que la verdad era significativa y

profundamente personal.

"¿Y esto no la molesta?" ¿Curar una cuchillada en plena madrugada?"

"No, particularmente, no", contestó ella mientras mantenía la cabeza inclinada en su tarea. La naturaleza plana de su respuesta sugería un poco de aburrimiento por su parte en este tema.

Alastair levantó una ceja. "¿Es algo corriente en su experiencia?"

A él le pareció ver un pequeño tic en el borde de su boca mientras se apartaba ligeramente de él para colocar la tapadera en la jarra y luego retirar un pedazo de lino de la cesta. "No desde que me convertí en criada en casas nobles, aunque he atendido un par de lesiones causadas por batirse en duelo en años recientes". Ella hizo una pausa y le miró a la cara. "Sospecho que no ha estado dedicado a semejantes tonterías, milord."

Demasiado tarde se dio cuenta de que había llevado la conversación por un sendero que tenía que haber evitado.

Él carraspeó y miró hacia la chimenea. "Me fui a dar un paseo y me acosó un ladrón".

Ella ladeó la cabeza y sus cejas se elevaron con una mirada de curiosidad. "¿Un ladrón? ¿En Mayfair? ¡Qué… chocante"!

El tono de ella le dejó claro que no estaba para nada chocada. Sencillamente no le creía.

Él sopesó intentar convencerla, luego decidió que no decir nada era seguramente la mejor opción. Si a ella verdaderamente no le importaba, entonces forzar el tema sería contraproducente.

Pero no podía evitar preguntarse qué había vivido esa mujer en su vida para tener una actitud tan displicente ante la evidencia de violencia. Luego recordó que ella se había criado correteando por las calles de Londres. Seguramente había sido testigo de mucha violencia.

Reconocer eso le activó una sensación extraña. Como un complicado anudamiento de alguna emoción que él había olvidado el nombre o que no había conocido realmente.

Volviendo a prestar atención a su tarea, dobló la tela en un cuadrado pequeño y se lo presionó contra la herida. "Sostenga esto, por favor".

Alastair hizo lo que ella le indicó, estirando una mano por delante de su cuerpo para tapar con sus dedos los de ella durante un breve momento antes de que ella deslizara la mano. En ese segundo de contacto, sin embargo, él se fijó en la calidez y suavidad de los dedos de ella. Cuando escuchó la breve contención de su respiración, tuvo que apretar los dientes para controlar su propia reacción.

Esto, más que el dolor de los puntos cerrando su herida, era algo que le torturaba. Su cuerpo demostró ser increíblemente receptivo en captar cada gesto de la cercanía de ella. Su olor. Su calidez. El sonido del algodón rozando su piel mientras cambiaba de postura. Y, durante un breve instante, se permitió reconocer que ella seguramente estaba desnuda bajo ese voluminoso camisón antes de forzarse a apartar cada trazo de ese pensamiento en su cabeza.

Buscó una distracción y se puso a mirar los movimientos que hacía mientras usaba una fina cuchilla para cortar más tela en tiras. Manejaba el cuchillo con facilidad y gracia. En unos pocos minutos tenía un pequeño montoncito de vendas largas. Luego, con un movimiento de su pulgar, la hoja de la navaja se deslizó en su mango antes de que ella descansara la navaja encima de la mesa.

"Una herramienta muy útil", murmuró él con aprecio.

Ella alzó una comisura de la boca de una manera que él no podía describir exactamente como una sonrisa. "Ciertamente".

Luego se giró para mirarle más de frente. "Va a tener que sentarse recto para que pueda rodearle con las vendas".

“¿Sería más sencillo si me pongo en pie?”

“Si cree que puede hacerlo”.

Él gruñó como respuesta a la duda en la voz de ella mientras se ponía en pie con facilidad. Sin aviso previo de su intención, ella tuvo que apartar las rodillas mientras se ponía en pie también. La manera de dar un resoplido de ella sugería que estaba molesta mientras alcanzaba la primera tira de tela antes de girarse hacia él con una mirada de desaprobación.

Vestida como estaba y con su cabeza apenas llegándole al hombro, ella no tenía que ser nada amenazante, pero la mirada severa en sus ojos le hizo aclarar la garganta.

Presionando los dedos entre los de él por encima del sitio de la herida, ella dijo, “Lo tengo. Si puede alzar los brazos…”

Alastair levantó los brazos y trenzó los dedos detrás de la cabeza para permitirle mejor acceso a su torso. Probablemente, podría lograr ponerse la venda él solo, aunque quizás le costara un poco más de trabajo, pero la mujer parecía estar decidida a completar la tarea personalmente. Y por lo visto, él estaba de humor para torturarse con su cercanía un poco más.

Comenzando por el sitio de la herida, de manera rápida y eficiente, le rodeó el cuerpo con las tiras de lino. El acto le hizo necesario acercarse a él mientras pasaba la venda tras la espalda. Su aliento bañó su torso desnudo y su camisón revoloteaba en torno a las piernas de él. En el pase siguiente, la punta de su trenza larga le hizo cosquillas en la piel sensible de su vientre, justo por encima de la cinturilla de sus calzones. Tuvo que morderse la cara interna de la mejilla para frenar el delicado estremecimiento que le recorría la piel.

Dirigiendo su mirada a un punto en la pared, se obligó a enfocar la mirada lejos del trabajo suave, seguro de sus manos y la proximidad cercana de su calidez femenina. Los sentimientos que le recorrían eran casi insoportables. Ella era su ama de llaves, y como tal, estaba bajo su protección. Y él *no* era el depravado desgraciado que había sido su progenitor.

Terminando con la última venda, ella ató las puntas de manera ordenada y luego dio un paso atrás para evaluar su trabajo. Al cabo de tan solo un momento, su mirada empezó a vagar, recorriendo intensamente su barriga, subiendo por los contornos de su pecho, antes de frenarse torpemente en sus hombros. Carraspeando, se volvió para mirar la mesa, como si los artículos allí de repente necesitaran una gran atención por su parte.

Pero era demasiado tarde. Alastair bajó los brazos a sus costados con una pesada exhalación. Había visto el destello de aprecio en sus ojos. La manera en que sus pupilas se expandían y cómo su respiración se aceleró.

Incapaz de moverse por temor a perder el firme control que retenía sobre la reacción física de su cuerpo, permaneció inmóvil y en silencio, mirando los hombros de ella y la línea esbelta de su espalda.

“Va a necesitar cambiar la venda por la mañana. Puede llevar el resto del emplasto y las vendas a su habitación. Aplíquelo por lo menos una vez al día hasta que haya pasado la amenaza de una infección”. Se giró y le entregó la cesta que contenía la jarra y el resto de las vendas. “¿Puede subir a su habitación solo?”

Las cejas finas de ella se arquearon mientras le miraba. ¿Y, había una nota bromista en su tono de voz?

Seguro que no.

Él estrechó los ojos, preguntándose cómo respondería ella si él le pidiera ayudarle a llegar a su dormitorio. El calor le recorrió el cuerpo como una flecha en llamas.

No era una buena idea.

“Lo lograré”, dijo él con la voz brusca.

Con un leve movimiento de cabeza, ella se apartó, pero él de repente sintió un impulso. Cambiando de mano el pequeño cesto, estiró un brazo para agarrar la muñeca de ella. Dos de sus dedos se deslizaron de manera involuntaria por la palma de la mano de ella, y se puso rígida de inmediato, reaccionando. Él notó en un breve momento los pequeños callos que ella tenía antes de que levantara el mentón para mirarle a los ojos.

La garganta de él se espesó mientras habló. “Gracias, Sra. Evans”.

Curiosidad y algo más brilló en los ojos de ella. No contestó de inmediato mientras le escudriñaba el rostro en busca de algo. Pero entonces su atención bajó a la boca de él antes de caer a donde su mano le rodeaba la muñeca fina.

Aunque todo en él le hacía querer retenerla, la soltó.

Dando un paso atrás, ella se rodeó los hombros con su chal de forma más segura.

Alastair se odió a sí mismo de manera instantánea por permitir que su impulso supeditase un comportamiento de corrección. No volvería a pasar.

Inclinó la cabeza de manera respetuosa. “Buenas noches”.

“Buenas noches, milord”, contestó ella, pero había una tensión añadida en su voz que le hizo encogerse.

No fue hasta que casi alcanzó su dormitorio, cuando Alastair recordó unos cuantos detalles que no se había percatado cuando llamó a la puerta de su ama de llaves.

Ella no se había despertado con el golpe en la puerta. Estaba claro que ni siquiera había estado en la cama. Y seriamente dudaba que esa mujer tuviera el más mínimo temor a la oscuridad.

Las costumbres de dormir de su ama de llaves no tenían que ser algo que le importase para nada; sin embargo, no podía dejar de tener la impresión de que sí que eran algo que le incumbía. Y no solo porque hubo un momento esta noche en el jardín de Shelbourne cuando había percibido claramente la presencia de su ama de llaves.

Claro que no había estado allí. No podía haber estado. Pero Alastair no había podido sacarse los pensamientos sobre la mujer de la cabeza, lo cual seguramente había sido la causa de su distracción, que le permitió toparse con el otro intruso sin aviso previo.

Él había visto que la Sra. Evans realizaba sus tareas de manera firme y organizada. Aunque su juventud era innegable, su edad no impedía que tuviese experiencia obvia y habilidad. A pesar de reconocer eso, sin embargo, no podía negar que había una leve incongruencia entre su presentación y los raros vistazos que había podido obtener sobre su carácter innato. Era curioso y sugería que el aspecto correcto y deferencia constante ocultaban una naturaleza mucho menos *domesticada* de lo que ella daba a entender.

Aun así, era estúpido albergar la ridícula posibilidad de que ella había estado afuera rondando por el jardín del vecino por la noche.

Verla esta noche, vestida en un sencillo camisón blanco y un chal de lana en lugar de un vestido oscuro abrochado hasta el cuello, con su pelo claro por encima del hombro en una trenza descuidada en lugar de bajo una cofia, era imposible no verla como una mujer joven bonita que merecía su protección. Es decir, hasta que la mirada cauta de sus ojos había sustituido la soñolencia fingida y su mirada había cambiado a una de vergüenza engañosa.

Eso le irritaba. La tendencia que tenía al engaño y la ocultación.

Era bastante buena en eso además. La mayoría de las personas no habría sospechado de nada en sus maneras de ser. Pero para alguien que había pasado su infancia estudiando el rostro de su madre en busca del más mínimo cambio de humor que podía ocasionar un aluvión de crueldad, Alastair no era como la mayoría de la gente.

Se intentó convencer de que su preocupación era debido al nivel de autoridad que la Sra. Evans tenía en su casa. No podía tener una farsante de alguna clase ocupándose de la gestión de su hogar. Pero no podía engañarse. La verdad era mucho más personal.

La mujer le intrigaba.

Lark.

Era un nombre que le acosaba en sueños.

Ir a su habitación había sido un error.

Al llegar a su dormitorio, cerró la puerta al pasar y se puso lentamente a hacer sus rutinas de noche, menos el baño. Aunque le habría gustado un buen remojón, no quería estropear todos los esfuerzos que su ama de llaves había realizado en atender a su herida. Sí que se tomó la molestia en anotar todo lo que había observado y escuchado en la fiesta de Dryden y luego después cuando había ido a inspeccionar la casa vacía de Shelbourne.

Sabía por los escritos de su padre, que los miembros originales de la hermandad habían tenido las expectaciones de que cada uno de sus cargos en la secta serían traspasados a sus hijos mayores. Claro que dependía de la valía del heredero. El truco estaba en que los miembros tenía prohibido comentar la hermandad de alguna manera con nadie fuera de ella. Y eso incluía sus descendientes. Cada heredero tenía que llegar a la hermandad por su propia voluntad. Él sospechaba que Lord Lowndes era un heredero así. Alastair necesitaba que creyesen que él era otro. Unirse a ellos era la mejor manera de conseguir acceso a sus secretos y crímenes.

Incluso con las pruebas de su perfidia y maldad en la mano, conseguir justicia podría ser difícil. La hermandad había prosperado durante tantos años debido a la abundancia de riqueza y poder que poseían cada uno de sus miembros, lo cual les permitía una infinita cantidad de sobornos y medidas de seguridad para asegurarse estar seguros contra cualquier intento de revelarles o llevar acciones perversas a la justicia. Sus reglas estrictas de guardar secreto hacía que cada uno de los miembros no supiera mucho acerca de las actividades específicas de los otros miembros.

La única excepción eran las reuniones en grupo.

Tumbándose boca arriba con cuidado en la cama, cerró los ojos y se dejó arrastrar por su cansancio. Odiaba tener que asumir una fachada de canalla hedonista para convencerles de que él era uno de ellos. Pero valdría la pena cuando finalmente lograra hacerle justicia a su madre. E innumerables mujeres como ella que habían caído víctimas de los lores despiadados.

A medida que su mente y su cuerpo se suavizaban, lentamente se filtraron en su mente visiones, de la Sra. Evans, escondida en sombras a medianoche, saliendo de detrás de cortinones pesados, vestida con un voluminoso camisón de algodón con su pelo claro cayendo en ondas por sus espaldas. Sus ojos grises mirándole en la oscuridad.

Atravesándole.

A veces sentía que ella podía ver la verdad en su alma y leer los pensamientos en su cabeza… y maldecirle por ello. Tal como se maldecía a sí mismo.

Capítulo Once

A la mañana siguiente, el marqués volvió a pedir que le trajeran el té con el desayuno. Mientras la Sra. Reynard preparaba la comida, Lark le llevó la bandeja del té al cuarto de los desayunos. Aunque la habitación seguía teniendo la misma decoración exagerada que había en el resto de la casa, estaba realizado en tonos apagados de verde y gris pálido. Con el sol matutino entrando por las ventanas que daban al jardín, el espacio era casi bonito.

El marqués estaba sentado delante de la mesa pequeña, con la espalda dando a las ventanas y el periódico en sus manos.

Lark descansó la bandeja en la mesa lateral y dijo lo que decía todas las mañanas. "¿Le sirvo?"

"Por favor". La voz de él era baja y fría y totalmente típica de él, lo cual significaba que no revelaba nada acerca de cómo se encontraba esta mañana.

Cuando ella colocó la taza y el platillo al lado de su codo, él finalmente bajó el periódico. Su rostro era igual que siempre. Su piel no estaba roja, no había ningún brillo causado por un sudor febril en su piel. Mirándole a los ojos, ella no detectó ninguna dilatación de sus pupilas.

Parecía tan vitalmente apuesto como siempre. Incluso cuando sus cejas oscuras se fruncieron de manera pesada. "¿Me ha inspeccionado bien, Sra. Evans?"

Ella carraspeó y dio un paso hacia atrás. "Mis disculpas, milord". Pero no pudo reprimir añadir. "¿No hay ninguna indicación de infección?"

"Ninguna".

"¿Ha cambiado el vendaje?"

Una pausa. "Sí".

"¿Y el emplasto?"

Descansando el periódico encima de la mesa, se arrellanó en su sillón para mirarla. "¿Me desvisto para demostrarle lo bien que he seguido sus instrucciones, Sra. Evans?"

Por alguna razón, su tono rígido y severo no la intimidaban esta mañana. ¿Era eso porque le había visto a punto de perder el conocimiento a causa de un poco de sangre?

"Dudo que sea necesario", contestó ella con sencillez. "Y no quisiera que se perdiera el desayuno ahora que al fin ha decidido tomar lo que la cocinera le ofrece".

La mandíbula de él se tensó, y Lark se dio la vuelta antes de que él pudiera ver su sonrisa de satisfacción. Pero no llegó hasta la puerta antes de que él la parase.

"Sra. Evans".

Sustituyendo cualquier muestra de diversión con una expresión impasible, ella se giró para verle. "¿Sí, milord?"

Él permaneció en silencio durante un momento largo e incómodo. Su postura era fuerte y aristocrática. Su barbilla bajada y su mirada dura y directa. Ella estaba segura de que él tenía intención de regañarla por su impertinencia. Y tendría toda la razón.

Ella normalmente lograba reprimir esas tendencias. El Asilo Yeardley para Niñas había hecho una buena labor en hacerla dominar sus costumbres descaradas. Casi siempre.

Pero algo en el marqués parecía hacerla llegar al borde, como si ella le considerase un adversario en igualdad de condiciones en lugar de su patrón y un aristócrata. Era algo peligroso y ella no podía permitírselo, teniendo en cuenta lo mucho que necesitaba este puesto de trabajo.

Ella esperó pacientemente su reprimenda inevitable. Pero cuando él se limitó a mirarla

fijamente sin decir nada, ella empezó a temer que finalmente hubiera decidido que su impertinencia era motivo de despido.

No podía dejar que pasara eso.

“Milord”, empezó a decir, esperando que el tono de su voz fuese correctamente deferente.

Pero antes de que se le pudiera ocurrir algo para disculpar su impertinencia y disuadirle de sentirse ofendido, él bajó su atención al periódico.

“Por favor, asegúrese de que la cocinera incluya un poco de su famosa mermelada rosa con el desayuno de esta mañana”.

Lark asintió con un movimiento rápido de la cabeza. “Por supuesto, milord”. Luego se dio la vuelta y se escapó de prisa a las cocinas.

#

Las nietas de Gideon demostraron ser tan buenas como él había afirmado. Una vez que Lark verificase sus referencias, había hecho gestiones para que todas empezaran con sus nuevas tareas lo antes posible. Lograr que las tres chicas se aclimatasen a sus nuevos puestos le iba a ocupar casi toda la atención de Lark y la mayor parte de su tiempo durante los próximos días.

Pensamientos sobre Harriet y preguntas acerca del marqués le daban vueltas en la mente mientras se enfrascaba en sus obligaciones como ama de llaves. Cada momento en que se demoraba en descubrir el paradero de Harriet era como una vida entera.

Pero otro misterio había surgido. Uno que no podía dejar de lado. De manera que, en cuanto el marqués se marchó de la casa esa tarde, Lark se fue directamente a su dormitorio.

Las acciones del marqués la noche anterior habían suscitado demasiadas preguntas y sospechas que ella no podía ignorar. Necesitaba saber qué es lo que había estado haciendo. Especialmente considerando que ella no podía descontar por completo que su comportamiento tenía algo que ver con la desaparición de Harriet.

Su experiencia en buscar cosas de valor escondidas de su pasado como ladrona le fue útil mientras registraba su armario y mesa de escribir antes de deslizar la mano bajo su colchón y almohada. Ella miró en todos los contenedores y florero y detrás de los cuadros y por debajo de los sillones. Incluso miró por si había tablones sueltos en el suelo, cajones falsos y armarios ocultos.

Estaba a punto de aceptar que no había nada que descubrir cuando se fijó en una cosa curiosa en la chimenea ornamentada. Estaba tallado en el mármol y decorado con medallones de estilo italiano formados con filigrana de oro rodeando un ónice negro grande. Ella había estado examinando el reloj grande antiguo que descansaba en la repisa cuando sus dedos rozaron ligeramente uno de los medallones decorativos y se fijó en que el ónice del centro parecía estar suelto.

Con curiosidad, volvió a tocar la pieza presionando con suavidad.

De inmediato, escuchó un clic muy suave y un panel estrecho justo al lado de la chimenea se movió, abriéndose solo una grieta.

Un pasadizo secreto.

Una ráfaga hormigueante de descubrir algo le invadió. Era igual que cuando era pequeña y se había encontrado con una pieza particularmente valiosa.

Con el corazón, latiéndole aprisa, pisó con cuidado hacia el panel y temerosa metió los dedos en la grieta. Hacía falta muy poca fuerza para bascular el panel hasta abrirlo completamente en bisagras silenciosas. Mirando al pasadizo que se veía tras la puerta, Lark se percató de la oscuridad profunda ante ella con un poco de trepidación.

Pero ella había venido a descubrir secretos y no podía sustraerse del secreto más grande

todavía. Sabía que el marqués se había ido a su club, y según sus estimaciones, todavía le quedaba mucho tiempo antes de que fuera probable que regresara. Podría pasar mucho tiempo antes de que volviera a tener una oportunidad como esta.

Encendiendo una vela cercana para llevar, pisó el pasadizo. Como no tenía absolutamente ninguna intención de quedarse atrapada en el pasillo oculto, mantuvo el panel abierto mientras examinaba cuidadosamente el interior del umbral. Después de buscar un poco, descubrió la pequeña palanca oculta que le permitiría volver al dormitorio del marqués. Solo entonces permitió que el panel se cerrara de manera silenciosa tras su paso.

Si no fuese por la vela que llevaba en la mano, habría estado en completa oscuridad.

Con una respiración profunda, avanzó. El pasadizo era muy estrecho, tanto es así que ella se preguntaba cómo podía avanzar cómodamente el marqués por allí teniendo en cuenta la anchura de sus hombros. Las paredes tenían paneles de madera, y el suelo estaba cubierto por una alfombra espesa e insonora.

Mientras avanzaba, pensó tras qué habitaciones estaba desplazándose. Al cabo de solo unos quince pasos, que le habría puesto justo ante el dormitorio designado para la señora de la casa, se fijó en que una sección de la pared parecía ser distinta a las otras. Palpando por el borde de la moldura, encontró una palanca similar a la de la puerta del dormitorio del marqués. En lugar de presionarla y arriesgarse a toparse con alguien sin avisar, siguió por el pasadizo, nuevamente, tomando nota mentalmente de por dónde estaba en la casa. Un giro inesperado en el pasillo la llevó a una escalera de caracol estrecha. Descendiendo con cuidado, se dio cuenta de que bajaba directamente a la planta baja, donde el pasadizo giraba y seguía más allá del estudio del lord. Allí, encontró otra palanca oculta. Y, en el rincón más distante de la biblioteca, otra más.

Se paró entonces, conteniendo el aliento, al darse cuenta de que era la ubicación exacta donde ella creyó haber escuchado a alguien la noche en que se había quedado sentada en la biblioteca para leer la carta de Harriet. Había estado convencida de que no estaba sola.

¿Había tenido razón? ¿Había estado el marqués allí todo el rato, escapándose al pasadizo antes de que ella le pudiera descubrir?

El pensamiento la dejó helada y se apartó deprisa.

Desde ese lugar, el pasadizo bajaba una vez más, llevándola al subsuelo. Allí, encontró otra puerta. Sin embargo, esta puerta tenía llave. Sin sus herramientas, ella había ido hasta donde pudo ese día. Regresando, pasó por donde había venido, contando cada paso y una vez más constatando las ubicaciones de cada salida a la casa, hasta llegar al dormitorio del marqués.

Antes de accionar la palanca para abrir el panel, escuchó con cuidado para asegurarse de que no había nadie moviéndose en la habitación detrás. Una vez que estuvo segura de que no la descubrirían, abrió el panel, pero antes de pasar, sus pies tropezaron con algo guardado en el rincón. Inclinándose hacia abajo, descubrió una pequeña caja de madera. Aunque gastar tiempo adicional era un riesgo, se llevó la caja a la luz del dormitorio.

Levantó la tapa para encontrarse con una gran cantidad de hojas de papel todas enrolladas y atadas con un cordel.

Cuando los desató y desplegó, descubrió que era una colección de notas escritas con la letra de Warfield. Detallaban meticulosamente sus interacciones con varios caballeros, más de uno viviendo en la calle Curzon, incluido Lord Dryden. Había descripciones detalladas de las casas acompañadas por unos cuantos bocetos esquemáticos de planes de planta. Incluso había notas sobre los miembros más cercanos de las familias de estos caballeros y amistades cercanas, además de sus actividades cotidianas, hobbies, y negocios recientes, propiedades, y otros

documentos financieros.

Una ardiente trepidación le recorrió la sangre.

Estaba claro por las notas de Warfield que estaba recabando toda la información posible sobre estos hombres. Pero, ¿para qué fin? Los hombres eran del estrato más alto de la sociedad, cada uno de ellos adinerado y con influencias. ¿Pretendía chantajearles, quizás?

Deseando poder pasar más tiempo repasando los documentos para averiguar exactamente qué es lo que estaba buscando el marqués, se estaba quedando sin tiempo. Con renuencia, los enrolló todos de nuevo y los metió en la caja. El único artículo que quedaba en la caja era un pequeño cuaderno. Sacándolo, ella constató que parecía ser una especie de diario, aunque la letra era muy distinta a la del marqués actual.

En la primera página venía *La Extraordinaria Vida y Placeres del Muy Distinguido Primer Marqués de Warfield. Unas Memorias.*

Aunque Lark no estaba particularmente interesada en la vida del anterior marqués, pasó páginas y repasó algunas de las entradas. No era realmente unas memorias, las palabras eran poco más que una colección de recuerdos sueltos y anécdotas personales. Pero no le hizo falta leer más de un minuto para empezar a sospechar por qué el libro estaba oculto. Otro minuto más la tenía creyendo que sería mejor que el libro fuese quemado cuando leyó una inquietante descripción de violencia sexual.

Asqueada, devolvió el cuaderno a la caja. De repente entendió el odio intenso del marqués actual por su padre. Ella no podía imaginar cómo se debía sentir alguien, descubrir cosas semejantes del hombre que te había engendrado. Lo poco que había leído de las memorias era un alarde de poca vergüenza y hacía que el malvado egoísmo fuese abundantemente evidente.

Entonces recordó las otras cosas que él había dicho esa noche en el estudio.

¿Ve el mal en mí, Sra. Evans? ¿Cree que estamos destinados a ser una nueva versión de nuestros padres?

El estómago de ella se tensó mientras una emoción sin identificar amenazaba con distraerla de su propósito. Sacudiendo la cabeza, cerró la caja y lo devolvió a su sitio en el pasadizo secreto. Luego cerró el panel y se aseguró de que se cerrara bien con un clic antes de apagar la vela. Mirando cuidadosamente a su alrededor para asegurarse de que no había nada fuera de su sitio debido a su búsqueda, salió de la habitación y regresó a sus tareas.

Pero las preguntas asediaban su mente todo el día.

¿Cuál era el interés del marqués por los caballeros de la calle Curzon? ¿Cuáles eran sus motivos? Y, más importante todavía, ¿cuál era su meta final? Y, ¿podía tener esto algo que ver con la desaparición de Harriet?

Capítulo Doce

Alastair se acercó a la casa elegante de ladrillo al final de la calle Curzon. La vivienda estaba en silencio y no había actividad, salvo una tenue luz que brillaba desde las ventanas del segundo piso. Lowndes había dicho que el evento de esta noche iba a ser una reunión muy exclusiva. Alastair esperaba que la velada de esta noche le permitiese indagar un poco más en el mundo secreto de la hermandad.

Aunque las perspectivas de compartir tiempo con los hombres que él sospechaba eran los artífices de maldad, le llenaba de tensión y repugnancia, ser aceptado en su círculo interno era la única manera que tenía para lograr acceso a las pruebas que necesitaba para poner fin, de una vez por todas, a sus actividades.

Le recibió un lacayo en la puerta que se limitó a hacerle un gesto a Alastair para que le siguiera por un vestíbulo reluciente, subir una escalinata curvada hasta llegar a unas puertas dobles cerradas. El lacayo se detuvo allí y llamó con los nudillos, haciendo un repique breve.

La puerta se abrió de inmediato por un lacayo casi idéntico al otro lado, que se giró y guio a Alastair por un salón elegante y aristocrático suavemente iluminado por una araña de cristal tallado. Un violinista solista tocaba en un rincón, pero la habitación estaba vacía. Al otro lado de la habitación había otro par de puertas dobles, también cerradas, donde el segundo lacayo se detuvo. Mientras el criado abría una de las puertas, dio un paso hacia atrás, manteniendo la puerta entre él y la habitación más allá, de manera que bloqueaba su vista a la vez que le hacía un gesto a Alastair para que entrase.

Se encontró en una habitación de ricas tonalidades, nuez y terrosos mientras se daba cuenta de que la habitación era mucho más pequeña que el salón, con espacio para unos pocos sofás y sillas, además de una mesa de juego. Alastair avanzó con un aire de nobleza que había perfeccionado con mucho trabajo durante los últimos meses. Mientras la puerta se cerraba de manera silenciosa con un clic a sus espaldas, repasó con la mirada la colección de invitados reunidos en el salón íntimo.

Le sorprendió ver a Lord Dryden porque Alastair había pensado que él y su familia se habían ausentado de Londres. Por lo visto, el lord se había quedado. Estaba en pie cerca de una mesita con licores, hablando con el Conde de Altham que era muy serio, y otro caballero de avanzada edad que Alastair no reconocía. Al otro lado de la habitación estaba la solitaria silueta encorvada del Vizconde Marlowe, seguramente el caballero más mayor de la reunión, que parecía más interesado en sostener su copa de coñac en lugar de participar en la conversación intrascendental de los otros invitados. Finalmente, sentado delante de la chimenea, estaba el arrogante Lord Hazelton, que hacía movimientos de impaciencia mientras miraba las llamas.

Incluyendo a Lord Lowndes, que había estado sentado en un sillón al lado de Hazelton y que se había puesto en pie a la llegada de Alastair, solo había seis hombres presentes. Él ya había confirmado que cuatro de ellos eran parte del club de su padre, y sospechaba mucho de Lord Lowndes. Solo había un hombre en la habitación que no recordaba haberle sido presentado. Si esto era verdaderamente una reunión de la hermandad, solo era la mitad de los integrantes originales. Su padre y Shelbourne habían fallecido evidentemente, pero, ¿dónde estaban los demás? ¿Había otros?

“Bienvenido, Warfield”, le saludó Lowndes acercándose y ofreciéndole una mano.

Con una leve inclinación de la cabeza, Alastair contestó de manera casual, “gracias por la

invitación, aunque he de reconocer después de sus palabras acerca de placeres prohibidos", enarcó una ceja mirando a los otros invitados con un muy sutil desdén, "no puedo decir que esto es lo que me esperaba".

Lowndes rio bajo y se inclinó hacia delante con una mirada de conspiración en sus ojos negros. "Espere, milord." Todo se verá en su debido momento". Enderezándose de nuevo, señaló la mesita de los licores. "Venga a tomar algo conmigo mientras aguardamos la llegada de un último invitado." No creo que haya conocido todavía a Lord Buckley, un muy querido amigo de mi padre finado, que sería un honor presentarle".

Mientras avanzaba la hora, el ambiente apagado de la habitación lentamente se volvió más animado. Alastair escuchó unas cuantas quejas sobre la demora causada por el último invitado que esperaban, pero en general, los caballeros hablaban de temas banales como las carreras de caballos o el tiempo.

Mientras Alastair hacía intentos por fingir interés en unas inversiones que el Vizconde Marlowe había realizado con éxito recientemente, sonó una campanita en un rincón de la habitación.

"Ya era hora", murmuró Hazelton poniéndose en pie.

Unos minutos más tarde, se abrió la puerta, y un caballero anciano entró con aplomo en la habitación a pesar del bastón de ébano que parecía necesitar. "Mis disculpas, queridos amigos, por la tardanza".

"No es preciso, Su Excelencia", contestó Lowndes acercándose al recién llegado. "Todos sabemos lo difícil que puede serle hacer una escapada. Le agradecemos haber podido venir".

Marlowe emitió un sonido bajo, pero no contradijo a su anfitrión.

"¿Le gustaría una copa antes de que empecemos la velada?"

"Un poco de ese coñac que tiene, Lowndes, sería de agradecer".

"Por supuesto".

Mientras los dos hombres se acercaron a las bebidas, los otros empezaron a reunirse más cercanamente en el centro de la habitación, claramente anticipando lo que vendría después.

Alastair intentó liberar la tensión que fluía en él. No era bueno que ninguno de ellos se fijara en su resistencia. Lowndes había dicho que esta noche solo sería un aperitivo, pero Alastair sabía que era más seguro que fuese una prueba. Ellos no iban a compartir ninguno de sus secretos hasta verificar que era fiel y creyesen que era uno de ellos. Si iba a conseguir acceso a las pruebas que necesitaba para acabar con sus actividades deleznables, iba a tener que demostrar su valía primero. Y eso quería decir que tendría que seguirles la corriente.

Una vez que el recién llegado tenía su copa, Lowndes le guio hacia donde Alastair estaba en pie con Marlowe. Los dos caballeros mayores se saludaron con un movimiento de cabeza antes de que su anfitrión les presentara.

"Su Excelencia, permítame presentarle a Lord Warfield." Lord Warfield, nuestro estimado amigo, el Duque de Chesterfield".

"Conocía bien a su padre, mi querido muchacho. Fuimos al colegio juntos y disfrutamos de grandes aventuras de jóvenes".

Alastair se reprimió el deseo de preguntar si el duque había sido una de las personas en el grupo la noche en que una joven criada irlandesa había sido violada repetidas veces por su viejo amigo. La verdad es que no le hizo falta preguntarlo. Ya sospechaba que la mayoría de los hombres aquí presentes habían estado allí aquella noche con Lowndes siendo la única excepción obvia.

"Es un honor conocerle, Su Excelencia". Las palabras eran viles para él.

“Ahora que estamos todos, ¿empezamos ya esta velada?”, preguntó Lowndes con una mueca sugerente.

“Desde luego”, contestó Chesterfield antes de darle un codazo nada sutil a Alastair. “Te va a gustar esto, chico”.

El estómago de Alastair se tensó tanto que no logró contestar. Por suerte, no le hizo falta porque Lowndes se acercó a la chimenea y se volvió hacia sus invitados.

“Bienvenidos, amigos.” Ha pasado demasiado tiempo desde que hayamos tenido una oportunidad para vernos y disfrutar de las cosas buenas de la vida. Espero que mis ofrendas en ese sentido agraden a todos esta noche. Como siempre, cualquier cosa que ocurra en la habitación contigua es sagrada a este lugar y no se deben comentar más allá de estas paredes”.

Sus ojos negros recayeron en Alastair mientras afirmaba esto último y se quedó mirándole hasta que el otro asintió levemente con la cabeza en respuesta.

Entonces Lowndes se inclinó brevemente antes de acercarse a una de las altas bibliotecas que flanqueaban la chimenea. Deslizando la mano bajo uno de los estantes, soltó una palanca oculta que permitió que la biblioteca entera se desplazase con bisagras silenciosas, dejando ver un corto pasillo que daba a una habitación bien iluminada.

Alastair resistió una mueca de desprecio. Claro, otro pasadizo secreto. Estos hombres sí que disfrutaban de sus subterfugios y dramas.

“Vengan, caballeros”. “Empieza la noche”.

Mientras los demás entraban en la habitación contigua a paso lento, pero expectante, Alastair intentó quedarse atrás, con la esperanza de tener un momento a solas para examinar el mecanismo que había abierto la puerta secreta.

Desgraciadamente, Chesterfield se fijó en su titubeo y le dio unos golpecitos en el hombro con la punta de plata de su bastón mientras le daba ánimos con un guiño. “No hay que demorarse, chico.” No hay nada de que preocuparse. Su padre vivía para fiestas como estas. Es un rato estupendo, se lo aseguro. Un rato *estupendo”*.

“Estoy anticipando eso, Su Excelencia”, contestó Alastair.

El anciano rio mientras le hacía un gesto a Alastair para que le precediese en la antecámara oculta.

Apretando los dientes con frustración al ser apresurado por la entrada, apenas logró mantener una mirada debidamente anticipatoria mientras aceptaba.

Cuando leyó por primera vez las notas de su progenitor que describían las clases de *entretenimiento* en las cuales participaban los miembros de la hermandad, se había imaginado que tenían lugar en calabozos húmedos y oscuros. Semejantes entornos habrían sido más acordes con lo que su madre había descrito en cartas sin enviar a su familia. Sin embargo, como había descubierto cuando él y Hale habían recuperado a Lady Katherine de las garras de Shelbourne, la hermandad parecía tener cierta querencia por lo demasiado dorado y teatral.

El entorno para la reunión de esta noche era una sala amplia pero íntima para caballeros, decorada en blanco, negro y dorado. Tenía suelos de mármol impolutos, paredes tapizadas en brocado negro, molduras doradas y candelabros dorados relucientes. Incluso los muebles estaban tapizados en seda dorada. Además, la habitación tenía tres mesas de cartas cubiertas de fieltro, una ruleta y una mesa para jugar a los dados. Dos lacayos vestidos con librea y caras apropiadamente impasibles estaban en pie contra la pared opuesta con bandejas de champán.

Y, repartidas por la habitación, en diversas posiciones y poses diseñadas para seducir y atraer, había una colección de mujeres guapísimas. Todas estaban vestidas con trajes del siglo pasado, con faldas con miriñaque, corsés que ceñían cinturas y rígidos corpiños que hacían

rebosar sus pechos. Los vestidos eran de todos los colores, y las mujeres tenían cuerpos para agradar a cualquier gusto. Estaban dramáticamente acentuadas, con ojos muy maquillados con rímel, labios pintados con carmín oscuro, además, llevaban pelucas empolvadas que tenían peinados fantásticos que reflejaban cosas imposibles como topiarias, rosas, pájaros en vuelo e incluso un buque de tres mástiles.

Alastair sintió alivio al ver que las mujeres todas parecían estar aquí de manera voluntaria. Prostitutas de alto nivel y cortesanas, seguramente.

Chesterfield le dio otro toque con el bastón mientras se colocaba al lado de Alastair mirando a las ocupantes de la habitación. "¿No se lo había dicho?"

No contestó. No le hizo falta mientras el duque se aproximaba a una mujer que estaba reclinada en un diván dorado con elegancia, una flauta de champán entre sus dedos finos.

"Su Excelencia", dijo ella con voz sedosa, "un placer volver a verle".

"Lo es".

A tenor por las palabras de la mujer, Alastair coligió que ella, al menos, y seguramente otras presentes, habían asistido a eventos similares en el pasado. Esta noche no iba a ser una de las noches malditas como las que su madre había soportado. Sabiendo eso, intentó relajarse, dejarse llevar por el ambiente de la noche para demostrar a los que le observaban que él estaría abierto a experiencias más desviadas. De manera que cuando una mujer en un llamativo vestido de color azul y un peinado alto se acercó a él con una sonrisa abierta, él miró sus ojos plateados con una mirada de interés sugerente.

"Buenas noches, milord". Ella miró la copa en su mano. "Parece que necesita otra copa". Sus ojos le miraron de manera sugerente. "¿Voy a buscársela?"

Bajando la voz de manera lenta, Alastair contestó: "Puedes hacer lo que quieras, querida".

La sonrisa de ella se ensanchó, revelando unos dientes parejos y blancos mientras deslizaba una mano por el brazo de él. "Ah," dijo ella con una voz algo ronca. "Creo que nos vamos a llevar estupendamente. Por favor, llámame Lady Zafiro". Ella inclinó la cabeza hacia uno de los lacayos que se aproximaba a ellos. "¿Te gusta el champán?"

"Sí, desde luego".

La dama sonrió con cierta timidez fingida al lacayo que se detuvo a su lado. Alastair juraría que le guiñó al criado con picardía, pero era demasiado rápido como para estar seguro. Lady Zafiro era atrevida. Y, bastante llamativa, con su boca provocativa y ojos brillantes.

Pero Alastair se sintió desconcertado al reconocer que sentía muy poco más allá de un aprecio general de su belleza innegable. Por lo visto, sus gustos iban más hacia rubias, con un porte engañosamente formal y ojos atormentados en lugar de plateados.

Solo de pensar en su ama de llaves le hizo sentir una tensión fiera en su núcleo.

Lady Zafiro se inclinó hacia él, alzando el mentón para dejar ver su garganta fina y su atrevido escote. "¿Sucede algo, milord?"

Alastair la miró borrando la mirada seria y miró a su alrededor. Los otros caballeros se estaban preparando para jugar a las cartas o ya habían elegido su propia acompañante despampanante. Lord Marlowe, de hecho, ya tenía la mano por debajo de las faldas de una mujer que reía en su regazo.

Aunque tenía los dientes apretados, tenía que fingir su papel.

"Para nada, cariño", contestó él antes de sorber su champán.

Lady Zafiro alzó un hombro de manera seductora. "Tengo la impresión de que no le interesa realizar apuestas. ¿Buscamos un lugar agradable para sentarnos y charlar?"

Un juego de cartas sería una opción mucho mejor considerando que le daría una excusa correcta para evitar una exhibición similar a la de Marlowe y ahora Halzeton, que presionaba a una mujer vestida con un traje de color verde esmeralda contra la pared que estaba detrás de una cortina de terciopelo negra.

Aunque ella reía de manera animada, de todas formas le enfurecía a Alastair ver lo descuidados y crueles que estaban demostrando ser los hombres. No había seducción. Estos hombres claramente creían que las mujeres eran suyas. Podían haber pagado por el placer, pero su comportamiento era descuidado y chabacano.

"Ven, milord", le susurró Lady Zafiro con su voz ronca mientras trenzaba el brazo de manera segura en el de él y le guiaba hacia un banco tapizado colocado en una alcoba oscura que él no había visto antes.

Una vez que se sentaron, la mujer se colocó hacia él y presionó el hombro de manera íntima contra el de él mientras tomaba su mano y la descansaba encima de la de ella en su regazo. Sonriéndole, batió sus pestañas espesas de manera seductora. "No hay necesidad de estar tan tenso, Lord Warfield. Te juro que no haré nada, que no quieras que haga".

La diversión en su tono hizo que Alastair alzara una ceja. Se dio cuenta de que ella le había llamado por su apellido, que él no le había dicho. Antes de que pudiera cambiar la expresión de su cara o considerar preguntarle cómo es que ella sabía quién era él, ella guiñó un ojo y se inclinó hacia él para susurrarle al oído.

"Tenemos un interés compartido, milord." Y un *amigo* en común".

¿Quién diablos era esta mujer y qué hacía aquí? Alastair llevó la mano al lado de la cara de ella, manteniéndola en su sitio mientras ladeaba la cabeza para devolverle el susurro. "Explícate, madam".

Ella rio con suavidad antes de decirle una sola palabra. "Hale".

Alastair se puso rígido, pero guardó su postura de seducción. "Eso no es una explicación".

Echándose atrás, resistiendo la manera sutil en que él la agarraba, la dama le dio un golpecito en el brazo mientras miraba de manera discreta a un lado. Durante un segundo, a él le pareció detectar un aviso en sus ojos, pero en un instante desapareció y ella soltó otra risita gutural. "No seas tímido, milord". "¿Te sentirías mejor si mencionases a tu prima? ¿Lady Blackwell?"

"Eso depende", contestó él de manera oscura, "de tus intenciones".

"Nuestras intenciones son iguales que las tuyas, claro".

"*¿Nuestras*?"

Justo cuando hacía esa pregunta, el lacayo que les había traído el champán antes estaba de nuevo a su lado.

Lady Zafiro alzó la mirada mirando al criado con fijeza. "Gracias, querido", murmuró ella, cambiando su copa vacía por otra llena.

La expresión perfectamente estoica del lacayo se volvió momentáneamente una mueca sombría antes de ofrecer su bandeja a Alastair.

Sintiendo que había algo más de lo que parecía, miró con intensidad al criado mientras tomaba otra copa. No había nada particularmente sospechoso en el hombre. Parecía cualquier otro lacayo que Alastair hubiera visto. Excepto cuando la atención del criado recaía en la guapísima mujer sentada al lado de él. En esos instantes, durante un momento brevísimo, hubo una mirada claramente posesiva en los ojos del hombre.

"Eso es todo". La orden de Lady Zafiro fue acompañada por un pequeño gesto de

despedida.

El lacayo se enderezó y cruzó la habitación para ocupar un puesto desde donde podía observar cada momento que pasaba entre Alastair y la dama a su lado.

"¿Tu guardaespaldas?", preguntó él con la voz baja.

La risa gutural de ella era cálida y preciosa. "Marido, realmente".

Alastair contuvo su sorpresa y confusión tras una sonrisa fácil por si alguna otra persona aparte del lacayo les estuviera mirando. "Oh, querida, creo que tus explicaciones solo han empezado".

La dama se encogió de hombros y bebió su champán a sorbitos con una sonrisa pícara. "Ya que esta fiesta parece ponerse un poco… aburrida", constató ella con una mirada hacia los otros caballeros que habían empezado a mostrar un interés algo más entusiasta en el ocio suministrado, "quizás deberíamos ausentarnos a un entorno más íntimo".

Él titubeó, preguntándose exactamente qué se traía entre manos ella. Y cómo era que podía estar relacionada con Hale y su prima. Antes de que pudiera contestar la sugerencia de ella, Lowndes se acercó con una mirada de irritación en la cara.

"¿No me digas que piensas pasar esta noche *hablando* con una pieza tan tentadora, milord?"

"Para nada". Alastair se puso en pie antes de ofrecerle una mano a Lady Zafiro, alzándola a su lado. Ella deslizó el brazo por el de él, arrimándose a su costado mientras lo hacía. "De hecho", siguió diciendo Alastair, "espero que no te moleste si nos marchamos temprano".

Lowndes alzó las cejas. "¿Me robas uno de mis entretenimientos?"

"Solo esta noche". Mirando la cara del lord, estrechó los ojos, mirándole con intensidad. "Tengo planes muy concretos para esta pieza, y me temo que no he traído las herramientas… *apropiadas"*.

Lowndes respondió ante la explicación críptica de Alastair con una sonrisa procaz. "Por supuesto, milord." Te prometí la libertad de explorar los placeres que desearas esta noche. No se me ocurriría alterar tus planes".

Con un gesto de apreciación de la cabeza, Alastair bajó la mirada a los ojos brillantes de ella y su sonrisa seductora. "¿Vamos?"

"No puedo esperar, milord", dijo ella en un jadeo.

Mientras cruzaban el salón, Alastair miró de manera descuidada a su alrededor, esperando ver al lacayo mirarles con una mirada taciturna. Para su sorpresa, el hombre no estaba en ninguna parte. Volviendo a mirar hacia la escapatoria antes de que las actividades que surgían en la habitación se grabaran de manera indeleble en su mente, les hizo pasar de prisa por la puerta. Con suerte, su salida apresurada sería interpretada como una impaciencia lujuriosa para la velada que se suponía que les aguardaba en lugar del asco por lo que estaba dejando atrás.

El resto de la casa de Lowndes era silenciosa como una tumba. Él y su acompañante inesperada no alteraron el silencio con cháchara intrascendental mientras se abrían camino hacia la puerta de la calle. Una vez en los escalones de la entrada, Alastair constató: "no he traído mi carruaje, pero el paseo no es muy lejos".

"No te molestes. Tengo el mío".

En ese momento, un carruaje pequeño y corriente se acercó, conducido por un hombre con hombros caídos y columna encorvada de anciano con un voluminoso abrigo negro.

"¿No se preguntará *tu marido* a dónde hemos ido?", preguntó él mientras le daba la mano a la mujer para que subiera al carruaje. Una tarea que era un reto teniendo en cuenta su vestimenta.

La respuesta de ella fue una risa gutural que sonaba sorprendentemente genuina. “Para nada, milord”.

Capítulo Trece

Alastair estaba en pie de espaldas a la chimenea con las manos cerradas tras sus espaldas mientras veía a la bella Lady Zafiro acomodarse con gracia en el sofá. Sus faldas con guardainfante en capas ocupaban todo el sofá.

Él miró hacia su mesita de licores. “¿Le gustaría una copa?”

“Un poco de coñac sería estupendo”, contestó ella muy dispuesta.

Después de servirle un dedo de coñac y dos para sí mismo, regresó al lado de ella. La dama le miró con la cabeza ladeada hacia arriba y un destello de inteligente curiosidad en los ojos mientras tomaba la copa. “Gracias, milord”.

Él enarcó una ceja.

Ella sonrió.

“He de suponer que tiene intención de explicar sus comentarios crípticos de antes”.

Ella barrió el aire con la mano. “Por supuesto. En cuanto se reúna con nosotros mi marido”.

Como si lo estuviera escuchando, un joven entró con seguridad en el salón. Su silueta era magra, tenía el cabello marrón, y sus rasgos eran fuertes y corrientes. El recién llegado cruzó el salón con la espalda recta, sin prisas. A pesar de su aspecto bastante corriente, Alastair percibió un aire de aplomo interesante en el hombre. Algo en su mirada fija sugería un nivel de experiencia que iba más allá de su edad.

Desde luego que no era el lacayo que la dama había nombrado como esposo antes. Estaba en lo correcto al sospechar que eso había sido una mentira. Este hombre tenía un porte demasiado seguro y el lacayo de Lowndes ciertamente no había tenido esa mirada tan intensa.

El recién llegado primero se fijó en la mujer sentada tranquilamente en el sofá, evaluándola con detenimiento. Pero luego desvió la atención hacia Alastair al frenarse y ofrecerle una inclinación respetuosa de su cabeza. “Dell Turner, milord”. Cuando el hombre volvió a mirar a la mujer, Alastair se fijó en cómo la boca firmemente cerrada del hombre se suavizaba un momento mientras que sus ojos brillaban de manera posesiva. “Y mi esposa, Portia”.

Enfocando la atención en los rasgos de Turner, de repente se fijó en los detalles de otra manera. Con un respingo, se dio cuenta de que sí que era el lacayo. Y también el cochero.

“Veo que se ha dado cuenta de nuestro juego, milord”. El tono de voz de la Sra. Turner era divertido con cierta admiración.

“No es un juego, Portia”.

La dama puso los ojos en blanco ante la corrección rápida y seria antes de contestarle llanamente: “es una cuestión de perspectiva, mi amor”.

En otro momento, Alastair se podría haber sentido divertido por su interacción. Sin embargo, esta noche le interesaba otra cosa. “Tome asiento, Sr. Turner.” ¿Le puedo ofrecer algo para beber?”

“No, gracias”.

“¿Entonces, entiendo que habrá una explicación?” Concretamente, la razón por la cual ustedes dos estaban en la fiesta de Lowndes”.

Portia Turner se echó hacia atrás y presionó las manos a su cintura, donde su corsé le ceñía fuertemente el vientre. “Nuestro amigo en común, Mason Hale”.

Alastair estaba a punto de replicar que eso no le decía nada cuando Turner le aclaró de manera sucinta. “Hale nos contrató para hacer un seguimiento de las actividades recientes perpetradas contra su prometida y el hermano pequeño de ella. Sus primos, por lo que tengo entendido”.

“¿Les contrató para hacer exactamente el qué?”

“Investigar”.

“Castrar”, agregó Portia con otra sonrisa encantadora.

Alastair arrugó la frente. “¿Por qué, Lowndes?”

Aunque Turner frunció una ceja ante la pregunta directa de Alastair, contestó de manera despreocupada. “Estuvo en la fiesta donde Shelbourne secuestró a Lady Blackwell. Para determinar si él tenía más que ver en eso, yo conseguí un puesto de trabajo en su casa para conseguir un acceso más íntimo a su vida”.

“¿Y?”

Hubo una pausa larga mientras Turner se limitaba a mirarle como respuesta a su pregunta de una sola palabra. Luego el hombre lentamente cambió de postura y cruzó un tobillo por encima de la rodilla opuesta. “Permítame dejarle clara una cosa, milord. Yo trabajo para el Sr. Hale, y por extensión, Lady Blackwell. Si ella no hubiera pedido específicamente que le incluyéramos en nuestras investigaciones, si surgía semejante oportunidad, no estaríamos aquí ahora. “Nunca habría sabido las verdaderas razones por nuestra presencia en esa fiesta,” constató Turner con tono serio.

Alastair sopesó al hombre con mucho cuidado. Podía reconocer la eficacia de los Turner en infiltrarse en la casa de Lowndes, pero no podía arriesgar que la interferencia de ellos causara problemas ahora que finalmente estaba llegando a alguna parte. “Aunque aprecio el deseo de Hale por mantener a mis primos a salvo, la interferencia de él y la de ustedes en este asunto puede muy bien conseguir lo contrario.”

Portia Turner se inclinó hacia delante, no sin cierta dificultad debido a su traje, y le ofreció una sonrisa. “Quizás si compartiésemos información, estaríamos todos mejor preparados para lo que nos enfrentamos, milord”.

Alastair no quería confiar en ellos. Incluso si sus intenciones eran similares, él temía arriesgar su propia posición algo débil en la hermandad.

“Entiendo su renuencia”, dijo Turner con calma. “Pero le aseguro que compartimos el mismo objetivo”.

Alastair alzó una ceja. “¿Ah, sí?”

Turner no se dio por aludido por el tono seco de Alastair. “Llevo muchos años realizando esta clase de trabajo, milord, nunca he dejado llevar a buen fin un trabajo”.

“¿He de suponer que no puede aportar referencias para respaldar semejante afirmación?”

Turner sonrió. Era una expresión carente de emoción. “Debido a la naturaleza a menudo sensible del trabajo que realizo, las identidades de mis clientes están protegidas obviamente. Que usted no haya sabido de mis trabajos anteriores es toda la prueba que puedo ofrecer de que se han realizado. Bien y con discreción”.

Alastair se quedó callado un rato.

No se ofrecía mucho para inspirar la clase de confianza que se necesitaba para incluir a un desconocido total en un tema tan personal y vital. Pero tenía que reconocer que el hombre era discreto. A pesar de su secretismo, Turner proyectaba un aire de competencia innegable en su enfoque silencioso.

Devolvió la mirada dura del hombre. “Me disculpo por mi desconfianza, Sr. Turner. El

asunto que nos concierne es de importancia personal para mí".

"Entendemos eso, claro", interrumpió Portia con suavidad. "Todos los trabajos se convierten en algo bastante personal para nosotros también".

Alastair no estaba muy seguro de que Turner compartía ese sentimiento, pero podía ver que Portia estaba siendo totalmente sincera.

Suspiró. Iba a confiar en estos desconocidos después de todo.

"Me imagino que Hale ha explicado la conexión entre Shelbourne y el anterior marqués".

Turner asintió con la cabeza. "Hemos confirmado que Lowndes también estaba relacionado con Shelbourne de una manera más allá de lo aparente. Estoy seguro que unas indagaciones de seguimiento confirmarán que los otros caballeros presentes esta noche también son miembros de la sociedad secreta que usted le describió a Hale".

"No tengo dudas de eso, Sr. Turner". Alastair se inclinó hacia delante para colocar su copa encima de la mesa sin haberla probado. "Pero eso hace que el total sea de nueve cuando se incluye a Shelbourne y mi padre. Hubo doce. ¿Qué ha sido de los otros?"

"Es posible que ya no participen. O que hayan muerto desde aquellos años. Todavía estoy investigando las historias y las conexiones relacionadas con todos estos hombres. De manera que si descubro algún nombre adicional, lo compartiré con usted sin duda".

Aunque no era la respuesta que Alastair esperaba, asintió con la cabeza.

"Sí que he descubierto algo de interés esta noche", constató Turner desviando la mirada hacia su esposa. "Antes de que llegaran los otros, Lord Lowndes y el Vizconde Marlowe estaban hablando acerca de un evento bastante importante que tendrá lugar pronto. Mientras que esta noche era una reunión algo menos formal, se espera que este evento sea claramente otra cosa. No entraron en mucho detalle, pero tengo entendido que no tendrá lugar en Mayfair e incluirá invitados aparte de los miembros de la hermandad".

Alastair se quedó quieto mientras las palabras de Turner daban vueltas en su mente. *Un evento importante.*

"Un momento", dijo Portia pensativa, sacando a Alastair de su ensimismamiento. Ella miraba intensamente a su marido. "Una de las chicas me llevó a un lado antes de que llegáramos para darme unos consejos como la *chica nueva*. Me advirtió claramente de que los lores podían ser bastante intensos en sus placeres, lo cual era de esperar, pero si alguno de ellos expresara un interés en llevarme a una fiesta privada fuera de Mayfair, yo debía dar cualquier excusa posible para negarme. Ella era bastante firme, pero antes de que pudiera preguntarle más, nuestra conversación se vio interrumpida".

"¿No dio ninguna indicación de por qué debía evitar ir?", presionó Alastair.

"Me temo que no", contestó Portia antes de dirigir sus palabras a Turner una vez más. "Pero sé cómo llegar a ella." Creo que puedo hacer que me cuente con más detalle".

La expresión de Turner se volvió más sombría mientras dejaba de prestar atención a su esposa y miraba de nuevo a Alastair. Enarcando una ceja, preguntó, "Tengo entendido que usted le advirtió a Hale que no tenía necesidad de su ayuda en su investigación. ¿Ha cambiado de parecer en eso?"

Hubo una pausa obvia. "Parece ser que sí", dijo finalmente y esperó no estar cometiendo un error.

"¿Estoy en lo correcto al suponer que usted solo le ha dado a Hale y Lady Katherine unos detalles vagos acerca de este tema?" Cuando Alastair no lo negó, Turner agregó, "nos ahorraría mucho tiempo y recursos si compartiese todo lo que ha descubierto acerca de las actividades de la hermandad." "Pasadas y presentes".

“¿Todo?”, preguntó Alastair con frialdad. “¿Es eso todo?”

“Todos los detalles”, constató Turner con sequedad. “No se sabe qué puede ser un detalle crítico de información”.

Si iba a tener socios en este emprendimiento, se daba cuenta de que no podía ser a medias tintas. “Entiendo”.

Durante la siguiente hora y media, les contó los hechos que sabía, bien obtenidos de las acusaciones de su madre durante años y sus cartas, las notas de su progenitor sobre las actividades de la hermandad o sus propias investigaciones realizadas hasta la fecha. No olvidó compartir sus sospechas con respecto a las conexiones sospechadas de la hermandad relacionadas con las criadas desaparecidas en estos últimos años. Cuando empezó a revelar las pocas pruebas que había colegido sobre ese tema, los Turner compartieron una mirada intensa. Y todo el rato, Turner tomó notas meticulosas en un cuaderno que sacó del bolsillo mientras Portia interrumpía con preguntas cada vez más pertinentes, apropiadas y reveladoras de paso.

“Estos nobles tienen en su punto de mira a chicas y jóvenes que consideran como sin valor. Las atraen y las engañan para que confíen en ellos. Luego las usan para sus diversiones y placeres. Llevan haciendo esto desde hace décadas. Y estas mujeres han carecido de recursos para que se haga justicia. No han tenido manera de recurrir. Si lo hiciera alguna, eran rápidamente silenciadas”. Apretó los dientes. “Y ahora, mujeres jóvenes desaparecen con una preocupante regularidad. Sin que se vuelva a saber de ellas. Podremos saber mucho más una vez que consigamos los nombres de los otros miembros”.

Turner asintió con la cabeza.

“Es verdaderamente temible lo mucho que estos hombres han podido operar”, murmuró Portia.

“Tienen aliados poderosos, Sra. Turner.” Conseguidos gracias a favores, chantajes o dinero. Gente que puede que no sepa exactamente qué están ayudando a tapar, pero que está dispuesta a aceptar los beneficios por hacer lo que se les manda. Alguaciles jueces, incluso un miembro de la casa real. Les aseguro, mi progenitor disoluto no se *ganó* su título de manera noble”.

“Bueno…” suspiró Turner mientras se metía el cuaderno en el bolsillo de nuevo. “Esto ciertamente coloca la investigación en un contexto mayor”.

“Necesitamos pruebas indiscutibles de sus crímenes”. Y evidencias innegables asociando a cada uno de los hombres involucrados”, insistió Alastair. “Información indiscutible que no pueda ocultarse con sobornos”.

“Me imagino que estará intentando conseguir una invitación al evento”, constató Turner.

“Por supuesto”.

“Con suerte, nuestra partida temprana esta noche no hará daño a su personalidad disoluta, milord”, constató Portia.

Su marido hizo un sonido bajo que podría haber sido una negativa o una aceptación renuente. Pero asintió con la cabeza a su mujer y luego se puso en pie. Tendiéndole una mano, la acercó a su costado con facilidad.

Alastair sintió la necesidad de ofrecerles una advertencia justa mientras se ponía en pie también. “Aprecio el riesgo que tomó esta noche, Sra. Turner, y aunque estaría agradecido por sus esfuerzos continuados, he de recalcar el nivel de peligro que ofrecen estos hombres. No subestime lo que son capaces de hacer”.

La dama enarcó una fina ceja negra y estrechó los ojos un poquito. “No me subestimaría a mí misma tampoco, Lord Warfield”.

La voz de Turner era firme en su orgullo y convicción. “Mi esposa es muy competente en su papel. “No sería mi pareja si no fuese así”.

Mientras la mujer en cuestión sonreía ante la respuesta de su esposo, Alastair devolvía su mirada dura. Para ser un hombre que parecía ofrecer un porte y aspecto tan anodino, de repente había mucho que leer en esos ojos suyos.

Con una risita, Portia le dio palmaditas en el brazo a su marido. “¿Nos vamos ya, cariño?” Tenemos mucho qué hacer todavía esta noche. Y estoy deseosa de quitarme este traje infernal. De todos los disfraces que me he puesto, este debe ser el peor”.

La expresión de Turner cambió su fachada estoica por primera vez mientras se inclinaba para susurrarle algo al oído que hizo que los ojos de ella brillasen y sus mejillas ruborizasen.

Alastair sintió la necesidad de aclarar su garganta. “Permítanme acompañarles hasta la puerta”.

Antes de salir, Turner hizo una pausa y se volvió hacia Alastair. “Mencionó las memorias de su padre, milord. ¿Sería posible tomar prestadas esas notas durante un tiempo?”

Sintiéndose tenso, Alastair asintió con la cabeza. “Es un recuento personal de sus experiencias en la hermandad antes de su exilio. Aunque entra en mucho detalle con respecto a sus propias experiencias depravadas, no será muy útil como referencia de las actividades actuales de la hermandad”.

“¿Podría verlas de todas formas, milord?” Además de cualquier otra cosa que pueda pensar que fuese útil para nuestras investigaciones. Le aseguro que la información no será vista por nadie más que yo mismo”.

Alastair titubeó. Entregar algo tan inculpatorio y vergonzoso iba en contra de sus instintos. Pero Turner tenía razón. Cuanto más supiera, mejor.

“Tardaré solo un momento”.

Dejándoles en el vestíbulo, subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a su dormitorio. Sacó la caja del pasadizo y la abrió para retirar sus notas y el cuaderno de su padre. Pero antes de hacerlo, algo le llamó la atención y titubeó mientras sentía un ramalazo de alarma en su ser.

Era una cosa mínima. Tan poca cosa que casi no la había visto. Pero él era hombre de costumbres. Y siempre guardaba sus notas de la misma manera. Sin embargo, estaba claro que estaban atadas de manera diferente.

Se dio cuenta de que podría haberse distraído la última vez que las había mirado, hace, unos pocos días, y podría haberlas atado de manera distinta sin pensar. Pero algún instinto le decía que eso no era el caso.

Otra persona las había leído, lo cual significaba que también era probable que leyesen las notas de las memorias de su padre. También quería decir que el pasadizo secreto ya no era tan secreto.

Capítulo Catorce

Unas horas más tarde, Alastair estaba en la biblioteca oscura, mirando fijamente por la ventana, al otro lado del jardín silencioso, hacia la fila de casas de la calle Curzon.

Para bien o para mal, se había unido a los Turner. Aunque le preocupaba pensar en entregar toda la información que había tardado meses en conseguir, esperó que fuera la decisión correcta. Sus notas y documentos seguramente estaban mejor en manos de Turner ahora que alguien los había encontrado. Y el pasadizo secreto.

¿Podía ser alguien de la hermandad? ¿Había, de alguna manera, descubierto su engaño y sus esfuerzos de investigación en su contra? ¿Habían mandado a alguien a buscar en su casa?

Lo dudaba, pero no podía descontarlo por completo.

¿Uno de sus criados, entonces?

No le gustaba la idea de que un miembro de su casa pudiera estar fisgoneando con semejante intensidad y enfoque y encontrar un pasadizo secreto, pero tenía que pensar que era una posibilidad.

Mientras estaba parado allí, mirando en la noche y pensando, detectó un movimiento apenas perceptible en las sombras de las caballerizas no lejos de la verja de su jardín. Había alguien allí afuera. Ahora, con su descubrimiento reciente, ver eso no era tan sorprendente como podría ser. Sintió una ráfaga de anticipación recorrer su sangre.

De manera instintiva y sin pensárselo dos veces, salió de la biblioteca y fuera de la casa. Se fue en silencio, reptando por el jardín hacia la verja que daba a las caballerizas. Luego se detuvo y buscó en el sendero a oscuras otro movimiento.

Allí. Un poco más allá.

Alastair siguió a distancia prudencial a la silueta silenciosa, asegurándose de no perderle de vista a la vez que se aseguraba de que quien fuera no sospechase que le estaban siguiendo.

Quien quiera que fuese, era una persona de pequeña estatura, vestía de negro de la cabeza a los pies y era muy ágil. También parecía saber exactamente a dónde iba. Aparentemente, su prioridad era pasar desapercibido en lugar de apresurarse, avanzaba velozmente en las sombras durante un momento, luego hacía pausas largas en el siguiente, por lo visto escuchando y observando por si había alguien que pudiera estar en la calle en medio de la noche.

Pronto, la persona se detuvo un poco más allá de la entrada del jardín de la casa Dryden. Cuando Alastair alzó la mirada para ver que la casa de tres plantas estaba completamente a oscuras, recordó que aunque Dryden había asistido a la fiesta de Lowndes, se había lamentado porque su familia se había marchado al campo ese día para una estancia larga, y desgraciadamente, se esperaba que él les seguiría esa misma noche, frenando sus placeres.

Quienquiera que fuese estaba actualmente forzando la cerradura de la puerta trasera y sabía por lo visto que la casa estaría vacía. Era posible que la persona que había seguido no fuese más que un ratero y ladrón. Pero algún instinto le decía que esto era otra cosa.

Le pasó por la mente brevemente que podría ser la misma persona que le había acosado en la casa de Shelbourne, pero descartó de inmediato esa posibilidad, ya que las dos personas no podían ser más diferentes en tamaño. También los movimientos de esta persona sigilosa y su silueta eran inquietantemente familiares. No creía que esto era un sencillo robo y se sintió obligado a observar hasta el final.

En menos de veinte minutos, la figura pequeña volvió a salir. Sin nada en las manos.

No era un ladrón entonces. A menos que lo que buscaba fuese lo suficientemente pequeño como para caber en un bolsillo.

Alastair volvió a guardar las distancias, siguiendo a la persona sigilosa mientras avanzaba por el barrio. Si Alastair no conociese él mismo tan bien los senderos y callejones, habría perdido de vista a la persona mucho antes de cuando lo hizo. Desgraciadamente, dobló por un callejón sin salida y encontró que las calles estaban vacías y sin movimiento alguno.

Maldición.

Aunque no tenía nada concreto que sugiriese que las motivaciones del ladrón tuvieran algo que ver con él o la hermandad, no podía descartar la insistente sensación de familiaridad que había sentido mientras seguía a la silueta encapuchada.

En cuanto lo pensó, la imagen de la Sra. Evans le vino a la mente y recordó su manera de ser contradictoria y esas veces en que ella había demostrado ser muy hábil en la decepción.

La sospecha que estaba formándose en él le molestaba. Muy profundamente en su alma le inquietaba. Pero seguía siendo una posibilidad que no podía descartar completamente. Por otro lado, podría ser desesperación y paranoia activada por su propia inmersión en el subterfugio que le hacía estar sospechando de su propio ama de llaves de estar merodeando por el barrio en lo más oscuro de la noche.

Pero al entrar en su jardín, no pudo evitar mirar las ventanas pequeñas de la habitación de la Sra. Evans. Aunque no había ninguna luz brillando desde dentro, no podía dejar de mirar.

Y entonces, juraría que había visto las cortinas moverse. Solo un poco.

De repente sintió una corazonada mientras recordaba corriendo la noche que había pensado que la había visto en el jardín de Shelbourne y el hecho de que ella todavía estaba levantada, a pesar de que afirmó lo contrario, cuando él regresó a casa con la cuchillada en el costado.

Si era ella, sigilosamente merodeando en la noche, ¿qué asuntos podría traerse entre manos su ama de llaves con Lord Dryden?

#

Lark estaba parada ante la ventana de su habitación a oscuras, cuidadosamente oculta tras las cortinas, mientras miraba al jardín, donde Lord Warfield estaba parado al lado de un rosal, extrañamente quieto y mirando en dirección a ella.

¿Qué hacia afuera tan tarde por la noche y a pie?

Ella se había asegurado de esperar hasta que él regresara a casa después de salir y la casa se había quedado en silencio antes de ponerse ropas de muchacho y tapar su cabello rubio bajo un gorro de lana. Había accedido al pasadizo secreto de Warfield desde el estudio, luego había seguido hacia abajo al nivel inferior y esa puerta cerrada bajo llave que se había encontrado antes. Excepto que esta vez tenía sus herramientas.

Después de haber abierto la cerradura con sus ganzúas, había explorado el túnel inferior y se alegró de ver que le llevaba hasta una vieja casa de carruajes en las caballerizas. Desde allí, había avanzado con sigilo hasta la casa Dryden.

Se había enterado gracias a cotilleos de los criados, que la familia Dryden se había ausentado de Londres a su casa solariega, donde iban a quedarse para las vacaciones de Navidad. La mayoría de sus criados les habían acompañado, dejando la casa londinense con muy pocos empleados. La doncella le había dicho que el ama de llaves había recogido todas las pertenencias de Harriet, pero Lark sabía exactamente dónde mirar si hubiera algo de valor que quisiera guardar a salvo.

Después de salir de la casa Dryden, se había alarmado al descubrir que alguien la seguía.

Pero la alarma se convirtió en conmoción cuando vio a su perseguidor y al instante reconoció al marqués.

Le había podido esquivar sin mucha dificultad. Pero estaba preocupada por lo que él hubiera podido presenciar. ¿La había reconocido a ella tan fácilmente como ella le había reconocido a él?

Poco probable.

Vigilándole desde su ventana ahora, sintió un respingo de temor. Luego él parecía suspirar antes de seguir hacia la casa. Un momento más tarde, ella escuchó una muy sutil indicación de movimiento cuando él pasó cerca de su puerta camino a las escaleras de servicio. Ella contuvo el aliento, medio convencida de que él se detendría y llamara a su puerta para acusarla de… de lo que pudiera sospechar que hacía allí fuera en medio de la noche. Robar, seguramente.

Cuando sus pasos siguieron, ella suspiró.

Él no la había reconocido. Si lo hubiera hecho, se habría sentido obligado a confrontarla por su comportamiento tan sospechoso.

No es que él no estaba haciendo actividades cuestionables. ¿No le había pillado entrando con sigilo en la casa abandonada Shelbourne? Y, por otra parte, esa herida de cuchillo y sus notas meticulosas sobre sus vecinos y el pasadizo secreto y túnel subterráneo.

Tantas preguntas…

Ella no quería creer que Warfield había tenido algo que ver con la desaparición de Harriet, pero no podía descartarlo del todo tampoco. Para su propia paz mental, había tenido que descubrir qué se traía entre manos su patrón.

Pero esta noche tenía un asunto más acuciante del que ocuparse.

Rebuscar en la antigua habitación de Harriet había tenido éxito. Aunque la criada había sido sincera al decir que todas las pertenencias de Harriet se habían retirado, Lark sabía algo que el ama de llaves no sabía. El constante pillaje entre chicas del asilo había condicionado a su amiga a adoptar la costumbre de esconder cuidadosamente sus objetos de valor para tenerlos a salvo. El pequeño dormitorio en el ático de la casa Dryden ocultaba un hueco creado por una sección suelta del borde de la ventana que daba a la calle. Lark había descubierto un paquetito de cartas envueltas en un pañuelo.

Ahora, a salvo en su dormitorio, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y retiró las cartas que depositó con cuidado encima de su mesa antes de quitarse de prisa sus ropas oscuras y ponerse su camisón.

Sentada ante el escritorio, encendió una sola vela y retiró el pañuelo. Había once cartas en total. Cada una escrita con la misma letra inclinada de un varón, sencillamente dirigidas a Harriet. Como no había ninguna dirección constatada, Lark tenía que suponer que habían sido entregadas en mano por el autor a ella.

No tuvo que leer mucho para darse cuenta de que eran cartas de amor. La primera era un reconocimiento tentativo, citando un breve encuentro en la calle que parecía haber ocupado los pensamientos del autor sin cesar, inspirándole a escribir la nota. La siguiente expresaba un agradecimiento sincero y emocional al ver en la respuesta de ella que sus sentimientos eran recíprocos.

Lark se sintió conmovida por las confesiones de amor del hombre y su pasión por su querida amiga. Pero se preguntaba por qué Harriet nunca había mencionado nada de él en sus cartas a Lark. Basándose en las fechas de las cartas, su relación había durado unos meses e incluía más de una reunión clandestina.

Desgraciadamente, todas estaban firmadas simplemente con las iniciales W.K.

¿Quién era él?

Y, ¿podría saber algo sobre dónde podía estar Harriet ahora?

Volvió a leer las cartas una por una, buscando cualquier cosa que le pudiera servir para identificar al novio de Harriet. Pero no había nada más allá de la posibilidad probable de que él vivía en el mismo barrio. En una de las cartas mencionaba una vez que había visto a Harriet paseando con las jóvenes de la casa Dryden, y aunque deseaba acercarse solo para verla sonreír, no lo había hecho por decoro.

¿Era un criado en otra casa cercana, quizás?

Aunque deseaba desesperadamente creer que Harriet y su caballero se habían fugado, había demasiadas preguntas e insuficientes pruebas que demostrasen que Harriet estaba ahora con ese joven. Y si se habían fugado los dos, en lugar de mandar una nota tan críptica, ¿por qué no había contado la verdad a Lark? Y, luego, estaba la criada que había jurado que Harriet había desaparecido después de ser llamada a acudir a la fiesta del lord. Y el hecho de que se había dejado atrás todas sus pertenencias.

No tenía sentido. Había demasiados cabos sueltos e inconsistencias en esa teoría.

Frustrada, Lark guardó las cartas en el pañuelo. Abrió un cajón en el escritorio y las guardó. De alguna manera, esas cartas eran la clave del paradero de Harriet. Tenían que serlo. Podía presentirlo.

Capítulo Quince

A la mañana siguiente, el marqués pidió que le sirvieran el desayuno y su té en el estudio. Una severa falta de descanso y pensamientos incesantes sobre Harriet hacían que Lark se sintiera embotada y lenta de reflejos, pero hizo todo lo posible por no mostrarlo mientras descansaba la bandeja del té encima de la mesa. “¿Le sirvo?”

Hubo una pausa llena de significado antes de que él contestara, lo que le hizo casi mirarle de manera interrogante, pero ella se quedó mirando hacia delante.

“Por favor”, contestó él finalmente, y Lark se preguntaba si se había imaginado un tono más rudo en su voz.

“¿Sucede algo, Sra. Evans?” Parece inusualmente preocupada esta mañana”.

Enderezando la columna, Lark se obligó a mirarle a los ojos. “Para nada, milord”.

La mirada cristalina de él se estrechó y su rostro se puso oscuramente intenso brevemente. “No la creo, señora.” Algo la tiene distraída”.

Lark se negó a decir nada más. Seguramente no habría podido hacerlo de todas formas, porque su mirada se endureció mientras la miraba fijamente. No se sentía asustada por la intensidad de él realmente, ni amenazada. Pero algún sentimiento feroz le recorrió el cuerpo mientras le devolvía la mirada con intensidad. Algo como… anticipación mezclado con una desafiante desesperación.

Entonces, en el silencio combativo, su expresión empezó a cambiar. Tan sutilmente que ella casi no se dio cuenta. Pero sus ojos empezaron a reflejar una profundidad que ella no había visto antes.

Cuando finalmente habló, su voz era baja. “Era usted anoche. ¿Verdad?”

Ella sintió alarma recorrer su sangre, pero se obligó a mostrar una suave confusión. “¿Qué quiere decir, milord?”

“En la casa Dryden”. Esta vez, su tono era más seguro, como si la respuesta de ella hubiera servido sencillamente para convencerle más todavía.

“No sé de qué me habla”.

Él suspiró mientras se ponía en pie. Lark se negó a dar un paso hacia atrás. “¿Es usted una ladrona, Sra. Evans?”.

Ella alzó el mentón. “Ya no”.

Mientras la miraba fijamente, estudiándola en el silencio que se prolongaba, sus rasgos se endurecieron en una mirada que sugería frustración. “¿Si no es una ladrona, qué razón podía haber tenido para entrar en la casa de Lord Dryden?”

Lark se mordió la lengua.

El marqués dio un paso hacia delante. Había una sombra oscura en su mirada y una rudeza en torno a su boca mientras estaba parado delante de ella. “Dígame. ¿Por qué estaba allí?”

Lark respiró hondo. Su vientre se retorcía y le dolía el pecho mientras la verdad subía por su garganta. Había mil razones por las que no fiarse de este hombre. Pero todo en ella le instaba a contestarle sinceramente. Echando la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, le contestó. “Estoy buscando una amiga. Desapareció hace unas semanas”.

El único cambio en él fue que su mandíbula se tensó mientras la miraba fijamente. Por un momento, ella se sentía como si él pudiera ver dentro de ella en su corazón y entendiese mucho más de lo que ella le había revelado en su contestación.

“Continúe, Sra. Evans”.

Ahora que ella había revelado su motivo verdadero, parecía haber poca razón por la cual ocultar lo demás. “Ella aceptó un puesto como criada personal de las tres hijas de Lord Dryden hace casi seis meses. Hace unas semanas, yo recibí un mensaje críptico de ella. Rogándome que la perdonara”. Lark hizo una pausa para tragar el duro nudo que tenía en la garganta. Mirándole a los ojos fijos del marqués, ella agregó: “me pedía que no la buscara y me advirtió que no me acercara a la calle Curzon”.

“De manera que claro, allí es exactamente donde fue”. La mandíbula de Warfield se tensó más todavía. “Se metió en la casa Dryden buscando respuestas”, constató él con calma. “¿Encontró alguna?”

Después de un breve titubeo, ella le contestó: “no”.

Aunque ya había revelado tantos secretos, seguía controlando su conservación propia y la lealtad hacia su amiga y eso le impidió mencionar las cartas.

“Juega a algo muy arriesgado por su amiga. Debe significar mucho para usted”.

Lark sopesó no decir nada sobre eso, pero mientras veía la imagen de Harriet en su mente, de repente no quería ser la única persona que pensaba y preocupaba por Harriet. Respirando hondo, bajó la mirada a sus manos agarradas. “Me la encontré uno de los días más fríos de febrero. Temblando y medio desfallecida, escondida tras una pila de desperdicios. Era tan pequeña, solo tendría cuatro o cinco años, según mis estimaciones, pero su historia no es tan rara, me temo. Fue vendida por su madre para que trabajara para una mujer que no tenía paciencia para una aprendiz tan pequeña, y finalmente la echaron”.

Lark levantó la mirada de nuevo y vio la mirada fija de él. “Podía ver de inmediato que ella no iba a sobrevivir mucho tiempo en la calle.” Ni siquiera conmigo como protectora. Era demasiado confiada y dulce. No le era útil a la pandilla y solo iba a ser otra boca más a alimentar. Me dijeron que me deshiciera de ella, que la llevase a otro barrio y la dejara allí”.

Ella lo sopesó. Habría sido lo correcto para la pandilla, que era la única familia que había conocido. Pero mientras tomaba la mano de la niña pequeña y miraba sus ojos confiados y conmovedores, no se había sentido capaz de llevar eso a cabo.

“Todas las niñas de la calle conocen el Asilo Yeardley para Niñas”, siguió diciendo. “Un lugar formidable que acoge a niñas pobres de las calles y las reforma para que sean criadas correctas para las clases superiores.” Aunque Harriet era más pequeña que la edad que aceptaban típicamente, estuvieron de acuerdo en acogerla si yo me quedaba también. Harriet prosperó en la estructura firme y disciplina que ofrecían y pronto se convirtió en su mejor alumna”.

Cuando ella se detuvo, el marqués constató con sequedad, “Usted no, me imagino”.

“Hice lo que era necesario. Por Harriet. Las reglas… había muchas. Y yo tenía catorce años cuando decidí dejar atrás los peligros de la calle. Después de la relativa independencia que había conocido durante tanto tiempo, me llevó tiempo adaptarme. Pero había una cama caliente cada noche y dos comidas al día. Un verdadero lujo en comparación con lo que yo le había podido ofrecer a Harriet como ladrona de casas, de manera que aguanté. Finalmente, me gané un puesto en una casa de buena reputación”.

“Y trabajó hasta llegar a ser ama de llaves”, agregó él.

Lark asintió con la cabeza. “Harriet y yo soñábamos con ahorrar suficiente dinero para jubilarnos finalmente en una casita en algún pueblo en el campo”. Cuando él bajó las cejas, ella agregó: “una tontería, lo sé. Ninguna de las dos habría tenido ni idea de qué hacer en el campo, pero era un aliciente que nos hacía seguir motivadas, supongo”.

“Y esperanzadas”.

Sí.

No le hizo falta decirlo en voz alta. Sabía que él podía leer la verdad en su cara y no hizo ningún intento en ocultarle cómo se sentía al revivir esos sueños de un futuro que podría nunca llegar a ser. Y, curiosamente, ella podía ver que él lo entendía.

Pero su mirada se ensombreció de nuevo. “Debe cesar en sus investigaciones inmediatamente y prometer que se mantendrá lejos de la casa Dryden”.

Lark le contestó igual de firme: “no voy a cesar en nada, milord, hasta que Harriet sea encontrada y devuelta a mi sana y salva”.

Él dio un paso hacia ella, acercándose tanto que ella podía ver los destellos plateados en sus ojos. “No tiene ni idea del peligro que corre”.

Ella pensó en las notas meticulosas guardadas en la caja escondida y en las actividades ocultas de él. “Pero usted sí”, contestó ella con cuidado.

Los ojos de él se estrecharon. “Está intentando ir en contra de algo más poderoso de lo que pueda imaginarse.” Décadas de secretismo y riqueza sin límite les protegen. Es más probable que acabe igual que su amiga en lugar de rescatarla”.

“¿Seguirla a dónde, milord?” ¿Sabe lo que le ha pasado?”

Él presionó los labios en una firme línea que solo acentuaba los arcos y curvas rudamente sensuales de sus labios. Pero no contestó.

“Si sabe algo, milord, me lo debe decir”.

Cuando él siguió sin decir nada, ella dio un paso hacia él, mirándole a los ojos mientras le insistía.

“Por favor”.

“No sé nada de su amiga”, contestó él finalmente.

Ella no podía aceptar eso. “Pero sí que sabe algo”.

Los ojos de él brillaron mientras el control que él había estado teniendo se quebró un momento. Agarró los brazos de ella con firmeza y bajó la cabeza hacia la de ella, murmurando con la mandíbula tensa, “déjelo, Sra. Evans”.

“No puedo”, dijo ella con un jadeo.

Él la agarró con más fuerza. “Debe hacerlo. "Por su propia seguridad”.

“¿No lo entiende?”, susurró ella. “No me importa mi seguridad. Solo me importa encontrar a Harriet”.

Algo brillante se avivó en sus ojos. Una luz tan intensa que le robó el aliento. Pero entonces él estrechó la mirada y se aclaró la garganta. Como si se acabara de dar cuenta de que la estaba agarrando, la soltó de repente y dio dos pasos hacia atrás.

Su voz era ecuánime, pero pesada cuando volvió a hablar. “Será mejor que regrese a sus tareas, Sra. Evans”.

Lark le miró. Tenía mil cosas que decir. Pero no dijo nada. Algo en su manera de estar la convenció finalmente de que ella no iba a conseguir lo que quería de él este día. De manera que enderezó la columna y se obligó a adoptar una expresión neutral y seria mientras se llevó las manos a la cintura.

“¿Me está permitiendo que siga como ama de llaves?”

Él ya se había dado la vuelta para volver a sentarse, pero hizo una pausa mirando por encima del hombro ante la pregunta de ella. “¿Me ha robado algo?”

“No, milord”.

“¿Tiene intención de hacerlo?”

“No”.

“Entonces espero que realice sus tareas como ama de llaves. *Dentro* de los muros de la casa Warfield”. La advertencia de él era clara, pero el alivio de ella era mayor. Su puesto aquí era tan vital como siempre. Quizás más todavía ahora. “Puede reanudar sus tareas informando a la cocinera que voy a cenar con mis primos en la casa Northmoor esta noche”.

“Sí, milord”.

Él la miró fijamente. “Se acabaron las aventuras a medianoche, Sra. Evans.” “Júremelo”.

Ella no tenía ningún problema con mentir si eso la mantenía cerca de la calle Curzon. “Lo juro”.

Él asintió con la cabeza brevemente y ella respondió con una reverencia antes de darse la vuelta para salir de la habitación. El sonido de los periódicos en manos de él la siguió por la puerta, como si él realmente creyese que el asunto se había aclarado de esa manera tan sencilla.

#

Más tarde esa noche, en lugar de actualizar las cuentas de la casa, Lark decidió leer las cartas de Harriet una vez más. Quizás una segunda vez arrojaría más datos.

Desgraciadamente, no había nada más que sacar de los dulces mensajes que ella ya había obtenido. Y su enfoque se interrumpía de manera continua con pensamientos sobre el marqués y lo que ellos habían hablado esa mañana.

Él sabía algo. Estaba convencida.

Quizás no específicamente sobre Harriet, pero no había mostrado ninguna sorpresa cuando ella dijo que su amiga había desaparecido. Y, había un tono de esperanza en su voz cuando él le había preguntado si había logrado encontrar algo en la casa de los Dryden.

Y, por supuesto, sus propias notas detalladas sobre los Dryden y otros caballeros distinguidos.

Todo estaba enlazado. Tenía que estarlo.

Warfield estaba obviamente investigando a esos hombres, ¿pero para qué fin? El chantaje realmente no era la cosa, teniendo en cuenta que Warfield ya era más rico que la mayoría de las personas.

La criada con la que había hablado le dijo que Lord Dryden había sido anfitrión de una fiesta especial la noche en que Harriet había desaparecido. ¿Podrían ser sus invitados los otros hombres en las notas de Warfield? Tenía sentido si se tenía en cuenta la nota de advertencia de Harriet.

¿Había sido un invitado el marqués?

Poniéndose en pie de manera repentina, dio pasos largos hacia la chimenea, luego hacia el rincón donde estaba su cama, y de vuelta a su escritorio.

Si él había estado en la fiesta de Dryden esa noche, ella no creía que él hubiera podido hacer algo para perjudicar a su amiga. Ella había aprendido hace mucho tiempo a fiarse de sus instintos cuando se trataba de determinar el carácter de una persona. Y, aunque el marqués era meditabundo y casi siempre se manifestaba como frío y gélido, era un hombre noble y honorable. Nunca podría ser el monstruo que aparentemente había sido su padre.

Su padre.

Lark se quedó helada mientras recordaba el cuaderno que contenía las memorias del marqués anterior. Lo poco que había leído se le había grabado de manera indeleble en la cabeza. Él era ciertamente la clase de hombre que pensaría que no era nada as altar a una joven doncella. Y, aunque había estado lejos de Inglaterra mucho antes de que Harriet desapareciese, había vivido en esta misma casa en algún tiempo. Era de edad similar al Lord Dryden y seguramente conocía a los otros caballeros vecinos.

Sus ojos se agrandaron cuando recordó una palabra que le había parecido extraña al repasar el cuaderno, pero se le había olvidado pronto cuando siguió leyendo.

Hermandad.

Si no recordaba mal, el anterior marqués la había usado al aludir a un grupo de amigos concretos. ¿Los hombres de la calle Curzon?

¿Se había precipitado al no considerar las memorias más que los pensamientos lascivos de un sádico depravado nada más?

Tenía que leer esas notas con más atención.

Mirando el reloj para ver la hora. El marqués sin duda ya se había ido a casa de sus primos para cenar y seguramente estaría ausente otro par de horas. Tiempo de sobra.

Capítulo Dieciséis

Cuando se aproximó la hora, Alastair se vistió con sus galas apropiadas para una cena con un duque, llamó preparar su carruaje y salió de la casa de la manera habitual.

Pero no se fue a Northmoor House. En lugar de hacer eso, hizo que el carruaje avanzara solo unas pocas manzanas antes de dar la media vuelta y dejarle al lado de las caballerizas de su casa. Desde allí, se fue sin ser visto hasta el viejo edificio de los establos, donde accedió al túnel escondido. En menos de diez minutos, estaba de vuelta dentro de su casa.

Con rapidez y en silencio, recorrió el pasillo estrecho, subió por la escalera de caracol, hasta llegar al panel que abriría a su dormitorio.

Solo entonces se detuvo. Y esperó.

A pesar de haberlo jurado, él no tenía duda de que su ama de llaves intrépida volvería a vagar por la noche, la primera oportunidad que tuviera para seguir con la investigación que creía necesaria. Pero esta noche, él le había dado una nueva oportunidad. Solo que él sospechaba que ella no sería capaz de resistirse.

Apenas escuchó el clic de la puerta de su dormitorio. Fue un sonido tan quieto que él podría fácilmente haberlo pasado por alto si no estuviera tan sintonizado con cada sonido mientras aguardaba la llegada de una ex ladrona.

Aun así, cuando luego hubo un silencio, él se preguntó si acaso se había confundido con ese sonido.

Ralentizando la respiración, extendió sus sentidos dentro de la habitación más allá del panel cerrado. Aunque estaba parado en la oscuridad más completa, cerró los ojos. Escuchando, respirando en el aire cerrado del estrecho pasadizo, buscando algún cambio que indicase que ella estaba cerca.

Y ahí estaba. La respiración más suave.

Sopesó dejarse ver, confrontarla, exigir que dejara de investigar. Pero sus instintos nuevamente le instaban a tener paciencia.

Debería estar furioso ante la intrusión. No lo estaba. Había sospechado, desde la primera vez que se vieron, que había algo más allá de lo obvio en los ojos grises de la mujer. Los secretos y los engaños parecían ser tan parte de ella como lo era su enfoque comedido y su decoro forzado. Ahora que él sabía cuál era su motivación, no podía culparla por semejante lealtad, ni aunque sus maneras de proceder eran cuestionables.

¿No lo eran las suyas?

Si ella hubiera sospechado en algún momento que él estaba involucrado con la desaparición de su amiga, seguro que habría registrado su dormitorio. Y, si había alguien que pudiese descubrir el pasadizo secreto, él creía que podría ser ella. Lo cual significaba que ella

también había leído sus notas. Y, posiblemente, los escritos de su padre.

Aunque él no escuchó ningún movimiento, de alguna manera, sabía que ella se estaba acercando. Entonces sintió el suavísimo roce de puntas de dedos por el mármol.

Estaba ante la chimenea. A un paso de donde él estaba en pie escondido.

Un suave clic quebró el silencio contenido. El panel ante él se abrió una pequeña grieta. Justo lo suficiente para que unos dedos finos entrasen en ese hueco y silenciosamente lo abriesen.

Alastair tuvo una momentánea impresión de sus rasgos bonitos, agradándose con sorpresa antes de que él la agarrase tirando de ella dentro del pasadizo con él y cerró el panel.

Los dos estaban completamente a oscuras.

El olor a ella, de flores y ámbar, apartó el olor a madera, polvo y sombras. Sus faldas pesadas rozaron las botas de él antes de que se quedaran ondeando suavemente en torno a las piernas de él. Una de sus manos se había agarrado con firmeza a su antebrazo para guardar el equilibrio mientras él la giraba en el pasillo y permanecía allí todavía, mientras la mano de él descansaba en la suave curva de su zona lumbar.

De pie de lado, en el pasadizo, tenían el espacio justo para estar los dos. La espalda de él estaba presionada contra la pared y la de ella también seguramente. Sin embargo, sus cuerpos se pegaban con cada respiración. Las de ella, breves y superficiales, debido a su conmoción momentánea. Las de él, largas y profundas, mientras sopesaba lo que debía hacer ahora.

Él había esperado plenamente que ella vendría a sus habitaciones mientras él estaba fuera, pero no había planeado lo que haría una vez que ella lo hiciera. Tirar de ella metiéndola en la oscuridad había sido un acto impulsivo. Un impulso peligroso reconoció mientras su cuerpo empezó a caldearse debido a la proximidad de ella y sus sentidos se llenaban con detalles de ella.

La manera en que estaban de pie, de frente, agarrándose, era como un abrazo. Íntimo. Intencionado.

Manteniendo la voz baja en un murmullo apropiado para el lugar donde estaban, él constató con la voz sombría, “me gustaría decir que me sorprende verla aquí, Sra. Evans”.

“Yo podría decir lo mismo”, le susurró ella, su voz levemente sin aliento, a pesar de la pizca de censura en su tono. “No se suponía que tenía que estar aquí”.

¿Estaba irritada porque él la había engañado haciéndola revelarse?

Él se permitió una sonrisa, sabiendo que ella no podía verla. “Es mi casa, después de todo. ¿Qué hace exactamente en mis habitaciones privadas?”

“Buscar respuestas”, contestó ella tozudamente evasiva.

“¿A qué preguntas?” Él también podía ser testarudo.

Hubo una pausa larga antes de que ella finalmente contestara con una voz baja que se mezclaba perfectamente con la atmósfera oscura en torno a ellos. “Preguntas acerca de su naturaleza, milord”.

Alastair se puso rígido. “Mi naturaleza no es asunto suyo”.

“Pero lo es”, argumentó ella. “Está rodeado de secretos y sombras. Y está claro que prefiere que sea así. ¿Qué oculta de manera tan desesperada?”

Él bajó la cabeza hacia la de ella en contra de sus convicciones, lo suficientemente cerca como para sentir su aliento suave contra la mandíbula. “Cosas que para usted es mucho mejor que nunca descubra”.

Ella no respondió. Pasó suficiente tiempo para que él la sintiera tomar dos respiraciones calmantes. Suficiente tiempo como para percibir que ella cambiaba de postura, suavizase su

columna. Luego un pesado murmullo. “Y será mejor para usted que no me subestime. No me asusto fácilmente”.

Una emoción profunda le recorrió el cuerpo cuando las palabras de ella conjuraron cosas en su mente que había luchado por mantener dormidas durante semanas. Pensamientos de acercarla más a pesar de la posición demasiado cercana que tenían ya. Un deseo de deslizar la mano por la columna de ella hasta su nuca. Una necesidad de sentir su aliento cálido, dulce, bañar sus labios… su lengua buscando la de él…

“He leído sus notas. Sobre Dryden y sus amigos,” afirmó ella. “Les ha estado observando. Aprendiendo sus costumbres, estudiando sus casas. ¿Por qué?”

Las palabras de ella le sacaron de sus imaginaciones placenteras percibiendo que la columna de ella estaba tensa bajo la mano de él y que sus dedos se habían curvado en la tela de la manga de su abrigo. Estaba decidida. Carecía de miedo. Era apasionada en su búsqueda de verdades que podía ser mejor no conocer.

Él apretó la mandíbula cuando se dio cuenta de lo mucho que quería darle las respuestas que anhelaba. Quería ayudarla. Pero no podía permitir que ella se involucrara más en este lío de lo que ya estaba. Si otra persona la hubiera encontrado en la casa Dryden o cualquier otro lugar donde ella había estado husmeando, su vida corría peligro. Pero seguramente no antes de que ellos la hubieran usado para su diversión.

“Creo que sé lo que está intentando hacer. Aunque he decidido que voy a creer su declaración de que no sabe nada sobre Harriet en concreto, también creo que sabe mucho más de lo que ha reconocido. Hay más cosas pasando con Dryden y sus amigos que una criada desaparecida, ¿verdad?”.

Cuando él se quedó callado, ella siguió con urgencia, su voz pesada con desesperación, “¿No lo entiende? *Tengo* que averiguar qué ha pasado.”

Con un sonido bajo de frustración, él agarró los hombros de ella en las manos y rudamente le aportó la verdad que ella necesitaba escuchar. “Tiene razón. Su amiga no es la primera criada que desaparece, pero no tiene ni idea a lo que se está enfrentando. Estos hombres tienen una riqueza y poder combinados que va más allá de lo que pueda imaginarse. Mandan en las autoridades como si fuesen marionetas. Su influencia llega hasta el palacio, y han demostrado estar dispuestos a llegar a extremos amplios para proteger su seguridad y su secretismo. Son intocables y muy, muy peligrosos. Especialmente para alguien como usted”.

“¿Alguien como yo?”, preguntó ella bruscamente.

Alastair tensó la mandíbula. Había dicho demasiado. Revelado demasiado.

“¿Quiere decir una mujer de recursos limitados, sin familia, nadie para preguntar nada si yo fuese a desaparecer?”

Él no quería reconocer que eso era exactamente lo que había querido decir. Pero la verdad es que la hermandad buscaba de manera intencionada mujeres con circunstancias menos afortunadas.

En lugar de sentirse disuadida por su advertencia, ella parecía estar enojada mientras le contestaba, “¿cree que no sé el lugar en el que estoy en este mundo? Me lo dejaron muy claro el día en que me abandonaron en un maldito escalón. Soy prescindible. Olvidable”.

“No es cierto”.

“Por supuesto que lo soy. Pero no importa…”

Las manos de él apretaron los hombros de ella. Odiaba el tono de autocrítica en la voz de ella. Estaba claro que creía plenamente en lo que decía.

Él sabía lo que era pasar por la vida creyendo que tu existencia no importaba o peor, que

era una abominación. Sencillamente, no podía permitirle creer semejantes tonterías ni un momento más.

"Si eso fuese lo más mínimamente cierto", constató él con la voz espesa, "no habría tomado las medidas que ha tomado para encontrar a su amiga. Nunca habría descubierto este pasadizo". Bajó la cabeza para agregar la verdad más grande de todas. "Y, no estaría en mis pensamientos tanto como está. Yo no… sentiría tanto en cuanto entra en una habitación".

Aunque sus palabras eran un bajo susurro, apenas audible, el silencio que siguió su confesión era completamente ensordecedor.

No tenía que haberlo dicho. No tenía que haber admitido tanto.

Era chocantemente inapropiado. Él era su patrón. Su posición en la casa de él la hacía ser vulnerable. Y decir lo que acababa de decir… maldita sea, él no era mejor que su progenitor.

Con un sonido rudo, la soltó y se enderezó, presionándose contra la pared. Intentando darle espacio para poder huir como haría sin duda. Cómo *debería*.

Frustrado consigo mismo y su falta de control, le llevó un momento darse cuenta de que ella no se había movido.

Alastair bajó la mirada para verla en la oscuridad. Su visión se había adaptado lo justo para poder su silueta. No sabía mientras ella levantaba la vista para mirarle si la expresión en su cara era de temor, asco o ira.

"¿Qué es lo que siente cuando yo entro en la habitación?", susurró ella.

El cuerpo de Alastair se tensó de manera dolorosa mientras apretaba los dientes.

¿Por qué le preguntaba eso?

No podía decirle que el más leve olor a ella le hacía sentir dolor por ella. Que el enfoque directo de su mirada era como una descarga de un relámpago surcándole. Que su voz le caldeaba. Sus movimientos le hechizaban. Su firmeza le aterrorizaba.

"Dígame, milord". Su voz era como seda salvaje mientras su aliento se deslizaba con suavidad por su mandíbula y su cuerpo parecía acercarse sutilmente, aunque él no podía estar seguro de si se había movido o no. Todo su cuerpo se endureció. Las llamas acariciaban sus nervios. "En este lugar oscuro, solo entre usted y yo… dígame lo que siente".

Una ráfaga repentina, feroz y hormigueante de necesidad, se apoderó de él. Un reconocimiento en el alma de sus palabras. Todo en él anhelaba atraer su cuerpo contra el de él, apoderarse de sus palabras con la boca.

No podía decirle lo que estaba sintiendo.

Se lo diría con actos.

Rodeó de manera brusca con los brazos la silueta esbelta de ella, arrimándola contra su cuerpo. Su boca encontró la de ella tan fácilmente. Y, en cuanto sintió la textura sedosa y llena de sus labios, cualquier posible resistencia que podía haber poseído se derritió en nada. Dispersionada en una niebla candente. Ladeando la cabeza, separó los labios para probar mejor la dulzura prohibida de la boca de ella.

Los labios de ella se abrieron con un suspiro, y él se apoderó de su suspiro siguiente con un movimiento de la lengua hundiéndose en su boca. Su gemido, un sonido suave de necesidad, bajaba por el núcleo de él. Encendiéndole. Inflamándole.

Se sentía tan bien. Pero era tan incorrecto.

Sus manos se flexionaron preparándose para apartarla de él, romper el beso, terminar con el tormento de desear algo que no podía, no debía tener.

Pero, justo cuando él había reunido las fuerzas para terminar el abrazo, las manos de ella se deslizaron a sus hombros, luego se enroscaron en torno a su cuello. Como si se hubiera

percatado de sus intenciones, contrariándolas velozmente.

Quizás podía dejarse llevar. Solo un poco. Solo durante unos momentos robados en este mundo secreto donde no existía nada aparte de ellos dos.

Capítulo Diecisiete

El cuerpo de Lark estaba preparado para luchar. Era una sensación extraña que sentía mientras estaba siendo besada, como si la vida solo existiera en sus alientos y los movimientos de sus bocas.

Pero en cuanto decidió abrazar el anhelo oscuro, insistente dentro de su ser, apropiarse de la posibilidad de que él la deseaba tanto como ella a él, supo que no iba a dejar que esta oportunidad terminara sin sentir todo lo que ella ansiaba cada noche mientras descansaba a solas en su cama.

Aunque él había tomado la boca de ella con una seguridad y maestría que la maravillaban, podía sentir la contradicción en él. La resistencia y la autonegación.

Y ella sentía que sabía la razón de ello. De manera que cuando ella sintió que él se disponía a terminar el delicioso juego erótico de sus labios y lengua, ella tenía que comunicarle su deseo de la única manera que podía. Agarrándole con más fuerza, arrimarle más. Negarse a ser apartada.

Todavía no. Por favor, todavía no, le rogaba su cuerpo.

Y él la escuchó.

Levantando una mano en el estrecho espacio que había entre ellos dos, la curvó al lado de la garganta de ella y presionó un pulgar ancho bajo el mentón de ella, inclinando su cabeza hacia atrás mientras hundía la lengua de manera posesiva más allá de los dientes de ella, jugando con la de ella antes de retroceder. Entonces, con un hambre voraz, colocó su boca abierta contra el cuello de ella, trazando una ruta caliente hacia el pulso de ella que latía de prisa en el hueco de su clavícula.

Unas sensaciones maravillosas fluyeron por su cuerpo. Sensaciones de sorpresa, deseo, la necesidad más grande de una clase de intimidad física que ella nunca había experimentado, nunca había deseado.

Cuando él cambió la manera de tenerla entre los brazos, ella no pudo detener el leve sonido de protesta que surgió en su garganta. Pero él no se movió para apartarla. En vez de hacerlo, la mantuvo cerca en el círculo de sus brazos mientras la volteaba para que estuviera de espaldas a él. Con la mano todavía bajo su mentón, acomodó la cabeza de ella hacia atrás contra su hombro para poder continuar explorando la sedosa suavidad de su cuello, mientras con la otra mano desplegada contra su vientre, sosteniendo sus nalgas acomodadas en el calor de su ingle.

La respiración de ella se volvió entrecortada, y su cabeza daba vueltas alocadas con una oleada sobrecogedora, sin precedentes, de deseo.

Bajó la mano por detrás. Encontrando la columna dura del muslo de él, curvó los dedos contra su carne musculosa, manteniéndole cerca de ella. Su otra mano se fue hacia delante para sostenerla contra la pared que tenía delante. Sus pulmones se expandieron con una respiración profunda que soltó con un pesado suspiro.

Se sentía expuesta, su cuerpo accesible al tacto de él, cada exploración de él, el corazón de ella abierto a la oscuridad que les rodeaba. Pero también se sentía más segura contra su cuerpo grande de lo que se había sentido en toda su vida. Se sentía deseada y protegida. Nuevas experiencias, las dos.

El juego de su boca en la garganta de ella le hizo sentir hormigueos en el cuerpo que borraban todos sus pensamientos, derritiendo su columna mientras empezaba a moverse con

suavidad, una búsqueda. Ella necesitaba algo más en la conexión entre sus cuerpos que sencillamente ser sostenida.

Con un gemido duro y pesado, él echó la cabeza de ella hacia atrás y lo ladeó hacia él para poder poner su boca en la de ella una vez más.

Sí. Esto.

La lengua de ella avanzó primero. Exigiendo el sabor oscuro de él. Mientras sus bocas se emparejaban, con furia, hambre, la mano de él se deslizó por la columna de su garganta, llegando al cierre de su vestido. Con un suspiro y un gemido apenas suprimido, ella se dio cuenta de que él estaba desabrochando la fila larga de botones que bajaban por la parte de delante de su vestido.

Con impaciencia e impulsividad, ella enarcó la columna y fue premiada de inmediato con la presión pesada de su mano grande en su vientre, la innegable dureza de él contra sus nalgas, y la repentina bocanada de aire por su clavícula.

El murmullo bajo de su voz contra los labios de ella la calmaba, aunque no tenía ni idea de lo que dijo.

Y entonces sus dedos se curvaban ante el escote abierto de su vestido mientras lentamente tiraba de la prenda más allá del hombro, dejando a la vista un pecho solo tapado finamente por su camisola.

Con un gruñido de hambre animal que reverberó de manera evocadora en el estrecho pasillo, cubrió el seno dolorido de ella con la mano. Sus dedos moldearon la forma de ella mientras su lengua se hundía con ardor en su boca.

Ella no pudo hacer nada más que disfrutar del placer de su abrazo fuerte, sus manos expertas, sus besos ricos hambrientos, mientras ella se sentía inesperadamente agradecida porque él no era la clase de hombre que ofrecía besitos suaves o caricias tentativas. Ella se quedó conmocionada al descubrir lo mucho que había necesitado ser tan completamente tomada por él. Lo mucho que había estado ansiando exactamente esto… este dominio físico. Esta posesión absoluta.

Mientras ella jadeaba y gemía contra sus labios, él desplazó la mano que tenía contra su abdomen, deslizándola más abajo hasta hundirla entre sus muslos. Cuando su mano tapó ese lugar hueco y dolido con fuerza apoderadora, las piernas de ella se debilitaron y su cuerpo tembló. A pesar de que las capas de sus faldas se interponían entre su carne sensible y el tacto desnudo de él, la presión era preciosa, rica y reveladora. Ella pulsaba y ansiaba más.

Y cuando el dedo de él de manera experta rodeaba la cresta de su pecho mientras su boca se deslizaba hacia la curva sensible de su oreja, ella pensó que podría expirar debido a las locas revoluciones de sensaciones que sentía en su cuerpo.

“Soy un canalla malvado por disfrutar tanto de esto”, murmuró él con la voz espesa contra su oreja. “Lo sé, pero no puedo impedir desear más”.

Los dedos de él se fueron hacia su núcleo, enviándole una sacudida de placer recorriéndola.

Lark movió la cabeza para aprisionar los labios de él. “¿Soy malvada, yo también?”, jadeó ella. “¿Por necesitarlo tanto?”

“Eres perfecta”, murmuró él.

“Si tan solo… eso fuese verdad”.

Él cubrió su pecho de nuevo, moldeándolo a su gusto mientras empezaba un movimiento agradable rítmico entre los muslos de ella. “Entonces, seamos malvados los dos juntos”.

Ella casi se quebró. Su cuerpo, apretándose enarcándose, temblando en sus brazos.

Pero entonces…

Un sonido.

Silencio. Cerca. Innegable.

Los dos se quedaron quietos de manera instantánea. Le hizo falta usar toda su fuerza de voluntad a Lark para mantenerse en silencio y sin moverse entre los brazos del marqués. Mientras su cuerpo permanecía encendido en llamas. Mientras su núcleo vibraba. Mientras su aliento estaba atrapado y pesado en sus pulmones. Mientras apretaba los dientes con fuerza en su labio inferior y cerró con fuerza los ojos.

Podía sentir una tensión similar en el hombre detrás de ella. En el repentino enderezamiento de su postura, en la seguridad férrea de sus brazos, y la seguridad de sus manos, todavía agarrándola con tanta intimidad.

Mientras la doncella seguía moviéndose por el dormitorio, una lágrima de frustración de su ojo rodó en silencio por la curva de su mejilla hasta su barbilla antes de caer.

El marqués levantó la mano del pecho de ella y le hizo falta a ella hacer acopio de todo su ser, no emitir una protesta.

Pero entonces sintió el suave roce de sus nudillos por la mejilla.

En un instante, sintió que se retiraba.

No de manera física porque la seguía sosteniendo entre los brazos. Pero de todas las otras maneras. Era como que una corriente fría barriese por el pasadizo, enfriando su piel caldeada mientras las llamas que él había encendido en su cuerpo eran apagadas.

En cuanto la doncella terminó de atender el fuego en la chimenea y Lark escuchó el suave clic de la puerta, cuando la chica salió de la habitación, Lark se apartó del marqués. Bajando el mentón, empezó a abrocharse el vestido.

Aunque ya no estaba presionada contra él, sintiendo cada plano y contorno de su pecho, vientre y muslos, seguía lo suficientemente cerca como para sentirle ponerse rígido mientras sus manos bajaban apartándose de ella. Su voz sonaba tensa en la oscuridad. “Permítame ayudarle”.

“Está bien”, susurró ella. “Lo tengo”.

Lo tendría de todas formas, si sus dedos dejaran de temblar. Y ella dejaría de temblar si pudiera dejar de pensar en el sabor de la boca de él, pecaminosa y erótica, o como sus manos se sentían, fuertes y dominantes.

Mientras estaba parada allí, intentando ordenar sus pensamientos por encima del ensordecedor ruido de su corazón acelerado, el hombre que se había apoderado de su cuerpo y sus sentidos como propios, se movió sutilmente en la oscuridad.

Sintiendo incertidumbre como nunca había sentido, ella no levantó la cabeza en su tarea.

“Vuelva por donde vino”, murmuró él con la voz pesada. “Y no vuelva a usar este pasadizo”.

El movimiento de él alteró la caída de las faldas de ella y removió el aire en torno a ella, haciendo que el olor a sándalo la rodease antes de dejarla. Alzando la mirada entonces, ella solo vio la silueta de él antes de que desapareciera en la oscuridad del pasadizo.

Esperando hasta sentirse segura de que estaba sola, respiró hondo varias veces. Luego comprobó los detalles de su aspecto con manos cuidadosas, enderezando su corpiño y colocando su cofia en su sitio. Unos cuantos mechones de pelo se habían soltado de sus horquillas, pero no había gran cosa que pudiera hacer para remediarlo.

Otra respiración honda, una última comprobación de sus botones, y luego estiró una mano para agarrar el pestillo escondido.

El panel se movió levemente para dejar ver una pequeña rendija de luz proveniente de la habitación más allá y ella lo empujó hasta que se abrió. Parpadeando en la luz, dio un paso hacia

delante. Pero de repente recordó la razón por la cual había venido aquí en primer lugar. Retrocediendo, abrió la tapa de la caja que seguía en el rincón escondida.

Pero estaba vacía.

Capítulo Dieciocho

Alastair no tenía ningún destino en mente cuando la dejó en la oscuridad. Solo tenía que alejarse de ella. De la tentación que era ella. La calidez, suavidad y aceptación sin freno.

Y de su propia culpa y vergüenza.

Pero no importa cuánto caminara por las calles de Mayfair, no podía sacarse el sabor de ella de sus labios ni podía olvidar como la había sentido entre los brazos. Era todo lo que él se había imaginado y deseado desde el momento en que la vio. Ningún paseo tenía el poder de difuminar la fuerza que esos momentos robados en la oscuridad con ella le habían cambiado. Desde dentro hacia fuera. Nunca volvería a ser el mismo.

Pero el placer de estar con ella no podía tapar la verdad. Una verdad que se había vuelto descarnadamente evidente cuando la lágrima de ella cayó en su mano mientras cubría el seno de ella.

Era un canalla. El hijo de su padre.

Y se odiaba a sí mismo por serlo.

Cuando finalmente llegó de vuelta a la casa, no entró por el túnel secreto. Si no que se acercó desde el jardín para poder ver si seguía encendida una luz en las habitaciones del ama de llaves. Por lo visto, no se había torturado bastante esa noche. Pero todo estaba a oscuras, como debía ser a una hora tan tarde. De manera poco sorprendente, sintió decepción en lugar de alivio mientras seguía hasta la casa, por el vestíbulo en silencio, y escaleras arriba hasta su dormitorio.

¿Qué habría hecho si hubiera luz en su ventana? ¿Llamar a su puerta? ¿Disculparse? ¿Tomarla entre los brazos para besarla hasta dejarla sin aliento?

Cuando entró en su dormitorio y vio su ama de llaves sentada en silencio al lado del fuego, el rudo gemido que surgía en su pecho se ahogó en su garganta. Ella miraba la puerta, su enfoque intenso y firme. Esperando la llegada de él.

Casi se dio la media vuelta dejándola allí. Salir de vuelta a la noche. Seguir caminando hasta que la distancia que hubiera dejado atrás excediese el tirón de volver. Pero había estado haciendo eso desde el día en que había dejado la casa de su madre. No había ningún sitio lo suficientemente lejano para poder escapar de la verdad.

No dijo nada mientras cruzaba la habitación hasta llegar a su perchero. Habitualmente, su primera tarea sería avivar el fuego, pero ella ya lo había hecho durante su ausencia. Además, la tarea le habría acercado a ella. Dándole la espalda, se quitó el abrigo y aflojó el corbatín. Después de retirarse la tela del cuello, se tomó su tiempo en doblarla y dejarla un lado. Los movimientos eran automáticos y no le requerían pensar, permitiendo que su enfoque mental siguiera en la mujer silenciosa que todavía no se había movido de su lugar.

Él quería mirarla. Pero no estaba preparado para lo que vería en su mirada.

¿Por qué estaba ella aquí?

Ella tenía que haber ido directamente a su habitación después de que él la dejara. Donde pudiera echar la llave, evitándole.

“Háble me de su madre”.

Las palabras de ella le sorprendieron. La firme calma de su tono, además de la petición en sí.

Los músculos en su columna le dolían de la tensión y resistencia mientras las manos de Alastair se cerraron en puños. Incapaz de darse la vuelta y mirarla, desvió la mirada hacia la

ventana. No había estrellas y las nubes impedían ver la luna.

¿Existía alguna razón para no contárselo? Si ella había leído sus notas, era probable que leyese también las memorias de su padre, lo cual quería decir que conocía la verdad completa de su progenitor. La historia de su madre era mucho más trágica, pero existían pocas razones por las cuales ocultárselo todo ahora.

"Se llamaba Moira Cullen", empezó diciendo con sencillez, dirigiéndose a la oscuridad de fuera de la ventana. "Una chica de dieciséis años que había llegado a Londres con aspiraciones de ganar dinero suficiente para mantenerse ella y su familia numerosa en Galway. Ella se había considerado afortunada por ser contratada tan pronto por un hogar tan prestigioso. Un sueño que se convirtió en una pesadilla". No podía evitar el tono duro en su voz mientras hablaba. No había ternura en este relato. Ningún final feliz. Movió la cabeza para mirar por encima del hombro. "¿Leyó sus notas?"

Hubo una pausa. "Solo por encima".

Él hizo un sonido rudo. "¿No pudo soportar leer más?" Supongo que puede imaginarse lo que le hizo. La tuvo prisionera durante semanas. Violándola y humillándola para diversión de sus amigos nobles".

No escuchó a la mujer acercarse a su lado, pero sintió su presencia. Calidez. Firmeza. Fuerza serena. Ella le había dicho antes que no la subestimase. Dudó ser capaz de hacerlo. Ella era la personificación del valor y la constancia.

Inspirando con profundidad, se obligó a terminar. Sus palabras sonaron duras y totalmente insensibles a pesar de la manera en que le desgarraban con dolor la garganta. "Cuando descubrió que iba a tener un hijo… intentó quitarse la vida. El anterior marqués, sin embargo, había decidido que estaba listo para tener un heredero, y no le importó mucho de dónde conseguirlo. La obligó a casarse y luego la envió a una casa solariega en el norte gélido de Escocia. Lejos de personas amigas, cortando todos los lazos con su familia, vigilada día y noche para asegurar que permanecía viva hasta dar a luz. Ella sobrevivió, pero la experiencia la cambió. Su mente… ciertamente, y su corazón habían sido alterados. Endurecidos. Cada vez que alguien la llamaba *condesa* o se dirigían a ella como *milady*, los tornillos se apretaban cada vez más. Odiaba cada recordatorio de lo que había soportado. A mí, especialmente".

Hizo una pausa. Recordando esos años oscuros en el frío y la nieve de un viejo castillo resguardado. "Cuando era muy pequeño, no entendía su odio. El porqué me miraba con tanto dolor y repulsa. Aprendí a mantenerme fuera de su vista lo más que podía. Pero eventualmente empecé a sospechar lo que le había pasado debido a las acusaciones y los juramentos que me gritaba a lo largo de los años. Pensé en escapar, si eso pudiera darle un poco de paz. Pero creo que parte de mí esperaba que me viese de otra manera. De manera separada de mi padre".

La mujer a su lado se acercó más, pero no le tocó ni dijo nada. Él seguía mirando el cielo, buscando la luna de manera abstraída.

"El marqués nos visitó solo una vez cuando yo era muy pequeño, pero la violencia que su aparición desató en mi madre le hizo no volver nunca más. Cumplió con sus obligaciones, sin embargo. Se aseguró de que yo tuviera una educación correcta, modales, y demás para poder heredar su lugar en el mundo. Cuando me hice lo suficientemente mayor para ir al colegio como interno, ella empezó a ponerse mejor. Sus ataques se hicieron menos frecuentes, y desarrolló una amistad con una de las criadas que la cuidaban".

Él suspiró con profundidad. "Regresé solo una vez. Ella me confundió con él. La mirada en sus ojos será algo que nunca olvidaré. No volví".

"¿Adónde fue?"

Él se encogió de hombros. “A todas partes y a ningún lado. Sitios que me permitían desaparecer en una muchedumbre y lugares tan desolados que yo era la única persona en el lugar durante días. Viajé durante varios años en diversos continentes hasta que llegó un día, hace justo un año, cuando recibí noticia del fallecimiento de mi madre. Una muerte tranquila, tengo entendido. Cuando regresé a la casa de mi infancia, descubrí los cientos de cartas que ella le había escrito a su familia durante años. Escritas, pero que le habían prohibido mandar. Cartas que describían con doloroso detalle el tormento que había soportado a manos de un malvado lord y sus malévolos amigos”.

“Eso debió ser difícil”.

Aunque solo las leyó una vez, el contenido de esas cartas seguiría en él para siempre. Las angustiosas confesiones de una chica que había descubierto que los monstruos eran reales y los héroes no existían. Una joven mujer torturada por un destino del que no tenía esperanzas de escapar más que muriendo.

Sí, había sido difícil. Pero también un alivio.

“Finalmente, comprendí la fuente de su odio hacia mí”. Se aclaró la emoción de la garganta. “Yo nunca tuve un deseo de conocer al hombre que me había engendrado, pero cuando me enteré de la verdad completa de lo que él había hecho, tuve que confrontarle. Le encontré en Venecia, donde había estado viviendo desde su exilio de Inglaterra por algún escándalo que no pudo ocultar por completo”. Cerró los puños. “Se rio de mi indignación. Me dijo que un día entendería las cosas cuando descubriera los verdaderos placeres de la vida como había hecho él”.

Le costaba trabajo controlar su furia mientras recordaba esa breve entrevista. Como había odiado ver la semejanza entre los dos. Como había querido tanto borrar la sonrisa de la cara del viejo. Quería nunca volver a verle.

“Falleció esa noche. Sospecho que le mató uno de sus viejos amigos para los cuales ya no les servía. Y todo lo suyo fue traspasado a mí. Yo tenía intención de renunciar a toda la maldita herencia. Pero entonces encontré su cuadernito de notas. Sus *memorias*. Y, me di cuenta de que darle la espalda a todo ello no sería suficiente. Tenía que destruirlo todo y el legado de tormento que iba con ello”.

Su voto se difuminó en el silencio. Y, aunque la sentía allí, firme y serena a su lado, mantuvo la vista fija adelante.

Ella lo sabía todo ahora.

Su estómago se revolvía con vergüenza de antaño y asco. ¿Le miraría ella ahora y vería los horrores de los crímenes de su progenitor? ¿Cómo había hecho su madre? ¿Vería la misma revulsión en los ojos de ella, una revulsión a la que se había acostumbrado de niño?

“Lo destruirá todo”, dijo ella finalmente, sus palabras fuertes y claras después de haberse refrenado durante toda su explicación. “Y yo le voy a ayudar”.

Con un suspiro profundo y un juramento bajo, Alastair se peinó el cabello con los dedos. Apartándose de ella, se fue hacia el fuego de la chimenea donde se puso de cuclillas para añadir leña. Necesitando el calor añadido para eliminar el frío de su alma.

“No va a hacer nada”. La miró por encima del hombro con una expresión de prohibición. “Se va a quedar a salvo dentro de esta casa”.

“No lo haré”. Levantó el mentón desafiante. “Esa no es la razón por la que vine”.

Soltando un juramento bajo, se enderezó y cruzó la habitación de nuevo para quedarse parado delante de ella. Su tono era duro y enojado con la necesidad de hacerle entender. “Sí, lo sé. Ha venido para buscar a su amiga. Y se lo prometo, haré todo lo posible por descubrir su paradero. Pero puede que tenga que aceptar que ya no está. Estos hombres han asesinado para

proteger sus secretos y lo volverán a hacer".

Los ojos de ella destellaron con una convicción iracunda. "Harriet no está muerta. No puedo creer eso. No lo creeré. Está escondida. O quizás la mandaron lejos como hicieron con la madre de usted. La encontraré. Y le ayudaré a llevar a estos monstruos a la justicia".

Él gruñó con frustración. "¿Qué hace falta para convencerla de que no hay nada que pueda hacer excepto ponerse en riesgo?"

Los rasgos de ella mostraban su determinación. "Un riesgo digno si puede ayudar a impedir que otras mujeres tengan el mismo destino del de su madre".

El estómago de él se tensó mientras estrechaba la mirada para repasar los rasgos finos de ella. Ella tenía tanto coraje, furia y pasión. Pero nada de eso la salvaría si los hombres que habían demostrado estar dispuestos a hacer lo que fuera para sus placeres y sus secretos se fijaban en ella.

"Milord", continuó ella, "He pasado toda mi vida mirando por encima del hombro, escuchando con cuidado mientras caminaba por callejones oscuros y pasillos sin luz, siempre consciente de los peligros que pueden pasarle a una mujer sola. Estos peligros existen para todas las mujeres de todas las clases y circunstancias, pero sé bien los riesgos que corren las criadas para ganarse la vida. Los relatos como los de su madre son horrendamente comunes. Si hay algo que pueda hacer para impedir siquiera un puñado de semejantes injusticias, he de hacerlo".

Las palabras de ella sonaron verdaderas y convincentes, pero la necesidad de protegerla le sobrecogía. Sostenerla y guardarla de los males más allá de estas paredes a pesar de la fuerza de su valor. O quizás a causa de ello. Incapaz de frenarse, lentamente deslizó un brazo por la espalda de ella y la acercó a su cuerpo. Mientras ella echaba la cabeza hacia atrás, él levantó la otra mano al lado de la cara de ella y pasó el pulgar por encima de la suavidad de su mejilla.

Ella parpadeó y sus labios se separaron con suavidad, pero no intentó apartarse. De hecho, parecía ablandarse contra él. Las curvas de su cuerpo se presionaron de manera íntima contra el cuerpo duro de él. Sus manos se cerraron en torno a los músculos de sus brazos mientras alzaba la cara para mirarle con expectación en los ojos.

Él sostuvo su mirada mientras bajaba la cabeza para inspirar el aroma de ella, rico, femenino y agradable. Luego se permitió deslizar la mirada por la inclinación de su nariz respingona, luego el dulce arco de sus labios separados hasta la curva decidida de su mandíbula.

Sospechó que si la besara ahora, ella lo aceptaría con un suspiro. Y él la absorbería, y la fuerza y dulzura de ella borrarían la mancha oscura que él llevaba.

Tenerla entre sus brazos se sentía demasiado bien. Demasiado tranquilizador y gratificante. Demasiado *bien*.

Saber eso le daba la fuerza para soltarla y apartarse.

Necesitaba la ira y el asco. La oscuridad y la desesperación. Quizás algún día podría permitirse algo distinto. Pero no hoy. No hasta que el mal se hubiera eliminado de la noche y que la luna brillase de nuevo.

Su voz era pesada cuando habló. "Heredé más que esta casa de mi progenitor. Sus pecados se han convertido en míos para soportar, mientras que la vergüenza y agonía de mi madre corre por mis venas. No podré ser libre hasta expiar sus acciones y vengarla a ella".

"Yo puedo ayudarle", le insistió ella una vez más, su voz viniendo de las sombras detrás de él.

Se obligó a mirar fijamente a las llamas del fuego. "Váyase a la cama, Sra. Evans. "Es tarde ya".

Capítulo Diecinueve

A la mañana siguiente, Alastair mandó un mensaje a la dirección que le había dado Dell Turner. Por suerte, no tuvo que esperar mucho para recibir una respuesta, y unas pocas horas más tarde, Turner se veía con él en el estudio donde se acomodaron para hablar de sus asuntos bajo el inquietante retrato del anterior marqués mirándoles con sorna desde arriba.

Turner se sentó en el sillón directamente en frente del de Alistair y, aunque su postura era informal, había una mirada de callada intensidad en sus ojos que devolvían la mirada de Alastair.

"Quiero que se resuelva este maldito asunto", afirmó Alastair yendo al grano. "Para siempre. "Lo más pronto posible".

Turner le miró con curiosidad. "¿Por qué la repentina urgencia?"

"No importa". No iba a explicar que su ama de llaves estaba decidida a ponerse en riesgo en su búsqueda de respuestas. Ya que dudaba poder detenerla, necesitaba eliminar el peligro en vez de eso. "¿Ha encontrado algo útil de mis notas, Sr. Turner?"

"Sí que lo he encontrado". Metiendo la mano en su bolsillo, el otro hombre sacó una hoja de papel doblada y se la entregó a Alastair. "Hay unos cuantos detalles que todavía he de confirmar, pero estoy seguro de que esta es una lista completa de los hombres que son de la hermandad o que han tenido algo que ver con ella".

Alastair desdobló la hoja y repasó la lista. Doce nombres. Trece, si se incluía al Lowndes más joven aparte de su padre. También incluía a Lord Shelbourne, recientemente fallecido. Lord Dryden. El Conde de Altham. Lord Hazelton. Lord Buckley, a quien Alastair había conocido la noche de la fiesta. El Duque de Chesterfield. Y Lord Marlowe. El anterior Marqués de Warfield también estaba apuntado como fallecido, al igual que Lord Whitney y un Barón Hunt.

Sintió una oleada de frustración al saber que había otros dos hombres que habían fallecido sin ser llevados ante un tribunal.

El último hombre en la lista era un tal sir John Lanham. El nombre no le era conocido.

Debajo de cada nombre había una lista detallada de propiedades, negocios y otros bienes cruciales, parientes más cercanos y sus direcciones actuales. ¿Turner había conseguido todo esto en un par de días?

Dejando de mirar el papel para ver la cara del hombre sentado enfrente de él, le preguntó, "¿Está seguro de la precisión de esta información?"

"Salvo unos pocos detalles, como ya dije".

"Se ha conseguido muy pronto".

Ahora los labios del hombre se curvaron levemente. "Soy bueno en lo que hago".

Una hermandad de doce, reducía a ocho personas todavía vivas.

Alastair resopló brevemente antes de volver a mirar la lista. "Háble me de este último hombre, sir Lanham." No le he visto en las reuniones a las que he asistido y nunca le he oído nombrar".

"Sir Lanham reside en un castillo en la costa. Según todas las fuentes, está en su lecho de muerte. Sífilis. Seguramente no aguantará hasta fin de año".

Alastair sintió satisfacción ante la justicia poética de semejante fin. Respiró largamente antes de acabar lo que le quedaba de coñac.

Ocho hombres, pronto siete.

Los nombres se habían escrito con tinta, pero por él, podrían haber sido escritos con

sangre. Aunque odiaba saber que algunos de ellos se habían escapado de ser ajusticiados correctamente por su maldad, un destello de esperanza se filtró entre la resolución obsesiva que le había estado impulsando desde que descubrió la verdad de su herencia innoble.

"El Vizconde Marlowe va a ser anfitrión de un juego de cartas en su club mañana por la noche. Para finales de esa noche, tengo intención de procurar una invitación para este misterioso próximo evento".

Turner movió la cabeza. "Si hay alguna manera de descubrir lo que va a tener lugar por adelantado, puedo conseguir que haya personas en ese lugar esa noche por si hacen falta".

"Haré todo lo que pueda. ¿Ha tenido suerte la Sra. Turner en hablar con la cortesana?"

"Me temo que no. Aunque la mujer estaba dispuesta a hablar, su información estaba basada en rumores y especulaciones. Todos relatos de segundas personas. Advertencias sin fundamento. Nada tangible".

Alastair tenía la sensación de que Turner se guardaba algo. "¿Alguna cosa intangible?"

La expresión del hombre no varió, pero durante un largo momento no contestó. Luego parecía decidirse y contestó con cautela. "Tenga en mente que nada de esto ha sido confirmado y no puede serlo sin una fuente mejor. También, de acuerdo con sus propias investigaciones, estos lores no se aprovechan de las mujeres de alto nivel de la noche. "Mujeres con contactos sociales y dinero propio".

Alastair arrugó la frente. "Eso es cierto. ¿Entonces, las advertencias de la cortesana son irrelevantes?"

"No necesariamente. Este tipo de advertencias de precaución suelen tener su origen en algún peligro real. El truco está en rastrear los rumores hasta su fuente para determinar qué verdad hay si es que hay alguna".

"Eso llevará tiempo".

"Ciertamente", dijo Turner de acuerdo con él. "Pero tengo contactos en toda la ciudad y maneras de obtener registros sobre ventas de propiedades privadas y cosas parecidas. Si hay un rastro qué seguir, yo lo encontraré. Estaremos buscando un lugar que pueda ser vigilado con cuidado, en una zona donde los vecinos no es probable que hagan preguntas ante lo que puedan ver o escuchar de sus actividades".

"Eso es un criterio bastante amplio".

"Lo iremos reduciendo, milord." Aunque, si le dan una dirección por casualidad e instrucciones precisas de cómo encontrarla, ciertamente sería más fácil", dijo con una mueca de humor socarrón. Luego miró hacia el reloj. "Me temo que me he de marchar".

Los hombres se pusieron en pie. Con cierta rigidez, Alastair le tendió una mano. "Aprecio su ayuda en esto, Turner".

El otro hombre asintió con la cabeza. "Debe saber que le estoy aportando a Hale informes regulares sobre mis avances en este asunto".

Alastair le miró con una mueca. "Siempre y cuando no tenga intención de interferir".

Las cejas de Turner se alzaron. "No puedo prometerle eso, milord." No hay muchas cosas que detengan a Mason Hale si ha decidido involucrarse".

"Ya veo," contestó Alastair con un suspiro fuerte.

#

Lark cruzaba el vestíbulo cuando la puerta del estudio se abrió de repente y salió el marqués.

Aunque seguía con el orgullo dolido a causa de la manera en que él la había despedido tan fríamente de su habitación anoche, no pudo dejar de mirarle y buscar en sus rasgos ver que

estaba bien. Algo en la dura determinación de sus palabras finales le había preocupado. Y la expresión de su cara hacía poco por calmarla.

Dura e intensa, su mirada la seguía mientras cruzaba el vestíbulo. La intensidad de su mirada sombría le robó el aliento, y la repentina aceleración en su corazón casi la hacen tropezar al andar. Porque lo que ella siempre había tomado por un frío desdén, ahora se parecía mucho a un ardiente calor y feroz negación.

A pesar de la tensión en su pecho, se recordó a sí misma que él la había rechazado. La había apartado anoche cuando ella se había ofrecido para ayudarle. Levantando sutilmente el mentón, desvió intencionadamente su mirada hacia el hombre que salía detrás de él del estudio.

Y casi se muerde la lengua, ya que se encontró repentinamente mirando la cara de alguien a quien no había visto desde que era niña. Pero no era posible confundir esos ojos astutos de color avellana, y, aunque sus rasgos habían madurado en los años desde que la última vez que los vió, retenían suficiente parecido como para que ella no dudase acerca de su identidad.

Dell Turner había sido un niño astuto unos pocos años más grande que Lark y se había encargado de hacer diversas tareas por la ciudad. Una vez que el talento de ella se hizo más conocido por su habilidad para poder infiltrarse en los sitios más seguros, él le había pedido ayuda en unos cuantos trabajos misteriosos. A ella siempre le había gustado por su naturaleza pragmática e intuitiva y había admirado su deseo de ser un chico solitario cuando la mayoría de los niños se aprovechaban de la seguridad que podía aportar una pandilla. Los trabajos que ella le había hecho habían sido muy bien pagados, y él había sido una de las pocas personas del East End en que ella había confiado de verdad y consideraba un amigo. Pero no le había vuelto a ver desde el día en que ella y Harriet habían llamado a la puerta del Asilo Yardley.

La presencia de Mason Hale en la casa del Marqués de Warfield la había sorprendido, pero la presencia de Dell Turner la conmocionó y confundió.

Como si se diera cuenta de que le miraba, Turner ralentizó su paso y miró hacia ella.

Habían pasado más de diez años desde la última vez que le vio, de manera que no esperaba que la reconociese. Pero los ojos de él se estrecharon un poquito antes de que bajara el mentón en un breve y sutil reconocimiento.

Lark asintió a su vez. El intercambio solo duró un momento; sin embargo, cuando ella miró por encima del hombro al marqués, le encontró mirando con cierta fiereza a Turner.

Ella sintió un estremecimiento en la columna.

Estaba claro que Warfield había visto la mirada que pasó entre ella y su invitado. Y no parecía estar contento.

“¿Conoce a mi ama de llaves, Sr. Turner?”

Lark no había esperado que el marqués dijera nada. Tensándose, se detuvo y se giró. Turner la miró de manera interrogante, como si le pedía que reconociese conocerla. Ella volvió a asentir brevemente con la cabeza mientras se agarraba las manos.

Warfield conocía su pasado. No había nada vergonzoso en conocer a alguien que había recorrido las mismas calles oscuras del East End que ella.

Turner se acercó de manera tranquila. “La conocía. "Desde hace años”.

No dijo más mientras aceptaba calmadamente su abrigo y sombrero del lacayo, pero su fácil reconocimiento no hizo nada por aplacar la mirada de frialdad en los ojos de Warfield mientras miraba a Turner.

“Espero sus noticias en breve”.

“Desde luego, milord”, contestó Turner mientras asentía con la cabeza y luego salió por la puerta de la casa.

Lark no se quedó esperando a ver si el marqués quisiera preguntarle más acerca de ello, pero la frialdad de sus maneras la siguieron cuando salió del pasillo para irse caminando de prisa hacia sus aposentos personales.

Desafortunadamente, no fue suficientemente rápida.

"Sra. Evans".

El marqués habló con suavidad, pero su tono no permitía que ella le ignorase.

Ella se detuvo en el pasillo estrecho y se giró para mirarle. Manteniendo la expresión plana y la voz despreocupada, aunque estaba muy preocupada, le contestó con sencillez: "¿Sí milord?"

Él siguió hacia delante. Su silueta alta y ancha casi llenaba el pasillo cuando se detuvo delante de ella. "¿Tiene un momento? Hay algo que me gustaría hablar con usted. En privado".

Una ráfaga de anticipación la recorrió ante la sugerencia oscura que fluía en la última palabra que él había dicho y el hecho de que miró por encima del hombro de ella hacia la puerta cerrada de su dormitorio mientras la decía.

Ella deseó no recordar de inmediato la sensación de los brazos de él en torno a ella, sus manos en su cuerpo su boca, sus labios… ¡Oh, Dios! Su lengua… Pero lo hizo. En una ráfaga febril. Todo a la vez. Y el deseo le hizo sentirse instantáneamente débil y deseosa.

Con un esfuerzo supremo, se obligó a apartar esos sentimientos.

Seguramente, no tenía intención de seguir con lo que había frenado de manera tan concluyente la víspera.

Y, ciertamente, ella no lo deseó.

Pero sí le deseaba. Mucho. Por desgracia, dudó que esa fuese su intención cuando su mirada tenía tanta intensidad enfocada en ella.

"Por supuesto", murmuró ella mientras se daba la vuelta para abrir su puerta y avanzar con él siguiéndola.

El clic de la puerta cerrándose de nuevo le hizo sentir otro estremecimiento por la columna, pero lo ignoró, al igual que el hecho de que su cama estaba a tan solo unas pocas zancadas de allí mientras tomaba asiento en uno de los sillones.

Cuando el marqués se sentó en el otro sillón, ella se dijo que esto no era diferente de las conversaciones que ella había tenido con Gideon en este mismo lugar.

Una mentira total, claro.

Manteniendo la columna recta y las manos trenzadas en su regazo, miró al marqués con una mirada silenciosa y expectante.

Pasó un momento antes de que él hablase. Lo suficiente para que ella sintiera que él deslizaba con suavidad la mirada por su rostro, deteniéndose durante un momento que le paró el corazón, en su boca, antes de mirarla a los ojos.

"Háble me de Turner".

Claramente, no era una petición, pero no había notas de animosidad o amenaza en su voz.

Lark se permitió arrugar la frente levemente mientras le miraba de manera interrogante. "No sé lo que puedo contarle, milord. "No le he visto en muchos años".

"Entonces, cuénteme, lo que *sí* sabía de él".

Ella se daba cuenta de que él estaba muy interesado en su respuesta y no iba a aceptar una evasiva. Pero no iba a traicionar una vieja amistad sin saber la razón por la que hacerlo.

"¿Por qué?"

La pregunta de ella le hizo hacer una mueca en su frente oscura. Estaba claro que no quería darle explicaciones, pero Lark alzó una ceja, dejándole igual de claro que ella no iba a

decir nada sin una buena razón.

"Recientemente, he decidido trabajar con él para resolver… el asunto que usted y yo hablamos anoche. Quiero asegurarme de no haber cometido un error".

Una extraña tensión se apoderó de ella cuando al final comprendió. "¿Y me está pidiendo mi opinión?"

Otra larga pausa. Luego él bajó la barbilla y colocó las manos abiertas en sus muslos mientras miraba hacia el fuego bajo en la pequeña chimenea de ella.

"Solo porque no deseo que se ponga en un peligro innegable, no significa que no valore sus pensamientos sobre el tema". Sus ojos azules se posaron en la mirada de ella, causando un delicado estremecimiento cruzarle la nuca de ella. "A menos que esté delatando una confidencia personal".

Respirando lento y con profundidad, Lark intentó disipar la neblina íntima que su mirada le suscitaba. Aunque el tema era cualquier cosa menos sensual, ella no podía impedir que su cuerpo reaccionara ante el tono bajo de él y su mirada penetrante con una intensidad visceral.

"Como le dije, no he visto a Dell Turner desde hace muchos años. Cualquier cosa que le dijera puede que ya no sea cierta".

"Los detalles de la situación de una persona pueden cambiar. Su ubicación o sus asociaciones o su ocupación. Pero las cualidades humanas básicas tienden a permanecer constantes". Él ladeó la cabeza: "¿Qué palabras usaría para definir al hombre como cuando le conocía?"

Lark pensó en los tiempos en que habían trabajado juntos, las cosas que había aprendido de él. "Astuto. Perspicaz. "Con recursos".

La voz de él era baja. "Confiaba en él. Mucho".

"Con mi vida", constató ella con toda sinceridad. "Más de una vez".

"¿Haría lo mismo hoy en día?"

No hubo titubeos. "Absolutamente".

"Entiendo". Miró de nuevo el fuego. "¿Era su amante?"

Los ojos de Lark se agrandaron ante la pregunta inesperada. Buscando en los ángulos oscuros de la cara de Warfield, intentó determinar la fuente de su pregunta. Había una tensión clara en la firme presión de sus labios, y una sombra en su frente, pero no podía estar segura de por qué le había hecho semejante pregunta.

Ella decidió contestarle con sinceridad. "No éramos más que niños cuando yo le conocí. Supongo que le consideraba una especie de mentor. Y un raro amigo".

El marqués asintió, pero ella no pudo evitar darse cuenta de la tensión en su mandíbula y la luz que destellaba en la profundidad de sus ojos.

"¿Importaría mucho que fuésemos más que eso?"

El pensamiento de que él pudiera estar sintiendo algo semejante a celos por su anterior asociación con Turner, le hizo sentir una ráfaga intensa de calor.

Los ojos azules de él la penetraron mientras el marqués parecía estar buscando algo en ella. Los instintos en ella batallaban con su intuición. Una cosa instándola a protegerse contra la intensidad de su mirada. La otra deseando precipitarse de cabeza en ella.

"No". Su respuesta fue escueta. Completa. Sin verdad.

Lark suspiró de repente, sintiéndose muy cansada. Bajando la mirada, se puso en pie. "Me imagino que tiene cosas importantes qué atender. No le entretengo más".

Cruzó la habitación hacia la puerta, pero justo cuando ella agarró el pomo, sintió su presencia detrás de ella. Más cerca de lo necesario. Lo suficientemente cerca como para sentir su

pecho ancho contra la espalda cuando estiró un brazo más allá, colocando la mano encima de la de ella.

La posición le recordaba demasiado bien esos minutos robados en el pasadizo secreto, y su cuerpo respondió al instante al recuerdo. Y el calor y el olor a él.

Su aliento se entrecortó de manera brusca mientras un dolor delicioso, evocador, le surcaba el centro de su ser. Era un anhelo y deseo, con una pizca de miedo, todo a la vez mientras ella se mantenía quieta. Desconociendo sus intenciones. Sin aliento, esperando que coincidiesen con el anhelo íntimo que ella no podía ignorar.

"Me disculpo". Sus palabras eran un susurro pesado. "No quise ofenderla".

"No lo ha hecho", contestó ella deprisa. Sin aliento.

El aliento jadeante de él rozó la sien de ella mientras deslizaba la mano por encima de la de ella… lentamente, deliberadamente… encendiendo un hormigueo ardiente por su piel hasta que sus dedos largos rodearon su muñeca.

Con una suave, pero firme insistencia, la instó a soltar el pomo. En cuanto sus dedos soltaron el latón frío, levantó la mano de ella para presionarla contra la pared que tenía delante.

El aliento de ella se aceleró con el latir de su corazón mientras la mantenía ahí.

"Dígame que me marche", murmuró él, bajando la cabeza al lado de la de ella. "Dígame que soy malvado y aborrecible". Su voz era apenas audible mientras sus labios se movían contra la piel sensible bajo la oreja de ella. "Diga que soy un bribón y un canalla".

"¿Por qué?", jadeó ella mientras deslizaba un brazo en torno a la cintura de ella, arrimándola contra su cuerpo.

"Ódieme. Desprécieme".

"No puedo".

"Debe hacerlo", gruñó él. "Es la única manera en que pueda convencerme de mantenerme lejos de usted".

Lark echó la cabeza hacia atrás y curvó suavemente la columna. "No quiero que esté lejos de mí".

El sonido que salió de su garganta era descarnado y hambriento. Su brazo la rodeó con más fuerza y su boca se abrió contra su cuello. Sintió estremecimientos al sentir los dientes de él rozándole la piel. Un suave gemido salió de ella y sus rodillas se debilitaron.

En su siguiente inspiración, él la volteó. Ahora estaba firmemente presionada contra la pared mientras el marqués permanecía duro e imperdonable delante de ella. Seguía con una mano apoyada contra la pared al lado de la cabeza de ella, mientras aplanaba la otra mano en la pared también.

Ella estaba encerrada de manera eficaz. Encerrada en su necesidad, la oscuridad en él que ni siquiera intentaba negar y la atracción sensual de la que ella no quería escapar. Echó la cabeza hacia atrás y miró los rasgos familiares duros a causa de algún tormento silencioso. Cuando ella alzó la mano hacia el lado de la cara de él, podía sentir la tensión de su mandíbula contra la palma de su mano.

Con el aliento contenido, cuidadosamente rozó los labios de él con el pulgar y disfrutó de su textura lisa, firmeza, arqueo y calidez íntima.

Sus cejas bajaron sobre su mirada brillante mientras separaba los labios para mordisquear la carne del pulgar de ella con sus dientes afilados.

El vientre de ella aleteó de manera alocada y ella soltó un suspiro pesado y dolido en el espacio entre ellos. El sonido parecía atormentarle aún más. Su mirada se volvió tan feroz que casi daba miedo. El cuerpo de él se tensó y endureció contra ella mientras sus dedos se apretaron

en torno a su muñeca.

Cuando ella se puso de puntillas, levantando la cara hacia la suya, él la detuvo con un "No lo haga", murmurando en voz baja.

Ella se detuvo, pero no retrocedió. Mirándole a los ojos ensombrecidos por el peso de sus cejas, le preguntó con sencillez: "¿por qué no?"

La respuesta de él era descarnada y torturada. "Porque no quiero ser como él".

"No lo es", murmuró ella desesperadamente mientras se tensaba contra él. Necesitándole.

Él llevó una mano a la nuca de ella, agarrándola con fuerza como si tuviera intención de mantenerla apartada. En lugar de eso, la acción hizo que la boca de ella estuviera aún más cerca de la de él.

Ella disfrutó en el sutil, dominante abrazo mientras mantenía sus labios cerca y sus manos en su cuerpo.

El tono de él se hizo un jadeante gruñido. "La hice llorar".

¿Cuándo habían sido interrumpidos en el pasadizo?

Con suavidad, pero firme, ella le susurró. "No. Estaba frustrada. Y sobrecogida". Sosteniéndole la mirada, le confesó algo que solo había reconocido hacía poco. "He sobrevivido con muy poco en mi vida, y mayormente ha sido algo ganado con uñas y dientes. Pero eso no significa que haya querido algo más. Eso no quiere decir que no entienda lo que me ha estado faltando. ¿Cree que habría dejado que nada de lo que pasó entre nosotros si no fuese exactamente lo que he querido? ¿Lo que he estado anhelando tanto tiempo?"

Él apretó con más fuerza. Sus ojos destellaban un fuego azulado. Peligroso. Emocionante. Excitante. "¿Qué ha estado anhelando?"

"Esto", suspiró ella. "Usted".

Él sacudió la cabeza en una negación. Pero sus ojos se deslizaron con suavidad por los rasgos de ella para recaer con intensidad en sus labios. "No debería". Su voz era espesa, con dolor y remordimiento. "La mía es un alma oscura, maldita y arruinada antes de que naciera siquiera".

El deseo en sus ojos era feroz y sin diluir. Pero también veía el dolor que intentaba ocultar. La condenación. No de ella, sino de sí mismo.

Ella quería negar lo que él había dicho, pero sabía que él no la creería. Todavía no.

Lark se movió contra él, deslizando la mano de su cara al cabello negro sedoso en su nuca. Llevando la boca hasta casi tocar la de él, le miró a sus ojos azules fieros, susurrándole: "no me da miedo la oscuridad".

Algo brillante y peligroso se avivó en su mirada. Luego su boca cubrió la de ella y su lengua embistió más allá de los dientes de ella para robarle el aliento.

Era un beso de fuego y exigencia. De rendición y la necesidad más oscura.

Lark se hundió en él, permitiendo que su cuerpo se derretirse en el de él. Sus pensamientos salieron volando, dejando atrás la necesidad humana más básica. La necesidad de conectar.

Ella podía sentir esa misma necesidad en él. En la manera en que su mano le apretaba la nuca. En la manera en que él le soltaba la muñeca para agarrarle las faldas, alzándolas hasta poder meter la mano debajo y agarrar el muslo de ella con firmeza, justo por encima del borde de su media, donde la piel estaba desnuda y cálida.

Desperada por animarle más, ella levantó la pierna y la enganchó en torno a la cadera de él. De inmediato, él agarró la curva de su nalga. Usando su cuerpo y la pared detrás de ella, la levantó hasta que ella pudiera rodearle con ambas piernas, abriéndose a él a la presión de sus

caderas entre sus muslos. En cuanto sintió la dureza de él, presionando con firmeza contra el núcleo suave y dolido de ella, un estremecimiento recorrió su cuerpo.

El jadeo conmocionado de placer de ella fue apropiado por la boca de él. Su boca malvada, hambrienta y deliciosa.

Él agarró las nalgas de ella con ambas manos. Unos dedos fuertes se hincaron en su carne mientras inclinaba la pelvis de ella hacia él para mejor recibir un embiste de sus caderas.

Ella se mordió el labio inferior, con fuerza para retener un gemido.

Una luz malvada se avivó en el azul cristalino de su mirada mientras se basculó contra ella otra vez.

Las pestañas de ella aletearon mientras un calor profundo y hormigueante empezó en su núcleo. Un hormigueo que la recorrió hasta los dedos de las manos y los pies.

Placer. Pero insuficiente.

Un sonido como un ruego surgió en la garganta de ella. Apretando los ojos con fuerza, lo retuvo. Apenas. Nunca había pensado que la llevarían hasta un punto que tuviera que rogar. No por nadie. Pero nunca se había imaginado un hombre con una mirada de fuego de hielo en los ojos y magia en los dedos.

Sus manos se apretaron en el trasero de ella mientras bajaba la cabeza al lado de la de ella.

“Páreme”, le exigió en un susurro feroz.

“No lo haré”.

“Ódieme”.

“No puedo”, jadeó ella mientras giraba la cabeza para buscar su boca con la suya.

Capítulo Veinte

Sus labios sabían a verdades y pasión. Ella era la personificación de todas las fantasías que hubiera tenido nunca. Era todo fuego y valentía. La seducción misma.

Y él estaba perdido.

Perdido en el aroma de su piel, el sonido de sus respiraciones cortas y jadeantes, el tacto de su cuerpo moviéndose contra él. Necesitada. Ella se aferraba a él. A su cabello, su abrigo. Donde pudiera agarrarse.

Aunque gozaba del calor entre sus muslos, se sentía furioso por las muchas capas de ropas que seguían entre ellos dos. Y de repente solo podía pensar en nada más que sentir su piel caliente rozando la suya.

Con un gruñido de frustración y una especie de necesidad animal que nunca había experimentado antes, movió el cuerpo de ella bajando los pies al suelo. El cuerpo de él se rebelaba ante la pérdida de contacto íntimo y se quedó parado allí un momento presionándola contra la pared mientras la besaba de manera profunda y larga. Cuando sintió que volvía a tener un control adecuado, dejó de besarla y levantó la cabeza.

El agarre de sus manos en torno a su nuca se tensó mientras sus párpados se abrieron. Una sombra de confusión en las profundidades grises de sus ojos, pero no hizo nada por ocultar su deseo, tan brillante y hermoso.

“Necesito más”.

Él no había tenido intención de decir las palabras que daban vueltas sin piedad en su mente obnubilada por la lujuria. Su voz era ruda. Tan ruda como sentía que lo estaba su alma cuando ella se humedeció el labio inferior con la lengua antes de contestarle en una voz sensual. “Te necesito”.

Esa vocecita en su cabeza, la que le recordaba constantemente el legado de su progenitor y la manera tan ferviente en que iba a renunciarlo, la voz que no le permitía olvidar las acusaciones apasionadas de su madre o los años que ella había pasado en vergüenza inmerecida, intentó recordarle lo equivocado que era todo esto. Pero fue en vano.

Él ya había caído.

Y cuando las manos de ella tiraron de su abrigo retirándoselo de los hombros hasta que cayó al suelo, él se perdió sin remedio. Para cuando empezó a quitarle el chaleco, él había desabrochado los botones del vestido de ella hasta el esternón. La visión de su clavícula desnuda y el borde de encaje blanco de su camisola bastó para causarle una tensión fuerte en la garganta.

En cuanto cayó su chaleco, ella agarró la camisa de él en los puños, ayudándole a subírsela por la cabeza. Con un sonido suave, las puntas de los dedos de él recorrieron la cicatriz rosada en su costado y él se tensó. La cuchillada estaba curándose, pero la piel era sensible, y él no quería distraerse de su objetivo actual. Estaba desnudo de cintura para arriba, mientras que el vestido de ella le seguía cubriendo de la cabeza a los pies. En un arrebato de frustración, agarró los bordes abiertos del corpiño de ella y tiró de ellos con fuerza. Ella jadeó mientras los botones cayeron por el suelo en torno a los pies de los dos, pero con un movimiento rápido ella se bajó el vestido más abajo de sus caderas, con sus enaguas.

Un hambre impaciente rugió en la sangre de él mientras ella se inclinó hacia delante para quitarse los zapatos y las medias. Un momento más tarde, estaba delante de él sin vestir nada más que su camisola fina de algodón y Alastair perdió la capacidad para hablar.

La silueta de ella era esbelta con curvas modestas. Había fortaleza evidente en sus extremidades y una resiliencia capaz en su postura que seguramente se había formado a base de años de trabajo físico duro y adversidad. Ella era una mujer cuya sensualidad se multiplicaba por la suma de sus partes. Cada detalle de quién era se combinaba de una manera que era casi incapacitante.

Él nunca había visto nada tan fascinante. Se le hacía la boca agua.

Pero cuando ella levantó las manos para soltar las horquillas de su pelo, él se dio cuenta de que apenas había empezado a explorar el atractivo que poseía esta mujer. El sudor perlaba la frente de él y los músculos de su abdomen se tensaron. Su respiración se hizo superficial y un dolor hueco se formó en su pecho. Mientras el cabello pálido de ella caía por sus hombros, él reconoció el deseo feroz que rugía en él. Que amenazaba con consumirle. Que amenazaba con consumirles a los dos.

Si no podía resistirlo, al menos podría intentar controlarlo.

Pero mientras permanecía en sitio inmóvil, cada músculo tenso y duro en su cuerpo, ella le miró a los ojos y alzó el mentón. Fue un gesto breve y sutil, un vistazo rápido de la naturaleza atrevida que ella intentaba ocultar.

Sosteniendo su mirada, se bajó con gracia el tirante de su camisola de un hombro. Cuando la tela suave se deslizó quedando atrapado en el suave abultamiento de su seno, la leve caricia del algodón hizo que el pezón se arrugase de manera hermosa.

Aunque ansiaba estirar los brazos hacia ella, mantuvo las manos quietas a sus costados.

Aparentemente impertérrita por la quietud feroz de él, ella se deslizó el otro tirante del hombro, y la prenda se deslizó de manera sinuosa por su cuerpo hasta el suelo. Y cada centímetro de su cuerpo femenino estaba expuesto a la mirada lujuriosa de él.

Ella era perfecta. Orgullosa y fuerte y desvergonzada.

El sonido que surgió en el pecho de él era más animal que de hombre. Más hambre que deseo.

La belleza deslumbrante de ella, el orgulloso valor y el feroz dominio de si misma, quebró lo que le quedaba de contención. Una zancada larga le llevó a estar en contacto con ella. La suave seda de su piel contra la suya era como el cielo. Sus pechos aplastados contra él, el latido rápido de su corazón, el sonido de su aliento atrapándose en su garganta. La pasión y el fuego de ella eran casi tan fuertes como los de él. Pero nada en el mundo se acercaba a la profundidad de la necesidad que sentía en cada centímetro de su ser cuando tomó la boca ella con la suya.

Su gemido era suave y profundo. El cuerpo de ella se enarcó contra él, como si buscase más. Él hundió la lengua más allá de los dientes, deslizándola caliente y mojada contra la de ella mientras saboreaba los tesoros más profundos de su boca. Quería apoderarse de la misma esencia de ella y hacérsela suya.

Pensar eso casi le vuelve loco. Y cuando sintió la suave caricia de sus manos en su piel, apretó los dientes con fuerza contra el veloz deseo de penetrarla.

Todavía, besándola como si fuese a extraer su alma de los labios, levantó las manos de ella hacia la pared por encima de su cabeza. Agarró sus muñecas con una mano mientras apartaba las caderas lo suficiente como para meter la mano entre ellos dos. Su vientre era liso y temblaba bajo la suave caricia de sus dedos. Conteniendo el aliento, ella dejó de besarle. Y, cuando empezó a explorar los suaves rizos que tapaban su pubis, ella cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes por encima de su labio inferior.

Era preciosa.

La anticipación de sus rasgos. El temblor y el ansia. El dulce tormento. La belleza absoluta y su confianza.

“Afirma no tenerle miedo a la oscuridad”, susurró él con la voz espesa. “¿Y del pecado?”

“Me crié en la calle, milord. No desconozco el pecado”.

Alastair deslizó los dedos por su raja, húmeda de deseo. La sangre surgió caliente y feroz por sus venas. Dejándole casi sin conocimiento y duro como una piedra.

“¿Y el placer?”, preguntó, su voz pesada de lujuria.

Los ojos de ella eran oscuros y atormentados cuando miraron los de él. Recorrió con la punta de la lengua su labio inferior antes de responderle. “He conocido muy poco en mi vida”.

Alastair tensó la mandíbula contra el surgir de emoción salvaje en su pecho. Acarició las partes privadas de ella de nuevo, una caricia suave, pero esta vez curvó el dedo anular, de manera que la punta pasó por sus pliegues internos.

El jadeo de ella se convirtió en un gemido quedo mientras su cabeza cayó hacia atrás contra la pared y sus pestañas parpadearon.

“Entonces, la ahogaré en ello. “Quiero que el placer sea todo lo que conozca cuando esté conmigo”, murmuró él con voz ronca. “¿Lo permitirá?”

Las manos de ella se tensaron en su agarre y su zona lumbar se enarcó, haciendo que ella basculara las caderas con suavidad. Los dedos de él se deslizaron de forma íntima en el calor mojado de su sexo. Un temblor erupcionó en su vientre y subió por su garganta en un gemido rudo. Se inclinó hacia delante para descansar la frente contra la pared. Girando la cabeza, le impartió un beso en la piel sedosa debajo de bajo su oreja.

“¿Me permitirá darle placer?”, preguntó de nuevo, necesitando la respuesta de ella.

“Por favor”, contestó ella en un suspiro.

“Mi ángel dulce”, susurró él, “excedes toda posible fantasía. He de saborearte”.

Soltando sus muñecas, cayó de rodillas. Aunque ella se puso rígida por la sorpresa, él no pudo reunir las palabras para darle seguridad. Estaba demasiado enfocado en el tesoro que tenía delante.

Un vientre suave y muslos temblorosos. Rizos dorados y el embriagante olor de su deseo.

Murmuró palabras calmantes mientras deslizaba las manos por el dorso de sus muslos hasta su trasero pequeño, y luego hacia abajo para jugar con la parte de detrás de sus rodillas. Respirando hondo el aroma de ella, disfrutó con la manera en que su esencia surgía en él, echando leña en el fuego de su deseo, mandando oleadas pulsantes de placer hormigueante en su sangre.

Tomando una rodilla en la mano, levantó su pierna hasta que descansaba en su hombro. Ella no ofreció ninguna resistencia a las direcciones de él, sometiéndose a él con plena confianza y un tembloroso suspiro de anticipación. Con los pulgares, él abrió con suavidad los pliegues de ella, exponiéndola a su mirada hambrienta.

Ella era una perfección delicada. Mojada y rosada.

Un gruñido animal se revolvió en el núcleo de él cuando se sintió arrebatado por un deseo primitivo de tomar. Poseer. Devorar.

El primer tacto de su lengua contra el calor aterciopelado y mojado de ella era como un sorbo celestial. El segundo lametazo lento le llevó a las profundidades más ardientes del infierno cuando una necesidad hambrienta se apoderó de él. Por dentro y por fuera. Le ardía la piel. Sus músculos temblaron.

Separando las rodillas en el suelo para sostenerse, aplanó una mano en el vientre suave de ella, sintiendo con placer cómo temblaba ella por él. Cuando presionó la boca abierta sobre el

capullito hinchado en la cima de su sexo, los muslos de ella se tensaron. Cuando chupó con suavidad su carne sensible, las rodillas de ella se debilitaron. Le llevó todas sus fuerzas sostenerla simplemente, contra la pared, apoyada por su hombro, sostenida por su mano… mientras se rendía ante el hambre que rugía en su ser.

Lamiendo, hurgando, embistiendo con la lengua. Chupando, mordisqueando, jugando. Dándose un banquete de su calor desbordante y femenino. Hasta que ella tembló y gimió. Hasta que le agarró de la cabeza para mantenerle ahí entre sus muslos. Hasta que jadeó sin aliento y su cuerpo se tensó y su sexo pulsionaba contra la lengua lasciva de él.

Incluso después de que se hubieran difuminado las conmociones íntimas de su placer, él no podía dejar de calmarla con besos suaves y embestidas lánguidas de su lengua en el pasaje cálido y dulce de ella. Ansiaba penetrar más. Tomarla de manera completa. Pero por encima de todo, no quería hacerle daño. O forzarla a nada de lo que ella pudiera arrepentirse.

Ese pensamiento le convenció para retirarse.

De manera renuente, secándose la esencia de ella de su boca, bajó su pie al suelo antes de deslizar una mano a su cintura mientras se levantaba del suelo.

Sus pechos estaban sonrosados y los pezones eran de un color rosado oscuro, mientras su aliento era errático saliendo de entre labios entreabiertos que parecían estar hinchados por haber estado mordidos entre sus dientes. Tenía los ojos cerrados, pero estiró los brazos hacia él, deslizando una mano en torno a su nuca mientras un suave sonido incomprensible se escapó de su garganta.

La cama de ella, en un rincón en sombras tras un fino biombo plegable, era estrecha y pequeña. Pero la alfombra ante la chimenea era espesa y cálida. Él tomó el cuerpo lánguido de ella entre los brazos y cruzó la habitación en largas zancadas antes de descansarla allí. Había un chal de punto encima del respaldo de la silla cercana, y él lo desplegó por encima de su cuerpo desnudo para protegerla del frío.

Le llevó otro minuto agregar leña al fuego, hasta que un calor más grande se propagó por la habitación. Cuando se giró hacia ella, la mujer se había puesto de costado curvando las extremidades hacia su centro. Sus ojos eran claros y fijos mientras le miraba.

Su lengua se espesó en la boca y se le estrechó la garganta mientras reconocía no tener la más mínima idea de qué decirle.

Lo que él quería más que nada era descender al lado de ella, tomarla entre la fortaleza y el calor de su cuerpo, rodeándola. Quería fingir que los dos existían en un lugar y tiempo separados del resto del mundo fuera de su pequeña habitación acogedora.

Separados del pasado y el futuro inciertos.

Pero semejantes sueños eran imposibles.

Era mucho más probable que ella se daría cuenta de su error al permitirle la indescriptible belleza de hacerle el amor. Ella se arrepentiría del placer que él le había dado y temería la posibilidad ser arruinada o peor.

Poniéndose de cuclillas al lado de la chimenea, cerró los puños y los presionó encima de los muslos. Apretando las muelas, se obligó a adoptar una expresión severa mientras la miraba a los ojos. No podía arriesgar que ella viera lo mucho que la ansiaba. Le dolía. La necesitaba.

El silencio entre ellos dos solo se veía interrumpido por el crepitar del fuego y el latir pesado del corazón de él.

“Puedo ver los pensamientos que le recorren la mente, milord”.

Él hizo una mueca, intentando ocultar el tormento dentro de su ser.

Entonces ella suspiró. Suave y lentamente. Una suave exhalación. Incorporándose para

quedar sentada con las piernas dobladas con elegancia a un lado, permitió que el chal cayese a su regazo.

Alastair hizo esfuerzos por impedir que su mirada recorriese alocadamente cada centímetro de su piel suave que se caldeaba bajo la luz danzante del fuego.

Bajando el mentón, ella le habló en un tono que era quedo y firme. Suave pero implacable. “Una mirada gélida ya no puede engañarme”.

Viejas emociones surgieron desde la profundidad oscura dentro de él, arañándole para liberarse. Su legado era de lascivia y depravación. Había nacido de ello y había vivido la mayor parte de su vida bajo el manto de la vergüenza y odio de su madre.

Sus puños se apretaron y su vientre se revolvía. “No podría entenderlo”.

“Explíquemelo, entonces”.

No podía. No podía poner en palabras los sentimientos retorcidos que había heredado. El odio que ardía en él. El temor de que se sentiría así para siempre. Incluso después de destruir la hermandad y vengar a su madre. ¿Cómo podría un alma tan ensuciada ser purificada?

Aunque el calor del fuego detrás de él empezaba a quemarle la piel de la espalda desnuda, se sentía helado por dentro por una certeza gélida. Mientras la mujer que tenía delante le miraba con sus ojos grises llenos de calma, fuerza y una confianza plena, él reconoció lo equivocado que era todo. Lo equivocado que estaba.

Desvió la mirada, incapaz de verla sin que el dolor le atravesara el centro de su ser, mientras se ponía en pie de manera abrupta. El deseo de pedirle perdón le arañaba la garganta, pero no pudo decir las palabras. No se arrepentía de haber saboreado la dulzura de ella, de haberla tenido entre los brazos mientras le había dado placer. No podía arrepentirse de eso. Los recuerdos de ello permanecerían seguramente con él el resto de su vida.

Ella no dijo nada cómo protesta ni se movió de su postura en el suelo mientras él recogía sus prendas de ropa descartadas apresuradamente. Después de ponerse la camisa por encima de la cabeza, agarró el resto de sus prendas en una mano y miró con fijeza la puerta cerrada de ella.

Debería vestirse completamente. Si alguien le viese salir de la habitación de ella en su estado actual, no habría dudas acerca de lo que había transpirado entre ellos. Se vería arruinada, avergonzada y degradada. Pero no podía esperar otro momento más, sintiendo su mirada silenciosa en la espalda.

Alcanzando el pomo de la puerta, habló finalmente. “Guardaré las distancias en adelante. “Usted debe hacer lo mismo”.

No esperó la respuesta de ella antes de salir deprisa de la habitación. No esperaba una respuesta.

#

Lark suspiró, profundamente, con un aliento que le quemaba la garganta, trayendo el picor de lágrimas. Pero ella no iba a llorar. Había aprendido hace mucho tiempo que eso no servía de nada. En vez de hacer eso, una vez que el sonido de las pisadas de Warfield se difuminó, se levantó y se volvió a vestir con otro vestido. Luego recogió sus botones esparcidos por el suelo y sus horquillas. Luego cosería los botones. Ahora mismo, tenía que volver al trabajo.

Guardaré las distancias en adelante. Usted debe hacer lo mismo.

Sus últimas palabras reverberaban en su cabeza. Ella haría lo que él le había mandado. Lo mejor que pudiese, como fuera, en sus circunstancias actuales. Por el bien de él, pero también por el suyo. Porque ya no podía negar la profundidad de sus sentimientos por el hombre cuando su salida de la habitación hace un momento casi la había quebrado de una manera que ella no

había creído posible.

Ella había visto y vivido demasiadas experiencias endurecedoras en su vida. Desde hacía mucho se había creído incapaz de sentir dolor en el corazón.

Warfield, sin embargo, le había demostrado que se equivocaba en eso. Y en otras cosas.

Estaba claro que estaba consumido por el dolor de sus orígenes. Cuando él le había contado la historia de su madre, aunque había intentado mantener la voz libre de emociones, el daño causado a su madre por su padre, le había pasado a él. Descargado en él. Desde una edad en que no habría podido ver que la vergüenza de su madre no era la suya. Incapaz de contemplar eso, aunque él había sido el resultado de algo horrible y terrible, él no tenía culpa. Ni era responsable de ello.

Él había soportado el peso de eso durante tanto tiempo, el miedo de que su destino era convertirse en un monstruo como su progenitor. No sabía cómo soltarlo. Podría ser que nunca lo supiera. Y por eso, podría no permitirse estar con ella de una manera que ella pudiera que él quisiera. De una manera que los dos tan obviamente necesitaban.

Y, aunque ella podía ver esas verdades e incluso entenderlas, tenía que reconocer que no las podía cambiar. Solo él podía hacer eso.

Mientras se miraba en el pequeño espejo ovalado al lado del ropero y se tocaba el pelo para asegurarse de que estaba correctamente en su sitio, constató el arrepentimiento y quedo anhelo poco característico en ella en su mirada.

Una cosa era segura; él no empezaría a ver las cosas de otra manera hasta que la hermandad estuviera completamente destruida.

Quería que ella permaneciese segura y escondida en la casa.

Eso, sencillamente no iba a pasar.

Capítulo Veintiuno

El salón de juegos privado del club tenía las paredes revestidas de paneles de madera oscura que habían sido pulidas hasta que brillaban reflejando la luz de la araña de cristal colgada encima de la mesa. Las bebidas y comidas eran francesas. Y las apuestas eran altas.

Alastair hizo una mueca mientras miraba fijamente las cartas que le habían tocado. Luego miró de reojo a los otros jugadores. Marlowe estaba sentado enfrente de él, murmurando en voz baja. Lowndes estaba a su derecha, confiado y arrogante como siempre. Y Chesterfield estaba sentado a su izquierda.

Había estado preparando el terreno toda la noche, haciendo apuestas altas, jugando de manera audaz, bebiendo demasiado, y no podía esperar mucho más antes de ejecutar el aspecto final de su plan. Mientras todos colocaban sus apuestas para la siguiente ronda, él procuró agregar un suspiro de efecto dramático.

“Dios mío, Warfield, si las apuestas son demasiado altas, retírate de la mesa,” murmuró Marlowe, finalmente dándole a Alastair la oportunidad que necesitaba. “No puedo soportar otro de tus gemidos sufridos”.

“Mis disculpas, milord.” Me temo que no puedo permitirme abandonar. Para mí estos días es un todo o nada”.

“¿De qué hablas?”, preguntó Chesterfield con incredulidad. “Los cofres Warfield siempre han estado llenos. Tu padre no tenía problemas desde luego. Vivió de una manera bastante prolija según recuerdo”.

“Ese es el problema”, Alastair replicó mientras se acababa lo que le quedaba del buen coñac en su copa. Luego le hizo un gesto al lacayo de pie en un rincón pidiendo que le rellenaran la copa. “El viejo no tuvo ningún problema gastando la ingente fortuna Warfield, dejando nada más que deudas. Y se me acaban de terminar las opciones para poder rectificar sus descuidos”.

“Eso no puede ser verdad”. Dijo Marlowe.

“Te aseguro que es muy cierto”, replicó Alastair con severidad. “La casa Warfield está desvencijada. Todo lo que no está asignado, ha sido vendido. Sé que eras amigo de mi padre, pero yo solo heredé problemas de ese bastardo”.

Hubo un silencio incómodo y Alastair se preguntaba si es que había ido demasiado lejos, pero entonces Chesterfield le sonrió con bondad. “Tu padre era un amigo, eso es verdad, pero conocíamos bien sus… compartió una mirada con Marlowe... muchos defectos, digamos”.

“Sí, bueno, les pido perdón, caballeros, si doy la impresión de estar algo desesperado.” Francamente, lo estoy”.

Chesterfield colocó la primera carta encima del tapete y empezó el juego. Alastair hizo todo lo posible por aparentar no darse cuenta de las miradas secretas que pasaban entre los otros hombres en la mesa.

“¿No tienes inversiones?”, preguntó Lowndes al cabo de un par de rondas.

“He hecho algunas, pero no tengo un verdadero aval, y soy nuevo en la ciudad, de manera que nadie me da un anticipo o un préstamo. La gente puede que recuerde a mi padre, pero nadie sabía de mi existencia hasta hace unos pocos meses”.

“Tu padre tenía sus razones por mantenerte lejos de Londres. Yo no estaba realmente de acuerdo con él, pero..." Chesterfield dejó que sus palabras se perdieran mientras hacía un gesto displicente con la mano. “Lo que quiero decir es que como los amigos más viejos de tu padre, y

ahora tuyos, estamos para ti, muchacho".

Lord Marlowe gruñó de una manera que podía indicar que estaba de acuerdo o meramente irritado.

Alastair sonrió de manera penosa mientras dejaba caer una carta sobre la mesa. "Excelente. ¿Alguno de vosotros quiere aportar capital para un negocio de inversión?"

"No", replicó Lowndes, "pero hay algo que sí que podríamos ofrecerte".

"Solo me interesa si garantiza un buen rendimiento. Nada especulativo. "Necesito algo seguro".

"¿No pides mucho, verdad?", se burló Marlowe.

Alastair le contestó encogiéndose de hombros mientras se bebía su coñac. Menos mal que había logrado hablar con el lacayo antes para ofrecerle un buen soborno si el hombre pudiera servirle únicamente de una botella que había sido aguada cuidadosamente. "Desesperado, recuerden".

Los labios de Lowndes se curvaron en una sonrisa astuta, pero su mirada era aguda mientras se fijaba en la de Alastair. "Mi oferta no debe ser tomada a la ligera. Te estoy dando una oportunidad que no volverá pronto y paga una fortuna *garantizada*. Hay un riesgo significativo, pero no es monetario". Miró de reojo al otro hombre. "Ni lo es el compromiso".

Marlowe murmuró algo, pero Chesterfield estiró la mano por encima de la mesa para darle una palmadita sosegada en la mano. "Yo escucharía al hombre si fuese tú, Warfield". Luego soltó una carcajada. "Yo lo hice y no soy el único. Te aseguro de que no te arrepentirás".

#

Los dos días siguientes pasaron en una frustrante especie de jaque mate.

Cada mañana, Lark le llevaba el té al lord y decían sus palabras de costumbre, pero él no la miraba a menos que le hiciera falta. Y, cuando lo hacía, era con una expresión tan carente de emoción como la de la primera vez que se conocieron.

Pero eran visiones de cómo había estado él mientras estaba arrodillado ante su fuego, atormentado, triste, arrepentido, los que la desvelaban por la noche. Mucho más que los recuerdos de cómo se había sentido ser amada por él durante esos breves momentos, aunque esos recuerdos ardientes también le quemaban la mente mientras estaba tumbada en la soledad de su cama.

Una noche, ya no lo podía soportar más. Después de hora de insomnio, se levantó de la cama y se puso sus ropas oscuras de muchacho. Se metió el cabello bajo la gorra de lana y se puso un abrigo grande por encima. Luego se escabulló por la puerta de servicio y cruzó el jardín yendo a las caballerizas.

No tenía un destino real. Ninguna motivación por salir esa noche, salvo su propia inquietud intolerable y la necesidad de pensar en cualquier cosa menos el marqués. Había leído y vuelto a leer las cartas de amor de Harriet una docena de veces de manera infructuosa. No había nada en ellas que le orientase. Nada más allá de las iniciales W.K. con lo que trabajar, y eso era demasiado vago para guiarle en nada.

De manera que vagueó. Con las manos en los bolsillos, la barbilla metida en el pecho y la mirada puesta mayormente en sus pies, una costumbre peligrosa, lo sabía bien, vagabundeó por los senderos y las calles que se había obligado a conocer bien.

Hasta que levantó la vista y se encontró delante de la casa oscura de Dryden. Mientras su mirada subió a la estrecha ventana del ático que en su día había sido la de Harriet, sintió un dolor tensar su pecho.

¿Dónde estás, Harriet? ¿Adónde te has ido? Daría lo que fuera por saber que estás bien.

Por hablar contigo.

Un doloroso nudo se formó en sus entrañas, y tragó con fuerza para impedir que su tristeza subiese por su garganta.

Pero no podía dejarse llevar por el sentimiento de pérdida durante mucho tiempo, porque el sonido de ruedas de un carruaje aproximándose la obligó a ocultarse en la sombra más cercana. Según sus estimaciones, tenían que ser casi las tres de la madrugada. Solo había unas pocas razones por las cuales estar fuera de casa a esas horas, y ella no tenía ningún deseo de ser pillada desprevenida por uno de los *caballeros* locales.

Mientras el vehículo se aproximaba, ella vio que era un carruaje sencillo en lugar de ser un elegante vehículo que ella esperaba, habría esperado que un hombre de dinero y prestigio dirigiese. Llegó casi a la altura de ella cuando se ralentizó y luego detuvo ante la casa de al lado de la de Lord Dryden.

Lark hizo esfuerzos por recordar en sus conversaciones con Gideon quien vivía en esa casa, pero no fue capaz. No pensaba que fuese un lord o alguien de alcurnia, aunque la casa era elegante. Pero ella pensaba que habría recordado una referencia sobre su dueño en las notas de Warfield si esta persona fuese relevante para sus investigaciones.

Su miedo se aplacó un poco, pero su curiosidad se avivó, y ella se fue silenciosamente reptando de su sitio para echar un vistazo mejor a la persona que se bajaba del carruaje. Mientras se aproximaba, podía escuchar dos voces cuchicheando. Una era de un varón y la otra era de una mujer. Parecían no querer que nadie les escuchara, de manera que Lark no podía discernir lo que estaban diciendo. Pero el tenor y el ritmo de la voz de la mujer le hicieron sentir una conmoción instantánea recorrerle el cuerpo.

¿Podía ser posible?

Sus pasos se volvieron pesados y veloces con su apresuramiento, y su respiración se volvió superficial con una terrible esperanza. En cuanto rodeó el carruaje, vio un hombre de casi mediana edad, vestido con un abrigo de color gris y un bombín, que se giró de repente para verla más de frente, como si hiciera de escudo para la mujer que estaba detrás de él en un intento de protegerla de la amenaza que podía suponer Lark.

Ignorando al hombre completamente, Lark siguió adelante, aunque su caminar era menos desesperado.

“Eh. ¡Detente!”, dijo el hombre con voz firme y ecuánime mientras alzaba el bolso que tenía en la mano como un escudo. “No te acerques más, muchacho”.

Pero Lark solo podía intentar mirar por el lado de él, intentando encontrar algo que pudiese confirmar sus locas sospechas. Algún detalle en la silueta o maneras de la mujer. Pero el hombre era un escudo para ella.

Finalmente, se vio forzada a detenerse, titubeando y con desgana mientras el nombre de Harriet se le escapaba en un suspiro impotente.

En cuanto el nombre se le escapó de la boca, el borde de un bonete se asomó por encima del hombro del hombre y en un jadeo se escuchó. “¡Lark!”

Y, entonces, Lark inspiraba el olor conocido de Harriet mientras la otra se abalanzaba para abrazar con fiereza a Lark. Unas risas de alivio salieron en tropel de sus bocas. No podía creerlo. Después de tantas semanas de temor y preocupación y búsquedas, la había encontrado. Aquí mismo, en la calle Curzon. En medio de la noche…

Lark prácticamente había olvidado al hombre testigo del encuentro de las dos, hasta que él carraspeó con dureza. “No quiero interrumpir, pero es mejor hablar esto dentro, querida”.

Harriet dio un respingo apartándose. Lark solo tuvo una breve impresión de la cara con

lágrimas de su querida amiga mientras Harriet se daba la vuelta mirando a su acompañante. “Por supuesto. Hagamos eso”. Luego tomó del brazo con seguridad a Lark mientras las dos seguían al hombre escaleras arriba, entrando por la puerta de la casa.

“A mi despacho, por favor”.

Lark en ese momento habría ido a donde fuese.

Se acomodó al lado de Harriet en un sofá modesto, mientras el caballero se dedicó a cerrar las cortinas antes de encender un quinqué, manteniendo la luz baja. A pesar de su alivio e incredulidad, Lark se dio cuenta de las precauciones que estaban guardando los dos y ahora ella estaba incluida en esas precauciones.

Había un aire de peligro. Riesgo. Una necesidad de cauteloso cuidado.

“¿Cómo es posible que estés aquí?”, susurró Harriet conmocionada.

Lark miró los rasgos conocidos que siempre se parecerían en cierto grado a los de la niña pequeña que había estado tan cerca de helarse y morir de hambre. Sin embargo, no podía negar el nuevo aire de madurez que percibía en la mujer joven.

“Iba a preguntarte lo mismo. ¿Dónde has estado? Tu carta…”

“Te pedía que no me buscaras”, le recriminó Harriet, sus ojos estrechándose de manera acusadora y preocupada. “Te dije que te mantuvieras lejos de aquí”.

Lark alzó una ceja. “¿De veras que hiciera caso de semejante tontería?”

La expresión del rostro de Harriet se ensombreció mientras tomaba las dos manos de Lark entre las suyas. “No es una tontería, te lo juro.” Por una vez, no exageraba”.

“Ella tiene razón”, dijo el hombre del bombín dando un paso hacia delante para decir con sinceridad. “Hay una amenaza verdadera, y es por eso que hemos vuelto para buscar unas cuantas cosas antes de irnos de la ciudad”. Miró con urgencia a Harriet. “Realmente no deberíamos demorarnos más”.

“Lo sé”, contestó Harriet. “Por favor, busca lo que tienes que coger.” Yo estaré bien aquí con Lark. Te lo prometo”.

Como era obviamente renuente, asintió con la cabeza y luego las dejó a solas en la habitación.

En cuanto ya no las podía escuchar, Lark habló de manera directa. “¿Qué te pasó?” ¿Dónde has estado? ¿Te han hecho daño? ¿Quién diablos es ese hombre y qué haces con él?”

Harriet rio y el sonido hizo mucho por disipar la tensión y preocupación de Lark. Pero no le daba respuestas.

“Tantas preguntas, pero te contestaré lo mejor que pueda en el tiempo del que disponemos”.

Hizo una pausa para alisarse las faldas y enderezar sus guantes, obviamente ordenando sus pensamientos en busca de un lugar por donde empezar.

“Lo siento, Lark. Han pasado tantas cosas”. Suspiró con disculpas y le sonrió de manera tentativa. “Primero de todo, estoy locamente enamorada”.

Eso era algo que Lark ya sabía, pero la felicidad evidente de su amiga era demasiado infecciosa, y le devolvió la sonrisa. “¿He de entender que ese hombre es W.K.?”

Los ojos de Harriet se agrandaron, pero no parecía terriblemente conmocionada por la pregunta de Lark. “¿Encontraste las cartas?”, luego barrió el aire con la mano. “Claro que lo hiciste. Te conozco lo suficiente como para no subestimarte”.

“Su nombre es Dr. William Kirby. Es un médico brillante, y el hombre más”, suspiró profundamente, “… maravilloso”. Se quitó el guante de la mano izquierda, revelando un precioso anillo de oro con una Esmeralda. “Nos casamos hace unas semanas. En Escocia.

“Acabamos de regresar a la ciudad”.

La conmoción de Lark no habría sido mayor si Harriet le hubiera dicho que el hombre era el príncipe regente en persona. “¿Casada?”

“Oh, Lark, lo siento tanto. Habría hecho lo que fuera por tenerte a mi lado allí, pero tuvimos que irnos aprisa de Londres”. Sus ojos suaves se volvieron preocupados. “Verás, hubo un incidente… en mi lugar de trabajo”.

“Lord Dryden”. La voz de Lark era dura, haciendo que Harriet la mirase sorprendida.

“¿Cómo lo has sabido?” Luego sacudió la cabeza con una sonrisa. “No importa. Debería haber sabido que lo averiguarías todo”.

“No *todo*”, le corrigió Lark. “No tenía ni idea a dónde habías ido. O si Dryden te hubiera hecho daño”.

“No lo hizo”, le aseguró corriendo Harriet. “Sabía lo que estaba tramando y logré escapar y huir de la casa antes de que me pudiera hacer algo de verdad. Pero durante un momento… reconozco que pasé miedo. Él y sus amigos estaban bastante bebidos. Y bastante empecinados en conseguir sus propósitos de diversión”. Sus ojos se ensancharon. “Me dijo que me desnudara. Ahí mismo. Puede que haya sido ingenua, pero no soy tonta. Cuando me negué, él miró a los otros y sonrió. Fue la visión más malvada que haya visto nunca. Entonces fue cuando dijo que tenía una sensación de que yo era alguien que le desafiaba. Que lo prefería así, pero que tendría que llevarme a otro lugar más seguro, donde nadie podría escuchar mis gritos. Aludió a ese lugar como el mercado”, ladeó la cabeza y frunció las cejas, “lo cual era raro porque los mercados típicamente son muy bulliciosos”.

El estómago de Lark dio un vuelco al darse cuenta de lo cerca que había estado su amiga en correr un destino horrible. “Gracias a Dios, lograste escapar de allí”.

Harriet sonrió con astucia. “Cuando hizo un intento por agarrarme, luché como tú me enseñaste. En cuanto le golpeé con la rodilla doblegándole, me fui corriendo hasta llegar a un sitio seguro. Salí corriendo de allí como si me persiguiera el mismo diablo, pero no tenía que ir muy lejos porque sabía que el Dr. Kirby estaba justo en la casa de al lado. Al principio no podía contarle lo que había pasado. Pero él era suave y bondadoso y prometió mantenerme a salvo. Por la mañana ya estuve de acuerdo en casarme con él”. Su sonrisa entonces se volvió radiante mientras tomaba la mano de Lark entre las suyas. “Me quiere. De verdad. ¿No es maravilloso?”

“Para nada”. Sonrió Lark. “Eres la persona más merecedora de amor de todas las personas que haya conocido. Pero me hubiera gustado que sintieses que podías contarme que te escapabas para casarte”.

Harriet bajó la vista a su regazo. “Lo siento. Todo pasó tan de prisa. Y supongo que parte de mí estaba preocupada por si intentabas pararme”.

“Yo nunca intentaría impedir tu felicidad, Harriet. Es todo lo que haya querido para ti”.

Los ojos de Harriet se anegaron con lágrimas. “Gracias. Lo sé. De verdad. Y desesperadamente quiero lo mismo para ti”.

“He agarrado lo que necesito”. Las dos mujeres se giraron para ver al Dr. Kirby parado en el umbral de la puerta. Dirigiendo una sonrisa suave a su novia, agregó, “Podemos pedir que nos manden lo demás en una fecha más adelante. Pero no creo que sea prudente demorarnos mucho, querida”.

“Sí. “Tienes razón”, contestó Harriet asintiendo con la cabeza. “El Dr. Kirby…”

“William”, le interrumpió él con un tono suave pero serio.

Ella sonrió. “*William* encontró una casa de alquiler en Suffolk, en un pueblo que tiene necesidad de un médico cualificado. Seguramente pienses que soy una cobarde por no acudir a

las autoridades..."

"De ninguna manera", interrumpió Lark. "Has hecho bien en alejarte. Los hombres como Dryden… no siempre pueden ser enfrentados de maneras honorables. No cuando usan su riqueza y privilegios para protegerse de la justicia".

"Gracias por tu comprensión." Pero es justo lo que habíamos soñado siempre, Lark. Una casita en el campo, lejos de la ciudad". Sus ojos se agrandaron cuando dijo jadeante, mientras miraba a su nuevo marido antes de volver a mirar a Lark. "Deberías venir con nosotros".

Antes de que Harriet terminara de decirlo, Lark sacudía la cabeza.

"Oh, debes hacerlo". No sé cómo voy a sobrevivir estando tan lejos de ti".

"Eso es totalmente ridículo y tú lo sabes", contestó con firmeza Lark. "Tú tienes a tu marido ahora. Y estarás demasiado ocupada estando feliz para pensar siquiera en mí. Pero ni aunque pudiera irme de Londres, no querría. No ahora mismo". Bajó la mirada un segundo antes de volver a ver la mirada de curiosidad de su amiga. "Hay algo importante que he de hacer".

Harriet sabía que era mejor no discutir, de manera que asintió con la cabeza y apretó la mano de Lark. "Ten cuidado", le susurró. "Y, aléjate de este barrio lo antes posible. Luego ven a visitarme a Suffolk".

"Lo haré", dijo Lark con una sonrisa. "Te lo prometo".

Las mujeres se pusieron en pie y se abrazaron. Podrían pasar años sin que se volvieran a ver. Meses, por lo menos. Pero Harriet estaba a salvo y era feliz, y eso es todo lo que importaba.

De todas formas, sabiendo lo cerca que Harriet había estado de ser una víctima de la misma maldad perpetuada contra la madre del marqués, llenó a Lark con una determinación renovada.

Aunque se sentía tentada de mirar cómo el Dr. y la Sra. Kirby se alejaban en su carruaje, no tardaría mucho en llegar el amanecer, y ella pronto tendría que empezar sus tareas como ama de llaves. Sin embargo, mientras empezaba a alejarse en la noche, le sobrevino un impulso, y de repente cambió de dirección.

La casa Dryden estaba en silencio y sin movimientos. Los criados, que se habían quedado para cuidar de la casa en la ausencia de la familia, dormían todos en el tercer piso. Ella tenía intención de entrar y salir antes de que ninguno de ellos se levantase.

Afortunadamente, sus herramientas seguían en el bolsillo de sus pantalones, y en un momento pudo abrir el cerrojo de la puerta del jardín. Con pasos silenciosos, se abrió camino en la casa, asomándose a habitaciones hasta encontrar la que quería.

El estudio del caballero.

Después de asegurarse de que las cortinas estaban todas echadas y que la puerta estaba cerrada detrás de ella, encendió una única vela. Luego empezó a registrar. No estaba buscando nada en concreto, solo confiaba en reconocerlo si se encontraba algo que tuviera que ver con su participación en los asuntos que estaba investigando el marqués. Le había dicho al hombre que ella podía ayudarle, y eso es lo que iba a hacer, lo quisiera o no.

Cuando empezó a hojear una carpeta de cuero que contenía información sobre diversas propiedades e inversiones, sintió un hormigueo de anticipación en los nervios. Entonces, a la mitad de su repaso de los documentos, se encontró con una nota de venta de hacía varios años por una propiedad situada en una calle pequeña cerca de Drury Lane en el Covent Garden.

Lark conocía bien esa calle. En su día había sido el lugar de un mercado al aire libre, pero demasiados ladrones y gentes alborotadoras lo habían llevado a cerrar finalmente. Para aprovechar el espacio, los emprendedores habían construido una fila de pequeños almacenes con oficinas delante, pero ese emprendimiento no tuvo mucho éxito, y lo último que ella había sabido

es que la mayoría de los edificios estaban vacíos.

Excepto este, quizás.

Repasó los documentos con cuidado. Parecía ser que Dryden había invertido bastante dinero en esa propiedad después de su compra inicial. Una rara inversión para ser un lord de Mayfair como mínimo.

El mercado.

Allí es donde Dryden había dicho que tenía intención de llevar a Harriet. El lugar donde podría haber llevado a cualquier cantidad de otras chicas. Un lugar donde nadie escucharía sus gritos.

Capítulo Veintidós

Hale entró en el estudio de Warfield con el aire de ser un hombre que esperaba que se diera sitio. Grande, bruto, rudo en sus maneras, además de su aspecto. Alastair no le había estado esperando y arrugó la frente como respuesta a la sonrisa ancha e impenitente.

"Buenas noches, Warfield".

"Podían haberlo sido", replicó Alastair antes de asentir con la cabeza a Dell Turner, que entró detrás de Hale. "Turner".

"Milord." Como puede ver, el Sr. Hale ha decidido reunirse con nosotros también".

Aunque Alastair hubiera preferido realizar las cosas sin la participación del ex púgil, parecía que eso no iba a poder ser. No podía imaginarse lo que el hombre podría contribuir en la conversación esta noche, pero estaba aquí ahora y no tenía sentido perder el tiempo quejarse de eso.

Permitió que pasaran unos momentos mientras sus invitados se acomodasen antes de fijarse en Turner y dirigirse directamente al asunto que les tenía reunidos. "Mis sospechas sobre la hermandad son correctas. El evento especial que están planeando es una subasta. Dos mujeres jóvenes, recientemente procuradas por estos *caballeros*" dijo con tono despectivo… "serán presentadas a un grupo selecto de invitados. El hombre con la puja más alta se lleva a la mujer como suya, para ser usada de la manera que estime conveniente".

"Maldita sea", murmuró Hale mientras se reclinaba en el sofá, una mueca curiosamente como de asco retorciendo sus rasgos duros.

"Eso es karma, amigo", dijo Turner sin una pizca de empatía.

Ante la mirada interrogante de Alastair, Turner contestó sencillamente: "Hale tiene unas cuantas cosas que expiar. Su descripción ha sido algo atinada".

"Imbécil", murmuró Hale.

Turner se limitó a sonreír mientras ignoraba a su amigo para preguntar, "¿Estoy en lo correcto, suponiendo que usted asistirá a este evento?"

"Me han invitado", contestó Alastair. "Creen que estoy empobrecido y necesitado de dinero. Voy a recibir una parte de los beneficios de esta noche, que ellos prometen, será algo más allá de cualquier expectativa *si* les ofrezco algo a cambio".

Mientras terminaba de hablar, pudo ver el momento exacto en que los hombres entendieron. Turner fue primero, aunque su reacción era poco más que una tensión de la mandíbula y una mirada más oscura. Hale, por otro lado, murmuró otro taco y cerró un puño. "Sí que saben cómo liarte, los bastardos".

"¿Le han facilitado una dirección?", preguntó Turner escuetamente.

"No. Mandarán un vehículo para recogerme a la hora anunciada. No he de saber nada acerca del destino hasta que llegue".

"Bueno, creo que lo he reducido a uno de tres sitios posibles. Dos en Covent Garden y el último más cerca del Soho. Cada uno de estos locales tiene como dueño a uno de los hombres de nuestra lista. He logrado visitarlos. De manera encubierta, claro".

Ahora Alastair fue el que se inclinó hacia delante. "¿Qué ha encontrado?"

"Los tres locales parecen abandonados por fuera, pero uno de ellos en Covent Garden reveló algo curioso. Construido para negocios y almacenaje, el edificio de dos plantas es de los más grandes en la zona, pero es un almacén pequeño. Las ventanas están todas cerradas con

contraventanas, como cabría esperar en un edificio vacío que no tiene uso. Excepto que me fijé en cuatro hombres rodeando la zona, y unas pocas personas locales de la zona han mencionado ver a caballeros de alta sociedad en carruajes ir y venir algunas veces".

Alastair sintió anticipación recorrer su sangre. "Curioso, desde luego".

"Turner y yo regresaremos allí más tarde esta noche", constató Hale con un brillo de anticipación en la mirada. "Veremos si podemos hablar con los tipos que están vigilando el lugar".

"Si resulta ser el sitio que estamos buscando, instalaré unos cuando socios míos cerca para vigilar. La noche de la subasta, estaremos preparados".

"Será todo en vano si logran escapar a base de sobornos para las autoridades", advirtió Alastair. "Tenemos que asegurarnos de que los cargos contra ellos sean indiscutibles".

"Tiene que haber algo dentro, ¿verdad?" ¿Algún tipo de registro?", preguntó Hale. "Podríamos echar un buen vistazo esta noche mientras estemos allí".

Alastair sacudió la cabeza. "No. Hay que pillarlos en el acto. La hermandad. Los compradores. Cada uno de ellos tiene que rendir cuentas por sus crímenes contra estas mujeres. No podemos arriesgarnos a darles pistas por adelantado. Tenemos que proceder con cuidado."

"Estoy de acuerdo", contestó Turner.

"Todo tendrá lugar dentro de dos días", explicó Alastair. "Si llego solo, no se me permitirá entrar". Dijo con desdén. "No están exigiendo que yo llegue con una chica que cumpla con todos los requisitos normales, ya que tengo muy poco tiempo, pero han insistido en unos cuantos detalles de todas formas".

"Me lo puedo imaginar", murmuró Hale.

Alastair miró a Turner. Habría preferido decir cualquier cosa menos las palabras siguientes. "Verdaderamente, desearía no tener que sugerir esto, pero su esposa…"

Antes de que pudiera terminar el pensamiento, Turner sacudía la cabeza. "Aunque seguramente estaría muy dispuesta de aceptar ese papel", constató con otro vistazo hacia Hale, que entornó los ojos, "no puede". Ya ha sido vista por los otros miembros en la fiesta de Lowndes. Aunque un hábil disfraz podría engañar a la mayoría de ellos, no iba a engañar a Lowndes, que insistió en evaluar de cerca a cada cortesana para asegurarse de que cumpliesen con los altos requisitos de él antes de incluirla en la velada. En cuanto reconociese a Portia, se habría desvelado todo".

"Maldita sea", murmuró Alastair.

"Yo lo haré". Las palabras provinieron del rincón más distante de la habitación, habladas por una voz firme y femenina que él reconoció en un instante.

Poniéndose en pie de inmediato, se giró para ver a Lark de pie delante del acceso al pasadizo secreto. El pasadizo, desde donde, por lo visto había estado escuchando la conversación privada de ellos.

"No se le ha invitado a esta discusión, Sra. Evans", constató él con frialdad.

Ella no se mostró ni mínimamente arrepentida. "Sin embargo, estoy aquí. Y creo que tengo algo valioso para contribuir, si se me permite hablar".

Él quería negarse. Mandarla de vuelta a su habitación pequeña de ama de llaves y su fuego acogedor. Pero vio algo en la mirada de ella, el descaro intrépido que siempre había esperado, revelarse mostrado ahora de manera completa y desvergonzadamente exhibido. Algo había cambiado. Su determinación desesperada había sido reemplazada por una intencionalidad serena, enfocada y valiente.

Él sintió admiración por ella, pero se obligó a mirarla ceñudo. "Sospecho que no iba a

poder detenerla”.

#

Ella alzó el mentón de manera orgullosa ante la respuesta de él. Él tenía razón. A ella la habrían tenido que sacar a rastras si él se negase a escucharla. Y aunque espiar a su patrón era una transgresión imperdonable, ella no estaba ni lo más mínimamente arrepentida.

Aunque no había vuelto a la casa Warfield hasta que empezó a salir el sol esa mañana, no había podido dormir nada antes de empezar con sus tareas, se sentía curiosamente vigorizada. Despedir a Harriet a salvo con su nuevo marido, un hombre del que Lark aprobaba después de todo lo que había arriesgado por mantener segura a su amiga, finalmente había terminado con el peso de la preocupación e incertidumbre que había estado soportando durante semanas. Dejando en su lugar una determinación nueva y atrevida en ella.

Ella había sabido de la visita del Sr. Hale poco después de que llegara y que había sido acompañado por otro hombre, que Gideon no había sido capaz de nombrar. Eso era algo extraño teniendo en cuenta el amplio conocimiento que tenía el mayordomo sobre los conocidos y socios de Warfield, pero Lark estaba convencida de que la reunión tenía algo que ver con los esfuerzos realizados por el marqués contra los hombres de la calle Curzon, lo cual significaba que ella estaba decidida a enterarse de todo.

En cuanto pudo hacerlo, Lark se había apresurado a ir a la biblioteca, metiéndose con facilidad en el pasadizo secreto. Había avanzado por el pasillo hasta llegar al estudio, donde se puso a escuchar con la oreja pegada en la puerta oculta.

Ya se había decidido a ayudar a Warfield lo quisiera o no. Pero ahora, después de escuchar lo que estos tres hombres habían dicho, sabía exactamente cómo lo iba a hacer.

Avanzando, a pesar de ser el objetivo de la mirada y mueca dura, sabía que él se negaría a aceptar su plan. Al principio, de todas formas. Solo podía esperar que fuese más sencillo convencer a los otros dos hombres.

Mason Hale la miró con una media sonrisa en su cara ancha y una mirada de curiosidad en los ojos. Pero un vistazo rápido a Dell Turner no le decía nada acerca de si él la apoyaría o se enfrentaría a su plan.

Deteniéndose ante los tres hombres, se giró hacia el marqués. “Encontré a Harriet”.

La sorpresa de él era evidente por un momento antes de que la ocultara con una mirada cautelosa. “¿Y, está bien?”

Lark asintió con la cabeza y se agarró las manos a la altura de la cintura, viendo el destello de alivio en la mirada de él. “Lo está. Bastante bien. Aunque si no hubiera sido por el Dr. William Kirby, que desde ese momento se ha convertido en su marido, ella podría no haberlo estado”.

“Por favor, tome asiento”, dijo Warfield señalando el último sitio libre al lado de Hale.

El hombretón hizo un valiente esfuerzo por encogerse en un rincón del sofá, pero realmente no era necesario, ya que Lark se sentó en el borde del cojín.

Bajo la mirada intensa de los tres, Lark contó lo que Harriet le había dicho. Solo decir las palabras en voz alta, le hizo sentir otra ráfaga de furia y determinación. Cuando terminó de hablar, miró a cada uno de los hombres, deteniéndose al final en el marqués. “Después de escuchar todo lo que han estado diciendo aquí esta noche, no tengo dudas de lo que Lord Dryden había tenido intención de hacer con Harriet.” Ella logró escapar. Está claro que muchas otras no lo pudieron hacer”. Enderezando la columna, mantuvo la mirada quieta y fuerte. “Deben llevarme”.

“No”.

Una sola palabra. Sobria. Inquebrantable. Final.

"Tiene que hacerlo", repitió ella con mayor firmeza.

"No". Su voz era apagada y dura, mientras que su mirada se volvió más fría de lo que ella había visto nunca, lo cual significaba que estaba trabajando intensamente en ocultar lo que estaba sintiendo.

"Sí", le devolvió ella. Calmada e inamovible.

Warfield se puso en pie, cada músculo de su cuerpo tenso en su negativa. "No la entregaré como un cordero en el matadero". Aunque las palabras fueron expresadas en tono bajo como un murmullo, podían haber sido dichas en un grito a tenor de la pura intensidad que tenían.

Lark se enderezó en su sitio. "No me confunda con un cordero, milord. Puedo cuidar de mí misma".

La expresión de negación de él no se alteró. "No sabe lo que está diciendo".

"Sí, que lo sé. Usted necesita pruebas irrefutables de sus crímenes. Para conseguirlas, tiene que asistir a esta venta próxima, donde finalmente tendrá acceso a sus operaciones. Lo ha dicho usted mismo… no le permitirán cruzar la puerta sin mí".

"¡Desde luego que no!" Esta vez gritó sus palabras.

Lark se obligó a quedarse sentada mientras el marqués se volvió hacia la chimenea y se agarró las manos tras las espaldas. Ella volvió a mirar a Turner con la esperanza de que él pudiera tener algo que decir. Pero él se limitó a devolverle la mirada, su rostro absolutamente neutral. Hale le ayudó menos todavía, ya que parecía estar siendo testigo de toda la discusión como si fuese una especie de diversión.

Ceñuda, volvió a prestar atención al marqués. "Puede que no pueda pararme".

Warfield se giró para mirarla deprisa, sus rasgos duros como si fuesen de piedra, su mirada directa y feroz.

"¿Qué quiere decir eso?"

Lark respiró. "Significa que iré por mi cuenta si tengo que hacerlo. Verá, resulta que sé la dirección donde va a celebrarse esta fiestecita. Pasaré por detrás de los vigilantes y entraré en ese edificio con o sin usted".

La furia helada en sus ojos pálidos le hizo sentir un escalofrío por la columna y casi le heló el corazón. Luego, de manera abrupta, miró a Turner. "¿Podría hacerlo?"

Lark se sintió agradecida cuando él contestó sin titubear. "Con facilidad".

La profundidad de la mirada del marqués le llegó al centro del alma. Su corazón le dolía por el malestar que percibía en él. Estaba claro que odiaba la idea de ponerla en peligro, pero no podía abandonar la oportunidad de finalmente lograr la justicia y venganza que había estado ansiando.

"Bueno, esta es la decisión, entonces, supongo", murmuró él. "No dudo ni por un segundo de que hará lo que está amenazando, y prefiero tenerla a mi lado que no yendo a solas".

Turner habló entonces en un tono razonable y calmante. "Confíe en mí, milord. Tendremos hombres de seguridad propios en ese sitio". Miró hacia Hale. "Hale y yo empezaremos con ello esta misma noche. Hay un magistrado con el que he trabajado una o dos veces que ha demostrado ser un hombre que siempre mantiene sus responsabilidades por encima de los sobornos o las amenazas sean del tipo que sean. Le presentaremos pruebas sólidas de un crimen, él se asegurará de que estos hombres sean correctamente castigados bajo las leyes de Inglaterra".

El marqués guardó silencio durante un momento mientras miraba únicamente a Lark. Entonces dijo: "Solo tenemos dos días para planear esto hasta el detalle más nimio. No voy a

dejar nada en manos de la suerte. Si usted va a ser parte de esto," agregó él para ella sola, "hará lo que yo le diga y *únicamente* lo que yo le diga".

Lark asintió con la cabeza, sin ningún remordimiento por esta mentira.

Capítulo Veintitrés

Después de que hablasen formando un plan inicial y decidiesen volver a reunirse al día siguiente, el marqués acompañó a sus invitados a la puerta mientras Lark se volvió a meter en el pasadizo para evitar que otros criados notasen su presencia en la reunión.

Habían pasado más de una hora comentando posibles eventualidades mientras repasaban las expectativas permisibles debido a los conocimientos limitados que tenían sobre lo que se iban a enfrentar. En todo ese tiempo, Lark había sentido un peso de temor y preocupación crecer en ella. No era preocupación por su propia seguridad lo que la tenía inquieta. Confiaba plenamente en sus habilidades, a pesar de que el marqués no podía aceptar plenamente la elección de ella de situarse en el meollo del peligro. Lo que realmente la molestaba mientras iba haciendo sus tareas de la jornada, era saber lo difícil que sería su engaño para el marqués.

Aunque estaba ferozmente decidido a vengar a su madre y ajusticiar a los hombres responsables por tantas vidas arruinadas, ella sabía lo que le costaba actuar como si fuese uno de ellos. No podía dejar de pensar en lo que él le había dicho en su dormitorio. El tormento descarnado en su voz cuando dijo que no quería ser como su padre. A pesar de todas las evidencias que demostraban que no era como el anterior marqués, estaba claro que creía verdaderamente que los pecados de su padre se habían transferido a su persona. El odio y la virulencia de su madre ciertamente habían contribuido a semejantes creencias y la vergüenza que cargaba en su ser todos los días.

Usarla de esa manera, entregándola directamente a la boca del lobo, seguramente le causaría un tormento significativo. A pesar de sus aseveraciones de lo contrario, él temía por ella. Pero ella creía que también temía por sí mismo. Temiese que actuando como su padre, esencialmente ocupando su lugar en la hermandad, estaría un paso más cerca de *convertirse* en él.

No era verdad. Nunca podría serlo. Y ella tenía que convencerle de ello. Antes de que siguieran más adelanta.

Una vez que Lark llegó a su dormitorio, se puso su camisón y bata como hacía cada noche. Luego deshizo el moño severo que llevaba durante el día y se cepilló el pelo hasta que caía recto hasta su cintura. Después de apagar las velas, se enroscó en uno de los sillones delante de la chimenea y esperó a que la casa se quedara en silencio. Luego esperó una hora más.

Finalmente, salió de su cuarto sin una vela para iluminar su camino y avanzó sigilosamente en la casa a oscuras hasta llegar a la biblioteca. Cerrando la puerta tras su paso, se detuvo en la gran habitación y puso atención. Cuando estuvo completamente segura de que no había nadie, se acercó al rincón al lado de la chimenea y se metió tras el panel oculto al pasadizo más allá. Aunque se movía en una oscuridad absoluta, sus pasos eran firmes y seguros. Sin desviarse de su destino.

Al llegar a la puerta del dormitorio del señor, se detuvo de nuevo. No porque titubease, sino para calmar su corazón que galopaba de repente. Respiraciones profundas fueron inútiles. De hecho, cuanto más tiempo pasaba allí de pie, en el borde mismo de todo lo que había querido, más alocadamente se revolvía sus entrañas y las puntas de sus dedos hormigueaban con anticipación.

Lark nunca había sido una persona que anduviese con rodeos en nada. Pero esto… esto era mucho más importante que cualquier otra cosa que hubiese hecho. Tenía que hacer esto bien.

Necesitaba hacer esto para que él comprendiese la verdad. Pero más que nada, ella quería hacerlo. Porque le quería. De manera desesperada y con todo su ser.

Prestando toda su atención, no escuchaba nada tras la puerta. Ninguna respiración ni movimiento alguno. Pero sabía que él estaba allí. Lo sentía con una ráfaga caliente en sus nervios y en la certeza honda de su elección.

Permitiéndose una exhalación trepidante final, activó la palanca que liberaba el panel. Se abrió en silencio y ella entró en la habitación iluminada con velas.

Su atención se fijó inmediatamente en el marqués, que estaba reclinado en una bañera delante de un fuego parpadeante. Estaba de espaldas a ella y no se movió cuando ella colocó el panel en su sitio detrás de ella. Aprovechando el hecho de que él no sabía todavía que ella estaba allí, miró con suavidad recorriendo las líneas fuertes de sus hombros y los brazos fornidos que descansaban en el borde curvado de la bañera.

Mientras avanzaba, lentamente y en silencio, constató que una de sus piernas estaba alzada y también descansaba en el borde de la bañera. Se sintió momentáneamente fascinada por la forma de su pie. Era un pie de formas finas, masculino y elegante. La mirada de ella recorrió los fuertes huesos de su tobillo, luego su pantorrilla cubierta por un vello negro. La rodilla doblada de él le suscitó un momento de admiración antes de que siguiera estudiando la columna de su muslo hasta donde desaparecía bajo el agua.

El embriagador olor de su jabón llenaba la habitación, haciendo que ella sintiera calidez. Y deseo. Mordiéndose el labio inferior, no podía evitar imaginarse las partes que no podía ver de él. Los planos amplios de su pecho y su vientre musculoso. Sus caderas estrechas y allí… entre sus muslos…

"¿Ha venido a atormentarme?"

Sus palabras oscuras suscitaron un jadeo silencioso de los labios de ella.

Aunque se había estado aproximando a él con cuidado, todavía estaba detrás de él y fuera de su visión periférica.

¿Había hecho algún ruido?

Como si escuchara los pensamientos de ella, dijo con la voz espesa, "no importa cuán silenciosa sea, siempre sé cuándo está cerca. Mi cuerpo lo sabe. La esencia de mi ser lo sabe. "La conoce", agregó en un murmullo descarnado que ella no estaba completamente segura de que debía escuchar.

"Cómo le conozco yo, milord".

El mentón de él bajó hacia delante y murmuró algo para sus adentros. Luego echó la cabeza hacia atrás, descansándola en el borde de la bañera y suspiró. Un sonido rudo que atravesó a Lark como el filo de un cuchillo.

"Ha venido a mi dormitorio de manera secreta y en silencio. Quizás aceptaría llamarme Alastair".

Habiéndose parado cuando habló él, Lark reanudó sus pasos. Aunque le hubiera gustado detenerse ahí a su lado, estirar un brazo para pasar la mano por encima del brazo de él o hundir los dedos en las ondas húmedas de su cabello, continuó adelante hasta llegar a la ventana en el otro lado de la habitación. Sin decir nada, miró fijamente el cielo oscuro con nubes antes de cerrar las cortinas y darse la vuelta para mirarle de frente de nuevo. Por alguna razón, no podía mirarle a los ojos. No porque estuviera arrepintiéndose por haber venido, sino porque no estaba preparada para ver la negativa y resistencia de él.

De manera que mantuvo la vista levemente bajada mientras soltaba el cinturón de su bata y permitió que la prenda cayera al suelo. Luego tiró con suavidad del lazo que cerraba el cuello

de su camisón, impidiendo que se le cayera de los hombros.

“Lark”.

Escuchar su nombre dicho con tanta intensidad descarnada en un tono que era a la vez advertencia y ruego, le hizo sentir un temblor de deseo directamente al centro de su ser.

Y con ello, sintió una seguridad renovada de que esto era más correcto y necesario que nada qué hubiera hecho antes. Más correcto que tomar bajo su protección a la pequeña niña contra toda regla de supervivencia que había regido su vida. Más correcto que dejar el barrio para ir al asilo de niñas. Incluso más correcto que asumir un puesto de trabajo en el hogar de un misterioso lord para poder estar más cerca del lugar donde su amiga había desaparecido.

Esto era correcto de una manera que era intrínseca en su alma.

El valor y una profunda sensación de empoderamiento surgieron en ella mientras caminaba lentamente hacia él. Sus dedos eran hábiles mientras soltaba el lazo y su camisón se aflojaba deslizándose por uno de sus hombros.

Tentativamente levantando la vista, miró cómo el enfoque intenso de él titubeó y su atención caía en su clavícula desnuda y luego más abajo. Sus ojos ardían, como si pudiera ver a través del algodón de su prenda su cuerpo debajo. Cuando ella se detuvo lentamente al pie de la bañera, los párpados de él bajaron ocultando su mirada y asomó la lengua para humedecer sus labios. Cada punta de los nervios de ella cantaban con embriagadora anticipación.

Aunque se sentía intensamente tentada de detener su mirada en la silueta completa de él bajo la superficie del agua, cuando le miró a los ojos, se quedó totalmente embelesada.

Por el sutil destello de inseguridad y vulnerabilidad que veía ahí. Por el dolor que desesperadamente intentaba esconder. Y, por la pesada, intoxicante mezcla de lujuria y anhelo que ardía en el azul cristalino de su mirada fija.

“Si has venido a torturarme”, murmuró él en un susurro ronco, “por favor, mátame ahora mismo”.

Las entrañas de ella se revolvieron en una deliciosa ráfaga de calor y conciencia que descansó entre sus piernas. Con un sutil movimiento de los hombros, su camisón se soltó y cayó a sus pies.

“No quiero más dolor o tormento ni negación entre nosotros”. La voz de ella era calmada y firme a pesar del temblor que se había apoderado de su cuerpo. “Solo quiero la verdad y ofrezco eso mismo. Te quiero, Alastair… quiero estar contigo. "Más de lo que haya querido nada en toda mi vida”. Tenía en la punta de la lengua decir más cosas, pero se tragó las palabras que hacía un esfuerzo por creer plenamente y dijo algo que sabía que era totalmente cierto. “Te necesito. Esta noche. Ahora”.

Las palabras planeaban en el ambiente callado y pesado de la habitación mientras él la miraba fijamente. Había tensión evidente en cada línea de su rostro, e insuflado en cada músculo de su cuerpo.

Pero ella no se sentía frenada.

Ella podía ver lo mucho que él la quería. Su deseo era un calor físico que la atraía. Y, mientras estaba parada allí, segura y paciente, vio una vida entera de resistencia lentamente deslizarse de él. Finalmente, con una luz ardiente en su mirada, bajó el pie al agua y se incorporó un poco para estar sentado en la bañera. Luego alzó una mano con la palma hacia arriba.

“Únete a mí”.

Capítulo Veinticuatro

Con el corazón en la garganta y su cuerpo casi temblando de necesidad, Lark dio un paso hacia delante y colocó su mano en la de él. La calidez y seguridad de sus dedos en torno a los de ella la calmaron. No iba a dejarla. No iba a regañarla por su atrevimiento ni negar el hambre que había entre ellos dos.

En vez de eso, la acercó a su ser.

Sin palabras, la instó a entrar en la bañera. Ella se acomodó entre las rodillas dobladas de él y se echó hacia atrás contra el extremo opuesto de la profunda bañera con las rodillas contra el pecho para dejarle sitio en el pequeño espacio.

"Relájate", murmuró él.

Mientras forzaba el cuerpo a ablandarse en la calidez sedosa del agua, colocó la mano de ella en el borde de la bañera. Luego metió la mano bajo el agua. Ella jadeó cuando sintió sus dedos largos cerrarse en torno a sus tobillos. Aunque hacía esfuerzos por saber qué estaba haciendo, no ofreció resistencia mientras levantaba los pies de ella colocándolos contra su pecho.

Cambió de manera de agarrarla y pasó sus fuertes pulgares por los tiernos arcos de las plantas de sus pies. Ella suspiró pesadamente y cerró los ojos.

Podría haber escuchado una risa ronca salir de su pecho, pero las sensaciones que invocaba con el hábil trabajo de sus dedos en las zonas más sensibles de sus pies y los dedos de sus pies, impedían que ella mirase para comprobarlo. Ya se había dejado llevar por el placer. El delicado baile de las puntas de sus dedos. La presión perfecta y la atención casi intuitiva en puntos particularmente sensibles. Parecía saber cada punto secreto que sería el detonante de una ráfaga de placer en cada nervio de su cuerpo. Para una mujer que pasaba todos los días en pie, caminando de aquí para allá en suelos duros y subiendo y bajando escalones, que él prestara tanta atención y cuidados en aliviar el dolor constante que ella esperaba cada día, era conmovedor de una forma que ella no habría podido anticipar.

Se sentía querida y cuidada. Nunca había sentido cosas así antes.

Su cuerpo era totalmente lánguido y suave para cuando las manos de él subieron por sus pantorrillas, masajeándola con suavidad antes de guiar sus pies en torno a las caderas de él. Lark abrió los ojos mientras se abría a él, pero la mirada de él era pesada. Su mirada se encontró con la de él y la sostuvo mientras él estiraba las manos hacia delante tomando las caderas de ella acercándola lentamente para tenerla entre sus rodillas abiertas. Ella separó los labios inhalando en un jadeo, mientras sus piernas descansaron en la superficie velluda de sus muslos y sus rodillas presionaban a cada lado de sus costillas. Las manos de ella descansaron sobre los planos duros de su pecho, aplanándose contra el calor de su piel.

Era una posición profundamente íntima, pero ella sabía que podría ir más lejos. Un dulce, desesperado dolor se posó en la parte baja de su cuerpo. Entre sus muslos donde él la había besado con tanta pasión.

Todavía, sin decir nada, pasó la palma de la mano por su espalda, presionando con suavidad los músculos por la columna de ella, inspirándole a suspirar de placer de nuevo. Encontró la profunda tensión que ella tendía a sentir entre los hombros y obró su magia en los músculos de ella hasta que se ablandaron y relajasen. Cuando deslizó la mano bajo su pelo para apretar los músculos tensos que recorrían su nuca hasta el cráneo, a ella se le escapó un gemido de la garganta.

Él la estaba hipnotizando. Despertándola a cada variación delicada de su tacto. Estaba transformando su cuerpo de uno hecho para trabajar y sobrevivir a uno que solo existía para el placer y las sensaciones.

Ella no supo cuándo sus ojos se habían cerrado otra vez, pero cuando los abrió, fue para descubrir que estaba más cerca de él de lo que pensaba. Sus manos subieron de forma inconsciente para masajear los músculos de sus hombros, y su boca estaba a centímetros de la de él. Parpadeando para despejar la niebla lujosa de su cerebro, miró unos ojos de color azul tumultuoso. Un mar de luz y sombras, encendido por los fuegos de su deseo. Su deseo. Su hambre y necesidad.

El cuerpo de ella se apretó. Muy profundamente.

Mientras separaba los labios, las palabras instándole a besarla, ya subiendo por su garganta, la expresión de él cambió. Los músculos de su mandíbula se tensaron y apretaron en las comisuras de su boca, sus labios hermosos se pusieron duros, y su mirada se hizo impenetrable.

"Te dije que guardaras las distancias". Su voz era espesa y descarnada.

Lark no pudo evitar una media sonrisa. "Parece ser que no te he hecho caso".

"Impertinente", murmuró él con una mirada torva.

Ella sonrió. Pero los rasgos de él no se suavizaron. Incluso mientras peinaba el cabello de ella con la mano, desde su cuero cabelludo hasta las puntas de su pelo, enviando hormigueos por su piel, la miraba ceñudo. Con un suspiro, ella levantó las manos de sus hombros hasta tomar su cara entre las dos. Mirándole con intensidad a los ojos, le habló con voz firme y sosegada. "Yo quiero esto. Te quiero a ti, Alastair. Desde el momento en que estaba sentada enfrente de ti en tu estudio, he sabido que pasaría esto. "Nos pasaría a nosotros".

Aunque dudó que él se diera cuenta de ello, su mano se cerró en un puño en el cabello de ella, tirando dulcemente de su cuero cabelludo, mientras su expresión se ensombrecía en algo parecido a la ira.

"¿Cómo puedes querer a un hombre como yo?" Soy…"

Ella le interrumpió, presionando con firmeza los labios con sus dedos. Podía sentir que ella también tenía el ceño fruncido mientras le hablaba con intensidad, esperando ir más allá de sus falsas creencias. "Para". No eres como tu padre. No lo eres. He encontrado suficientes hombres malos en mi vida como para saber cuándo estoy ante un hombre bueno". Ella bajó los dedos de la boca de él y presionó la palma de la mano contra su pecho, cubriendo el duro latir de su corazón. "Eres un hombre bueno, Alastair. Noble y fuerte y *bueno*. Lo que tu padre le hizo a tu madre era inconsciente. Pero su maldad y el odio angustiado de ella no te pertenecen".

Hubo un silencio largo y potente mientras se miraban fijamente a los ojos. Su aliento se mezcló en el estrecho espacio entre ellos, y lentamente su puño se relajó entre su cabello y deslizó la palma de la mano por la columna de ella. Cuando ella tiritó, en parte debido a las sensaciones que estaba suscitando y en parte debido a que el agua de la bañera se estaba enfriando, él emitió un sonido suave y la estrechó entre los brazos mientras se ponía en pie de manera abrupta.

Sentir el aire frío contra su piel mojada hizo que ella jadease bruscamente mientras apretaba las piernas en torno a sus caderas y los brazos en torno a su cuello. Al hacerlo, no podía ignorar la largura caliente de su erección contra su vientre, y tiritó de nuevo.

Él emitió otro sonido rudo, parecido a un gemido de dolor mientras aflojaba su agarre de ella, colocándola de pie en la espesa alfombra que había entre la bañera y la chimenea. Inclinándose hacia delante, agarró la toalla que le esperaba. Rodeó el cuerpo de ella con la toalla,

en una franela suave y densa. Ella levantó los brazos mientras él doblaba la toalla por encima de sus pechos y remetía el dobladillo para asegurar la tela. Luego dio un paso hacia ella y la volvió a abrazar, como si no pudiera soportar tenerla tan lejos de su cuerpo ni aunque fuese un momento.

Ella suspiró y rodeó el cuello de él con los brazos, alzando la cara hacia la suya.

Y, con el fuego de la chimenea caldeándole la espalda y su cuerpo húmedo y desnudo caldeándola por delante, finalmente bajó la cabeza. Y, con las llamas fieras de deseo bailando en su mirada, la besó.

Con profundidad. Pesadamente. De manera posesiva.

La hizo suya con ese beso. La marcó. La consumió.

Y ella hizo lo mismo. Abrazándole con fuerza contra su cuerpo, ella se apoderó del beso de él con cada gramo de su necesidad. Cada pizca de anhelo que había estado albergando. Poniéndose de puntillas, deslizó una mano por el pelo en su nuca para tomar su cráneo en la palma de la mano, instándole a besarla con mayor profundidad. Alguna parte profunda y oscura de ella quería doblegarle a su voluntad, exigir más de él, aunque de manera instintiva añoró el placer que ella sospechaba que solo podría hallarse en una rendición.

Mientras el conflicto interno crecía en ella, él parecía darse cuenta de su malestar. Embistiendo la boca de ella con su lengua, sintió el embriagador gemido de ella mientras pasó un brazo bajo sus piernas y la alzó entre los brazos. En unas pocas zancadas largas la llevó a su cama, donde la descansó encima de la colcha de terciopelo negro. El siguiente aliento de ella fue un largo suspiro de placer mientras él colocaba todo el peso de su cuerpo encima de ella. Un muslo duro presionado entre las piernas de ella, su pecho ancho aplastó sus senos y la excitación de él le quemaba a ella en la cadera. El pesado calor de él la presionó contra el colchón hasta que todo lo que percibía era la sensación de su cuerpo contra ella. Su dureza contra la suavidad de ella. Su pasión combinándose con la de ella.

Aunque le encantaba la manera en que su lengua se revolvía de manera erótica con la de ella y sus dientes rozaban ocasionalmente los labios henchidos de ella, descubrió un nuevo placer cuando él deslizó la boca por el lado de su cuello. Le hacía cosquillas con movimientos delicados de la lengua, luego mordisqueó el músculo de su hombro con el filo de sus dientes. Una nueva inquietud entró en su cuerpo, encendiendo los nervios y creando un profundo arqueamiento de su columna.

Él hizo un sonido de aprobación y bajó los labios, rozando su clavícula, hasta encontrar el borde de la toalla. Con otro sonido bajo, esta vez, un gruñido de frustración, tiró de manera ruda de la tela que la cernía. Obedeciendo su orden, la franela cayó de su cuerpo, dejando a la vista sus pechos a su mirada brillante. Y su boca hambrienta.

El primer tirón rudo de su boca en el seno de ella la sorprendió, suscitando un rápido jadeo que se convirtió en un gemido mientras rodeaba el pezón endurecido de ella. Nunca se había imaginado una sensación tan profundamente atrayente. El placer inspirado por sus labios expertos en su pecho la recorrió de manera aguda hasta llegar a su núcleo a la carne caliente y dolida entre sus piernas. Pero antes de que pudiera pedir siquiera algo que no podía nombrar, él supo lo que estaba necesitando. Mientras la atención de él se desvió hacia el otro seno, empezó una fuerte y rítmica presión de su muslo entre los de ella. La presión firme justo donde ella la quería le hizo sentir espirales de placer en el cuerpo. Se tensó contra él, movió las caderas, buscando más.

Con un gemido desgarrado, él llevó la boca de vuelta a la de ella para un beso húmedo, jadeante. Tomando la cintura de ella con una mano, parecía estar intentando calmar sus

movimientos casi frenéticos, pero ella no podía entender por qué. Surgían sensaciones en ella que necesitaban una salida. Se tensó más todavía debajo de él. Necesitando más, no menos.

Finalmente, el suave susurro de su voz penetró los sentidos desbocados de ella. “Calla, mi dulce ángel.” Estoy aquí. Te daré lo que necesitas”. La apaciguadora promesa en su voz profunda, ablandó el filo del hambre que rugía en ella, y se calmó lentamente. “Eso es”, murmuró él de manera apreciativa. “Eres toda mía hasta que experimentes cada pizca de placer que pueda conjurar para ti.” Pero no hay prisa. Por fin te tengo en mi cama y no voy a dejar que te vayas”.

Hundiendo la cabeza para mordisquear el lóbulo de su oreja, deslizó una mano para cubrir un seno y ella suspiró. Con la yema del pulgar, rodeó suavemente el pezón. Una vez. Dos. Pero cuando ella intentó presionarse con más fuerza contra su mano, la soltó de manera abrupta para rodear el lado de su cuello y presionó el pulgar bajo su mentón. Con suavidad, pero con firmeza, echó la cabeza de ella hacia atrás hasta que su mentón estaba ladeado hacia el techo y su garganta completamente expuesta.

Mientras cerraba la boca por encima del pulso en el cuello y chupaba su carne contra los dientes, metió la mano entre sus cuerpos. Desplazándose para estar tumbado a su lado, reemplazó la presión dura de su muslo con un deslizamiento rebuscado con las puntas de los dedos. Ella no se había dado cuenta de lo mojada que se había quedado hasta que sintió la facilidad en la que el tacto de él se deslizaba por sus pliegues sensibles.

El gemido caliente de él le bañó la garganta y su erección pulsionaba contra su cadera.

Los músculos internos de Lark se cerraron con fuerza en un feroz intento de calmar el dolor hueco en ella. La acción le hizo sentir una oleada de placer, de manera que lo hizo repetir. Pero esta vez, el dedo grande de él estaba ahí, presionando de manera firme contra su apertura. La presión de sus músculos parecía estar instándole a entrar dentro. Ella gimió, alzando las caderas mientras él hurgaba más profundamente en ella, llenándola. Contestando la llamada del cuerpo de ella que exigía que él calmara el implacable anhelo que había creado.

Sabiendo lo que ella necesitaba antes de que pudiera articular el sentimiento en un pensamiento, empezó una embestida lánguida de un dedo, luego dos. Dentro y fuera de su cuerpo. Acariciando y estimulando el canal sensible hasta que ella no pudo pensar debido al incremento del placer.

Sus uñas se clavaban en los hombros de él. Su boca buscaba la de él y devoraba sus besos con un hambre desesperada. Y justo cuando pensaba que ya no podía soportar otro momento más del maravilloso tormento, él se movió de otra vez. Bajando las caderas entre sus muslos, abrió las piernas de ella ampliamente para que pudiera aceptarle. En cuanto sus dedos se retiraron de su calor, fueron reemplazados por la punta lisa y roma de su erección. Posicionándose contra ella, se apoyó en los codos y tomó la cara de ella entre las manos.

Mirándola con intensa fiereza a los ojos, presionó hacia delante.

El ardiente estiramiento de su cuerpo mientras hacía esfuerzos por acomodarle era placentero a su manera y ella disfrutó. Disfrutó de la sensación de ser tomada por él. De tomarle en su cuerpo y apoderarse de él a su vez. Levantó las rodillas y basculó las caderas, silenciosamente, instándole a avanzar más adentro. Más. Hasta que la llenó por completo.

Entonces soltó el aliento contenido con un suspiro de alivio y asombro.

Estaban unidos.

Y se sentía más correcto, más perfecto que cualquier cosa que hubiera conocido nunca.

Ella escudriñó sus rasgos en la oscuridad, esperando que él sintiera lo mismo que ella. Esperando que él supiera cómo sabía ella.

Pero el fuego se había quedado en rescoldos y las sombras eran demasiado profundas. Todo lo que podía ver eran ángulos abruptos y líneas tensas.

Y, entonces, él empezó a moverse. Lentamente. Con cuidado. Con ternura. Embistes largos y tortuosos. Entonces, mientras la pasión se acrecentaba, bombeos más cortos, más profundos de sus caderas que la hundían en el colchón mientras se enarcaba, jadeaba y gemía.

El sudor perlaba su piel y las manos de ella se deslizaban impotentes por su espalda. Agarrándole las nalgas, luego los hombros. El frenético surgir de placer en ella seguía creciendo hasta que temió que la ola podría nunca romper, nunca ofrecerle esa liberación dulce que le robaba el aliento.

Pero todo lo que le hizo falta fue presionar con la punta del dedo el capullo pulsante de su sexo y ella explotó a su alrededor. Su carne tembló y pulsaba mientras oleadas de placer se propagaron por cada nervio, dejándola temblando y jadeando. Apenas volvió en sí cuando le sintió tensarse de los pies a la cabeza. Con un gemido rudo, se salió del cuerpo de ella. Su cabeza cayó al lado de la de ella y su boca se cerró en torno al músculo del hombro de ella mientras su simiente caliente se derramó en el vientre de ella.

Luego, con un último estremecimiento, se desplazó a un lado, desparramándose pesadamente de espaldas.

Capítulo Veinticinco

Santísimo cielo.

Alastair miraba el techo, respirando con profundidad para eliminar las estrellas que daban vueltas en su visión. Nunca había experimentado nada tan… intenso. Tan desgarrador mentalmente.

Desvió la mirada hacia la mujer a su lado. La pálida silueta de su precioso cuerpo desnudo estaba desparramada de manera muy parecida a la de él. Su cabello rubio estaba dispersionado encima de la almohada, y sus pechos subían y bajaban con su respiración pesada.

Aunque se sentía tembloroso y débil, usó la toalla descartada para limpiar su simiente del vientre de ella y de él mismo. Luego se estiró de lado, apoyando la cabeza en el brazo doblado mientras estiraba el otro brazo hacia ella. No podía dejar de tocarla. Descansando la mano en su abdomen, justo bajo las curvas de sus pechos, sintió sus inhalaciones profundas y temblorosas exhalaciones hasta que se acompasaron en un ritmo más sosegado. Entonces empezó una suave exploración con las puntas de sus dedos y el roce de los nudillos. Se aprendió de memoria el ángulo de su clavícula, la hondonada de su esternón, luego la suave curva de su vientre.

Ella mantuvo los ojos cerrados durante todo eso y se quedó inmóvil mientras sentía que se le ponía la piel de gallina. Él sospechó que se podía haber quedado dormida, pero no pudo dejar de hacerle lentas caricias. Cuando deslizó los dedos por su costado, midiendo la curva de su cintura y cadera, ella dio un pequeño respingo.

¿Sentía cosquillas?

Pasó los dedos ligeramente por debajo de su brazo, y ella emitió un suave sonido de protesta y luego se enroscó rodando para mirarle. Su mano descansó en la cadera y sus ojos se cruzaron con los de ella. Fue una mirada lánguida y saciada, que de manera instantánea activó una necesidad apremiante de proteger y cuidar de esta mujer. Cediendo a un impulso, la acercó más a su cuerpo. Ella respondió estirando sus extremidades para deslizar una pierna fina por encima de él mientras deslizaba una mano por encima de su tórax, presionándole la espalda. Luego alzó la cara hacia la de él y le presionó un beso bajo la mandíbula antes de hundir la cara

en la curva de su cuello.

Después de un momento sin aliento, estaba dormida.

Esta vez lo supo debido al profundo, rítmico fluir de su respiración y el relajado peso de sus extremidades por encima del cuerpo de él.

Aunque su necesidad sensual se había saciado con el placer más grande que hubiera tenido, sus pensamientos eran inquietos y preocupantes. En el tranquilo santuario de su cama, con Lark dormida tan confiadamente entre sus brazos, él analizó las verdades de su vida. Esas que había heredado de sus padres con tan mal destino y los que se habían formado mientras viajaba, huyendo de sus orígenes. Pensó las palabras que Lark le había dicho esta misma noche Su seguridad y confianza. Su fe inamovible en él.

Solo recordar la convicción en sus ojos gris oscuros hacía que se le tensara el pecho. Pero no sabía si era debido a la aceptación o la negación. No sabía si era capaz de verse a sí mismo como le veía a él. No después de tantos años de creer que estaba mancillado más allá de cualquier redención personal.

¿Pero no era eso exactamente de lo que se trataba con toda esta cruzada contra la hermandad? Se cimentaba en una necesidad de justicia y venganza, pero ¿no era también una batalla para redimir su propia alma? ¿Demostrar que estaba directamente en contra de todo lo que representaba su padre?

Y; sin embargo, iba de manera voluntariosa y consciente a llevar a Lark a su círculo de depravación. Eso por sí solo era prueba de que no era un hombre de honor. Solo era un villano con un noble propósito. Y, cuando terminara todo esto, la causa noble ya no existiría.

Y, ¿dónde le dejaba eso?

No se dio cuenta de que sus pensamientos oscuros se habían traducido a sus músculos y huesos hasta que la mujer entre sus brazos se removió en protesta debido a que él la agarraba con fuerza. Se relajó de inmediato, pero era demasiado tarde. Las pestañas de ella aletearon contra la piel de él mientras se movía y estiraba contra él.

El movimiento sinuoso dispersionó sus pensamientos, dejando solo uno. Una necesidad. Un deseo primitivo.

Tomando el trasero de ella en la palma de la mano, se rodó hasta quedar boca arriba, haciéndola quedar desparramada encima de él. Sus muslos se abrieron por encima de las caderas de él, y sus pechos cayeron encima de su pecho mientras intentaba alzarse con los codos. Alastair se negó a permitirlo y la agarró de las muñecas antes de estirárselas por encima de la cabeza. Aunque ella yacía encima, era efectivamente su prisionera.

Y, a tenor de la luz que destellaba con intensidad en sus ojos, no estaba en contra de la posición parcialmente sumisa. Repasó con la mirada deseosa los rasgos de él, y la suavidad en su mirada hizo que el corazón de él latiese con fuerza. Pero cuando la lengua de ella barrió su labio inferior, ese tierno órgano de él se detuvo en seco.

Con un gemido desgarrador, levantó la cabeza y se apoderó de ese brillante labio inferior con los dientes, tirando de él con suavidad hasta metérselo en la boca. Ella respondió ladeando la cabeza y abriendo la boca para él. Sus lenguas bailaron locamente, buscando, probando, apoderándose.

Soltando las muñecas de ella, bajó las manos para agarrar sus caderas. Luego la desplazó por su miembro endurecido. Solo un suave bascular al principio. Pero a medida que la respiración de ella se acortaba con pasión renovada y ajustaba su posición para llevar las rodillas por su costado, él perdió el control. Sus manos se apretaron y él movía las caderas de ella con un ritmo castigador. El calor y la humedad de su sexo se deslizaba con tormento erótico por su

erección, llevándole cerca del clímax antes de que emitiese un gemido ronco y detuviese la tortura deliciosa, deteniéndola encima de él

Pero ella no quería ser negada.

Presionando las manos en los hombros de él, se incorporó hasta quedarse sentada con las caderas de él entre sus piernas. La visión era una sencilla perfección. La modesta curva de sus caderas se acentuaba con sus muslos abiertos, abarcando el cuerpo de él entre ellos. Su torso esbelto llegaba hasta la suave curva de sus pechos, coronados por pezones oscuros, rellenos, que le pedían a gritos la lengua de él. Y sus hombros tenían un ángulo orgulloso, al igual que su mentón mientras le miraba desde arriba bajo unas pestañas sensuales.

"Estoy completamente a tu merced". Las palabras eran espesas y descarnadas. Salieron de su boca sin remedio. No había tenido intención de confesarle semejante verdad tan íntima y vulnerable. Pero cuando los labios de ella se curvaron en una sonrisita pícara y la anticipación brillaba en sus ojos, él decidió que el premio merecía el riesgo.

"Estaba esperando que dijeras eso", dijo ella con la voz ronca en un susurro.

Un suave murmullo sonó en su garganta mientras aplanaba las manos por encima del pecho de él antes de estirarse hacia sus brazos, suavemente forzándolos por encima de su cabeza en una posición similar a la que él había usado con ella. Excepto que esta vez, las manos de ella estaban libres para poder explorar.

Y lo hizo.

Rozando las puntas de los dedos primero sobre la tensión en su frente, luego por la inclinación de su nariz hasta sus labios. Parecía estar fascinada con la forma de su boca mientras trazaba su borde antes de usar el pulgar para bajar el labio inferior de él. Luego se inclinó hacia delante para deslizar la lengua más allá de sus dientes en un rápido y provocador saborear.

El gemido de él era casi un gruñido cuando ella se levantó, dejándole hambriento por un apareamiento más profundo. Pero ella no había terminado con su exploración.

Las puntas de los dedos de ella luego se desviaron hacia el pulso en la base de su garganta, luego bajó para rodear un pezón plano antes de rozarle con las uñas en el otro. El siseo de su respiración ante esa sensación suscitó otra sonrisa en sus labios inspirándola a probar su resistencia más todavía.

Usando solo las uñas ahora, ella le rascó con suavidad el abdomen hasta donde la punta hinchada de su erección descansaba contra su vientre. Él se tensó de la cabeza a los pies, cerrando los ojos y conteniendo el aliento mientras anticipaba el delicado roce de su uña por encima de la punta sensible de él.

De todas formas, él se sintió desprevenido cuando llegó. El intricado baile de placer y dolor le conmocionó los nervios, sacudiendo su cuerpo, haciendo que sus caderas se alzaran bao ella. Y eso causó un momento de maravillosa fricción entre las carnes íntimas de los dos.

El jadeo de ella se mezcló con el gemido de él, mientras luchaba contra el deseo de agarrarla. Rodarla bajo su cuerpo y hundirse en ella.

Alzándose encima de las rodillas, ella levantó su peso de la ingle de él. Durante un momento, él creyó que ella iba a dejarle y respiró de manera entrecortada como protesta. Pero ella solo se estaba colocando en otra posición más abajo encima de los muslos de él.

Él abrió los ojos para verla, mirándole fijamente con una mirada de asombro y lujuria.

La verga de él pulsó como respuesta, chocando contra su vientre y suscitando un suave ronroneo en la garganta de ella.

Ella estiró la mano para agarrarle, rodeándole con su tacto cálido. Sus pulgares exploraron la forma de su punta rugosa antes de agarrarle con más fuerza, deslizándose hasta su

base. Dedos suaves tomaron sus testículos y luego subieron y bajaron por su largura, aprendiéndose su forma, probando su peso.

Y, mientras ella miraba fijamente lo que le estaba haciendo su cuerpo, él la miraba intensamente a la cara. La fascinación y la creciente pasión en sus rasgos, la creciente falta de aliento y el anhelo en su mirada hizo que él casi explotase en sus manos. Apretó los dientes y cerró los puños en la almohada por encima de su cabeza. Enarcó el cuello y respiró con fuerza por la nariz.

Pero todo el rato la miraba. No podía dejar de empaparse del placer que ella recibía tocándole. Explorando y descubriéndole.

Hasta que finalmente fue demasiado.

Al final de su resistencia, la agarró de las manos y se las llevó a la boca, besándole las puntas de los dedos y las palmas. Luego colocó sus manos a cada lado de la cabeza mientras bajaba las suyas entre ellos dos. Con una mano agarrándola de la nalga, la acercó mientras se posicionaba él con la otra mano.

Con un susurro rudo y jadeante, embistió hacia arriba en su cuerpo mientras ella tiritaba y temblaba encima de él. Una vez que la penetró por completo, ella empezó a moverse. Aprendiendo cómo tomar su placer de él mientras le daba placer a él con una sensualidad desinhibida.

Permanecieron rodeados el uno de la otra, empapados de pasión toda la noche. Ninguno de los dos hablando de lo que había venido antes o lo que vendría después. Sus palabras susurradas y murmuradas solo eran del momento. Del anhelo y la necesidad. Del placer y la aceptación.

Pero llegó el amanecer, como sucedía siempre. Y con la primera luz gris asomándose tras los cortinones pesados, Alastair sintió una intensa puñalada de pérdida y doloroso remordimiento. Se había despertado de un breve y saciador sueño para encontrarse solo. No hubo ningún ruido para indicárselo, ningún movimiento en la habitación, pero él sabía con una certeza intuitiva que Lark se había ido hacía un momento.

Había sido la simple, clara e innegable falta de su presencia lo que le había hecho despertar de manera repentina.

#

Lark se apresuró por el pasadizo de vuelta a la biblioteca. Tenía que regresar a su dormitorio antes de que empezaran a acudir a sus tareas, lo cual podía ser en cualquier momento.

No podía permitir que sus pensamientos se posaran ni por un momento en la noche de absoluto placer y revelación que había pasado con el marqués.

Alastair.

Su nombre todavía le parecía raro en su lengua y en su mente.

Raro pero emocionante. Raro pero luminoso. Raro pero perfecto.

Una parte pequeña y vulnerable de ella se alegraba de haber podido salir mientras él dormía. No quería ver la mirada en sus ojos bajo la ruda luz del día y ser testigo del momento en el que él se sintiera abrumado por el remordimiento. No quería ver cómo sus rasgos se endureciesen con recriminación después de que ella se hubiera aprendido de memoria el aspecto de él en la cumbre de la pasión y paz. Podía ser que la odiase por aproximarse a él como había hecho, prácticamente forzándole cuando él había estado expuesto y vulnerable.

Las mejillas de ella ardían, pero se negó a arrepentirse de ni un solo momento.

Por supuesto, él seguramente estaría desesperado por fingir que la experiencia nunca había tenido lugar siquiera. O quizás se convencería a sí mismo de que había ocurrido en un

sueño, algo que nunca se podría hablar a la luz del día. Sin duda, se diría a sí mismo que la experiencia no se podría repetir nunca. Ella había sabido estas cosas antes de haber ido a su habitación anoche. Había sabido que eran una probabilidad si lograba convencerle a aceptarla, aunque solo fuese por la noche. Pero eso no hacía que fuese más fácil de soportar La verdad, el saber que solo tendría esa noche con él se retorcía en ella como si alguien le estuviera retorciendo el corazón mismo.

De manera que bloqueó esas preocupaciones de la mente, solo pensando en sus tareas del día. Llegando a su habitación sin incidente, se lavó aprisa con agua que echó en la palangana detrás del biombo. Mientras se lavaba el olor de él de su piel, no se permitió el lujo de emociones, aunque eso la ahogaba.

En menos de quince minutos, estaba correctamente vestida y lista para reunirse con los empleados como hacía todas las mañanas antes de que ellos empezaran sus tareas. Luego se fue a la cocina para hablar sobre las comidas del día con la Sra. Reynard. Luego, una rápida reunión con Gideon sobre una preocupación compartida sobre el estado de los jardines.

Para cuando el marqués llamó pidiendo su té unas horas más tarde, ella había logrado ocultar los recuerdos más potentes tan atrás en su mente que ya no experimentaba un estremecimiento en sus nervios o sentir que su centro se derretía cada vez que pensaba en el hombre en el piso superior y la noche que habían compartido.

Ella preparó la bandeja del té como hacía siempre y lo llevó al comedor. Hizo todo lo posible por no mirar la silueta oscura de él en la punta de la mesa, enmarcada por la luz del día, entrando a raudales por la ventana que tenía detrás.

Descansando la bandeja encima de la mesa, levantó la vista brevemente para preguntarle, "¿le sirvo?"

Ella pensó que estaría bien. De verdad que lo pensó. Pero esa breve mirada a sus ojos azules intensos casi la quebró.

Su mirada, que ya no era gélida, la traspasaba con calor, fuego y pasión. Y promesa.

Ella contuvo el aliento. Sus rodillas casi cedieron. Su corazón se detuvo literalmente.

En lugar de contestar como hacía siempre, el marqué se puso en pie con decisión. No se acercó a ella como medio temía, medio ansiaba que hiciera. En lugar de eso, rodeó la mesa hacia la puerta. Lark se quedó helada en el sitio, sin saber qué es lo que él estaba a punto de hacer ni lo que estaba pensando o qué tenía que hacer ella. Su mirada cayó sobre la bandeja del té un momento antes de escuchar el clic abrupto de la puerta, encerrándoles a solas en la habitación.

Cuando volvió a respirar, los brazos de él la habían rodeado. Una mano le apretaba la nuca mientras el otro brazo le rodeaba la cintura mientras la giraba para que estuviera de frente a él. Ella solo percibió su intención en un destello y sus rasgos intensos y hermosos antes de que su boca tomara la de ella.

A pesar de su sorpresa y confusión, su cuerpo sabía exactamente lo que tenía que hacer mientras ella se ablandaba y derretía contra él. La lengua de él entró en su boca, apoderándose y exigiendo el sabor más íntimo de ella mientras sus caderas presionaban las de ella hasta que sus nalgas chocaron contra el filo de la mesa que tenía detrás.

Justo cuando ella empezaba a recuperarse de la conmoción y dedicarse a la maravillosa pasión de su beso, él se retiró con un juramento murmurado.

Lark jadeó recuperando el aliento y alzó la mirada para verle, su visión empezando a nublarse de deseo y anhelo.

"Ahora, no se puede negar", murmuró. Su voz era espesa mientras su mirada barría la cara de ella con ferocidad. "Soy un canalla de la peor clase. Y parece que ni siquiera me

importa”.

Lark se preparó para discutir con él, pero antes de poder hacerlo, él la besó de nuevo. Y las llamas que ella había apagado cuidadosamente durante las últimas horas, la engulleron de nuevo.

Ella le atrajo a su cuerpo con un suspiro pesado, rodeándole el cuello con los brazos y poniéndose de puntillas en un intento de mayor cercanía. Sentir más de él. Apoderarse de él como hacía él con ella.

Cuando la agarró de las caderas descansándola encima de la mesa, ella sintió una oleada de alivio en el cuerpo. Cuando desplazó las manos para acariciarle un pecho mientras su lengua jugueteaba con las curvas sensibles de su oreja, ella temía no poder saciarse de él.

Pero cuando interrumpió el beso una vez más, ella podía ver en el fuego azul de sus ojos que una sola noche no le iba a bastar a él ni a ella.

Bajando la cabeza, descansó la frente contra la de ella, mientras las respiraciones jadeantes de los dos se mezclaban en sus labios.

“No vuelvas a escabullirte de mi lado otra vez”. La voz descarnada y ronca de él la recorrió como el humo potente de un fumadero de opio. Trenzándose por sus sentidos creando una neblina de anticipación lánguida en su mente. Porque sus palabras daban a entender que ella pasaría más noches en su cama. Entre sus brazos. Contra su corazón.

“Tenía obligaciones…”

Su gruñido detuvo las palabras de ella. Al igual que una emoción sin nombrar en su mirada. “Eso será atendido a la primera oportunidad. Pero de momento”, suspiró con profundidad y lentamente empezó a soltarla, “hay algo que tenemos que hablar”.

Todo el ser de Lark protestó por la separación. Pero cuando la descansó en el suelo, ella bloqueó sus rodillas y se obligó a mantenerse erguida por sí sola.

“Por favor. Siéntate”. El marqués señaló una de las sillas ante la mesa mientras la rodeaba con cierta rigidez para volver a sentarse en su sitio. Ella sospechó que su tensión física evidente era debido al deseo desatado que le recorría el cuerpo, al igual que le pasaba a ella, y le hizo sentir cierto consuelo y placer saber que ella no estaba sola en su tormento.

Pero sentarse delante de él ante la mesa…

“El desayuno será servido en breve. Quizás sea mejor que yo me limite a servirte el té”.

Él seguía de pie al lado de su silla mientras esperaba que ella hiciera lo que él le había dicho y la mirada sombría en su cara le recordó el lord que había conocido ese primer día.

Lark se sentó.

Mientras él se sentó, señaló la bandeja con la cabeza. “Sírvete un poco de té si quieres”.

Sintiendo incertidumbre por su manera rara y sin precedentes en su manera de portarse, Lark le sirvió primero, preparándolo de la manera en que le gustaba sin tener que pensarlo siquiera. Luego se preparó una taza.

“He recibido un mensaje de Lowndes”.

Lark hizo una pausa en el acto de llevarse la taza a los labios para un sorbo ardiente, mirándole con los ojos muy abiertos. ¿Ah sí?”, preguntó ella con cautela.

Él asintió con la cabeza. “Incluía unas pocas instrucciones en más detalle para mañana por la noche y un pequeño paquete”. Metiendo la mano en la chaqueta, sacó una pequeña ampolleta de cristal, que colocó encima de la mesa entre los dos. Sus rasgos eran duros como si fuesen de piedra. “Me asegura que esto hará que mi invitada elegida para la noche sea más… Receptiva para mis planes”. Su mirada se encontró con la de ella. “Todavía estamos a tiempo de no hacer nada”.

“No”. Ella le devolvió la mirada con firme seguridad. “Podemos hacer esto”.

Los ojos de él se oscurecieron mientras la miraba desde el otro lado de la mesa, pero no contestó.

Capítulo Veintiséis

A la noche siguiente, Lark se preparó para la noche que les aguardaba con la ayuda de la guapa esposa de Turner. Lark no podía imaginarse en qué necesitaría ayuda, sus preparativos para la noche eran bastante comedidos. Pero en cuanto la joven y elegante mujer entró en la casa con su sonrisa brillante, mirada plateada deslumbrante y energía infecciosa, Lark cedió ante la fuerza de Portia Turner.

Una vez que estaban en la pequeña habitación de Lark, la otra mujer le guiñó un ojo mientras se quitaba la capa de los hombros con un revuelo dramático. “Los hombres pueden hablar de los detalles de esta noche hasta la saciedad si quieren. En mi experiencia, la intuición y los instintos me pueden conseguir mejores resultados que un plan bien aprendido”.

Lark se sintió tentada de estar de acuerdo. Y lo habían repasado todo una docena de veces. Ella sabía lo que tenía que hacer, incluso mejor que el marqués o Turner podían saberlo.

“¿Puedo traerle algo, Sra. Turner? ¿Té?”, hizo una pausa. “¿Un poco de whiskey, quizás?”

Una sonrisa ancha iluminó la cara de la dama. “Portia, por favor. Y un poco de whiskey sería maravilloso. Supe en cuanto me habló Dell de ti que nos íbamos a llevar fenomenal”.

Ella se acomodó en uno de los sillones mientras Lark buscaba las tazas y la botella oculta en su escritorio. Cuando Lark se sentó en el sillón enfrente y sirvió el licor potente en las delicadas tazas de porcelana, Portia rio, un sonido ronco y femenino.

“Gracias. Tengo entendido que has tenido una vida bastante aventurera en tu juventud temprana”.

Lark miró los ojos brillantes de la dama con una mirada levemente interrogativa. “Si aludes al hecho de que he vivido en una pandilla de ladrones y robaba para sobrevivir, supongo que estarás en lo correcto”.

“Maldita sea”. La expresión de Portia se oscureció con sincero arrepentimiento. “Lo siento tanto, Sra. Evans. Debes pensar que soy horriblemente densa. A menudo me veo recordada por el hecho de que mi vida de privilegios me ha hecho tener una perspectiva algo desviada cuando se trata de semejantes cosas. Juro que no quería minimizar las horrendas dificultades a las que te has tenido que enfrentar. Solo quise celebrar tu perseverancia y lucha contra tus limitaciones con tu inteligencia y habilidad”.

La dama miró hacia un lado encogiéndose de hombros. “Antes de conocer a Dell, temí nunca conocer mi propia valía sencillamente porque nunca tuve una oportunidad para someterla a prueba. Siempre sospechaba que estaba destinada a mucho más de lo que permitía mi posición social. Al igual que tuve la sensación, cuando Dell me habló de tí, que tú también te negaste a aceptar las limitaciones de tus circunstancias. Y trabajaste mucho para liberarte, ¿verdad?”

Lark nunca había pensado en las cosas de esa manera. “Supongo que sí”.

“Y eso es la razón por la cual podríamos prepararnos para esta noche lejos de las caras sombrías de nuestros caballeros, y sus insistencias de protección y seguridades y cumplir a raja table el plan. La verdad es”, Portia susurró de manera dramática inclinándose hacia delante, “a veces mis planes para un trabajo no se alinean exactamente con los de mi marido”. Encuentro que es mejor hacerle caso hasta que sencillamente no puedo hacerlo. Un impulso no es siempre una cosa mala, y a veces no solo una cosa buena desviarse del plan, sino que es algo absolutamente necesario”.

“Tengo curiosidad por saber qué opina Turner de semejante enfoque”. Por lo que ella recordaba de sus métodos hace años en Covent Garden, era una persona bastante meticulosa y organizada.

Portia sonrió sin sentirse abrumada por la pregunta. “A pesar de que no son la manera en que él haría las cosas y siempre y cuando no sea innecesariamente temeraria, Dell aprecia y respeta mis métodos sencillamente porque tienden a funcionar”.

Lark sonrió. Era imposible no sentir simpatía por una mujer tan desvergonzadamente segura de sí misma.

“Entonces”, siguió diciendo Portia después de tomar un largo sorbo de su taza, “para poder determinar cuál sería la mejor manera de ayudarte y apoyarte, ¿por qué no me cuentas cuáles son *tus* estrategias para esta noche?”

#

Casi dos horas más tarde, Lark estaba sentada al lado de Alastair en la oscuridad de un carruaje anodino mientras iban rodando por las calles perfectas de Mayfair. El vehículo había llegado a la hora esperada exactamente. Y aunque el cochero y el mozo acompañante habían desviado la mirada cuando Alastair salió de la casa cargando con Lark, aparentemente inconsciente, se aseguraron de empezar su engaño de inmediato.

Una vez que estaban acomodados en el carruaje y empezó a desplazarse, Lark se enderezó dejando de estar postrada, pero no se apartó del lugar donde Alastair la había acomodado a su lado. Bajo una gran capa, ella llevaba un vestido de noche de color rojo sangre que le había prestado Portia. Había sido especialmente diseñado por ella y era más lujoso que cualquier cosa que Lark hubiera llevado nunca. El suave corbatín de algodón que había sido anudado como una mordaza y que ahora estaba atado de manera suelta en torno al cuello de Lark olía sutilmente como el marqués. Curiosamente, o quizás no, le daba confort y seguridad. Sus muñecas estaban atadas por delante con otro corbatín.

Turner había demostrado varias veces como los nudos que había empleado se podían aflojar con facilidad usando un sencillo movimiento. Él y Alastair le habían insistido en que Lark practicase una y otra vez hasta dominar la maniobra sin la más mínima dificultad.

Ella miró de reojo al marqués. Su postura era rígida e inflexible, y su perfil mostraba la profunda intensidad de su incomodidad. Dejándose llevar por un impulso, Lark estiró una mano para agarrar la de él presionada con firmeza encima de su muslo.

“Esto va a funcionar. No me cabe duda”.

Él se volvió para mirarla mientras ajustaba la mano para trenzar los dedos entre los de ella a pesar de la tela que le ataba las muñecas. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

“Si algo va mal, cualquier cosa”, su mano se apretó en torno a los dedos de ella, “tu única prioridad es huir.” Inmediatamente. ¿Entiendes?”

Lark asintió dando a entender que estaba de acuerdo. Él temía por ella, y no había nada que ella pudiera decir para convencerle de que ella estaría bien. Pero la verdad es que ella no tenía ninguna intención de huir hasta que lograsen lo que habían decidido hacer.

Era la única manera en que él finalmente se sentiría libre de su pasado. Del dolor. Del legado retorcido de su padre.

El marqués se inclinó hacia ella, levantando la otra mano para tomar la cara de ella y voltear su boca hacia la de él. “No les permitiré hacerte daño”, susurró con gravedad. “Juro por todo lo que soy, que no te harán daño. Ni ellos ni nadie”.

“No te preocupes por mí. Tu tarea es suficientemente peligrosa esta noche. “Por favor”, susurró ella. “confía en que haré mi parte”.

El pecho de ella se tensó cuando la besó. Porque este no era un beso de pasión y hambre innegable. Esto era mucho más suave y pausado. Era como si él estuviera intentando comunicar algo sin palabras.

Demasiado pronto, las vistas fuera de la ventanilla del carruaje cambiaron cuando salieron de las calles ordenadas de Mayfair dejándolas muy atrás. Cuanto más lejos avanzaban, más oscuros y retorcidos eran los senderos y se veían más personas caminando por las calles.

Lark lo supo en cuanto entraron en Covent Garden. Respiró hondo mientras los recuerdos de su infancia la inundaron. Aunque habían pasado años desde que se marchó, sentía el viejo barrio como su casa de alguna manera. Había una energía diferente aquí que en cualquier otro lugar. La mayoría de los visitantes solo percibían la desesperación poco disfrazada de los habitantes de clase inferior. No veían la verdadera fuerza de semejante lugar. La habilidad e ingeniosidad. Las familias y la profundidad de la comunidad que se podían encontrar en los lugares menos probables. Era rudo y peligroso. Pero era también hermoso.

Y aquí, en los callejones que ella había considerado su casa, es donde encontrarían el mercado de Dryden, donde mujeres inocentes eran traídas para ser vendidas a hombres de prestigio noble y dinero. Era sorprendente que hombres de semejante riqueza eligiesen un mundo tan extraño en el cual realizar sus juegos.

Pero, por otra parte, quizás no lo era.

En su arrogancia, sin duda, consideraban que el lugar era un entorno perfecto para sus depravaciones particulares. Lejos de las miradas vigilantes del resto de la alta sociedad. Donde era fácil encontrar personas dispuestas a hacer una gran cantidad de cosas por el dinero correcto. Gentes para usar y explotar para sus placeres. Donde podían ejercitar su poder supuestamente ilimitado, sin oposición por parte de nadie.

Cuando el carruaje empezó a ralentizarse, Lark respiró hondo. Calmando nervios alborotados. Enfocándose en la tarea que tenían por delante. Visualizando su éxito. Y la libertad final de Alastair.

Luego se volvió hacia el hombre estoico a su lado. “Es hora ya”.

Él no se movió al principio. Pero entonces emitió un sonido bajo en la garganta y soltó las manos de ella para alcanzar mordaza bajo el mentón de ella. Sosteniéndole la mirada, colocó la mordaza en su sitio. Como tenía que encajar con fuerza para parecer legítima y para que no se le cayera, el algodón le separaba los labios de manera dolorosa, forzándola a respirar con profundidad por la nariz.

El marqués hizo una mueca ceñuda. “¿Está demasiado apretada? ¿Estás bien?”

Ella asintió sin titubear y murmuró una afirmación gutural, pero él no parecía estar satisfecho. Cuando estiró las manos para alcanzar el nudo en la parte trasera de la cabeza de ella, Lark apartó la cabeza con un movimiento y sacudió la cabeza de manera abrupta.

Él la miró ceñudo, pero entonces el carruaje se detuvo. Diciendo un juramento en voz baja, rápidamente subió la capucha de la capa de ella por encima de su cabeza. Ella acababa de cerrar los ojos y derrumbarse pesadamente contra su costado antes de que se abriera la puerta del carruaje.

“Ven, amor”, murmuró él de manera seductora para beneficio de quienes pudieran escucharle mientras la agarraba entre sus brazos. “Hemos llegado”.

Lark emitió un sonido suave, pero siguió moviéndose con lentitud y dificultad.

Turner pudo determinar que la ampolleta enviada por Lowndes contenía una droga que parcialmente incapacitaría a quien la ingiriese. Los efectos no eran duraderos. Solo duraban, se suponía, para conseguir que la víctima estuviera en una ubicación más segura, donde cualquier

forcejeo y gritos pasarían desapercibidos.

Como joven carterista, Lark había empleado diversas charadas y estratagemas para distraer a un objetivo o atraer a alguien a una trampa donde pudieran ser robados por sus compañeros. El engaño actual era sencillo. Era Alastair quien necesitaba cargar la mayor parte del peso en su engaño. De manera figurada y literal, ella se daba cuenta mientras sacaba el cuerpo desvalido de ella del carruaje y luego alzándola velozmente entre los brazos.

Ella casi sonrió ante la determinación de él de mantenerla dentro del círculo de su protección. De momento, se lo permitiría. Pero ella sabía, si él no lo sabía, que semejantes consideraciones no era probable que durasen mucho más.

Los asociados de Turner hacía mucho rato que fueron despachados a las ubicaciones para vigilar y estar disponibles cuando llegara el momento. Turner, Portia y Hale ahora estarían agazapados esperando en algún sitio cercano. Pero una vez que Lark y Alastair entraron por el portal oscuro, estarían solos en la guarida del diablo.

Pero *no* solos.

Estarían juntos. Había pasado mucho tiempo desde que Lark sintiera que tenía a alguien en que confiar y depender de manera implícita. Quizás nunca. Había confiado en Harriet desde luego, pero ella siempre había cuidado de ella, nunca al revés. Y, aunque ciertamente había dependido de los demás en su pandilla, su confianza había sido limitada, ya que ellos habrían puesto su propio bien por encima del de ella en un instante. Y ella habría hecho lo mismo a la inversa.

Lo que sentía con Alastair a su lado era totalmente distinto. Era un toma y daca entre iguales. Un deseo igualitario de proteger y defender. Y ella sabía sin dudarlo que él sentía lo mismo.

Aunque tenía los ojos cerrados y la cabeza contra el pecho de Alastair, podía darse cuenta con facilidad cuando salieron del callejón oscuro para entrar en el edificio. Sabiendo la necesidad de saber algo del entorno, arriesgó un vistazo desde debajo de la sombra de su capucha mientras les guiaban por un pasillo poco iluminado por un hombre vestido de los pies a la cabeza de negro, que parecía ser más un matón que un lacayo.

La otra noche, Hale había descubierto que muchos de los vigilantes apostados dentro y cerca del lugar, eran hombres que él conocía del barrio, y algunos incluso habían sido entrenados por él. Tuvo una pequeña *charla* con ellos y luego arregló sus lealtades. Esta noche, habían recibido instrucciones de seguir sus órdenes usuales hasta que Hale les diera la señal de obrar de otra manera.

El pasillo era corriente, excepto que estaba muy oscuro. Pasaron ante unas cuantas puertas cerradas, pero parecía ser que no había actividad tras las puertas. De hecho, el lugar estaba chocantemente silencioso.

Luego ascendieron por unas escaleras antes de dirigirse por otro pasillo largo. Ahora ella podía escuchar sonidos amortiguados más adelante. Un ronroneo de voces y posiblemente algo de música y otros sonidos indiscernibles. Pero antes de que se aproximaran lo suficiente como para determinar más, se detuvieron y giraron hacia una puerta cerrada y otro guardián corpulento. La puerta se abrió y los dos guardianes dieron un paso a un lado, permitiendo que Alastair entrase.

Lark no podía ver qué había delante más allá del reflejo parpadeante de más velas, pero Alastair la apretó con fuerza abrazándola contra su pecho. Si se estaba cansando de cargar con ella durante tanto rato, no daba a entender eso de ninguna manera. Pero parecía titubear en el umbral de la puerta, como si estuviera considerando darse la media vuelta en ese mismo

momento.

Lark emitió un suave gimoteo y se movió sutilmente entre sus brazos. Esperando que él lo tomara como ánimos para seguir adelante con el plan.

“Adelante, milord”. Su llegada ha sido muy anticipada”.

Capítulo Veintisiete

Alastair agarró a Lark con más fuerza, intentando asegurarle a ella su protección a pesar de la trepidación que recorría su sangre de manera alocada. ¿Cómo había podido pensar que esto era una buena idea? Traerla a este lugar… encargándole una meta tan peligrosa e incierta. Él había prometido mantenerla a salvo. Pero, ¿y si no podía hacerlo?

Lowndes estaba sentado detrás de un gran escritorio lacado en negro. No levantó la vista después de su saludo inicial y se tomó un momento en bajar su pluma y cerrar el libro donde había estado escribiendo antes de guardarlo en un cajón del escritorio. Luego se puso en pie y asintió con la cabeza hacia la mujer de la capa entre los brazos de Alastair.

"Veamos lo que has traído, ¿de acuerdo?"

Alastair se desplazó al centro de la habitación, que era esencialmente un pequeño despacho, y escuchó la puerta cerrarse detrás de él.

"Ponla de pie para que pueda echarle una ojeada", le instruyó Lowndes.

Mientras Alastair cambiaba su manera de agarrarla, un suave sonido de protesta se escapó de la garganta de ella y su cabeza rodó a un lado. Con la garganta apretada, él la obligó a permanecer en pie. Aunque ella tropezó y se bamboleaba enarcándose en sus manos, permaneció en su sitio cuando él retiró la capucha.

Los ojos de Lowndes se estrecharon mientras la evaluaba con la mirada. Acercándose a Lark, levantó su cabeza con un dedo bajo su mentón. Alastair apretó los dientes.

"Suficientemente bonita, supongo", dijo Lowndes. "Tiene un aire de juventud e inocencia angelical que algunos encuentran atractivo. Quítale la capa".

"Me aseguré de que cumpliese tus requisitos", dijo Alastair molesto.

La mirada del otro hombre era dura. "No voy a presentar nada que considere indigno, lo que significa que tengo que ver completamente a la chica antes de que vayamos más lejos. Quítale la maldita capa".

Aunque la furia le quemaba las venas, Alastair luchó duro por contener su ira. Soltando las ataduras de la capa, se la quitó de entorno a Lark y lanzó la prenda hacia un lado.

Lowndes deslizó su mirada torva por encima de la silueta de Lark de la cabeza a los pies y una sonrisa lenta ensanchó su boca. "La has vestido para nosotros", constató, su mirada brillando a la luz de las velas.

Turner había mencionado algo sobre el vestido que Portia había traído para Lark diciendo que tenía características especiales que podrían ser útiles, pero él todo lo que podía ver es que el vestido apenas le cubría el cuerpo. El corpiño era ridículamente bajo, y la falda no era más que finas telas recogidas por un lazo negro de terciopelo atado bajo sus pechos.

Como Lark ya había sido envuelta en la pesada capa cuando las mujeres se habían reunido con ellos, él no había visto el vestido hasta ahora. Y al instante sintió el deseo de volver a taparla con la capa.

"Un ángel vestido de buscona", murmuró apreciativo Lowndes. "Una elección interesante".

Cuando el apelativo cariñoso que Alastair había usado para nombrar a Lark en momentos de placer y ternura, cayó de los labios del otro hombre, Alastair se tensó y su mano se cerró en un puño. Como si se percatara de su lucha, ella se movió contra él y su cabeza cayó hacia atrás mientras sus ojos se abrieron gradualmente.

“La poción está empezando a dejar de tener efecto”. Lowndes miró su reloj de bolsillo y luego señaló sus muñecas atadas. “¿Está bien atada?”

“Por supuesto”.

Lowndes se apartó y cruzó hacia otra puerta en el lado opuesto de la habitación. “Sígueme”.

Alastair recogió a Lark entre los brazos y siguió a Lowndes a un pequeño saloncito, actualmente vacío pero con dos grandes centinelas al lado de otra puerta cerrada. Sacándose una llave del bolsillo, Lowndes abrió la puerta y le hizo un gesto a Alastair para que le siguiera adentro. “Déjala ahí”, dijo con un movimiento impaciente de la mano.

Alastair pasó por delante de él en un espacio poco iluminado, un poco más grande que un armario. No había alfombra en el suelo y no había ventanas. Solo un banco largo contra una de las paredes, donde dos mujeres estaban sentadas a varios metros la una de la otra. Las dos vestían el uniforme típico de doncellas. No llevaban mordazas, pero sus manos habían estado atadas tras sus espaldas. Sus miradas eran lustrosas pero estaban conscientes. Y estaban llenas de miedo y confusión.

“Deprisa”. Los demás se han reunido ya. Nos hará falta anunciar que habrá un tercer elemento a la venta”.

Alastair repasó la habitación con desdén. “¿Las dejas aquí así por las buenas?”, preguntó con rudeza. “¿Y si se escapan? ¿O causan problemas llorando y gritando?”

“No hay que preocuparse. Ningún sonido puede traspasar estas paredes. Y con Dreyden fuera de la ciudad, soy el único que tiene llave. Los hombres afuera se ocuparán de cualquier cosa inesperada”. Empezó a retroceder por la puerta. “Deja a la chica, y ven conmigo, Warfield. “Los otros nos aguardan”.

Alastair se acercó al banco y descansó a Lark con cuidado entre las otras dos mujeres. Ella gimió con suavidad y sus manos se alzaron antes de caer con pesadez en su regazo. El pecho de Alastair se tensó. La actuación de ella era impecable. Incluso él estaba creyendo su vulnerabilidad mareada.

Su corazón se le hundió de manera pesada en el estómago.

Odiaba dejarla aquí, pero ella le había pedido que confiase en ella y eso hizo. También tenía que creer que Hale y los Turner serían capaces de cumplir con sus papeles. Era difícil conceder tanta confianza en personas apenas conocidas. Pero no le quedaba otra opción. Su plan tenía que funcionar, lo cual quería decir que Alastair tenía que prestar atención a su propio papel. Siempre que todo siguiese como era de esperar, Lark no estaría encerrada en esta habitación mucho tiempo.

Enderezándose, la miró a los ojos y sostuvo su mirada durante un momento intenso. No vio miedo en sus ojos grises. Solo una decisión que iba pareja a la suya. Luego se obligó a ignorar el nudo apretado en su pecho, y le dio la espalda y salió. El sonido de la llave de Lowndes girando en la cerradura le hizo sentir un gélido estremecimiento en la columna. Pero tenía que prestar atención a lo que venía ahora.

No importaba lo honorable que fuese el magistrado de Turner, no podría hacer nada sin pruebas de que cada uno de los hombres presentes esta noche estaba conscientemente y de plena voluntad involucrado en el tráfico ilegal de mujeres que habían sido abducidas y vendidas en contra de su voluntad. Alastair tenía que mantener a los hombres a la vista y distraídos de manera que los otros pudieran tener tiempo para infiltrarse en el edificio y conseguir las evidencias necesarias.

Lowndes le guio de vuelta a través del pequeño despacho al pasillo. En lugar de

retroceder por el camino por donde había llegado Alastair, Lowndes le llevó al otro extremo del pasillo, donde otros dos centinelas estaban fuera de una puerta doble.

Antes de que se abrieran las puertas, Lowndes se volvió hacia Alastair con una mirada seria. "Recuerda, milord, estos hombres están asumiendo cierto anonimato. Incluso si les conoces, no debes indicarlo entre estas paredes. Por muy falso que parezca el juego, crea un escudo de seguridad y discreción del que dependemos *todos.* Lo que ocurra esta noche nunca debe ser comentado con nadie más. ¿Entendido?"

"Repasaste todo esto conmigo la otra noche", constató Alastair con impaciencia.

Lowndes estrechó los ojos. "Vale la pena repetirlo".

Asistiendo con la cabeza, Alastair concedió. "Entiendo".

"Bien. Sigamos adelante". Le hizo un gesto a los guardianes con la cabeza que abrieron las dos puertas, permitiéndoles pasar.

La habitación era un gran salón que se parecía de alguna manera a los salones de los clubes de caballeros más exclusivos de Londres. Caoba oscura y lustrosa revestía las paredes. El suelo estaba cubierto por una alfombra espesa y mullida de color gris carbón. Había sofás y sillones tapizados en un tono gris más claro colocados en diversas agrupaciones ante una gran chimenea tallada en el mármol italiano más refinado. El extremo más distante de la habitación incluía mesas de juego. Una puerta en un rincón estaba levemente abierta para permitir que la música de un cuarteto de cuerda se filtrase suavemente desde la habitación más allá.

Con la excepción de Dryden, todos los jugadores esperados estaban presentes. Incluso Lord Buckley, a quien Alastair solo había conocido en la velada más reciente de Lowndes. Además de ellos, Alastair contó otros ocho hombres. Reconocía a unos cuantos, pero había muchos que no reconocía. Todos ellos estaban vestidos con sus mejores galas de noche, algunos incluso llevaban símbolo de alto rango militar o sus puestos en gobiernos extranjeros.

Estaba claro que la obligación de anonimato de Lowndes solo era una fachada. Por lo visto, las exhibiciones de estatus eran más importantes que la discreción para algunos de ellos. No le tenía que sorprender que ellos, sencillamente no podían concebir ocultar las pruebas de su superioridad. Sin duda creían que su estatus era exactamente lo que les mantenía a salvo de consecuencias indeseadas. Semejante vanidad sería finalmente su perdición.

"Relaciónese, milord", le susurró Lowndes. "Beba el fino champán. Disfrute apostando un poco. Nuestro papel es hacer que nuestros invitados estén cómodos. "Que disfruten de los placeres de la velada y que eso afloje sus billeteras".

"¿Y cuándo empieza el evento principal?"

"A su debido momento". Lowndes miró su reloj. "No hay prisa".

La sonrisa ladeada de Alastair era genuina mientras se iba hacia las mesas de juego.

De acuerdo. No hay necesidad de prisa para nada.

#

Después de que Alastair se marchara con Lowndes y se cerró la puerta con llave tras su paso, Lark se quedó inmóvil durante varios momentos largos. Escuchando.

Estaba escuchando por si había algún movimiento de los centinelas al otro lado de la puerta. Pero no alcanzaba a oír nada en este sitio reducido.

Escuchó a las dos mujeres en la habitación con ella. Una gimoteaba suavemente y tiraba ocasionalmente de las cuerdas que ataban sus manos a la espalda. La otra se limitó a respirar de manera entrecortada y rápida, como si no pudiera ir a la velocidad del pánico en su mente. Ninguna de las dos intentó hablar a pesar de que no tenían mordazas. Quizás habían sido amenazadas o era posible que ya hubieran expresado sus preguntas y temores con resultados

infructuosos.

Finalmente, Lark se movió lentamente en el banco, sentándose de manera más erguida mientras empezaba un lento, intenso repaso a la habitación. No había más puerta aparte de por donde habían entrado y no había ventana. El banco donde estaban sentadas parecía estar fijado a la pared, y aparte de eso, la habitación estaba completamente vacía.

Levantando sus muñecas atadas, cuidadosamente giró una mano para agarrar un lazo oculto en el corbatín. Un tirón brusco en el lazo aflojó el nudo lo suficiente como para liberar sus manos. Se retiró la mordaza con agradecimiento. Después de lamerse los labios para calmar la sequedad, mantuvo la voz muy baja en un susurro, a pesar de las aseveraciones de Lowndes de que ningún sonido podía escapar de esta habitación.

“Necesito que las dos os mantengáis muy calmadas y calladas”, dijo con sencillez, acercándose primero a la chica que gimoteaba. Mirando su cara asustada, Lark la instó con suavidad a que se diera la vuelta para permitir acceso a sus muñecas atadas. “Te voy a soltar ahora, pero no debes hacer ni decir *nada* hasta que yo te indique que es seguro poder hacerlo. ¿Me has entendido?”

La chica asintió con la cabeza rápidamente mientras se giraba para alzar las manos.

Las cuerdas que la ataban eran rudas y apretadas. Los nudos no se movían.

Lark se metió los dedos en el corpiño de su vestido prestado. Se había quedado asombrada antes cuando Portia le había mostrado que un corsé más pequeño estaba fijado al interior del corpiño. Y, cosido dentro del revestimiento interior del corsé, justo entre sus pechos resaltados, había una fina rendija justo del tamaño necesario para guardar su cuchillo especial. Retirándolo de donde había estado alojado contra su esternón, Lark activó el mecanismo que permitía que se deslizara hacia fuera la hoja del cuchillo.

Resolvió lo de las cuerdas con rapidez. Después de hacerle otro gesto para que guardara silencio, a lo cual la chica asintió con rapidez, Lark se volvió hacia la cautiva que estaba a su otro lado.

Viendo la hoja del cuchillo en la mano de Lark, los ojos de la chica se agrandaron y empezó a revolverse.

“Chis”, dijo Lark con suavidad. “No voy a hacerte daño. Voy a soltarte. Pero debes relajarte y confiar en mí. "Respira con lentitud y profundad y mantente quieta”.

La joven respondió gradualmente a las palabras calmantes de Lark, y después de parpadear varias veces, su mirada era un poco menos aterrorizada.

“Bien”, murmuró Lark. “Voy a cortar tus ataduras, pero debes mantenerte en este sitio en silencio.” Solo un poquito más. Necesito saber que no hay nadie antes de que salgamos de esta habitación. ¿Entiendes?”

La chica movió la cabeza.

Después de cortar sus cuerdas, Lark se acercó a la puerta y presionó la oreja contra la madera gruesa en un intento de averiguar si los guardianes seguían ahí. Todo lo que se pudo oír era silencio. Había esperado poder escuchar algo que le hiciera saber que Hale pudiera estar cerca, pero la insonorización de la habitación impedía esa posibilidad. Respirando con lentitud y calma, pensó en cuánto tiempo había pasado desde que llegasen.

Una de las chicas se movió detrás de ella y emitió un suave sonido de malestar.

Regresando al banco, Lark preguntó, “¿Estáis heridas?”. ¿Podéis caminar solas?”

Las dos movieron la cabeza, asintiendo.

Lark decidió no esperar más. No le cabía duda de que Hale había sido convincente en su charla con los guardianes. Con suerte los hombres justo al otro lado de la puerta eran un par de

viejos amigos suyos.

"Muy bien", dijo en un susurro. "Después de que yo abra la puerta, quedaros atrás hasta que os indique que me sigáis. ¿Estáis listas?"

Las dos movieron la cabeza, asintiendo otra vez y compartieron una mirada tensa. Poniéndose en pie, aguardaron expectantes mientras Lark se giró hacia la puerta. Deslizando los dedos bajo el lazo negro de terciopelo de su vestido, sacó su bolsito de herramientas de otro bolsillo hábilmente oculto.

Mandó un susurro silencioso de gratitud a Portia por su previsión y su asombroso vestido.

Lo más silencioso posible, por si acaso los vigilantes afuera no eran reclutas nuevos de Hale, manipuló el cerrojo hasta que los engranajes interiores cayeron en sus sitios. Después de escuchar el leve chasquido de la puerta, contuvo el aliento, esperando una reacción desde el otro lado de la puerta.

No hubo ningún ruido.

Quizás los guardianes ya habían abandonado su puesto.

Enderezándose, devolvió las herramientas a su lugar en el vestido y retomó el cuchillo. Miró a las otras dos mujeres con ánimo y luego lentamente giró el pomo de la puerta. El pestillo se soltó sin hacer ruido y Lark abrió la puerta con cautela una rendija.

La habitación más allá estaba tenuemente iluminada, pero ella no vio a nadie merodeando por ahí. Aunque su corazón atronaba pesadamente contra sus costillas, respiró con sosiego y mantuvo la compostura serena mientras abría la puerta lo suficiente para que las tres pudieran salir de allí.

Y, de repente, chocó contra el guardián corpulento. Bloqueaba toda la visión de la habitación detrás de él mientras la miraba con una expresión prohibitiva.

Maldita sea.

Mientras agarraba con más fuerza su cuchillo y se tensaba para golpear, el hombre fue apartado a un lado de repente mientras la silueta conocida de Hale ocupó su lugar. Hale miró al hombre con una expresión tan amenazadora que Lark hubiera visto nunca.

"Desaparece", gruñó con un breve movimiento de cabeza.

Sin decir palabra, el guardián se dio la vuelta y se marchó.

Hale miró a Lark y le sonrió. "¿Preparada, palomita?"

Lark hizo un gesto con la mano para que las otras avanzasen. "Venid".

Agradecidas, se acercaron sin titubear, seguramente dispuestas a correr riesgos en lo desconocido en lugar de aguardar el destino que sus captores tenían para ellas.

Una vez de vuelta al pequeño despacho donde Lark había sido examinada por Lowndes, Hale se detuvo. Lark ya podía escuchar los tenues sonidos que había detectado cuando llegó. La música y un murmullo de voces parecían más altos.

"Detrás de esta puerta está la parte más arriesgada." Vamos a tener que no hacer ruido y movernos con rapidez mientras avanzamos por el pasillo. ¿Entendido?"

Las dos criadas seguían con caras de estar aterradas, pero asintieron con la cabeza.

Cuando Hale miró a Lark, ella sacudió la cabeza brevemente. "Yo me quedo".

"Y un pimiento", negó él con un gruñido bajo.

"Necesito registrar esta habitación primero", susurró ella. "Puede que no haya otra oportunidad".

"Turner ya ha registrado este lugar. "Tu trabajo ha terminado".

"Y, *tu* trabajo es poner a estas mujeres a salvo", le instó ella. "Una vez que haya registrado el escritorio, te alcanzaré. Ahora, *vete*", le dijo ella, prácticamente empujándole hacia

la puerta.

"Maldita sea", murmuró con voz áspera. "Dios me libre de hembras voluntariosas". Volviéndose hacia las criadas que habían estado viendo la discusión con temerosa preocupación, murmuró con evidente irritación, "venid, entonces".

Lark agregó con seguridad. "Él os llevará a salvo".

Hale echó un vistazo por el pasillo primero, luego se giró para mirar a Lark con el ceño fruncido una última vez antes de hacerle un gesto a las criadas para que le siguieran por la puerta. En cuanto se cerró la puerta, Lark se abalanzó al escritorio.

De la manera menos ruidosa y con la máxima velocidad, registró los cajones, buscando fondos falsos y compartimentos ocultos. Cuando encontró un cuaderno encuadernado en tela en un cajón, sintió una ráfaga de emoción esperanzadora hasta que lo repasó para ver que no era más que una lista de préstamos de apuestas emitidos por Lowndes a diversos invitados en una lista. En el peor de los casos, solo demostraba que era un club ilegal de apuestas. Ciertamente, nada que le importaría mucho a las autoridades.

Tenía que haber más.

Puede que el edificio fuese comprado por Dryden, pero le había quedado bastante claro antes que Lowndes era la persona encargada de las cosas. Y se tomaba su papel muy en serio. Un hombre como él querría conservar cualquier cosa vital que tuviera que ver con sus actividades ilegales muy a mano.

Su experiencia reciente de pasadizos secretos la hizo comprobar cada rendija y grieta, cada panel de la pared, cualquier cosa que pareciese un poco fuera de lugar. Pero el despacho era pequeño y con un mínimo de cosas. Estaba empezando a sentir que sus instintos podían haberse equivocado cuando se fijó en un lugar en el suelo pulido, con cierto desgaste delante de un mueble para licores. Aunque era posible suponer que al lord le gustaba su coñac, Lark se fijó en la fina capa de polvo en las licoreras y los vasos.

Recorriendo el mueble con los dedos, encontró un lugar en la parte inferior de un estante que se había gastado hasta quedar liso. Cuando se agachó para echar un vistazo, descubrió un pequeño agujero de forma ovalada.

¿Un mecanismo de cierre escondido?

Repasando sus herramientas, encontró una que encajaba, y después de un pequeño esfuerzo, escuchó un chasquido. Al mismo tiempo, el mueble se soltó de la pared con bisagras silenciosas. Con el corazón repiqueteando en ella, Lark giró el mueble para encontrar una escalera oculta detrás. Interesante, pero eso no es lo que estaba buscando. Luchando contra su frustración, se giró para examinar la parte trasera del mueble. Fijándose en una rendija al lado de uno de los paneles traseros, se dio cuenta de que se abría dejando a la vista un pequeño armarito escondido. Dentro, había varias pilas de billetes de libras y una copia exacta del libro de notas de los préstamos de la mesa. Excepto que este libro contenía una contabilidad completamente diferente.

Lark descubrió transacciones detalladas que databan de hace varios años con listas de nombres, fechas, pagos e incluso descripciones físicas de mujeres que habían sido vendidas y a quién, además de los hogares de donde habían provenido.

Su corazón martilleaba. ¡Esto era todo lo que necesitaban!

El cuaderno describía a cada uno de los caballeros involucrados en la operación y cada uno de los *invitados* que habían participado en su negocio ilegal e inmoral. Ella tenía que llevarlo a las autoridades que aguardaban fuera. Era más que suficiente para justificar un asalto al lugar y las detenciones necesarias.

Estaba justo a punto de cerrar el mueble con la intención de huir de prisa detrás de Hale y las dos criadas cuando escuchó una pisada en el pasillo al otro lado de la puerta. Reaccionando sin pensar, entró en la escalera oculta y giró el mueble, dejándolo en su sitio, procurando no cerrar del todo por si acaso no podía volver a abrirlo, justo cuando se abrió la puerta del despacho. Conteniendo el aliento, temerosa de moverse por si la oían, escuchó mientras una zancada larga cruzó la habitación. Quien fuera que fuese estaba yendo directamente hacia el salón que conectaba con la habitación donde ella y las criadas habían estado retenidas.

A estas alturas, habría visto que la puerta estaba sin vigilar. Otro momento más, y sabría que las mujeres habían escapado.

El juramento gritado sonó desde la otra habitación. Luego más pisadas veloces por el despacho y un murmullo de “maldito Warfield”, antes de que las pisadas retrocediesen por el pasillo.

Lark empujó el mueble de inmediato para abrirlo, pero luego titubeó mientras el temor la tenía indecisa. Había reconocido la voz de Lowndes, y la manera en que había murmurado el nombre de Warfield, la aterrorizó. Pero no importaba lo mucho que quería hacerlo, no podía quedarse para asegurarse de que el marqués estaría bien. Tenía que entregar las pruebas a que había descubierto a las manos competentes.

La puerta del despacho se había dejado abierta y Lowndes podría volver en cualquier momento. Obviamente, ella no podría salir por ahí, lo cual significaba que tendría que arriesgarse con la escalera oculta y esperar que llevara a otra salida del edificio.

Pero antes de huir, algo le obligó a realizar un rápido intercambio. Era una cosa pequeña, pero quizás bastase para despistar a Lowndes. Por lo menos podría conseguirle tiempo al marqués hasta que empezara la redada.

Terminando de prisa, entró a la escalera oculta una vez más cerrando el mueble tras u paso con un chasquido final. El único camino ahora era ir hacia delante.

Capítulo Veintiocho

Alastair miró de reojo mientras Chesterfield se fue hacia donde Lowndes estaba en pie fumando y charlando con dos de sus invitados. Apartando a Lowndes, Chesterfield le habló en voz baja antes de que Lowndes mirase su reloj y asintiese con la cabeza. Tensándose, Alastair miró cómo el más joven de los dos salió de la habitación.

Apenas había pasado una hora desde que Alastair había dejado a Lark encerrada en la habitación sin ventanas.

¿Habría escapado bien?

A pesar del deseo interior, instándole a salir corriendo y confirmar él mismo que lo había logrado, todo lo que podía hacer era permanecer tranquilo dedicado al juego de cartas que estaba jugando. Si Lowndes estaba descubriendo ahora mismo que las mujeres ya no estaban, su atención podría recaer en Alastair rápidamente.

Varios minutos más tarde, vio a Lowndes regresar a la habitación. Haciendo todo lo posible por mantener al hombre en su visión periférica, jugó su siguiente carta, sorbió su champán, y rio ante algo que dijo uno de los otros jugadores.

La expresión en la cara de Lowndes no decía mucho, pero había una tensión innegable en sus movimientos que no había estado presente antes. Después de que Lowndes le susurrase algo con intensidad a Chesterfield, el duque se giró para acercarse a los lores Marlowe y Altham que estaban sentados delante del fuego de la chimenea con puros habanos y coñac. Sin embargo, Lowndes se desvió hacia la mesa donde Alastair estaba ganando la ronda actual.

“Discúlpenme, caballeros”, dijo el lord con una sonrisa mientras su mirada dura se posó con intensidad en Alastair. “Me temo que he de hablar con mi amigo unos momentos”.

Alastair alzó una ceja interrogante, pero se puso en pie elegantemente. “Mis disculpas”, les dijo a los otros jugadores, “pero espero regresar pronto para seguir esquilmándoles a todos”.

“No te preocupes, muchacho”, dijo Chesterfield acercándose por detrás. Colocando una mano pesada en el hombro de Alastair, le sonrió con brevedad. “No hay prisa en volver. Ocuparé tu lugar aquí”.

Aunque el tono del hombre mayor era amistoso, no se podía negar la mirada dura en sus ojos.

Sin dejar ver nada más que una curiosidad casual, Alastair siguió a Lowndes fuera de la habitación. Una vez en el pasillo, preguntó con un poco de impaciencia, “¿Qué es todo esto? ¿No es hora de empezar con todo ya? Me prometiste que saldría de aquí con una pequeña fortuna. De momento, solo he conseguido un poco de dinero de bolsillo”.

“Ven conmigo, milord”, respondió Lowndes escuetamente, ignorando sus preguntas mientras dejaba pasar a Alastair al despacho una vez más. “Toma asiento”.

Alastair se sentó en la silla indicada mientras Lowndes rodeó el escritorio y se giró de frente a él.

“¿Por qué estás aquí, Warfield?”

Alastair miró al hombre de manera interrogante. “Sabes exactamente por qué estoy aquí. Aunque estoy empezando a preguntarme si tienes alguna intención de seguir adelante con las cosas. ¿A qué se debe la demora, Lowndes?”

El otro hombre estrechó los ojos en rendijas oscuras. “Las mujeres se han ido”.

Sintió una oleada de alivio, pero se puso en pie rápidamente en una demostración de

conmoción e ira. “¿Qué quieres decir con que se han ido?”, dijo alzando la voz, casi gritando.

Antes de que Lowndes pudiera contestar, Hazelton entró rápidamente en el estudio, seguido de cerca por Marlowe y Altham. “¿Qué es todo esto de las chicas soltadas?” Nunca se han soltado antes. ¿Por qué no fueron aseguradas correctamente?”

“Lo estaban”, replicó Lowndes sin quitarle ojo a Alastair. “Y ahora no lo están”.

“¿Y los malditos guardianes?”

“Los guardianes tampoco están”.

“Maldita sea”, exclamó Marlowe.

“Estoy tan conmocionado como vosotros”, dijo Lowndes con suavidad. “Estaba pensando que Warfield podría explicarnos esta situación”.

Mientras todos miraban a Alastair, él les devolvió la mirada con frialdad. “¿Cómo, diablos iba a saber yo nada de vuestros hombres? Y lo último que supe de mi ama de llaves es que seguía atada y amordazada en una habitación cerrada con llave”. Miró a Lowndes con suspicacia. “¿No habías dicho que eres el único aquí con una llave? ¿Cómo sabemos que tú no las soltaste? ¿O quizás hayas decidido que prefieres quedarte con el beneficio completo que podrían aportar en lugar de compartir con el resto de nosotros?”

Marlowe murmuró algo incoherente en voz baja.

“Ni siquiera intenta negarlo”, constató Alastair con un gruñido.

Dejó ver toda la furia y asco que sentía por estos hombres reflejarse en su cara mientras avanzaba hacia Lowndes. Cuanto más tiempo les mantuviera enfocados en él, más tiempo tendría Turner para acabar de registrar las dependencias. Bajó el mentón para decir en tono amenazador. “No dejaré que me tomes por tonto, Lowndes”.

Se abalanzó hacia él, pero fue agarrado deprisa desde detrás. Girando la cabeza, vio que Altham y Hazelton le habían agarrado para impedir que atacase a Lowndes.

“Cálmate, Warfield”, ordenó Altham con voz ruda mientras retorcía el brazo de Alastair desde detrás. “Lowndes nunca nos ha traicionado y no hay motivos por los cuales lo hiciera ahora”.

Aunque Alastair podría haberse zafado de los dos en unos pocos movimientos rápidos, se contuvo. En lugar de eso, forcejeó lo suficiente como para necesitar la atención plena de todos los hombres en la habitación, sin revelar sus verdaderas habilidades.

“Maldita sea”, gruñó Hazelton mientras lograban empujar a Alastair para que se sentara en la silla.

Continuando su pelea y forcejeo mientras fulminaba a Lowndes con la mirada y gritaba acusaciones a los cuatro, finalmente fue atado a la silla con un poco de cuerda que Lowndes agarró de la habitación donde habían estado guardadas las mujeres. Los hombres más mayores respiraban con pesadez a causa del esfuerzo físico de reducir a Alastair, y aunque no había levantado ni un dedo en el forcejeo, Marlowe se secó la frente sudorosa con su pañuelo.

Mientras recuperaban el aliento, Chesterfield entró con una cara sombría. Cerrando la puerta tras su paso, les recriminó entre dientes, “No alborotéis aquí dentro. Buckley está desesperadamente intentando mantener a nuestros invitados entretenidos, pero muchos de ellos están empezando a preguntarse qué está pasando”.

Lowndes fulminó a Alastair con la mirada. “Si descubrimos que tú estás detrás de todo esto, Warfield, tu vida no valdrá las bota que llevas puestas”.

“Vete al infierno”, replicó.

Lowndes le ignoró para mirar a Chesterfield. “Su Excelencia, por qué no regresa con Marlowe al salón. Decid lo que sea para mantener a todo el mundo tranquilo y contentos. No

queremos que sospechen que hay un problema y marcharse todavía. Altham y Hazelton, registrad este edificio de arriba abajo. Puede ser que se encuentren todavía a las mujeres. Tú", dijo con brusquedad, mirando de nuevo a Alastair mientras los demás se iban, "te quedarás aquí conmigo hasta que entendamos mejor qué diablos está pasando".

"Maravilloso". Dijo Alastair con una mueca de desdén mirando a los otros salir para hacer lo que les habían mandado. "¿Y qué vamos a hacer si no se encuentran a las mujeres? Incluso ahora mismo podrían estar corriendo por las calles gritando para que vengan las autoridades".

"¿Y qué?", preguntó Lowndes con desprecio. "Somos lores de alta sociedad. ¿Quién iba a creer a unas criadas histéricas en lugar de nosotros?"

"Estás muy seguro de todo considerando que la noche está básicamente hecha un desperdicio", observó Alastair.

"¿Esperas que sienta pánico como esos tontos?", dijo con tono burlón. "Debes haberte dado cuenta a estas alturas que toda esta operación ha sido idea mía. Esos lores consentidos solo han pensado en su propio placer. No tienen deseos de nada más. Sin visión de cosas mejores. Ninguno de ellos ha querido invertir tiempo o energías en hacer que esto sea un negocio exitoso. Sencillamente, quieren cosechar la recompensa. Dryden puede que sea el dueño de este edificio, pero me *pertenece* a mí". Sacudió la cabeza de manera casi triste. "Shelbourne era el único que lo entendía. Pero se volvió descuidado y se quedó sin escapatoria. Te aseguro que nunca soy descuidado y siempre tengo una escapatoria".

La mirada de suficiencia en la cara del lord casi le revolvía las entrañas de Alastair. Con una dificultad casi increíble, resistió el deseo de cerrar los puños. "Les traicionarías sin dudarlo, ¿verdad?"

Lowndes se encogió de hombros. "Prefiero considerarlo como autoconservación. Además, si verdaderamente no has tenido nada que ver con esas mujeres escapándose, entonces uno de *ellos* ya me ha traicionado a *mí*. Eso es sencillamente imperdonable".

Alastair se obligó a mirar al lord con un poco de admiración. "Eres mucho más retorcido de lo que yo había pensado, Lowndes".

El otro lord sonrió. "Y, sin embargo, aquí estás, enterándote de todos mis secretos. Sabía que eras un tipo listo, Warfield. Casi espero que este desastre no sea culpa tuya. Porque si lo es," hizo una pausa deslizando la mano dentro de su abrigo, sacando una pequeña pistola, que dejó al alcance de su mano encima del escritorio, "Me temo que esto será el final de nuestra amistad".

Alastair respiró hondo, sutilmente probando las cuerdas que le ataban las manos a la silla. Seguramente iban a aguantar. La silla estaba hecha de roble resistente y no iba a romperse con facilidad. Quizás debió luchar con más fuerza para no ser constreñido.

De repente, el sonido de un silbato se escuchó en el edificio, seguido por el eco lejano de pisadas y gritos de voces.

Lowndes se puso rígido y una leve mirada de pánico apareció en sus rasgos mientras se iba corriendo hacia la puerta. Después de un vistazo muy breve al pasillo, la cerró de nuevo. Fulminando a Alastair con la mirada, le preguntó, "¿Qué diablos has hecho?"

Sabiendo exactamente lo que quería decir ese silbido, Alastair se tensó contra las cuerdas que le ataban a la silla mientras miraba la cara del otro lord con una mirada sombría de confusión. "¿De qué hablas? ¿Y qué demonios es ese ruido?"

Lowndes le miró con cierta curiosidad. Luego suspiró. "Parece ser que nuestra amistad estaba destinada a un final trágico. Así sea".

Lowndes se volvió hacia el mueble de licores detrás del escritorio. Al cabo de un

momento, el mueble se giró como una puerta. Estirando una mano dentro, Lowndes sacó un librito pequeño parecido al que había metido en el cajón de su escritorio cuando Alastair había llegado.

Sin titubear, lanzó el libro a una papelera detrás del escritorio. Luego agarró un pequeño quinqué de gas de encima del escritorio y lo lanzó a la papelera también. El sonido de cristal rompiéndose fue acompañado por una repentina llamarada de fuego en la papelera.

El estómago de Alastair se revolvió mientras se daba cuenta de que Lowndes seguramente había destruido unas pruebas vitales. Sin embargo, Turner tenía que haber encontrado otra cosa para activar el asalto. Si no tenían suficientes pruebas para incriminarles a todos, tenía que esperar que por lo menos Lowndes y los otros miembros de la hermandad se enfrentarían a las consecuencias de sus actos.

"Te dije que siempre tengo una escapatoria", constató Lowndes con una sonrisa. "Desgraciadamente, tengo un cabo suelto que tengo que atar".

Se acercó al escritorio y alcanzó la pistola que había dejado allí cuando se había acercado al mueble de los licores.

Alastair nunca había desarrollado una aversión por la idea de su propia muerte y había aceptado la inevitabilidad de ello hacía mucho tiempo. Pero en ese momento, mientras se fijaba en las intenciones asesinas en los ojos del otro hombre, todo su ser se llenó con un deseo feroz y repentino de seguir vivo. Por una sola razón.

Lark.

Quería más tiempo con ella. Quería escucharla reír. Quería de alguna manera ser parte de algo que inspirase verdadera felicidad en su vida. Y amor. Quería la oportunidad de *amarla*.

Con un sonido rudo, forcejeó contra las cuerdas que le ataban a la silla y se vio recompensado por una leve cesión, pero no era suficiente. "No he tenido nada que ver con esto", afirmó, esperando hacer que el otro hombre se demorase el tiempo justo para que él pudiera zafarse.

Lowndes sacudió la cabeza mientras tomaba el arma en la palma de la mano. "Me temo que eso ya no importa. Te has convertido en un inconveniente, milord".

Alastair le fulminó con la mirada, pero sin dejar de forcejear para soltarse. Rechinó los dientes mientras sus muñecas se pusieron en carne viva debido a las cuerdas, y su garganta se cerraba con la pena más oscura y pesada que había sentido nunca.

Lowndes se limitó a sonreír mientras levantaba la pistola y apuntaba.

Sin aviso, el mueble de licor falso se descolgó hacia delante de repente, chocando contra Lowndes. Trastabilló hacia un lado con un juramento, volcando la papelera y lanzando el contenido chamuscado encima de la alfombra.

Con decisión y velocidad, Lark emergió de las sombras tras el mueble para agarrar un decantador de cristal tallado que había caído, levantándolo por encima de su cabeza. Antes de que Lowndes pudiera recobrar el equilibrio y volverse hacia ella, Lark chocó la botella contra la base de su cráneo. La pistola cayó de su mano y él se derrumbó en el suelo.

Acto seguido, Lark se fue corriendo arrodillándose al lado de Alastair.

Conmocionado. Aliviado. Aterrorizado. Alastair masculló furioso. "¿Qué diablos estás haciendo?"

"No saliste cuando empezó el asalto", contestó ella sin alzar la mirada mientras cortaba las cuerdas que le ataban con el pequeño cuchillo que él reconoció de cuando ella le había vendado la herida. "Sospeché que te habían retenido de alguna manera".

"Esa no es razón por ponerte en peligro", gritó él con frustración.

Las cuerdas que le habían retenido un brazo cayeron a un lado, y ella se desplazó hacia las ataduras del otro lado mientras le miraba con calma. “Es toda la razón”, dijo ella con firmeza. “Habrías venido a por mí”.

Temor y una dolorosa incredulidad le recorrían. Llevó su mano libre a la cara de ella. El deseo de besarla, llevársela al regazo para poder expresar el indecible surgir de emoción dentro de su ser, era sobrecogedor. Este no era el momento o lugar para decir lo que tenía que decir. Y en ese momento no pudo decir nada, ya que un movimiento repentino detrás de ella le hizo dejar de respirar.

Alastair empujó a Lark al suelo y se puso en pie en un solo movimiento, colocando su cuerpo entre ella y Lowndes mientras agarraba su silla y la giró, chocándola contra Lowndes.

Lark había cortado suficientes cuerdas para que el impacto le soltase de las ligaduras restantes. Mientras Lowndes daba traspiés hacia atrás, Alastair lanzó la silla a un lado, enfrentándose al hombre sin impedimentos, flexionando los dedos para restaurar la circulación. Le quemaban los ojos del humo que llenaba la habitación, y podía ver pequeñas llamas encendiéndose de los restos del libro quemado que estaban distribuidos por la habitación, pero mantuvo la vista puesta en el hombre, cuyos ojos oscuros amenazaban con matarle.

Sintió un destello de anticipación mientras se preparaba para una pelea.

“Te vas a arrepentir de eso”, dijo Lowndes. Pero antes de que pudiera iniciar el ataque, un destello rojo le llamó la atención mientras Lark volaba más allá de ellos.

Los dos hombres se dieron cuenta de su intención al mismo tiempo, pero Lowndes estaba más cerca.

El corazón de Alastair se aceleró mientras Lark y Lowndes se tiraban hacia la pistola que descansaba bajo el escritorio. Perdió de vista la pistola un momento antes de que Lowndes gruñera, seguido por un rugido de frustración mientras Lark rodaba de repente a un costado. Ella tenía la pistola, pero antes de que pudiera escapar de él, Lowndes agarró sus faldas.

Mientras Alastair se abalanzaba sobre Lowndes, la seda roja suave se rasgó del vestido de Lark dejando ver un par de calzones negros ceñidos mientras ella se escabullía al otro lado del escritorio, el arma en la mano.

Poniendo al hombre en pie, Alastair enganchó el brazo bajo la barbilla del lord, ladeando su cabeza hacia atrás para permitir un veloz golpe del canto de la mano de Alastair en su garganta. El trauma repentino hizo que Lowndes cayera al suelo sin emitir un ruido.

Respirando, Alastair levantó la mirada para ver a Lark bajando la pistola. Sus miradas se cruzaron y se sostuvieron.

Todo había terminado.

Él había esperado sentir algún tipo de triunfo. O alivio. Pero todo lo que sentía era un cansancio que le llegaba al alma.

Ella dio un paso hacia él. Su mirada estaba algo preocupada. “¿Alastair?”

Con un sonido rudo, abrió los brazos y ella se abalanzó hacia él. La mantuvo abrazada un momento. Solo respirando su esencia. Disfrutando del latir de su corazón contra su pecho. Cuando finalmente aflojó su agarre para tomar la cara de ella entre las manos, la chocante visión de sangre por su cuello y hombro desnudo, le hizo contener el aliento.

“Estás herida”. Sus palabras eran tensas y roncas de temor mientras agarraba con fuerza los hombros de ella, su mirada, escudriñándola para buscar la fuente de la sangre. Le llevó un momento darse cuenta de que ella sacudía la cabeza.

“Estoy bien”.

“No, no lo estás”, discutió él de manera feroz, todavía intentando buscar la fuente de la

herida.

“La sangre es tuya”.

En cuanto ella dijo las palabras, él se fijó en una mancha roja empapando su manga. El cuchillo de ella le había debido alcanzar cuando la empujó al suelo para protegerla de Lowndes. La visión y el olor a sangre de repente hizo que sintiera sus tripas revolverse y apretó los dientes contra el surgir de luz tras sus párpados.

En alguna parte del remolino de náuseas en su mente, constató lo raro que era que esa reacción no se había activado cuando él pensó que la sangre era de ella.

Entonces sintió las manos de ella en torno a su rostro y se obligó a mirarla. Con su mirada profunda, fuerte y serena. “Alastair, tenemos que irnos”.

Sintió alarma en el tono de su voz, y miró a su alrededor para ver que las llamas de la papelera habían crecido y se habían propagado de la alfombra a las cortinas que tapaban la ventana. La habitación ardería en cuestión de momentos.

Su mareo debilitante se disipó de inmediato por la preocupación mayor. Levantando a Lowndes del suelo, se echó al hombre inconsciente por encima del hombro y luego se fue deprisa tras Lark mientras ella les guio fuera del edificio.

Capítulo Veintinueve

Después de entregar a Lowndes a los hombres del magistrado, se enteraron de que todos los *caballeros* presentes habían sido detenidos para ser interrogados. El magistrado también había dado instrucciones de que el marqués fuese acompañado directamente a su despacho para poder declarar sobre todo lo que había acaecido.

Antes de que Lark pudiera saber siquiera lo que pasaba o tener una oportunidad para indicar que prefería seguir con él, Alastair había gestionado que la llevasen los Turner de vuelta a la casa Warfield.

Dándose cuenta de la renuencia de ella en irse, Dell explicó que semejantes cosas podrían tardar a veces varias horas en concluir, y con tantas personas involucradas, era probable que el marqués no iba a terminar pronto. Sugirió que ella estaría mejor regresando a casa para descansar un poco por si la requerían más tarde. Aunque ella hubiera preferido seguir con el marqués, una vez que ella aportó su propia declaración acerca de los eventos de la noche, no había más razones por las que ella se quedara.

Portia Turner estaba encantada de enterarse de la eficacia de su vestido especialmente diseñado e insistió en que Lark conservara los calzones, indicando que eran bastante útiles para una serie de actividades. Lark aceptó, aunque le costaba trabajo imaginarse cómo los podría usar cómo ama de llaves.

No tardaría mucho en amanecer para cuando pudo entrar por la puerta de servicio sin hacer ruido. Llegó a salvo a sus habitaciones sin cruzarse con nadie. En tan solo unas horas ella tendría que empezar su jornada, y aunque no tenía verdaderas expectativas de dormir mucho, se puso su camisón después de lavarse los restos de la prueba de esa noche. Luego se acomodó en uno de sus sillones ante el fuego y esperó escuchar el regreso del marqués.

Consideró esperarle en su dormitorio, pero decidió no hacer eso.

La meta a la que había estado trabajando con tanta intensidad se había alcanzado. Y, aunque no cabía duda de que sintiera una satisfacción significativa de ver que la hermandad había sido ajusticiada, hubo una sombra de descontento en sus ojos que le había preocupado a ella.

Más que nada, ella esperó que él finalmente hubiera conseguido el derecho a su propia felicidad.

Y, ella quería desesperadamente ser parte de eso. Demostrarle que merecía más de lo que su doloroso pasado le había dado. Que ya no había necesidad de más dudas o temores o resistencia entre ellos. Que ella nunca se arrepentiría del tiempo que habían compartido, y si él la aceptase, ella permanecería con él y le amaría de todas las maneras que ella supiera.

Ella le *amaría*.

Ella le amaba.

Darse cuenta de eso era una novedad descarnada, sobrecogedora. Aparte de Harriet, ella nunca había amado a nadie. Durante un tiempo, ella se había preguntado si era verdaderamente capaz de sentir esa emoción. Pero sabía con innegable certeza que la sensación que le apretaba por dentro en el pecho mientras pensaba en Alastair, era amor. Amor y el deseo implacable de que él creyese, muy dentro y verdaderamente, lo merecedor que era de ese sentimiento. Lo merecedor que era de la admiración, confianza y ternura que ella sentía por él.

Igual de repentina que era darse cuenta de sus verdaderos sentimientos, en el siguiente

momento, el peso de la realidad se lo llevó todo.

Aunque no quería más que expresar cada gota de lo que estaba sintiendo, sabía de manera repentina, desnuda y dolorosamente que nada de ello podía ser.

Él era un lord con título, mientras que ella era su ama de llaves y una ex ladrona. Una relación amorosa de cualquier tipo entre ellos sería algo problemática y breve. Él se había resistido a sus atracciones y la había apartado tantas veces ya. Y, aunque había dado a entender que quería más de ella después de la asombrosa noche que habían compartido en su dormitorio, su tiempo juntos estaba condenado a terminar de manera dolorosa. Su posición en esta casa le recordaría constantemente los pecados de su padre y le haría dudar de su propio honor.

Ella no podía permitir eso.

Y, algún día tendría que casarse y tener hijos.

La presión en torno a su corazón se multiplicó por cien al pensar eso. No podía estar para eso. Solo el dolor de imaginarle con una hermosa mujer a su lado era casi demasiado para poder ser soportado. No podría soportarlo.

Con una sensación pesada y hueca en el centro de su ser, reconoció que solo le quedaba una elección. Cuando había acudido a él en su habitación, él le había rogado que no le atormentase. Su necesidad de él había sido demasiado grande para hacerle caso. Pero ahora podría hacerlo. Tenía que hacerlo.

Levantándose del sillón, se tragó su pena desgarradora. Estaba haciendo lo que hacía falta. Igual que hacía siempre. Por su bien. E indiscutiblemente por el de ella. Cuanto más tiempo permaneciese con él y se permitiera sentir todo lo que él le inspiraba, más difícil y doloroso sería cuando llegase el final.

Era mejor así.

Se repetía el pensamiento una y otra vez mientras se cambiaba de ropa de prisa y recogía sus pocas pertenencias. No le llevó mucho tiempo, y el sol estaba empezando a iluminar el cielo cuando ella dejó una nota para Gideon y salió de la casa sin ser vista.

#

Después de varias horas en el despacho del magistrado, Alastair regresó a casa con un solo deseo en mente. Casi había llegado al pasillo que iba a la habitación de Lark cuando Gideon le detuvo carraspeando con fuerza.

“Un momento, milord”.

Sin intentar siquiera disimular su frustración, Alastair se volvió hacia su mayordomo. “¿Qué sucede?”

“Me disculpo por molestarle con una mala noticia nada más llegar de vuelta de su… ah, velada”, constató el criado anciano con una mirada de curiosidad en el aspecto innegablemente desaliñado de Alastair.

“Hable, Gideon”, le animó Alastair mientras el mayordomo miraba con cierto detenimiento la mancha de sangre que Alastair había estado intensamente ignorando durante las últimas horas.

“Sí, ah, parece ser que la Sra. Evans nos ha dejado esta mañana temprano”.

Alastair se puso rígido de repente mientras una sensación helada se apoderó de él de la cabeza a los pies.

“Se ha ido”, repitió él, formando las palabras con dificultad debido a su mandíbula tensada.

“Sí”, dijo el mayordomo de nuevo con una mirada de preocupación en su cara avejentada. “Su nota alude a una emergencia familiar de algún tipo. Decía que lo sentía sinceramente, pero

indicó que no iba a volver".

"Y un carajo", murmuró Alastair en voz baja. Aunque le recorrían la sangre emociones feroces y temibles, se sentía tentado de salir corriendo por la puerta y buscar a la mujer él mismo. En vez de hacerlo, se dio la media vuelta para subir los escalones de dos en dos, secamente dándole órdenes a Gideon mientras subía. "Haga que me suban un baño de inmediato y que ensillen un caballo".

"Sí, milord", dijo Gideon. "¿Publico un anuncio para el puesto de ama de llaves?"

"Me importa un rábano".

Quince minutos más tarde, Alastair aporreaba la puerta de la dirección que le había dado Turner la noche de la fiesta de Lowndes. La puerta fue abierta por un hombre de baja estatura de edad madura que le fulminaba con la mirada llena de irritación.

"Estoy buscando al Sr. Turner".

"No hay nadie aquí con ese nombre", replicó el hombre mientras empezaba a cerrar la puerta.

Alastair colocó una mano pesada contra la puerta parando al hombre. "Me dio esta dirección él mismo. Le vi hace unas horas y tengo que hablar con él de inmediato".

La mirada aguileña del hombre cambió a una de leve curiosidad. "¿Es usted Warfield entonces?"

"Lo soy".

"Turner no está", dijo el hombre mientras intentaba de nuevo empujar la puerta para cerrarla.

Seriamente perdiendo la paciencia, Alastair se negó a ceder. "¿Dónde le puedo encontrar?"

"No puede". Alastair sintió una tentación de agarrar al mayordomo malencarado de la garganta por su testaruda negativa a dar más datos, pero entonces el hombre más bajo ladeó la cabeza para ofrecer de manera renuente, "pero puedo hacerle llegar un mensaje".

Susurrando un juramento, pero dándose cuenta de que no le quedaba otra opción, Alastair fulminó al hombre con la mirada mientras habló. "Necesito que encuentre a alguien".

"¿Y si ella no desea ser encontrada?"

Alastair miró por encima de la cabeza del hombre para ver a Portia Turner parada en el vestíbulo. La pregunta de ella sobrevoló el ambiente antes de que el hombre bajito murmurase un taco sobre mujeres entrometidas. Luego se volvió y dejó a Alastair de pie en el umbral de la puerta.

"¿Sabes dónde está?"

Portia se encogió de hombros. "Si fuese tú, me preocuparía más la razón por la que se fue".

Ahogándose una réplica ruda, Alastair le contestó: "Fíate de mí, tengo la intención de preguntarle esa pregunta exacta una vez que tu marido pueda encontrarla".

La mujer sonrió y barrió el aire con la mano elegantemente. "Bueno, me temo que mi marido está ocupado con un asunto al otro lado de la ciudad".

"Me espero".

Aunque los ojos de la mujer se ensancharon brevemente, no parecía estar particularmente molesta por su insistencia. "El salón está por allí, pero no puedo prometerte cuánto tiempo tardará en venir".

Alastair asintió con la cabeza y luego se giró, disponiéndose a esperar el regreso de Turner.

Nunca había sido un hombre muy paciente, pero las dos horas que pasó dando zancadas por la habitación y mirando por la ventana de esa maldita habitación eran como toda una vida entera. Cada minuto que pasaba permitía que Lark se alejara mucho más. Pero no le quedaba otra opción. Se habría ido a buscarla él mismo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

Tenía que haberle preguntado más cosas sobre su pasado. Tenía que haber aprendido todo lo que pudiera sobre ella. Todavía quería hacerlo. Igual que quería compartir con ella las experiencias memorables de sus viajes. Incluso se imaginó llevarla a algunos de los lugares que había visitado. Pero él había creído que tendrían tiempo de sobra para semejantes cosas.

Durante un instante, consideró la sugerencia de Portia de que Lark no quería ser encontrada.

Si eso fuese cierto, él tendría que aceptarlo, no importa cuánto le doliera. Pero Alastair necesitaba escuchar eso de su boca, que ella no quería tener nada que ver con él. Necesitaba ver la verdad de eso en su mirada. Hasta entonces, sencillamente no iba a abandonar la única cosa buena y verdadera que había conocido en toda su vida.

Finalmente, escuchó ruido en el vestíbulo y se fue corriendo hacia la puerta, con la intención de interceptar a Turner antes de que lograse quitarse el abrigo. Pero fue la Sra. Turner en vez de su marido quien cruzaba el vestíbulo. Y parecía ser que ella se marchaba.

"¿Ha vuelto a casa Turner?"

Portia hizo una pausa con una sonrisa. "Oh, no tengo ni idea, pero allí es donde voy así que espero enterarme una vez que llegue".

Alastair frunció la frente confuso. "¿Estás diciendo que esta no es tu casa?"

"Desde luego", contestó ella mientras el mayordomo malencarado le abría la puerta de la casa. Ella le sonrió anchamente al hombre. "Gracias, Morley. Asegúrate de que Lord Warfield tenga su mejor comportamiento para nuestra invitada".

"Sí", contestó el hombre, fulminando con la mirada a Alastair.

Pero estaba demasiado abstraído por el comentario de Portia como para preocuparse por la animadversión del mayordomo. "¿Tu invitada?"

¿Estaba diciendo que Lark estaba en la casa todo ese tiempo?

"Morley te acompañará, milord", contestó la mujer antes de fulminarle con una mirada fiera. "Pero espero que entiendas que la dama puede quedarse aquí todo el tiempo que deseé *ella*."

Portia esperó su gesto de asentimiento escueto, que era todo lo que podía lograr hacer con su corazón actualmente, bloqueándole la garganta, antes de que ella se diera la media vuelta saliendo por la puerta.

"Sígame", murmuró el hombre llamado Morley. Luego guio a Alastair escaleras arriba y por un pasillo a un pequeño saloncito.

Lark estaba allí esperando.

Vestida con el vestido de color azul marino que había llevado el primer día en que llegó a la casa Warfield, con el cabello recogido en un moño ordenado en la nuca, estaba en pie de espaldas a la chimenea con los dedos en torno a la cintura. Su mirada era fija, directa y totalmente indescifrable, igual que había estado en su primera reunión. Tan resuelta y decidida.

Él recordó cómo ella había exhibido toda clase de deferencia esperada hasta que eligió desafiarle con la sugerencia de que él la necesitaba.

Y qué razón había tenido.

Capítulo Treinta

Lark se empapó de verle, dejando que su presencia le inundara el corazón y el alma. Cerró la puerta al pasar, pero no avanzó en la habitación. Y no habló. A pesar de todos los susurros de advertencia en el fondo de su mente, cada decisión silenciosa que le instaba a mantenerse firme en su decisión, no podía evitar reaccionar ante el calor intenso y la posesión que se leía en su mirada fija en ella. Todo en él le decía a ella lo mucho que la deseaba. La necesitaba. Y su cuerpo respondió con una aceptación dispuesta. Derritiéndose de deseo por él.

Deseo y amor, y una clase de anhelo que eran como una fuerza magnética innegable.

Se retorció los dedos más apretadamente y bloqueó las rodillas. Esto era lo mejor para los dos. No importaba cuánto le deseara ahora, el dolor de tener que dejarle después de que su amor se hubiera convertido en algo más grande que ella misma, sería imposible de soportar.

Ella se había ido de la casa Warfield con muy poca idea acerca de a dónde iría. Pero entonces recordó que Portia le había dicho dónde podría encontrarla si tuviera necesidad alguna vez. Cuando llegó, Lark descubrió que aunque la casa era propiedad de los Turner, no era su domicilio personal.

Morley le había dejado esperar mientras se mandaba un mensaje, y Portia llegó poco después. Le había asegurado a Lark de que podía quedarse en la casa durante el tiempo que le hiciera falta. Estaba claro que la otra mujer quería preguntarle a Lark las razones por dejar la casa del marqués, pero se había refrenado de indagar.

Lark se había sentido agradecida. Sus emociones habían estado demasiado a flor de piel como para que cualquier explicación tuviera sentido, y cuando Portia le había animado a que descansara un poco, ella se había metido bajo las sábanas en el dormitorio que le habían dado y durmió varias horas solo para ser notificada cuando despertó, de que el marqués había estado esperando en la planta baja un rato considerable ya.

Ahora hacía esfuerzos por devolverle su mirada intensa. Esperando que él no pudiera leer todo lo que ella sentía. Una loca ráfaga de emociones que se retorcían como cintas al viento. Temor, necesidad, pena, duda y esperanza.

Era como que llevaban una eternidad allí, parados mirándose, aunque lo más probable era que fuesen solo unos momentos, cuando él dio un paso hacia delante. Luego otro.

Lark contuvo el aliento, preguntándose por qué había venido, qué iba a decir.

Su mirada era intensa, pero la expresión en su rostro era igualmente angustiante. No era la gélida falta de interés que ella había llegado a reconocer y comprender como método de defensa. En lugar de eso, había un innegable calor en sus ojos, y la ira tiraba de sus rasgos mientras se aproximaba a la posición de ella. Aunque recordaba cómo él le había parecido ser un depredador la primera vez que le conoció, se dio cuenta de que eso no había sido nada en comparación con la ferocidad que exhibía ahora.

Pensar en ir hacia atrás o retroceder, ni siquiera se le ocurrió, y en cuestión de momentos, él había llegado hasta ella. Una mano se deslizó tras su nuca, mientras que su otro brazo le rodeó la cintura para atraerla con rudeza entre sus brazos.

Llamas plateadas destellaban en sus ojos con una promesa que debería haberle dado miedo.

“Creí que te había dicho que no volvieras a escabullirte de mí”.

La emoción descarnada en su voz le llegó directamente al corazón de ella, haciendo que

golpease locamente contra sus costillas. No podía respirar. No podía pensar. Y entonces no tuvo que hacerlo cuando él tomó la boca de ella con otro sonido rudo.

El beso era hambriento, rudo, y levemente punitivo al principio. Pero cuando Lark deslizó los brazos en torno a su cuello, él emitió un gemido y aflojó la presión de sus labios. El beso entonces se convirtió en algo completamente distinto. Una seducción apasionada. Un juramento erótico de lujuria y veneración. Una fuerza consumadora de amor y anhelo.

Y Lark se rindió a ello.

Todo. Su anhelo y su temor. El saber que si ella fuese a dejarle finalmente con su corazón desgarrado, al menos le quedarían recuerdos de este amor ardiente para atesorar en su soledad.

El pensamiento de eso le suscitó un suave sollozo de la garganta y se aferró a él con más ferocidad. Pero él escuchó ese sonido y se retiró, su mirada feroz en su interrogación y su preocupación. Mientras le miraba a los ojos, sus rasgos se oscurecieron más todavía. Luego rozó la mejilla de ella con el pulgar, siguiendo el rastro de humedad allí dejado por ella.

"Una vez más te he hecho llorar", murmuró él con la voz grave.

Lark empezó a sacudir la cabeza, pero él tomó su rostro entre las manos con suavidad, obligándola a ver su mirada penetrante.

"No puedo soportar la idea de hacerte daño. Dime qué he hecho". Su voz bajó. "Dime por qué te has ido de mi lado".

Lark cerró los ojos. Era difícil reconocer la verdad. No porque amarle le hiciera sentirse débil o avergonzada. Pero temiendo que él se sintiese obligado por ella una vez que lo supiese. Él insistiría en hacer lo correcto por ella y cuidarla, y ella no podía soportar estar mantenida en una casa pequeña en alguna parte que él visitara de vez en cuando, mientras, por otro lado, tuviera una familia propiamente dicha. Y ella no podía recriminarle, tener una familia. Después de todo lo que había pasado, se merecía toda clase de felicidad posible. Ella nunca se interpondría en eso, pero no podía quedarse a un lado y ver cómo ocurría todo eso tampoco.

Sí que podía, sin embargo, ser lo suficientemente egoísta como para apoderarse de una oportunidad más de experimentar lo que significaba ser amada por él.

Tomando una de sus manos, se dio la vuelta para guiarle tras la puerta que conectaba con el dormitorio. Las ropas de cama todavía estaban deshechas y un fuego ardía en la chimenea. Él la siguió sin decir palabra, pero cuando ella se detuvo y empezó a darse la vuelta para mirarle, él deslizó un brazo en torno a ella y la estrechó contra su cuerpo. Sus labios descendieron al lado de la garganta de ella, deslizándose suavemente por encima de su piel. Provocadores y tentadores hasta que ella suspiró de placer al sentirle. Con la boca de él jugando con su oreja, estiró una mano para tomar un pecho de ella con suavidad. La cabeza de Lark recayó en su hombro y volteó cabeza para alzar su boca hacia la de él. La mano que le cubría el pecho se deslizó hacia arriba para rodear su garganta y la sostuvo así. Los dedos y el pulgar apoyados bajo la mandíbula de ella, mientras su lengua se hundía malvada en su boca. Apoderándose del gemido descarnado de ella e insuflándole vida.

El beso lo era todo y, sin embargo, no era suficiente.

Ella quería sentir el calor de su piel contra la suya, el latir de su corazón contra sus pechos y la pulsante largura de su deseo entre los muslos. Cuando ella intentó girarse entre sus brazos, la agarró con más fuerza durante un momento antes de aflojar las manos.

Dando un paso apartándose de él mientras se daba la vuelta, Lark desabrochó velozmente la pequeña hilera de botones de su vestido. En cuanto pudo, se liberó de la prenda, empujándola más allá de sus caderas dejándola caer al suelo. Cuando se enderezó, vio que él se había quitado el abrigo y se desabrochaba el chaleco. Los dos se miraban con intensidad mientras se

desnudaban deprisa. En solo unos pocos momentos sin aliento, él se encontraba desnudo mientras ella seguía vistiendo su camisola ligera y su corsé.

Los dedos de ella se quedaron quietos en el acto de aflojar las cuerdas de su corsé mientras la luz del fuego se movía de manera hipnotizante por las cordilleras duras y las líneas seductoras de su cuerpo. Ella le dio un repaso visual lleno de lujuria por cada centímetro de él, esperando memorizar la belleza masculina de su silueta. Las sombras, las líneas y el poder de su físico. Hasta que finalmente permitió que su atención se posara en la parte de él que demostraba de la manera más visible su deseo por ella. Orgulloso, fuerte e innegablemente carnal.

Mientras le miraba fijamente, su miembro pareció pulsar y crecer ante sus ojos. Los labios de ella se separaron y el calor inundó su sexo, haciéndola hincharse y sentir dolor. Ella le miró a la cara y contuvo el aliento. Ni siquiera la sombra de su frente tensa podía ocultar el fuego en su mirada. Su necesidad parecía casi dolorosa.

Y el único pensamiento de Lark era calmarle.

Dando un paso hacia delante, colocó las manos encima de los anchos y curvados músculos de sus hombros antes de deslizar las manos por sus brazos. Cuando las puntas de sus dedos llegaron hasta la venda apresuradamente atada a su antebrazo, el arrepentimiento de no haber estado allí para atenderle, le apretó en la garganta. Mordiéndose el labio, llevó las manos hacia los planos duros de su pecho, donde se detuvo para sentir el latido de su corazón bajo la palma de su mano antes de deslizar las puntas de los dedos por encima de la cicatriz curada en su costado. Luego, finalmente, los músculos de su vientre.

Él se tensó bajo la exploración de ella. Sus manos se cerraron en puños a sus costados, bajó el mentón y sus ojos se estrecharon con ferocidad. Pero ella no había terminado todavía.

Mientras se bajó hasta quedar de rodillas delante de él, le pareció escuchar un rudo juramento escapar de sus labios, pero su atención estaba cautivada por la manera en que los músculos de sus muslos se endurecían bajo sus manos y como se sentía el vello erizado de sus piernas contra las palmas de sus manos mientras deslizaba las manos para tomar las curvas tensas de sus nalgas.

Mientras él se mantuvo quieto y duro como una estatua de mármol, ella se inclinó hacia delante presionando un beso suave en su vientre, al lado del hueso de su cadera. Respirando el aroma de su piel y su deseo, ella deslizó los labios en una caricia suave hacia su ombligo hasta que su mejilla descansó al lado de su erección.

La veloz inhalación y el repentino tensamiento de su abdomen la animó. Levantando la cabeza, se detuvo un momento para admirar la dura y gruesa largura de él antes de sacar la lengua para deslizarla ligeramente por encima de la punta del miembro de él en una caricia tentativa.

El pesado gemido que sonó de su pecho, reverberó en el cuerpo de ella, haciéndola temblar. Y de repente, ella tenía que saborearle más. Con un alocado revuelo en su vientre, pasó la lengua por su largura desde la base hasta la punta. Él gimió pesadamente mientras hundía una mano en el pelo de ella para agarrar el cogote de ella.

Ella se derritió.

Con algo que era medio sollozo y medio gemido, le tomó en la calidez de su boca. Revolviendo la lengua y chupando con suavidad mientras la respiración de él se volvió entrecortada y su cuerpo empezaba a temblar. Sabiendo cómo intentaba mantener el control a pesar de su creciente placer solo la animaba a ella a empujarle más todavía. Ella quería la rendición de él como él había exigido la suya esa noche en su habitación.

Pero a medida que su propio deseo la quemaba por dentro, ella dudó en poder aguantar

mucho más. El cuerpo de ella anhelaba el suyo. La sensación hueca en ella exigía ser llenada. Para aliviar algo de su propio tormento, metió la mano entre sus muslos para acariciar su núcleo dolido. El calor, la humedad y sensibilidad de su carne la sorprendió, y ella gimió en torno a su punta pulsante.

En un instante, él la tuvo tumbada encima de la alfombra y estaba de cuclillas entre sus muslos desplegados. La posesión hambrienta de su mirada le contuvo el aliento, y luego su boca la cubría, deleitándose en ella con abandono.

El cuerpo de ella temblaba del placer explosivo que sentía. Su liberación tomándola antes de que pudiera inspirar completamente. Y, mientras las ondas delicadas y poderosas se expandían en cada rincón de su ser, él se subió por su cuerpo y tomó el rostro de ella entre las manos mientras deslizaba su erección, gruesa y profunda, dentro de ella. Era un apareamiento feroz. Una posesión desesperada. Sus embestidas eran poderosas y exigentes, levantándole las caderas y robándole el aliento mientras su boca la devoraba y las uñas de ella le arañaban la espalda. Cuando su respiración se volvió más corta y sus embestidas más rápidas, levantó la boca de la de ella para mirarle a los ojos.

Lark se quedó mirando esa mirada hermosa y jadeó. Su corazón se llenó y su cuerpo temblaba con otra oleada de placer. Justo cuando su núcleo empezaba a aletear y sus muslos se tensaban con fuerza en torno a sus caderas, él murmuró una verdad que ella había sabido desde el principio.

“Eres mía”, jadeó él.

El clímax erupcionó en todo su cuerpo, bailando como fuego por cada nervio. Se quedó aturdida por el placer explosivo y miró con asombro fascinado mientras él enarcó la espalda para soltar un rugido crudo y animal. Su cuerpo pulsaba profunda y gruesamente dentro de sus caderas, mientras él seguía con embestidas cortas y poco profundas.

Cuando se difuminaron los últimos estremecimientos, cuidadosamente descendió hasta quedar a su lado. Ella no pudo impedir el breve sonido de protesta escapar de su garganta cuando él se retiró de su cuerpo, pero de inmediato la estrechó en el círculo de sus brazos. Los dos permanecieron ahí en silencio con la espalda de ella curvada contra su pecho, mientras el sudor de los dos se enfriaba y sus respiraciones se ralentizaban.

Las palabras bailaban tras sus labios, pero no las podía decir. ¿Cómo podía decirle que le quería y luego intentar convencerle de que la dejara ir? Era mejor no decir nada, a pesar de cómo el peso de sus emociones le hacía sentirse como si su corazón se estaba ahogando.

Después de un rato, él quebró el silencio que les rodeaba. “Si quieres irte, yo no te obligaré a quedarte”.

Aunque sus palabras hicieron que su corazón se estremeciese, era el tono de su voz lo que más le dolió. Había una hueca aceptación en la manera en que habló, como si él nunca hubiera creído realmente que ella querría estar con él. Le desgarró el corazón y se forzó a retener los sollozos que surgían de su pecho. Él no iba a entender por qué lloraba, y ella no podría decírselo sin confesarle todo.

“Pero, si te quedas…” susurró él con la voz pesada, “dedicaría cada segundo de mi vida a tu felicidad”.

Lark respiró hondo para mantener su voluntad y hablar con una convicción que él pudiera creer. “Sé que lo harías. Lo más posible. Pero algún día, tendrías que casarte y entonces yo…”

Las palabras se espesaron en su garganta y no pudo terminar, pero él ya había respondido con un gruñido de frustración mientras se alzaba en un codo y la rodó a ella de manera que quedó boca arriba. Ella no pudo evitar su rostro oscuro e intenso mientras se cernía sobre ella.

“¿Qué dices?” Su tono era duro y seco.

Lark se negó a cerrar los ojos mientras le decía: “No me voy a someter a eso, Alastair. Si me quedo contigo ahora, el dolor de irme será infinitamente más profundo cuando inevitablemente sea necesario”.

Él colocó la palma de la mano al lado de su cara. “Entonces libranos a los dos del dolor y promete que nunca me dejarás”.

Aunque sentía las lágrimas amenazar con surgir, de manera atrevida le miró a los ojos. “¿Me tendrías mirando desde las sombras mientras eliges novia y eres el padre de sus hijos?”

El cuerpo de él se tensó repentinamente y sus ojos brillaron con genio. Pero ahora que ella empezaba a descargar sus miedos, no podía parar. “¿Me tendrías como tu ama de llaves en tu casa? ¿O me buscarías una casita cerca donde solo vendrías a verme cuando tu familia estuviera ausente?”

El rudo gruñido que salió de su garganta la hizo callarse. Con una mirada furiosa endureciendo sus rasgos, él se puso en pie y se apartó.

Lark respiró unas cuantas veces con profundidad, sintiéndose más vulnerable e incierta de lo que había sentido en toda su vida. Levantándose hasta quedar sentada, se dio cuenta de que seguía vistiendo el corsé y la camisola, y dobló las rodillas arrimándolas contra su pecho mientras rodeaba de manera protectora sus piernas con los brazos. Por el rabillo del ojo, le vio recogiendo sus ropas del suelo.

Estaba furioso y se marchaba.

Aunque ella sabía que tenía que pasar, le partía el corazón igualmente. Solo tenía que mantener la compostura un ratito más. Cuando él se fuese, ella dejaría que la desgarradora tristeza se apoderara de ella. Pero todavía no. Respirando profundamente por la nariz, mantuvo la vista puesta en la alfombra delante mientras escuchaba la puerta, abrirse y luego cerrarse tras su paso.

Cuando se puso de cuclillas delante de ella de repente, el corazón de ella se sacudió con sorpresa. Solo se había puesto los calzones, y en su mano había una hoja de papel doblada. Cuando la desplegó, la miró. “Conseguí esto hace tres días. Aunque me he negado a hacer nada hasta que terminara con el legado de mi padre, no tenía ninguna intención de esperar un segundo más de lo preciso”. Le entregó el documento, y a ella solo le llevó un momento ver que era una licencia especial de matrimonio. “Si quieres un noviazgo formal, puedo obligarme a ser paciente. Pero te quiero mucho más de lo que haya podido imaginar, y prefiero no esperar ni un día más antes de tomarte como esposa”.

Ella no se dio cuenta de que había empezado a sacudir la cabeza hasta que él estiró los brazos hacia ella, subiéndola a su regazo mientras echaba su peso en sus talones. Las piernas de ella se abrieron naturalmente en torno a sus caderas, y las manos de él agarraron sus nalgas con fuerza, acercándola lo más cerca de su cuerpo que pudiese.

“No me digas que no”, le rogó rudamente.

Ella le miró a los ojos y apenas podía formar las palabras que tenía que decir. “No puedo casarme contigo. Eres un marqués y yo soy…”

“Todo”, insistió él mientras la estrechaba entre los brazos.

“Soy una criada”, le discutió ella a pesar de la insistente chispa de esperanza que se expandía en su ser. “No es lo que debe ser”.

“Lo será”. Una de sus manos subió por la columna de ella para tomar el cráneo de ella. “Solo dime que me quieres”, exigió él.

Ella entonces se dio cuenta de que él no lo sabía. No sabía lo loca, completa y

desesperadamente enamorada que estaba de él.

Soltando la licencia, tomó la cara de él entre sus manos y le miró intensamente a los ojos. “Te quiero con cada parte de mi ser. Cada aliento. Cada latido de mi corazón. Y con cada esperanza y temor que poseo. Te quiero, Alastair”.

Él la apretó con más fuerza. “Cásate conmigo, hoy, y dedicaré el resto de mi vida a ser digno de tu amor”.

“No tienes que demostrar nada. Vales mucho más de lo que crees”.

Los dedos de él se cerraron en torno a su cabello. “¿Es eso un sí?”

Aunque la conmoción la hacía sentir como si el momento no pudiera ser real, ella logró asentir con la cabeza antes de que él llevara su boca contra la suya para un beso que la hizo sentir pasión en la sangre y la tenía rápidamente queriendo más. Cuando él deslizó los labios en la piel sensible de su cuello, ella se balanceó con deseo contra la dureza de él mientras jadeó una petición. “¿Considerarías aplazar la boda solo unas dos horas?”

La respuesta de él fue un gruñido salvaje que le hizo a ella sentir un hormigueo en la sangre mientras la alzaba entre los brazos y la llevó a la cama.

Epílogo

La primera vez que Alastair escuchó el sonido casi imperceptible que provenía de la puerta oculta detrás de él, lo ignoró. La segunda vez, sonrió, pero no se movió de su sitio inclinado en su escritorio en el estudio. De hecho, leyó con aún más detenimiento el informe de su administrador.

El extraño silencio que vino después le indicó que la intrusa era Juliet. Y luego el callado traspié y risita amortiguada que sonó poco después, revelaba que su hermanita, Hannah, la acompañaba.

Justo cuando llegaron hasta casi alcanzar su silla, Alastair se giró con un rugido bajo que hizo que las dos niñas gritasen dando un respingo. Aunque Hannah se quedó reducida a un ataque de risa, Juliet miró con severidad a su hermana.

“Lo habría logrado si ella no se hubiera dedicado a llorar hasta que le dije que podía venir también”.

“Seguramente sea verdad”, dijo Alastair con una sonrisa, “pero tú eras mucho más ruidosa que ella cuando tenías su edad”.

“Eso es imposible”, discutió Juliet con la clase de arrogancia que tienen los niños de siete años.

Con agradecimiento, Hannah, de cuatro años se quedó totalmente despreocupada por la crítica de su hermana mientras se subía a la rodilla de Alastair. “¡La cocinera ha preparado galletas! Están todas calientes y blanditas del horno. Mamá nos ha dicho que viniéramos a preguntarte si quieres algunas antes de que nos las comamos todas”.

Alastair rio y luego les sonrió de manera canallesca. “Quizás llegue a la cocina antes que vosotras y me las coma todas yo solo”.

Las dos niñas abrieron los ojos con horror antes de salir corriendo.
Permitiéndoles un poco de delantera, se quedó parado y miro el retrato que colgaba encima de la repisa de la chimenea. Y, como sucedía cada vez que lo miraba, el cuadro de Lark de pie vistiendo un vestido de color azul hielo con su cabello dorado suelto en torno a los hombros contra un fondo que era un jardín a media noche, le suscitó una feroz ráfaga de emoción. Era amor, gratitud, asombro y humilde incredulidad de que de alguna manera había acabado con una clase de vida y familia que nunca se había permitido soñar.

Supo que estaba allí antes de que le rodeara la cintura con los brazos y presionándose contra su espalda. No porque hubiera hecho algún ruido, nunca lo hacía, pero porque la sintió. Más profundamente y de manera más intrínseca cada día.

Ella era la luz de la luna en su cielo oscuro.

Tomando la mano de ella de su pecho, la alzó para besarla en la palma. Luego tiró de ella volteándola para que estuviera frente a él para rodearla con sus brazos.

Mirándole con una sonrisa, le advirtió: “Deberías correr a la cocina si quieres una galleta”.

“La Sra. Reynard siempre me guarda un par”.

“Por supuesto que lo hace”, contestó Lark con una risa mientras le rodeaba el cuello y se presionaba cálidamente contra él. “Supongo que eso no debería sorprenderme. No olvides que Mason y Katherine vienen a cenar esta noche con los niños. Y, como Frederick está en la ciudad, también vendrá”.

Alastair asintió. Cenar con sus primos había sido un evento que sucedía casi mensualmente desde hacía años y se había convertido en algo que él anticipaba. De vez en cuando los Turner también venían. “Siempre y cuando no sea una cena muy tarde. Tengo algo especial planeado para nosotros una vez que las niñas se hayan dormido”.

“¿Ah, sí?”, preguntó ella con una mirada ladeada y curiosa.

Mirándola de manera acusatoria con el ceño fruncido, le dijo: “No me digas que se te ha olvidado qué es esta noche”.

Su aniversario. Aunque no se habían acostumbrado a celebrarlo de alguna manera muy elocuente, nunca dejaban de reconocer la noche de su ceremonia apresurada entre los dos. Normalmente en la intimidad de su dormitorio.

Ella arrugó la frente. “Nunca se me olvida”. Luego sus labios se curvaron en una sonrisita secreta. “Yo también tengo algo planeado”.

Y, aunque se sentía tentado de alzarla entre ambos brazos y subir las escaleras hasta su dormitorio en ese mismo momento para conseguir su regalo, se resistió, eligiendo en su lugar saborear la anticipación.

No era necesario apresurarse cuando tenían el resto de sus vidas por delante.